

LOS MEMORABLES

LÍDIA JORGE



TRADUCCIÓN DE MA. AUXILIO SALADO PÉREZ

LOS MEMORABLES

LÍDIA JORGE

TRADUCCIÓN: MA. AUXILIO SALADO PÉREZ

ELEFANTA EDITORIAL
COLECCIÓN EUROPA

LOS MEMORABLES

Primera edición, 2018

D.R. © 2014, Lidia Jorge

By arrangement with Literarische Agentur Mertin Ihn. Nicole Witt e.
K. Frankfurt am main, Germany

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Diseño de portada: Abril Castillo

Formación: Lucero Vázquez

D.R. © 2018, Elefanta del Sur, S.A. de C.V.

Tamaulipas 104 interior 3,
Col. Hipódromo de la Condesa
C.P. 06170, Ciudad de México

imiliano@gmail.com

www.elefantaeditorial.com



@ElefantaEditor



elefanta_editorial

ISBN: 978-607-9321-64-2

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

A meu favor
As paredes que insultam devagar
Certo refúgio acima do murmúrio
Que da vida corrente teime em vir
O barco escondido pela folhagem
O jardim onde a aventura recomeça
A meu favor tenho uma rua em transe
Um alto incêndio em nome de nós todos

Alexandre O'Neill

Desculpem não encontrarmos nestas ruas.
Só nasceremos amanhã.

Dos Murais de Lisboa

LA FÁBULA

EL ANTIGUO EMBAJADOR ESTABA VESTIDO DE SEDA Y, POR extraño que parezca, el camino que lo llevaría a los memorables se inició en el vaso de whiskey escocés que sostenía en las manos. En los vasos de quienes lo acompañaban, circulaba un líquido igual. Y tal vez por eso fueron tan desabridas las carcajadas que resonaron en el amplio salón de la casa, después de que el anfitrión dijera al que estaba más cerca suyo: «Ahijado, ahora que unos cuantos mercaderes están empeñados en demostrar que la tierra es plana, no faltará quien venga a decir que la historia es redonda. ¿Están viendo cómo se construye una hermosa simulación? La tierra es lisa como una servilleta y la historia no tiene una sola punta por donde se le agarre, es como si fuera una esfera. Y ahora, tú, Bob, ¿cómo vas a deshacer un embuste tan bien montado?».

Los varios hombres que lo acompañaban se desbarataron de risa. Después llamaron a la portuguesa para que se riera también, ella abandonó el rincón donde estaba y fue a integrarse al grupo que se divertía alrededor del anfitrión; pero en poco tiempo, en aquella habitación solo quedarían el hombre vestido de seda, su ahijado Robert Peterson y ella; o mejor dicho, yo misma. Entonces el silencio ahí adentro, en contraste con la alegría que se propagaba por las otras habitaciones de la casa, creó un intervalo demasiado prolongado entre nosotros, hasta que el padrino, con una señal amistosa, me llamó hacia el enorme ventanal. Afuera, unas hilachas blancas habían empezado a volar con unas horas de atraso, según la previsión de meteorología, y al antiguo embajador le parecía interesante que yo contemplara su llegada. Me dijo: «Acérquese aquí, Miss Machado, venga a ver lo que está cayendo del cielo

sobre nuestro jardín». Me aproximé y los tres nos quedamos ahí junto al vidrio, emocionados por el encanto y la melancolía.

Sin embargo, esa fina contemplación ante el barrunto de nieve no duró ni un instante. El padrino se desprendió inmediatamente de aquel clima de fascinación y le preguntó a Bob, como si la nieve no existiera y yo no estuviera ahí. «Ahijado, a propósito, ¿qué decidió ella sobre lo que te propuse?». Y ambos empezaron a intercambiar impresiones sobre el calendario de los futuros desplazamientos a los países del desierto, allá donde, seis meses después, la guerra seguía sin tregua ni un final aparente. La salida estaba programada, la escala concluida. Obstinado, el padrino insistió. «No olvides que ella puede ser perfectamente sustituida en esta misión. Miles de jóvenes reporteros de su edad están, en este momento, rumbo a los desiertos para hablar con las viudas de los mártires. ¿Qué podría ella investigar que otras no puedan?». Padrino y ahijado hablaban en inglés, y de nuevo aquel *she* era yo. Hasta que el hombre vestido de seda inició una larga exposición sobre el vicio de documentar batallas.

Nos sentamos.

El anfitrión hablaba con el vaso en la mano, haciéndolo girar como si fuera un adorno, y yo pensaba que el líquido bien podría no ser whiskey sino agua pintada. Hablaba pausadamente, dirigiéndose a Bob Peterson, desplegando una larga exposición sobre el vicio de cubrir conflictos armados, vicio que le había contagiado a su ahijado Bob, y probablemente a todos aquellos que pasaban por sus manos, incluida ella, la chica que estaba ahí. Muy contrariado con el hecho, el padrino empezó a exponer su teoría respecto a ese lamentable vicio, que siempre incluía calendarios angustiantes, urgencias impostergables y reporteros imprescindibles. No obstante, podíamos estar tranquilos. Nunca nos faltará un conflicto que cubrir a lo largo de nuestra vida, en cualquier lugar, y a cualquier altura; para desgracia de todos, siempre habrá matanzas y viudas. Y precisamente, para equilibrar la balanza de la permanente ley de la reincidencia, valía la pena escoger, en la espiral, los momentos de intermitencia que cada tanto surgían. Decía el diplomático, y en medio de ese coloquio, metódicamente monótono, como si escucharlo constituyera una prueba en sí misma, acabó dirigiéndose a mí en portugués: «Miss Machado,

acabo de decirle a mi ahijado que no siempre la historia es una pesadilla de la que en vano tratamos de despertar para regresar al punto de partida. Mire que, en ocasiones, aunque sea en escasas ocasiones, la historia también es un sueño agradable, y puede ser tan apaciguador que vale la pena que una persona, al despertar, intente por todos los medios conservar la imagen para que no se esfume. Seamos prácticos. Cuando nos despertamos a mitad de esos sueños, lo que debemos hacer es mantenernos en estado de alerta, reteniendo ese momento de excepción, prolongándolo en la memoria de forma también excepcional. ¿Tengo o no tengo razón?».

Y volteándose hacia Bob, le habló en inglés: «Ya te dije, ahijado, es necesario estar preparados. Para empezar, te sugiero una secuencia de cinco o seis episodios, como aquellas series de los buenos tiempos, cuando tú eras un muchacho genial y lo que producías resultaba mucho mejor de lo que planeabas. Algo que se llame *La Historia en Vigilia*, o cualquier otro título parecido. Un primer número, ejemplar, y para ese arranque inaugural sugiero a Miss Machado. La chica abriendo la serie con el caso de su país, ese episodio extraordinario ocurrido en su patria hace veinticinco años o más. El tiempo siempre está pasando, cada vez más rápido, cada vez más rápido, y el tiempo siempre empezando, ¿no es así, Bob? Acepta el consejo que te doy. Ella debería irse cuanto antes y recoger los restos de la metralla de flores, aún incrustados entre las piedras de las banquetas de Lisboa. Envíala allá, ahijado, envíala antes de que sea tarde. Sugiero que la serie se titule *La Historia Despierta*». Y el antiguo embajador elevó su vaso a la altura de sus ojos e hizo un largo salud, como si alguien en el interior de aquel salón fuera a tener un hijo.

Todavía no mencioné que la casa del embajador era de madera y vidrio, ni que se erguía a orillas de un afluente del río Potomac, un flujo razonable desde donde provenía el sonido rumoroso del agua que de vez en cuando se oía. Tampoco he dicho que la vivienda estaba rodeada de robles rojos, y que los primeros copos de nieve, en lugar de cubrirlos, seguían exhibiéndolos como enormes hogueras brillando por contraste en medio de la humedad verde. Tal circunstancia no tenía importancia, a no ser que, de repente, los dos americanos me conducían hacia lugares que yo no deseaba visitar nuevamente, y la nieve, cayendo sobre el jardín, cada vez con mayor intensidad, me paralizaba mientras los colores ardían. Me sentía prisionera de los colores.

Fue así, el antiguo diplomático no tardó mucho en decir, usando su portugués con un fuerte acento: «Miss Machado, vamos a charlar. Cuando el milagro portugués sucedió, yo todavía no me encontraba en su país. Llegué nueve meses más tarde, para entonces las calles de Lisboa ya estaban en el auge de la metralla, lo que me dio mucho trabajo». En esto, el embajador volvió a reír con regocijo, calculando el volumen de su whiskey y haciéndolo rodar en el vaso. Agregó: «Vaya que me dio trabajo, claro que me lo dio. Aunque también me proporcionó una de las mayores satisfacciones de mi vida. Sin más, puedo asegurarle que derroté a mi Secretario de Estado en un diferendo que fue conocido, en ese entonces, con un nombre bastante curioso. ¿Quiere saber cómo lo llamaron? En los corredores del Departamento de Estado, lo conocían como la *guerra de los arañazos portugueses*, entre Henry y Frank; en el caso de él se entendía perfectamente, ya que lo llamaban melena de león, el terrible. Era lo que se decía aquí en Washington, aunque nada de eso constara en su país. En Lisboa pintaban *go home soon* debajo de mi nombre como si yo fuera un estorbo, mientras que en las paredes de al lado dibujaban flores. Fue ahí, Miss Machado, en medio de esa metralla, que conocí a su padre».

Yo percibía el olor de la nieve que venía de afuera, y el olor del peligro incubándose ahí adentro, en el interior del enorme salón. Aquel día, Bob Peterson me había pedido que lo acompañara simplemente para hablar un poco en mi lengua, para expresarme en portugués sobre el desastre que presencié camino al cementerio de Wadi al-Salaam. Sin embargo, inesperadamente, no sólo hablábamos de mi país, sino que acabábamos por remitirnos a la imagen distante de mi padre, y yo tenía la idea de que ambos temas eran uno solo. Me parecía inconcebible. El antiguo embajador dijo en inglés: «¡Oh, sí! Bob sabe lo que pienso». El ahijado no respondía, escuchaba. En el camino, él mismo me había dicho que me mantuviera en guardia, ya que a partir de cierta edad todo hombre que se precie tiene una *Iliada* que contar, y su padrino tenía varias. La advertencia se confirmaba. El padrino decía: «Bob sabe perfectamente cómo en aquellos años se desplegaba el mapamundi sobre la mesa de conferencias, a eso de las ocho de la mañana, y cómo conforme transcurría cada día, más banderines de sangre aparecían esparcidos un poco por todos lados. Nuestra noche de descanso era un día agitado para ellos. Los usos horarios son así, los meridianos terrestres son así. Los banderines ensangrentados eran así. La guerra fría, en ciertas regiones de la tierra, era

realmente abrasadora. Pero por lo menos habíamos aprendido a hacer operaciones de división y sustracción sobre el mapamundi. Dividir al mundo en dos, simplificaba mucho las cosas, por lo menos eso habíamos aprendido. Y en lo que se refiere a operaciones de sustracción, aprendimos todavía más. Mirábamos el mapa extendido sobre la mesa y hacíamos nuestras cuentas. Para lograr una reducción considerable de bajas aquí, tenían que ser sacrificadas dos o tres cabezas allá. Operaciones de división. Se sacrificaban treinta vidas para evitar el desperdicio de tres mil, un ciento para conservar un millón. La guerra fría fue eso, una cuenta de ahorro. La ley del carnicero eterno minimizada al máximo. Era así, todas las mañanas. Pero de repente, en el momento menos esperado, en el extremo occidental de Europa, surgió aquello. Ocho de la mañana en punto. Una movilización extraña estaba llevándose a cabo en su país. Una deposición pacífica. Nadie creía en una movilización que se dijera pacífica. Esperábamos serenos, queríamos colocar el banderín rojo en el lugar correcto, parecía natural que fuera así. No obstante, ya habían transcurrido dos días y todavía nada grave sucedía. Efectivamente, era una deposición sin sangre. El mundo entero a la expectativa, mirando hacia su país. ¿Cómo era posible? Un caso sin precedentes. Una tirita de tierra del tamaño de un mantel, sin importancia alguna, se transformaba inesperadamente en la novia deseada de todos. En consecuencia, sobre la mesa de conferencias, la partida de ajedrez cambiaría. A partir de entonces, el mapa de las sospechas nunca más podría extenderse igual. Pero la diferencia no radicaba en la diversidad de festejantes que llegó allá la mañana siguiente, muchos de ellos con la misión de espiar, intrigar, vigilar y ocupar su país, se debió tan solo, y apenas, a la calidad de su gente».

El antiguo embajador se inclinó hacia la charola del mesero, se ajustó el saco de seda en cuyo bolsillo llevaba plumas doradas, y habló en portugués: «Créalo, Miss Machado, nunca encontré a lo largo de mi carrera a un pueblo tan sensato como ése al que usted pertenece. Un pueblo noble, sin álgebra ni letras, con cincuenta años de dictadura sobre la espalda y el pie sembrado en la tierra: de repente se da un golpe de Estado y sale todo a la calle a gritar, cada uno con su alucinación, con su proyecto y su interés; unos amenazando a otros, cuerpo a cuerpo, cara a cara, muchos con armas en la mano, que se insultan, golpean, obstinan y no se matan. Yo lo vi, yo estuve presente. Es esta realidad la que hay que contar antes de que sea tarde. ¿Entiende lo que estoy

diciendo?».

Yo no necesitaba entender.

Por cierto, ahora, a seis años de distancia, creo recomponer con mayor fidelidad las palabras del embajador que en ese entonces, cuando las escuchaba directamente, sentada frente a él. Entonces me importaba muy poco la exaltación de un pueblo lejano que sólo por casualidad era el mío. Lo reconozco. Aquel discurrir grandioso, encubierto bajo un tono común, tan común que se tornaba intenso, alternado en dos lenguas, no me conmovía. Estaba en tela de juicio *su pueblo*. Y el padrino invocaba a una gente tranquila, una gente a la que cualquier ministro le gustaría liderar, a cualquier sacerdote pastorear y a cualquier procurador de justicia defender. El padrino hablaba con vivacidad contenida, como si el país que invocaba fuera una persona amada, se refería a un noble pueblo con sus armas inofensivas, sus manifestaciones de júbilo y grandes tumultos pacíficos, evocando a la mitad de ese cuadro aquella que había sido su propia estrategia, la espera que había alimentado de reservas hasta que se tranquilizara la calle donde el noble pueblo hervía, una jugada certera que había exigido de su parte un fino ejercicio de paciencia durante mil novecientos setenta y cinco. Se acordaba perfectamente. A esa altura, ante su moderación, el melena de león del Secretario de Estado bien que se exasperaba, diciendo que había enviado a Lisboa a un duro que finalmente había resultado blando. Un blandengue que daba clases en vez de actuar. Y el padrino de Bob, divertido, evocaba la manera en que él mismo y su *staff*, ante la crispación de las instrucciones que les llegaban, sin ninguna intervención directa invasiva, ningún trabajo nocturno difícil, un juego perseverante de entérate y aguarda, como no se había registrado desde que la guerra se servía fría, había ganado la partida. Una hermosa partida. Lo escuchaba hablar, mientras en el piso de arriba los invitados reían, y yo misma tuve ganas de reír, sobre todo cuando el antiguo embajador trató de acordarse del nombre de las flores que los portugueses en setenta y cuatro metían en el cañón de las escopetas. El nombre no le llegaba a la cabeza. Nosotros tres, como si nuestros cerebros estuvieran programados para el olvido simultáneo, nos contuvimos. Yo misma fingí haberla olvidado. El anfitrión permaneció en suspenso. Preguntó: «¿Cómo se llamaban las

flores».

Sí, ¿aquellas flores rojas?

Ninguno de nosotros se acordaba. Era increíble que los tres supiéramos que los pétalos de esas flores eran dentados, con una uña larga en el peciolo fuerte, que habían sido regaladas por las vendedoras de flores desde la mañana del mismo día veinticinco, cuando los insurrectos avanzaban hacia la Baixa. Incluso Bob conocía la historia, sabía que había empezado por ser el regalo de una vendedora cuando la columna de sublevados daba la vuelta alrededor de una plaza, hasta él lo sabía, y sin embargo, ninguno de nosotros recordaba el nombre de la flor. ¿Cómo es posible que usted no sepa el nombre? Inquieto el anfitrión confesaba estar sorprendido por el hecho de que la palabra no estuviera grabada en mi cabeza, pero él conocía el proceso, sabía que la distancia geográfica y la mezcla de los idiomas generan en ocasiones agujeros imaginarios en la memoria lingüística de la persona que migra. Un problema de sinapsis confundidas en la estructura cerebral cuando se cambia de lengua. Siendo así, entonces, ¿cómo se llamaba esa flor? Nosotros tres con los ojos en el techo del salón, mientras Bob permanecía indeciso. Hasta que de repente Bob sospechó y se decidió, dio un salto, abrió la puerta, subió al piso donde provenían las risas, y cuando bajó ya sabía el nombre de la flor. Su rostro estaba ruborizado. Era una vergüenza. ¿Cómo no nos habíamos acordado de que se trataba de *carnations*? ¿*Red carnations*? Dijo en inglés.

También el antiguo embajador sentía una especie de bochorno.

Claveles, claro que eran claveles. *How awful, it's carnations, of course, dear Bob!* Sí, ¿cómo era posible que el nombre de esa planta no hubiera acudido a su memoria? ¿Cómo? Y en ese instante, hizo rodar su silla hacia mí: «Sabe, Miss Machado, si regresa usted a Lisboa y busca entre las piedras pequeñas de las banquetas que hay allá por todas partes, todavía encontrará restos de aquellas flores, los únicos proyectiles que usó su pueblo para deponer a las viejas figuras, y también para comprenderse a sí mismos. Y esto da mucho que pensar a quien ha transitado por otros lugares de la tierra y ha

sido testigo de muchas y variadas peripecias. Apenas un año antes había sucedido en los estadios de Santiago todo lo que se sabe. Lugares de malos recuerdos. El caso de aquel muchacho que componía y cantaba canciones, a quien le destrozaron los dedos a culatazos y le metieron cuarenta y cuatro balas en el cuerpo. Fue una jugada de muy mal gusto. Los autores de la proeza les escribieron a sus amigos contando que habían disparado diez balas para que no cantara, diez para que no escribiera, diez para que no compusiera, diez para que no contara lo ocurrido, y las cuatro para que se creyera que había sido obra de los Estados Unidos de América. Cuatro balas en su pecho. La coartada de las últimas cuatro había sido de veras de pésimo gusto. Un panfleto en carne viva, redactado por los chilenos, dándole la vuelta al mundo para que nos incriminaran. Ya se sabe cómo es esto, encubierto por el invasor, el invadido se retrata. Algo muy delicado. Pero el caso de su país fue diferente, una realidad única. Armas portuguesas, revolución portuguesa, un buen pueblo, generoso, pacífico, a tal grado que la metralla fueron únicamente flores. Gente cuerda. Y sabe, Miss Machado, cuando escuché su nombre en los reportajes de la CBS y me percaté de su ligero acento, su apellido y su aspecto, recordé a aquel pueblo y aquel tiempo, lo mismo que las crónicas de António Machado, su padre».

«Tengo una deuda muy grande con su padre, ¿sabe? Personalmente, jamás coincidimos, pero lo conocía muy bien, lo conocía como los hombres deben conocerse, a través de las preocupaciones que les cruzan el pensamiento, cuando son proferidas en voz alta. Así es, Miss Machado, porque eso significa ser un buen compañero en el tiempo, y tener el valor de darse a conocer entero. Y ése fue el caso. Me acuerdo perfectamente de la crónica de António Machado, el hombre que anticipaba el futuro en la última página de su periódico. Dos columnas. Lo que escribía el hombre que anticipaba el futuro se leía muy bien. Agorero, día tras día, iba vaticinando, augurando el futuro, y yo, en mi calidad de representante de un país extranjero, iba descifrando el augurio, esquivando el augurio, disfrutando su manera de vaticinar. Ya que si un cronista no sirve para vaticinar, entonces ¿para qué sirve? ¿No me va a responder, Miss Machado?».

Yo escuchaba al padrino de Bob hablar.

Lo oía y pensaba que no me convenía pronunciar una sola palabra que me relacionara con esa historia antigua cuyos pormenores conocía hasta el cansancio. El anfitrión hablaba en inglés sobre las crónicas de mi padre, allá afuera, la caída de la primera nevada de otoño amainaba, sin embargo en el jardín ya no se distinguían las siluetas de los árboles. Decía el embajador: «Es muy curioso, Miss Machado. En febrero de setenta y cinco, yo apenas acababa de llegar, y ya António Machado escribía que yo era el caballo de un Atila llamado capitalismo, que donde ponía mis patas traseras la hierba se secaba y los hombres libres morían. Usaba un lenguaje excesivamente colorido, sí, aunque a mí no me gustaran aquellos tonos. Ya que mostraban lo que se veía y lo que se imaginaba. Cuando una persona lee tales acusaciones sobre sí, tiene que examinar muy bien el material de la suela de sus zapatos. Nada más. Fuera de eso, poco me importaban los tontos que escribían en las paredes. Lo que me interesaba era lo que los hombres inteligentes pensaban. El hombre que descifraba el futuro, su padre, era inteligente y escribía copiosamente sobre mí. Le encantaba despreciarme. Seis meses después, en el otoño de setenta y cinco, se atrevió a escribir que yo representaba a todos aquellos que estaban empeñados en borrar de aquella canción, la canción que marcó el inicio del levantamiento de setenta y cuatro, el sonido de los pasos con el que se iniciaba la tonada, aquella marcha lenta, aquel coro del campo que hablaba de cierto árbol...». Y en ese momento el anfitrión miró desvalido hacia Bob Peterson: «¿Cómo se llamaba la canción, Bob? ¿Aquella marcha lenta? ¿La que se iniciaba con el sonido de los pasos?».

¿Cuáles pasos?

Qué curioso, en ese momento, ninguno de nosotros se acordaba del nombre de la canción. Nuevamente nuestra memoria nos traicionaba. En otros tiempos, todos los sabíamos, incluido Bob Peterson, que nunca había estado en Portugal, pero rápidamente se había enterado de la existencia de cierto tema *country* que era difundido en los programas de música del mundo. En tierra de civilizados, ¿quién no se había enterado? ¿Quién no había escuchado, al menos una vez, aquellos pasos? Bob tenía quince años en setenta y cuatro, vivía entonces en el interior de Alabama, pensando únicamente en el béisbol, y aun así había puesto atención en la canción portuguesa, ésa que se iniciaba con el

sonido de los pasos de unos hombres, que los estadounidenses imaginaban acosados por lobos y llenos de andrajos, caminando abrazados, partiendo finalmente, con un siglo de atraso, rumbo a la aurora sagrada de la producción, a la sacrosanta fraternidad de la libertad de las ventas y las compras. Los buenos ciudadanos americanos se emocionaban. Pues bajo sol naciente, allá del otro lado del mar, un bando de europeos andrajosos, como aquellos que a veces emigraban para California con una mano enfrente y otra atrás, conquistaba el camino que los conduciría a la prosperidad, recorriendo su penosa senda calzados de duras botas cardadas. El sonido de aquellas pisadas. ¿Cómo era posible que ella, la chica portuguesa que estaba ahí, no lo supiera? Claro que Robert Peterson no tenía la obligación de acordarse del nombre de la canción, pero la portuguesa que fingía no saberlo, sí que la tenía. Y de nuevo el ahijado se levantó para ir al piso de arriba. Molesto, ofendido. El antiguo embajador, sin embargo, comprendía mi amnesia. Mientras Bob le daba nombres diferentes a mi amnesia. Era un *trick*, un truco, no podía ser otra cosa, una indecencia. Una falta de cortesía el estar fingiendo que no sabía. Aparentar que no recordaba el nombre de los claveles, aparentar que no recordaba el nombre de la canción. Los ojos de Bob pasaban de castaños a grises. ¿Qué estaba pasando entre nosotros, ahí mismo, en la sala del padrino? Era algo simple: nos enfrentábamos. Un brazo de hierro sereno, una lucha mansa, subentendida, que no tenía ninguna importancia, ante el asunto en causa. Pero Bob subió al piso intermedio de la mansión, y cuando volvió dijo en inglés: «No necesitamos tu ayuda. Afortunadamente allá arriba hay alguien que tiene en la cabeza un glosario onomástico sobre las revoluciones. Bastó mencionar el caso portugués y fue un prepárate que ahí te va». Y Bob le entregó al padrino un papel, y este lo leyó: «*Gan do la*».

El padrino leyó lo que estaba escrito en el papel, deletreando, rodó varias veces el líquido que quedaba en el fondo del vaso, y me miró, provisto de una infinita paciencia. Bob fue a su encuentro como si yo ya no estuviera presente: «Fíjese bien, padrino, ahora ella va a decir que no sabe si *Gandola* es un árbol o una ciudad. No podemos hacer nada, ella está a la defensiva, no quiere participar. ¿Me entiende? No se acuerda de la canción *Gandola*, no se acuerda del nombre de los claveles. *She's quite a flaky person, my dear uncle. That's the truth*».

Aquel *she* era yo.

Pero el padrino había nacido tres décadas antes que Bob, y además de eso había sido un hábil negociador, mientras que el ahijado era sólo un hombre nervioso que se adiestraba en el dominio de sí mismo, y podía hablar desde los escombros donde se amontonaran cadáveres de cinco días con la inmutabilidad facial de la piedra. Bob fácilmente se desentendía de los vivos. El anfitrión, por el contrario, se animó, acercó su brazo al mío, y yo sentí su mano huesuda impidiendo mi fuga. «Vamos a ver. ¿Cuál es su nombre completo?». Preguntó: «Seamos francos, Ana Maria Machado. Tome en cuenta que en poco tiempo nadie más se acordará del significado del sonido de esos pasos del que usted tampoco se acuerda. Entiendo que para usted todo eso sucedió hace mucho tiempo, antes de que usted naciera, antes del principio del mundo, de su mundo, pero aun así, vale la pena pensar en el asunto. Es que hay en todo esto algo que no encaja. ¿Acaso no ve cómo la memoria de lo terrible perdura, mientras que el recuerdo de los momentos gratos se borra apresuradamente?». Y el anfitrión preguntó como si le contestara a alguien que lo estuviera interpelando: «¿Cree, entonces, que la mente humana está definitivamente formateada para olvidarse del bien? ¿Para olvidarse de los momentos en que el ángel de la guarda pasa por el mundo? ¿Los momentos en que se registra una pausa en la incesante salvajería humana? ¿Los momentos en que el ángel amigo de la humanidad muestra su faz? ¿Agita sus alas suaves sobre nuestra cabeza y nos invita a comer y a beber a su mesa? ¿Lo cree, Miss Machado? Si no lo cree, entonces, ¿por qué no está dispuesta a colaborar con el ángel que le corresponde? ¿Por qué?».

«Discúlpeme si, sin proponérmelo, la presiono demasiado».

Atrás de los vidrios, había dejado de nevar.

Robles y abetos de brazos extendidos habían desaparecido en la blancura del jardín. Se escuchaban pasos y despedidas en una habitación de al lado. Yo pensé, ¿qué pasa? ¿Tan temprano? ¿Ya? El mesero se acercó e hizo una señal, el anfitrión se dirigió a la entrada. Bob lo acompañó. Los invitados, dos docenas de personas bien humoradas, se despedían de la anfitriona, una algaraza nocturna, risueña, parlanchina. El antiguo embajador regresó

rápidamente, volvía de la despedida como si no hubiera existido el intervalo, y Bob caminaba atrás del padrino como si fuera su paje. Yo iba a sugerir que deberíamos hacer lo mismo que los otros invitados y escaparnos, había llegado la hora de anunciar nuestra despedida de una manera rápida, aprovechando la pausa de la nevada. Pero no. Estábamos atados a la sala. Ya que el anfitrión volvió al punto en que nos habíamos quedado: «Disculpe, Miss Machado, que le hable de temas tan extraños. Todavía necesito decirle que la entidad luminosa raramente sobrevuela la tierra y, apenas esto sucede, desaparece de inmediato dejando el mundo a oscuras, haciendo de nosotros parte de esa oscuridad. Se lo juro, nosotros no somos más que un dibujo que se mueve en la oscuridad. He sido testigo de eso por todas partes. Con una excepción. Por cierto, ya se lo conté a Bob».



Bob Peterson se sentó.

El padrino continuó: «Miss Machado, siéntase libre. Ya he dicho lo que tenía que decir. De mi parte fue una cuestión de admiración por la gente de su ciudad. Desde las ventanas de nuestra residencia yo observaba el ritmo de aquella población, y a cada día que transcurría más apreciaba a ese pueblo, su pueblo. Sabía que en el momento de la verdad, una vez que hubiera pasado la hora del manicomio de Lisboa, como la denominó la corresponsal del *The New York Times*, aquella gente guardaría las armas en el ropero y se perdonaría mutuamente. Yo sabía que los portugueses olvidarían las ofensas cometidas por los antiguos esbirros, así como éstos olvidarían las ofensas de los recién amotinados, que unos y otros en un breve plazo se sentarían lado a lado en los mismos restaurantes y bares, luego se saludarían de mano extendida, y todo quedaría en calma como antes. Según su tradición, se perdonarían unos a otros como a sí mismos. Escenas de caballería a la antigua que, un día, serán consideradas modernas, siempre y cuando sean bien contadas. Y así va a suceder, de verdad así lo espero, ya que Bob será capaz de recomponer ese momento de inusual felicidad, sabrá aplicar su método de cazador como lo hizo antes, cuando era un buen muchacho y andaba atrás de los sobrevivientes de Normandía quienes le contaron, uno a uno, cómo había

sido el desembarque. O cómo había ocurrido la entrada de los aliados en París gracias al testimonio de las vendedoras que, a esa altura, andaban por los *boulevards*. Usted lo ha visto, usted conoce todo lo que Bob ha hecho». Y el hombre que nos acogía permaneció con aire de constructor de puentes y presas: «Entonces, según mis cálculos, será así», continuó: «Usted irá primero a hacer sus anotaciones *brutas*, él viajará después con el resto del equipo, para grabar parte por parte, supervisar la edición y el resultado final. *Clean, cleanísimo*. Un mes para usted, un mes para Bob, en total tres meses. Ahora usted podría perfectamente dar la patada de salida, aceptando de inmediato la propuesta. Aun así, como ya le dije, no quiero presionarla».

El anfitrión parecía haber terminado la invitación en cuyas palabras yo adivinaba los planes de Bob y no el método que le habían atribuido. Que yo supiera, el padrino carecía de método en esa materia, y aquél no era su campo de acción. Pero había algo de decaimiento en su voz, un tono de remate, un toque grave en su acento que me confundía, ya que tanto podía ser de abdicación ante mi intransigencia, como de apoteosis por su propia convicción de que yo acabaría por ceder. No sabía cómo interpretarlo. Mientras tanto, el antiguo embajador dijo: «Entonces, ¿vamos a allá arriba, Miss Machado?».

«Sí, vamos». Respondió del ahijado.

Y yo también fui.

Bob conocía la casa como si fuera suya, y se adelantaba en subir. Los tres avanzábamos en silencio por las escaleras que conducían al último piso. Nadie hablaba. A la mitad de aquellos escalones, tuve la idea de que el peligro había pasado. Bob sabía que mi rechazo era anticipado, sin discusión posible. Además, mientras subíamos, yo pensaba que aunque Bob no renunciara al proyecto, y nada justificaba que tal cosa sucediera, la solución sería simple. En lo que se refería al primer caso, en concreto, simplemente tendrían que prescindir de mí. ¿No eran cuatro o cinco episodios o incluso más los episodios? Entonces, ¿por qué la insistencia en el primero? Y ¿por qué el primero? Subimos y llegamos a un espacio donde la ventana en forma de claraboya mostraba que los otros invitados habían salido justo a la hora. Los copos blancos habían tomado volumen, ya no permanecían suspendidos en el aire; ahora volaban, oblicuos y certeros, rumbo al suelo como si fueran canicas.

El recinto semicircular donde nos encontrábamos era la biblioteca de la

casa y, por cierto, la oficina particular del padrino. También ahí el ambiente era cálido, como si estuviéramos en las Antillas, la región de donde provenía el vuelo que había traído al padrino de Bob con varias horas de atraso. El padrino seguía vestido tal como había viajado, y el mesero nos seguía como desde la primera hora. Sobre una mesa, varios montones de papeles y sobres, y una lámpara iluminándolos. El anfitrión se aproximó a la mesa y empezó a interpellarme, como si su voz se dirigiera hacia otro lado y el objetivo en vista fuera exactamente el mismo. Haciendo rodar nuevamente el líquido en el vaso y simulando divagar, me preguntó: «Miss Machado, antes de mostrarle lo que tengo guardado aquí para usted, me gustaría que me informara algo».

«¿De casualidad sabe usted si Carvalho sigue vivo?».

La pregunta fue formulada en portugués y exigía que me centrara en el asunto, ya que al decir *carvalho* no se refería al nombre de un roble en portugués, era un apellido, pero no me acordaba de ningún Carvalho. Esta vez no estaba fingiendo un olvido, era un olvido real, y al contrario de lo que había sucedido en la planta baja, en lugar de fingir un olvido, aparenté acordarme, refugiándome en la ambigüedad, diciendo que sí, que creía que aún estaba vivo. ¿Por qué razón no habría de estarlo? El anfitrión me ayudó. «Me refiero a Carvalho, el responsable de elaborar el plan del golpe de Estado, y que al final de cuentas lo ejecutó puntualmente. Genial. *The portuguese red oak, you know? The biggest one?* Según lo que usted dice, también yo creo que sigue vivo. Pero Antunes, ése, ya está muerto. Sobre él me informó una fuente segura, y sé muy bien que falleció. Lo cual es una pena, era una buena cabeza, pensaba muy bien, escribía muy bien, aunque con demasiadas palabras. Incluso pensaba mejor de lo que discutía, hablábamos mucho, y sin embargo, ya no está con nosotros. En cuanto a Lourenço, al parecer sigue vivo y goza de buena salud. ¿No es así?».

El padrino se puso a soñar a mitad de la oficina.

«Yo hablo del pueblo, pero el pueblo es una entidad. Lourenço es uno de los que forman parte de esa entidad, la entidad del pueblo. Varias veces comimos juntos. Él está vivo. Es decir, sigue vivo Lourenço, sigue vivo el

pueblo, está vivo Antunes, y Salgueiro está muerto. Salgueiro murió. Sobre el destino de este último, usted sabe bien lo que pasó. Era una persona intachable, y desafortunadamente tenía sólo cuarenta y siete años cuando se fue. Cuarenta y siete y nos dejó. Dios mío, Salgueiro era un niño y murió. Personas maravillosas que murieron, pueblo maravilloso, ciudad encantadora, pasé allá los mejores años de mi vida, mi misión más importante la cumplí ahí. Y dejé allá muchos amigos queridos. Todos siguen vivos, mis amigos. Me cuesta trabajo pensar que un día algunos de ellos puedan morir. Si alguno de ellos muriera, sería señal de que yo podría morir también, y yo no creo que tal cosa pueda suceder».

Apoyado en la mesa, muy cerca de Bob, y dirigiéndose en especial a él, el padrino se reía de sus propias palabras. Si alguno de ellos muriese, repetía, sería señal de que él mismo también era mortal. Claro que él creía en su propia inmortalidad, incluso ya había escogido la silla de cristal donde se quedaría sentado para siempre. Y el buen humor del anfitrión crecía a medida en que preguntaba por éste o por aquél, y los encontraba vivos en medio del buen pueblo portugués. Ciertos nombres de personas vivas le daban mucha satisfacción. Yo ponía especial cuidado en esos nombres, y sólo ahora entendía por qué razón no identificaba aquellos apellidos. Eso sucedía porque desde siempre, en nuestra casa, aquellas personas no eran llamadas por sus nombres propios sino por apodos, una costumbre introducida por la mujer de António Machado. Tanto era así que mientras el antiguo embajador hablaba, iban desfilando ante mis ojos una lista de motes domésticos; circulaba toda una serie de epítetos privados provenientes de la casa de mi padre, que yo conocía muy bien, pero en ese momento, aunque lo deseara, no podía asociarlos a las figuras civiles a quienes aludían. Y tampoco era necesario, ya que el padrino parecía sólo formular preguntas que ya tenían respuesta. Sabía muy bien quién estaba vivo, quién estaba por morir y quién ya había muerto. ¿Por qué razón prolongaba aquella velada, recargándose en los librereros, hombro a hombro con Bob, en la sala semicircular?

Satisfecho, el padrino apretaba el vaso, y ahora yo podía ver muy bien que su whiskey no era agua pintada, ya que el mesero entraba y salía sirviéndonos a los tres de la misma botella. No vestía ni siquiera un abrigo ligero sobre el traje que usaba, ni mencionaba de que la nevada de la tarde había caído con una hora y media de atraso, o que, ahora, la tempestad estaba llegando con dos

horas de anticipación. La cuestión era esta. Durante una velada, el negociador había vuelto a un viejo proyecto, un proyecto obsesivo, y se olvidaba de todo por él. Yo era uno de los instrumentos para ese proyecto. Por eso, el padrino de Bob Peterson entendía que lo mejor sería prolongar la velada a lo largo de toda la noche hasta que la tempestad pasara.

Dijo: «Póngase cómoda, mientras, Bob y yo vamos a la planta baja».

En realidad, con la tempestad llegando, adelantada o atrasada, o hasta si hubiera llegado a la hora fijada, lo que sucedía era que el anfitrión había preparado una sorpresa para la hija del hombre que auguraba el futuro. *Et voilà*, dijo con énfasis latino. Se trataba de algo muy importante para él, aunque para los demás no pasara de algo muy modesto; apenas un recuerdo, pero un recuerdo esencial, oriundo de ese pueblo tosco, pobre, noble, resistente, callado, firme a más no poder, que otrora había sido un gran pueblo de navegantes, que había llegado hasta Japón y había dado la vuelta al mundo, y que ahora, después de unos cuantos sinsabores, había sabido retornar a su rincón, deponiendo las armas de forma negociada y honrando sus compromisos. Sentía una enorme satisfacción por haber vivido en otro tiempo entre ese pueblo. Una gran felicidad por no haber permitido que aquel pueblo en setenta y cinco hubiera servido de conejillo de indias. Una gran satisfacción por no haber consentido que el Henry de la melena de león hubiera hecho de ese pueblo sereno el campo de vacunación para Europa. Que no lo hubiera transformado en el campo del bacilo socialista para mostrarles a los europeos un caso de desgracia ejemplar. Una Cuba, para que Londres y París padecieran los males por los que pasaba el pueblo norteamericano con los *muchachos* de La Habana ahí a la puerta de su casa fumando puros en sus narices. ¡Oh! Sí, sí, en mayo de setenta y cinco, la jeringa ya estaba lista, destinada a la piel de los portugueses. Todo preparado por la mano del melena de león. Sin embargo, lo había evitado, él lo había logrado, había visto el cómo el cambio se acercaba, había evaluado la naturaleza de la víctima, y había llegado a la conclusión de que ese pueblo manso, medido, resistente al hambre y al frío, a la miseria y a la ausencia de números y letras, de bigotes negros y botas cardadas, no se merecía ser destinado al triste papel de vacuna. «Dígame, Miss Machado, ¿alguna vez la vacunaron? De casualidad, ¿sabe lo que es, clínicamente, una vacuna? Y de casualidad, ¿no conserva en el brazo o en la pierna la cicatriz de su vacuna contra la viruela? Sí, ya veo que la conserva. Pues era exactamente

eso lo que le iba a suceder a su país. Su país se iba a transformar en el pedazo de piel marchita donde la vacuna fue inoculada. ¿Entiende lo que sucedería? Era justamente eso». Dijo el antiguo embajador, procediendo a hacer el balance de su propio desempeño. Es decir que, si en la guerra de los arañazos portugueses, como fue llamado el conflicto, él no hubiera defendido su punto de vista a toda costa, el rumbo del continente europeo habría sido muy diferente, a partir de setenta y cinco. Y, seguramente, no habría sido un *dossier* delicado forrado de hojas secas y papel de china. Ni en la receta que estaría ahí escrita aparecería “dulce de peras”. Al contrario, pero afortunadamente no había sido así, para el bien de todos.

Era curioso cómo el padrino hablaba con orgullo de esa victoria sobre su adversario.

Había vencido, sí, había vencido. No obstante, insistía en subrayar que Europa no le debía nada, que su propio país no le debía nada, que nadie le debía absolutamente nada. Había sido en el estricto cumplimiento de su función que había procedido así. Ahora, él sólo quería dejar un testimonio de que, por lo menos una vez en la vida, había sido parte de la brisa benéfica de la historia. Que por lo menos una vez había estado allá, en el lugar exacto, a la hora justa, cuando el ángel de la paz había pasado volando sobre el país de la hija de António Machado, esa historia que merecía ser contada a través de las cámaras de su ahijado Bob. Sería el primero de la media docena de capítulos de *La Historia Despierta*, o cualquier otro título que su ahijado le quisiera dar, siempre y cuando contuviera, al reverso de su formulación, la idea de que, a veces, una entidad benéfica pasa iluminando como un relámpago la tenebrosa oscuridad de la tierra. El anfitrión dijo en inglés: «Disculpa, Bob, que me esté dirigiendo únicamente a tu amiga». En seguida, dio unas palmaditas sobre los montones de sobres, desordenándolos y amontonándolos de nuevo. Escogió uno de los montones, un fajo de cartas amarradas con un hilo, y después lo escuché decir: «Aquí está lo que quería enseñarle. Verá cómo en este mundo hay procesos que vale la pena recordar, y cuya trama, al fin y al cabo, termina con una bandera blanca enarbolada sobre las ciudades y termina bien. Pero la que va a decidir es usted».

«Siéntese aquí, Miss Machado, así». Dijo el anfitrión, acercándose la

silla, acomodándola bajo la luz, haciéndome sentar, para estar seguro de que el objeto estaba amarrado al sujeto. Padrino y ahijado se dispusieron a bajar.

«Buen temperatura, té y café, siéntase cómoda, Miss Machado».

Ahí estaba el peligro.

Una mesa cubierta de montones de sobres era el elemento del peligro. Durante unos minutos, evalué la situación y la naturaleza de sus elementos. Finalmente, y reconsiderándolo, podría existir un verdadero peligro. Bastaría con no dejarme hundir por los comandos equivocados que el sentimiento pone en marcha cuando no lo vigilamos. Viéndolo bien, en cuanto leyera cuatro o cinco de aquellos papeles, el padrino iría a acostarse, Bob Peterson estaría esperándome en la planta baja, y todo no pasaría de ser una rápida lectura de correspondencia personal de antaño, cuando todavía se intercambiaban cartas. Leería cuando mucho cuatro o cinco de las decenas que estaban guardadas ahí en el primer montón, y después nos iríamos. Bob había traído carro, su vehículo estaba protegido de la nevada, acomodado en el garaje del jardín, él me llevaría de regreso. Pasaríamos por Dupont Circle, le daríamos la vuelta al Black Fox Lounge, después nos dirigiríamos hasta la puerta de mi pequeño *flat* en 1917 S Street, y ahí, si se presentaba la ocasión para entrar, entraríamos. Fantasías de mi cabeza. No existía ningún peligro, cero miedos, la amenaza ausente, la muerte ausente, los desiertos muy a lo lejos, todavía sumergidos, a aquella hora, en la oscuridad. Me senté y empecé a abrir los sobres. Abriría seis o siete, segura de que el examen sería rápido, extremadamente rápido. Pero no fue bien así.



¿Al cabo de dos horas habré leído treinta, ochenta o cien de esas cartas? Tal vez ciento cincuenta. Poco a poco fui perdiendo la noción del tiempo.

Las primeras que abrí, retiradas de un montón rechoncho, me parecieron anodinas y hasta indignas de formar parte del acervo particular del diplomático. Eran cartas enviadas a direcciones privadas que, al parecer, nada tenían que ver con el servicio de la embajada. Algunas invitaciones de

particulares a tés y cenas y, en medio, recuerdos que sólo las amas de casa acostumbran a guardar entre las medias, en el fondo de los roperos, imágenes sueltas, santitos, fotografías rasgadas y enviadas a *Su Ex celencia* sin justificación ni motivo aparente. Todavía quedaba una buen tanto. Las dejé a un lado, no me interesaban. Pero las cartas del siguiente montón no presentaban ningún domicilio postal, lo que significaba que habían sido entregadas en propia mano. Y si los primeras eran mensajes que podrían haber sido enviados en tiempos de tumulto como de paz, los del segundo lote estaban compuestos por cartas que tenían en común el hecho de que, en todas ellas, o por lo menos en aquellas que yo iba abriendo al azar, resonaba el eco muy vivo del desmantelamiento de un régimen de transición hacia otro. Eran cartas escritas en portugués, sobre el caso portugués, que hacían referencia a nombres portugueses, y que habían venido a parar ahí, a la casa de madera y vidrio a la orilla del afluyente del río Potomac, atestiguando cómo se había vivido la intimidad la convulsión pacífica acaecida casi treinta años antes.

Los que abrí eran sobres de tamaño común, con misivas que describían situaciones críticas vividas en el seno de familias, casos particulares de fugas, expulsiones, desesperaciones, pérdidas, daños, relatos redactados por personas que habían regresado de África y que, a esas alturas, desconocían el paradero de familiares cercanos. Estaba el caso de una mujer que no sabía dónde se encontraba su marido y acababa de descubrir una protuberancia del tamaño de una mandarina en la axila de su hija. ¿Qué podía hacer? ¿A qué hospital dirigirse? ¿Habría algún hospital? Manos confusas habían redactado aquellas líneas. Pero lo curioso era que en ninguna de las cartas había indignación o ira, simple lamento, lamentos a veces cadenciosos, lo que hacía de ese montón de páginas una especie de petición colectiva dirigida no a un hombre sino a una divinidad. Sin embargo, eran relatos tan vivos, tan concretos, y algunos de ellos tan lastimeros, que yo tenía la sensación de que sus autores salían de la superficie de las cartas y se quedaban a mi lado, frente a la mesa, mirándome de cerca, como si hubieran venido de lejos en el tiempo para señalarme con el dedo, a falta de cualquier otro acusado.

Y así pasé varios sobres. Abrí otros.

Encontré recados pidiendo dinero, pasaportes, empleos, viajes gratuitos,

artimañas vulgares en todas las sociedades y países con semejante apuro. Yo conocía los efectos del caos, los límites de la vida desarticulada y su irracionalidad, y también ese estadio intermedio antes de los últimos límites, cuando las relaciones humanas todavía conservan su aspecto de normalidad, aunque lo cotidiano esté podrido bajo el rumor de sus contiendas. Lo que no parecía común, era la ausencia de acuse de recibo, era como si todos los autores de aquellas cartas, algunas escritas en portugués y otras en inglés, hubieran nacido para, un día en la vida, convertirse en mendigos, y el día hubiera llegado. Una sumisión de dimensiones bíblicas que recordaba las pruebas de Job en su obediencia cautiva. Y me di cuenta también de que un mundo enigmático para mi entendimiento se había confabulado para tragarse esa noche de mi sábado. Sin saber cómo, a tantos miles de kilómetros, el país de António Machado venía a mi encuentro, y ahí estaba entero, extendido ante mí, cuando yo solamente había salido de casa para ir a un *cocktail* vespertino. ¿Por qué razón Robert Peterson y su padrino me habían preparado tamaño cerco? ¿Por qué?

También las cartas del montón siguiente, que era muy voluminoso, reflejaban la misma ausencia de sublevación del alma, había cartas firmadas o anónimas, la mayor parte de ellas escritas por militares, escritas a máquina; todavía se veían vestigios del papel carbón, seguramente copias muy útiles treinta años antes, cuando no había reprografía. Sin embargo, siendo escritas por militares, no sospechaban de ningún tipo de enemigos. Y si ellos existían, en las cartas eran omitidos, o abstractos. Se trataba de oficiales altamente preocupados con la situación portuguesa, que deseaban ofrecer sus servicios en caso de intervención extranjera, y que, al no obtener audiencia junto con sus subordinados de momento, se dirigían a quien detentaba el verdadero poder. En una de ellas, en apenas dos páginas, el autor hacía la relación de las fuerzas de resistencia lusitana que eran consideradas como débiles o inexistentes. El oficial de patente superior, que no ocultaba su nombre, sino que lo ostentaba, remarcándolo con una línea, informaba que la realidad militar portuguesa en setenta y cinco se había transformado en un teatro de hospital psiquiátrico, y que bastaría un torpedo americano detonado en la embocadura del río Tejo para hacer volar por los aires al país entero. Y era por eso mismo que se dirigía al embajador, para que influyera sobre sus compatriotas para que tuvieran paciencia. Que usaran con los portugueses un

poco de paciencia portuguesa. Como era obvio, era necesaria una paciencia infinita.

Por cierto, al abrir uno de los sobres más voluminosos de aquel montón, me di cuenta de que contenía un documento especial anexo a la carta. Una hoja de formato A2, doblada en cuatro, ostentaba el esbozo detallado de una *Lusitania Land*, con tres flechas en azul, señalando hacia los pánels y arsenales de armas que todavía funcionaban, y para los cuales todavía había municiones, y la leyenda con las instrucciones para el respectivo asalto, que se consideraba que no llevaría más de dos horas, una maniobra rápida, de manera en que no hubiera un profuso derramamiento de sangre. *Please, don't shed any blood*, se leía en tinta roja, abajo de las flechas azules. Y el autor, estableciendo una pirámide de prioridades, escribía, como nota de instrucción, que los portugueses preferían ser depuestos por las fuerzas armadas de los EUA, o de la OTAN, a ser invadidos por tanques blindados de la División Brunete, al mando de Franco, un moribundo, que a esa hora ya debería estar tendido a lo largo, con los pies levantados sobre almohadas, en el palacio de la Moncloa. Familia es familia, los negocios a parte. Los militares portugueses sólo aceptarían a los españoles como un último recurso, y para evitar la catástrofe de las catástrofes, para evitar que surgiera, proveniente de las estepas, la larga pata peluda de Brézhnev para capturarnos y someternos a aquella dilatada mirada de oso polar, filtrada por el espesor de sus enormes cejas. Pero el enemigo, el concreto, el que desencadenaba semejante flujo de correspondencia. Ése, no se mencionaba en las cartas. No se sabía quién era.

¿Debía continuar?

Sí, ya que me asaltaba una duda legítima. Mi duda consistía en no saber por qué razón el antiguo embajador me había llamado a su casa. ¿Habría sido para medir mi capacidad para involucrarme en su proyecto, o simplemente me había escogido para ilustrarme sobre mi país de origen? ¿Para arrojarme al interior de un mundo que, a pesar de todo, en la exuberancia de su diferencia, según él, debería yo amar?, ¿o volver a amar, y así encontrar en mi persona un pedazo de materia útil para el trabajo de su ahijado?, ¿o había algo más profundo, y por eso menos palpable, que tenía que ver con la madeja imposible de desenredar que estaba escondida en su interior?, ¿en su propia

razón y en su propia causa? Era difícil tratar de entender. Hasta ahí, las cartas mostraban estados del alma, no revelaban razones ni causas. Es decir que el sermón del padrino había sido denso y, en contraste, las cartas mostraban almas ligeras. Almas acomodadas al sabor de la casualidad.

Además, al abrir las siguientes, las que hablaban del habitual deambular de la gente de casa en casa, la sensación de ligereza era la misma. En ellas se encontraba de todo. Incluían listas de agentes de la Policía Interior y de Defensa del Estado, la PIDE, que habían huido, listas de gente que se había instalado en la casa de los agentes de la antigua policía política, croquis que indicaban dónde pernoctaban esos agentes, informaciones de todo tipo que habían llegado por vías informales a las manos del embajador, y no obstante, lo que sus autores pedían en todas las cartas era ayuda para el arreglo de todo y todos. De uno con otro y con todos. Daba qué pensar. Por medio del anexo de una de esas listas, alguien contaba cómo los *pides* y sus familias se habían refugiado en los cuarteles, en espera de que se calmaran los ánimos para regresar en paz a sus pacíficas vidas. Había revolucionarios que acogían en sus casas a las familias de los *pides*, brindándoles alimento y guarida. Los nombres de esos buenos hombres revolucionarios eran mencionados, a fin de que el embajador pudiera saber con quiénes los americanos podrían contar cuando la reconstrucción del país se llevara a cabo. Personas sublevadas, sí, pero capaces de sentir una pena profunda por la desgracia ajena. En una de las cartas que hablaban del alojamiento —todas las del montón hablaban de pérdidas, de habitaciones ocupadas, habitaciones devueltas, y por el estilo— se decía que la pena era el sentimiento por excelencia que invadía el pecho de los portugueses desde el golpe de Estado. Yo miraba el volumen de las cartas leídas que se iban amontonando a mi derecha, e imaginaba que la pena, la enorme pena, el sentimiento que agota a los débiles y alimenta a los fuertes, en aquel tiempo, se había generalizado de la misma manera que el concepto revolucionario. La pena. Aquellas cartas registraban que estaba en construcción la república de la pena.

Claro que no siempre el sentimiento dominante era esa pena pasiva que, al desdoblar las páginas, yo encontraba anidada entre las líneas, titubeante y sumisa. Pues de la misma manera en que no hay dos personas iguales, y no hay dos cartas iguales, tampoco había dos penas iguales. En otra carta, un autor menos pusilánime pedía que un rayo divino cayera sobre la cabeza de

personas concretas de entre aquellas que habían comandado la sublevación, sus nombres surgían escritos a máquina en mayúsculas bien marcadas, y en seguida estaba el pedido de clemencia para todo y cualquier ser humano, englobando indistintamente a todos aquellos que, en la página anterior, habían sido condenados. Llegando ahí, ya no era una cuestión de pena, pasando por el tamiz de la razón, se trataba de doctrina y de bondad pura. En otra carta, un alto eclesiástico se ofrecía para iniciar una acción de defensa de los buenos principios valiéndose del hierro, si fuera necesario, evocando la exhortación a las Cruzadas en el siglo XII, una acción que abarcara al país de norte a sur, a sus ex colonias e islas mar adentro, aunque la acción prevista no pasara de un conjunto de procesiones que tendrían que recorrer calles adornadas con palmas, incluyendo imágenes de Cristo Glorioso transportadas en andas. En aquellas cartas extendidas sobre la mesa del embajador había palios y rosarios, no había hierro alguno. En fin, deduje que los sublevados eran considerados agentes del Mal, pero no responsables de los males causados, de ahí la dificultad para acusarlos. En las cartas dirigidas al embajador, y ahora en mis manos, se decía que los sublevados habían hecho mucho daño al país, pero no eran personas malas. Habían sido mandados. Si el Mal era misterioso y enigmático, se hacía forzoso actuar en la misma atmósfera de sombra y misterio. Por eso los pedidos al embajador eran formulados todos en el mismo sentido. Entonces, ¿cómo proceder sin proceder?

¿Cómo ayudar a silenciar sin matar? ¿Cómo aniquilar sin que nadie lo supiera? ¿Cómo borrar de la memoria sin que se conociera el proceso para realizar la supresión? O mejor, ¿cómo alcanzar tales objetivos, sin que nadie sufriera y sin que hubiera victimario y víctima? Veamos a los victimarios, se decía en una de las cartas. ¿Cómo eliminar su pasado, su presente, pero sobre todo su futuro? Ojalá ellos pudieran desaparecer en silencio, como si hubieran sido raptados por un ovni, abducidos por una luz azul. ¿Qué la CIA no podría hacerse cargo de eso? ¿Abatir sin dolor, sin maldad, si provocar sufrimiento a ninguno? Pedidos delicados. Se notaba que las cartas eran puestas debajo de los platos, en los restaurantes donde el embajador tenía comidas y cenas, o dentro de los bolsillos cuando los trajes regresaban de la tintorería. Daba la impresión de que el anfitrión jamás había respondido, se deducía por las lamentaciones expresadas en las segundas vías. Y el hecho de que el embajador no respondiera tenía que haber intensificado el pedido, ya que, a

cierta altura, dentro del montón de los silenciadores, pude leer la carta más atrevida de todas, datada ya a mediados de setenta y seis.

La autora era una mujer piadosa. Desafortunadamente tenía una casa al lado del principal Comando Militar de la región de Lisboa. Y como ella y su familia ya no podían soportar la presencia ominosa de las figuras militares revolucionarias sostenidas en los altos mandos ante la sospecha de un recrudecimiento de las fuerzas rojas, pedían que un avión americano se encargara de llevarlos mar adentro. El proceso era encubierto, aunque no era del todo desconocido. Había relatos de hechos que se estaban registrando en ciertos lugares de Sudamérica, que el embajador, por cierto, conocía muy bien, y el proceso era sencillo y digno. Ya que entregar el alma al creador en pleno vuelo, durante la noche, no sólo no le costaba nada al cuerpo, sino que también limpiaba el alma, dado que todo sucedía en pleno vuelo. Morir así era como nacer y la persona no se daba siquiera cuenta. Seiscientas veintidós personas firmaron la carta, hoja tras hoja, lo que la convertía en la más voluminosa de conjunto. Los suscriptores eran ciudadanos comunes, personas que simplemente deseaban enviar a los niños a la escuela y vivir en paz en su propio país. Según sus palabras, dejaban su petición en las manos del embajador. Por la reclamación consignada en la carta siguiente, se notaba que el documento había sido entregado en la residencia oficial dentro de una caja de duraznos rosados, y desafortunadamente, ni un “gracias por la fruta” habían recibido. Seguían los recados de agrio resentimiento. No sabía si debía seguir abriendo más cartas de aquel montón, pues en ellas la pena, la prolongada pena, adquiriría un nuevo estilo y se transformaba en su opuesto.

Pasé a otro montón, y a buena hora lo hice.

Algunas de esas otras cartas, eran tan antiguas que habían sido escritas antes de mi nacimiento. Me parecían objetos de estudio de valor limitado, lo que no invalidaba el interés y la curiosidad que despertaban en mí en tales circunstancias. Me refiero a las cartas siguientes, a las de los visionarios. Cartas que finalmente traían consigo, aunque no fuera su propósito, una ráfaga de alegría. Eran bienvenidas, esas cartas, ya que, dirigiéndose sus autores al futuro, toda fantasía había sido posible, y el contraste con la realidad posteriormente sucedida, las transformaba en piezas cómicas, oscilando entre

lo humorístico y lo dramático. Además, se notaba por los pliegues pronunciados que algunas habían sido leídas un sin número de veces, pues habían adquirido rasgaduras en los dobleces, incluso dos de ellas estaban sucias por la humedad de las manos. Dedazos de colegiales. Probablemente el embajador había leído demasiadas veces aquellas cartas. O alguien por él. Las fui leyendo a lo largo de la noche. Cada una escrita en un tono diferente. Había unas pesimistas, las que a partir de datos inquietantes imaginaban a Europa devastada por una guerra química que el imperio soviético lanzaría contra el Occidente, un último estertor del gran animal eslavo mortalmente herido, y en esa guerra entre los rojos de allá y los azules de acá, habría una división del Atlántico Norte que afectaría a las personas, a los animales terrestres, a las aves y a los peces. Sin embargo, el transcurrir del tiempo, que mientras tanto había desvendado un desenlace totalmente contrario, permitía evaluar el error, y lo único que provocaba era risa. Es más, las cartas optimistas daban risa, las provocadoras daban risa, las desconfiadas daban risa, las tragicómicas, por partida doble, daban risa. Las previsiones siempre dan risa. Las previsiones que habían sido hechas por los autores de aquellas cartas sobre el futuro del país de António Machado hacían reír a quien las leía veintinueve años después de haber sido escritas. Hacía mucho tiempo que yo, bastante deprimida, no reía tanto. La noche me parecía corta, las cartas enviadas al embajador, testigo interesado en la recomposición de la historia, no tenían fin. Abría una y otra carta, y otra más, entendiendo que no podría desprenderme de su lava apenas tibia. Ahí estaba el peligro.

Sin haber hecho nada para que eso ocurriera, sin quererlo ni desearlo, me encontraba ante un tiempo remoto, recibía mensajes de un país distante del que había prescindido a tal punto que, últimamente, había llegado a dudar de la existencia real de su presente y mucho más de su pasado. Ahora, ese mundo, saliendo de un agujero de la tierra, estaba ahí, moviéndose como un gusano que se retuerce, llenándose de vida y creando alas, en medio de la oficina, al grado de hacerme reír como hacía mucho no reía. De hecho, el antiguo embajador había preparado con cuidado aquella encomienda. No había dejado nada al azar. Había ahí un método, y hasta una progresión táctica había sido ensayada. Era imposible leer todas las cartas. A cierta altura, con los ojos ardiendo, me acerqué a otro escritorio sobre el cual estaba instalado un aparato de reproducción gráfica. Empecé a sacar copias. En el silencio de la

casa, el ruido de la máquina conectada me pareció el de un *caterpillar*.

¿Cuántas copias podría sacar? Me senté a ver la luz blanquecina que entraba por la claraboya. Irreal e increíble. ¿Quién iba a decirlo? Había entrado a la casa del padrino para una reunión donde hablaría en mi lengua materna con el anfitrión, y el encuentro se había convertido en una sesión de persuasión mientras que allá afuera nevaba, y había terminado por lidiar con aquella correspondencia portuguesa avanzada la noche y empezada la madrugada hasta nacer el alba. Todas aquellas cartas empiladas, provocando mi lectura compulsiva, me ataban. Había sido para eso que me habían llamado. Había sido por eso que ese hombre había regresado tan aprisa, que su mujer había convocado a esa gente aprisa, y él propio, vestido de seda, no había tenido ni siquiera tiempo de cambiarse. Parecía mentira y finalmente resultó verdad. Fue de esta manera que me acordé de Robert Peterson.

«¿Bob?». Llamé a la puerta.

Cuando bajé, Bob andaba por el corredor con una pala, diciendo que la nevada había atascado las puertas, que la carretera que iba a Washington estaba cerrada, que estábamos atrapados en la casa de su padrino. Una nevada de otoño como ninguna otra de la que se tuviera memoria había cercado la casa. Pero ya no era de mañana. Muy lejos de lo que suponía, la tarde había empezado. Comimos solos en la cocina del antiguo embajador. La pala recargada en un rincón para que Bob realizara aquella faena. Romper el hielo. Lo cual significaba que dispondría de tiempo para revisar lo leído, y leer lo que le faltaba por primera vez. Y así, en contra de todo lo supuesto, pasé ese fin de domingo reclinada sobre cartas provenientes de mi país de origen, escuchando voces que surgían de los papeles y tomaban forma de gente viva, yendo y viniendo, cruzándose todas a la vez en el vano de aquel recinto, como si ayer fuera hoy, como si hoy hubiera sido un tiempo muy remoto, como si el futuro estuviera en todo eso, y entre los tiempos pasados y los venideros no existiera intervalo. ¿Una excepción, un caso ejemplar, como había dicho el padrino? Vaya, Miss Machado, vaya allá y verá que, si busca muy bien, encontrará entre las piedras de la calle, los restos de aquella metralla. Escuchaba al padrino decir una y otra vez. Vaya allá y traiga algo bueno, algo limpio, una historia luminosa en la cual una persona se refleje. Ellos andan por

ahí diciendo lo contrario, pero recuerde que la belleza es más importante que la verdad. La belleza es el grado más elevado de la verdad. No lo olvide.

Y yo tenía casi la certeza de que algún ingrediente de aquel whiskey podría haber contribuido en el arte de las celadas.

Este episodio ocurrió a finales de noviembre de 2003.

*The Glassy House
Brookmont/On the Maryland
Side of the Potomac River.*



VIAJE AL CORAZÓN DE LA FÁBULA

I

REGRESÉ A LA CASA DE ANTÓNIO MACHADO A MEDIADOS de febrero, y al contrario de lo que a lo largo de cinco años había supuesto, al final, era bueno volver. El mismo aeropuerto del tamaño de una estación me pareció un lugar amable en donde todos los rincones me eran familiares. El taxi verde y negro con un mudo al volante no me disgustó, la avenida con los mismos árboles desnudos formados en fila me recibió bien, y si a lo largo de los últimos años yo había confirmado que la paz no es más que un grado menor en el orden de la armonía, el sosiego que de repente encontraba al regresar a los lugares pacíficos, me brindaba un confort que no esperaba. Me despedí del hombre mudo que tomó el dinero sin mirarme y bajé del taxi. Cuando estaba marcando el código de la puerta, el mudo llegó corriendo, gritando alto, para entregarme mi cámara fotográfica que había dejado olvidada en el asiento trasero. Estaba en la parte más alta de la Avenida da Guerra Peninsular, pero el encuentro con el taxista era lo que mejor me decía que la hija pródiga había llegado a casa.

Miré alrededor y ahí estaba la arcada, pintada del mismo color.



El código de la puerta también seguía siendo el mismo y, después del elevador, la puerta se abría con la misma llave. A la entrada, el baúl negro, sobre el cual se ponían las bolsas, seguía ahí como desde siempre. Sobre él dejé la mochila que traía en los hombros. La misma atmósfera inconfundible de una casa habitada por un fumador me recibió. Por cierto, el fumador no estaba, estaba segura, era miércoles. Me asomé por la puerta de la sala y lo confirmé. Atrás de la tapa redonda del secreter, no había nadie. A pesar del

fuerte olor a tabaco, al fondo de la oficina no había ninguna nebulosa ceniza. Posé la mirada en el secreter. Ahí estaba el florero de piedra donde mi padre, seguramente a mi espera, había puesto unas flores, el resto permanecía igual. Sin embargo, aquello que yo buscaba no estaba a la vista. Por lo menos algunos objetos habían cambiado de lugar.

Deambulé por la casa de António Machado.

La alfombra rala por donde destacaban algunos pedazos del entarimado era la misma, la larga mesa adornada con un cesto de fruta, igual. Las estatuillas de ojos ansiosos a las que mi padre atribuía el valor de obras patrimonio de la humanidad, continuaban perfiladas en el rincón de la mesa. Las paredes forradas de libros donde el polvo formaba capas y los insectos, nidos, estaban ahí, intactas como las había dejado. La cómoda baja sobre la cual las pipas en fila parecían adornos, era también la misma de cuando me había ido. Los utensilios para limpiar, soplar y apretar eran los mismos, y estaban acomodados de la misma manera. Hasta las cajas de tabaco, latas volteadas, de entre las cuales destacaban las Dunhill y las Dutch Mixture, tal vez fueran otras, pero parecían las mismas. Además, el mismo olor a humo impregnado, la casa entera del mismo color amarillento, manchas de nicotina acumuladas en el techo, todo de arriba abajo estaba igual. La sabiduría de António Machado posada en todos lados, su densidad, su antigüedad y su autoridad eran las mismas. Si nunca hubiera estado en las ciudades de los desiertos, quizás, tales detalles no serían importantes en el momento de mi llegada, pero yo había aprendido por allá, como nunca, que la piel de las cosas oculta la dimensión de quien las acomoda o las hace. Era por el hecho de que la piel de las cosas me condujera al corazón de los acontecimientos que algunos decían que yo podría convertirme en una reportera notable. Sí, podría. De momento la reportera había suspendido sus proyectos y había regresado a casa. A pesar de todo, no era tan malo. Sin embargo, el objeto que buscaba, y tras el cual había venido, no se encontraba a la vista, cuando yo habría jurado que, el día de mi partida, se encontraba posada en el librero, a la altura del secreter de António Machado. Era ahí que mi padre fumaba. Y en ese momento, pensé en su

tabaco.

Conocía bien las diferentes etapas.

Todo comenzaba por la combustión del fósforo sobre el hornillo. Al principio una pequeña llama recta surgía brillando entre sus manos, pero luego era tragada con un sorbo hacia adentro de la pequeña cazoleta, y el hilillo de humo empezaba a desprenderse del artefacto como si fuera un trazo ondulado. Después era que se formaba la nebulosa, y en medio de las pronunciadas espirales, la figura de mi padre se nublaba y desaparecía. Con él desaparecían el secreter, el florero de piedra, la montaña de libros, acabando por desaparecer la misma pipa. Con relación a mi padre, predecir y fumar habían sido actos contiguos, pues, desde que tuve razón de ser, era ahí, en medio de la nube gris, donde se iniciaban el análisis y la crónica, listas de palabras pequeñas que no le daban suerte a nadie, pero que ilustraban el desorden del mundo, según decía Rosie Machado. Conocía el proceso como mi propia respiración.

Era atrás de aquella tapa de madera del secreter que desde siempre se habían escrito páginas imprescindibles para la construcción del futuro, y mientras no estuvieran terminadas, la solemnidad se sentaba esperando en todos los muebles de la sala. En esa época, si era verano, Rosie se quitaba los zapatos, y si era invierno, andaba en las puntas de los zapatos, dislocándose de un lado a otro, con un dedo sobre los labios. La hija de ellos era entonces muy pequeña para comprender razones abstractas que le exigían resoluciones tan concretas. Ya que, en el tiempo de Rosie, mientras papá escribía, era necesario permanecer en silencio en todas las habitaciones de la casa. No correr, no azotar las puertas, no tocar ningún botón que produjera ruido en el espacio donde se producía el humo, eran sus imperativos. Lo sabía muy bien. Durante las horas en que él permanecía inmóvil, fumando, ocupando su trono, atizando su trinchera, Rosie me sentaba en sus piernas y dibujaba perros con tres cabezas y lenguas bífidas. Decía — *Je suis le dragon qui protège ton père de toi, little Machadiña. Voilà. Et ne dépasses pas la verrière.* El marido de Rosie entraba a la casa, dejaba el portafolios, se quitaba la

chaqueta y cruzaba la puerta de vidrio para irse a esconder en el humo, cuando la puerta todavía era demasiado pesada para que mis manos pudieran empujarla, aunque fuera un sólo centímetro. Mientras él escribía, la puerta de vidrio permanecía siempre cerrada, y yo no podía moverla, no podía cruzarla, no podía tocarla, cuando mucho, podía dejar la mancha pegajosa de mi lengua pegada en la superficie transparente, marca que Rosie Honoré Machado corría a quitar con una esponja húmeda y un trapo de lino. Pero ahora nada de eso importaba. Estaba abierta para que yo entrara. Dejé caer la última mochila al piso, me quité la gorra de visera de la cabeza. Había estado en el fragor de las batallas en Tikrit y Nayaf, y en agosto había recorrido el camino que lleva al cementerio de Wadi al-Salaam entre mujeres. Era huésped en la tierra de otros, una invasora capaz de reportear con elegancia la desgracia de los demás. Con tanta elegancia y eficacia, que había terminado por sentirme vencedora. A veces deprimida, pero vencedora. Bob Peterson me había desviado de mi ruta, yo había pensado que sería malo, muy malo y, sin embargo, para mi sorpresa, ante el secreter de tapa redonda de mi padre, yo podía decir algo como esto, si todo está en su lugar, la fotografía del Memories también ha de estar.

Necesitaba buscar con método.

Como era miércoles, día de reunión del consejo, y mi padre seguramente vendría tarde, podía muy bien dejar las mochilas tiradas sobre el baúl y la gorra tirada sobre las mochilas, que nadie las inspeccionaría con la mirada, nadie me preguntaría nada. Era bueno. Podía deambular a gusto por la casa de mi padre. Bob Peterson había dado sus instrucciones. Si António Machado tenía en casa el museo entero del que su hija a veces hablaba, ¿por qué no empezar por ahí? ¿Por qué no aprovechar el material doméstico? En ocasiones, vamos a buscar muy lejos lo que se encuentra debajo de nuestro asiento. Aprovecha bien lo que tienes en casa. *Don't look at the stars, the answer is just front of your face*, decía. Fue así como Bob me convenció, durante los días de persuasión posteriores a la nevada de noviembre de dos mil tres. Por cierto, todavía me encontraba ante la mesa repleta de fajos de

cartas, en la parte superior de la casa en Brookmont, Side of the Potomac River, y de vez en cuando, sucumbiendo a la tentación de una *Historia Despierta*, ya la fotografía del Memories se cruzaba por la cabeza. Imaginaba Lisboa, la casa de mi padre, su oficina totalmente opuesta a la del padrino de Bob, y la fotografía tomada durante una cena en agosto de setenta y cinco mezclándose con aquellas cartas como un pequeño monumento de amistad. Pero ahora era necesario tener paciencia, ya que algunos objetos habían sido cambiados de lugar y a primera vista no se notaba.

Es cierto que ahí estaban algunas de las fotografías tomadas durante los días de la revolución. Los tanques, las gorras volteadas de los militares, él abrazando a los militares, él mostrando un ejemplar de la primera edición libre de su periódico, los balcones de las instalaciones del periódico, las fotografías de la multitud, un periodista veterano con megáfono en puño sobre un tanque, los árboles cargados de gente, todo eso todavía adornaba tiras de pared y espacios delante de los libros, pero estaba todo más que visto, revisto, inútil, rebasado. Y ahí estaba António Machado y ella, Rosie Honoré, en los tiempos posteriores a la revolución, ella con una blusa de flores, él con unos lentes de aros gruesos, con aire de tortuga sabia, como decía Rosie, la *tortue savante en action mentale*, y después, ya en imágenes a colores, posteriores, el registro de cuando António Machado había estado en el Eliseu, en el Vaticano, o en la conferencia de Downing Street. Y también en Suecia, y frente al Kremlin, con un gorro de piel enfundado en la cabeza de tal forma que desaparecían sus lentes y sus orejas. Todos esos registros ocupaban diferentes portarretratos, marcos que parecían estar ahí ya no por sí mismos ni por su contenido, sino para proteger los lomos de los mismos libros. Y la misma escalera de cuatro peldaños de madera a la cual Rosie Machado solía llamar la *escalera de Jacob*, para alcanzar los mismos libros. U otros libros que eran siempre los mismos libros. Yo tenía la impresión de que todos los nuevos libros de António Machado eran iguales a sus libros anteriores. Pero en el último librero de la biblioteca todavía había unas fotografías. Trepé por la *escalera de Jacob* y arriba me quedé inventariando aquellas que mi padre había ido expulsando de los primeros niveles de la vista. O alguien lo había hecho por él. Ahí estaba. Casi tocando el techo, un portarretratos a lo largo que ceñía la imagen del grupo que yo había venido a buscar.



Limpié la capa de polvo que se había acumulado en el vidrio y en el marco laqueado. Me senté en el último peldaño de la *escalera de Jacob*. Era un excelente reencuentro. En la fotografía del *Memories*, António Machado ocupaba el primer plano izquierdo de un grupo de varios, y Rosie Honoré, sentada a la derecha, se ubicaba en un plano intermedio en el rincón opuesto de la mesa. Ahí estaban los dos, separados por la misma mesa. Recordaba lo que solían decir. Éramos las gárgolas de ellos, decía ella. No, las gárgolas de ellos eran los poetas, decía él. Yo conocía la fotografía desde siempre, y creía reproducirla con precisión, pero al final de cuentas había conservado un recuerdo imperfecto. Tenía grabadas manchas en vez de rostros, y no me acordaba ni de la mesa. Ahora lo que me sorprendía era la nitidez de los contornos. Las facciones de los retratados emergían, debajo del vidrio, remarcadas bajo el intenso efecto de la luz. Un contraste blanco-negro profundo resaltaba relieves y sombras que yo no había registrado. El propio movimiento y la destreza resultante de la composición del grupo me sorprendían. No me acordaba bien de la dinámica del grupo, aunque supiera que había sido la mano de Tião Dolores, un fotógrafo cercano a papá, quien había dirigido el foco de luz y preparado el click remoto. Me tardé examinando el conjunto. Era perfecto. En cierta ocasión, allá en 2020 M Street, Bob Peterson había dicho que sería muy productivo si yo contara con una fotografía donde estuvieran reunidos los principales participantes en el golpe, tomada, si fuera posible, el mismo día, lo cual significaba que el ahijado reconocía *Gan do la*, pero desconocía la realidad. Que yo supiera, de esos días, no existían fotografías que los reunieran a todos, ni siquiera a algunos de los principales. Empero, aquella fotografía de grupo reproducía la imagen de algunos de ellos, en pleno estado de apoteosis.

Yo conocía a la mayor parte de los sublevados que ahí se encontraban, sabía que, en el reverso de la fotografía, formato veinte por treinta, había algo escrito por la mano de Rosie Honoré, aunque no me acordara de los detalles, también sabía que incluía un relieve dibujado de los fotografiados, sus nombres, o motes domésticos, sus *petits noms*, como decía ella, y ahora toda esa memoria vaga se confirmaba. Qué curioso. Cuando se viaja por el desierto, y todo lo que se mueve adquiere un significado, se da uno cuenta que

los objetos poseen un alma que se expresa a sí misma. Pero en aquel caso no sólo el objeto hablaba por sí, sino que, para explicarlo, había algo escrito. Una inscripción detallada. Era lo que yo pensaba, sentada en lo alto de la *escalera de Jacob*. Ahí estaban el Oficial de Bronce, del pueblo para el pueblo, como más o menos había dicho el padrino de Bob, y Charlie 8, el que había muerto siendo todavía un niño, según él mismo, y El Campeador, *the biggest red oak*, como también había dicho el padrino. Todo escrito por la mano de Rosie Honoré, suponía yo, cuando ella todavía no usaba el apellido Machado. Bajo el reflejo de las figuras, que ella misma por cierto había dibujado, se podía leer con errores de portugués: *Oferecida por Tião Dolores, em homenagem a um jantar memorável. Prise no Memories, o 21 de agosto de 1975, tendo sido todos muito felizes. E nous, lá estavamos*. Eran las letras redondas de Rosie Honoré. Y de izquierda a derecha, seguían los números y respectivos nombres de cariño, agregados, formas que Rosie usaba para evitar llamar las cosas y a las personas por sus nombres propios. Como decía António Machado, Rosie Honoré no vivía en el teatro del mundo, vivía en el mundo del teatro, y eso se notaba, sin que fuera necesario montar un escenario. Es decir, bastaba hablar con Rosie.

Pero lo importante es que ninguna de aquellas figuras vestía ropa formal, la fotografía reproducía personajes oficiales disfrutando un momento de descanso. *The Waking History*. Charlie 8 aparecía sentado, replegado, de cierta manera empujado sobre su izquierda, por el brazo de Salamida, y sostenía una botella que parecía ofrecer a los ojos de alguien muy próximo que estuviera frente a él. Como si quisiera decir, vean cómo me transformo en una persona común, bebiendo entre amigos como cualquiera. Atrás, arriba de su cabeza, tres barbones, tres jóvenes de cabellos largos, desgreñados, dos de ellos levantaban sus vasos, el tercero, el menos barbón, sostenía en la mano un arma, apuntando al rostro de quien mirara. Era el Cui. A partir de la *escalera de Jacob*, yo hacía un esfuerzo para recordar lo que decía Rosie Machado sobre el arma empuñada por el Cui. Podía jurar que el arma era inofensiva, una pistola de juguete, un objeto de plástico que sólo producía un sonido de matraca que daría risa, una pistola de carnaval, y contrariaba a quien dijera lo contrario. Del lado opuesto, el cocinero del Memories, con toca blanca y tridente, era sin duda la figura más vistosa, apretado entre Tião, el fotógrafo, y El Campeador, el mayor roble rojo, según el padrino. Lo confirmaba, ahí

estaba el grupo tal como lo había guardado en la memoria. Entonces bajé de la escalera, la acomodé, junté mis objetos de viaje y me encerré de prisa en la recámara. Ahora sí, *That's it, I got it now*, tendría que decirle a Bob.

Cerré la puerta. Era mi cuarto, con el mismo librero, el mismo cartel del Théâtre du Feu, la misma mesa alineada.

No había duda, tendría que apoyarme en la fotografía del Memories, estaba segura de que había hecho mi descubrimiento. No sólo la fotografía en sí era de buena calidad, sino también la silueta de las figuras y la inscripción de Rosie Honoré confirmaban el carácter plástico de aquel documento, desde varios ángulos, excepcional. Según António Machado, nunca había sido reproducida. Y conocía las circunstancias en las que había sido obsequiada a mi padre para que la guardara como recuerdo de una noche memorable, según había escuchado contar cuando era niña. En ocasiones, papá les enseñaba la fotografía a sus amigos, y se quedaban un rato evocando los momentos que habían pasado juntos. Además, había sido por esos días que Rosie Honoré decidió seguir viviendo en Lisboa. Como nunca se habían casado, ésa era su fotografía de boda. Tal vez esa dimensión doméstica hubiera borrado las otras señales que de ella se desprendían, pero lo que la hacía relevante era la dimensión testimonial de un momento ocurrido a espaldas de la historia, y era sólo ese aspecto que me interesaba. Recordaba a Rosie Honoré y a António Machado tomar la fotografía para hablar de los objetos esparcidos sobre la mesa fotografiada como si fueran personajes vivos que pudieran salir del marco y caminar por la casa. Y, de hecho, los objetos no, pero al menos algunos de los fotografiados habían caminado por la casa. Me acordaba de dos figuras sentadas aquí y ahí. Cuando dos o tres contemplaban la fotografía y discutían o permanecían pensativos. La botella de Charlie, la pistola empuñada por el Cui, las langostas al vapor puestas en varios de los platos, la cacerola tapada y con una enorme asa, que estaba al frente del pecho de Salamida, eran elementos de evocación. Y se quedaban mirando las langostas

y la cacerola tapaba como si fueran objetos de culto. Personalmente, lo que me interesaba, ahora que había retirado la fotografía del portarretratos y la examinaba pieza por pieza, eran los rostros de aquellos hombres y de las dos mujeres que integraban el grupo.

Porque además de Rosie, había otra mujer, la poeta Ingrid. Era curioso que en la inscripción del reverso de la fotografía la poeta no hubiera merecido un apodo, y sin embargo lo tenía y bien expresivo. En nuestra casa era conocida como Varita Mágica. Tampoco su compañero, Pontais, había merecido un sobrenombre. Pontais, al reverso de la fotografía era simplemente Francisco Pontais, *tout court*. También Nunes era tratado solamente con el nombre de cocinero, el jefe Nunes. Pero un mayor, a quien yo conocía por habernos encontrado algunas veces cuando llevábamos a pasear al perro al parque, y que en la fotografía había salido de lado, riéndose con el mantel, aparecía con el nombre de mayor Umbela. Hice una lista ordenada y pensé que, en tal situación, debía superar las diferencias que nos enfrentaban desde hace mucho, y consultar con mi padre. Pondría la fotografía desmontada sobre la mesa de la sala y lo confrontaría con la atribución que me había sido dada. António Machado podría perfectamente proporcionarme algunos datos que me faltaban. Al contrario del primer impulso, que había sido el de proteger mi hallazgo, pensé en exhibirlo y pedir su consejo. Rápidamente reculé. Todo lo que ganaría en información, lo perdería en espontaneidad y autoría.

Conocía bien a mi padre. A la más pequeña información que le pidiera sobre el caso, él volcaría sobre la mesa de la sala dos librerías completas, me proporcionaría una montaña de notas, buscaría en un cajón repleto de fotografías, procediendo a su anotación hasta la madrugada, y sobre mí lloverían recomendaciones, contactos, direcciones postales, disponibilidades para ir, llamar, conseguir, preguntar, manejar y mostrar en el terreno si fuera necesario. En menos que nada, António Machado ahogaría a su hija en posibilidades de reuniones con figuras que en un tiempo había conocido, asociándoles figuras actuales que interpretaban los hechos, y su saber y experiencia sobrevolarían sobre mi trabajo como una nube, un cúmulo ominoso, presidiendo toda y cualquier diligencia con su propia música de fondo dirigiendo la cadencia de su propio compás. Era necesario no alimentar ilusiones. Jamás António Machado podría disimular el exceso de testimonio y de autoría que cargaba con él. El exceso de compañerismo que lo hacía

ponerse al lado de los que sufrían reveses. Ahí mismo en frente, colgado en una tira de pared, el desahogo premonitorio del argelino Tahar Djaout parecía haberse transformado en credo. Entretanto, había sido asesinado el argelino, y tamaña barbaridad ponía a mi padre en estado de alerta, incluso viviendo en paz y siendo libre de publicar todo lo que se le viniera a la cabeza. Pero ahí estaba expuesto el testamento del poeta magrebí, transformado en epígrafe y traducido al portugués para que no perdiera un átomo de su sentido, agregando a la mano de alguien *e nós também*.

*Silêncio é morte
e tu, se te calas
morres, e nós também
e se falas
morres, e nós também
então diz e morre. E nós também.*

No, no podía intercambiar impresiones con mi padre.

Qué bueno que había llegado un miércoles, que había encontrado la fotografía del Memories, que la había quitado de su lugar y guardado para poder trabajar con ella libremente durante los días siguientes. Un sentimiento de triunfo me invadía cuando menos lo esperaba. Una sensación de armonía, la misma que sentía durante los reportajes, cuando me traían al intérprete idóneo, y de inmediato a la primera el muchacho, que apenas conocía cien palabras en inglés, me llevaba al lugar exacto, para hablar con la persona adecuada. Hay una estupidez inherente a las cosas, así como también hay una sabiduría, y esa realidad bipolar a veces nos muestra la cara izquierda y a veces nos muestra la otra cara. Al llegar, la fotografía del Memories se me presentaba mostrando su cara clara. Siendo así, ni siquiera hablaría de la foto con António Machado. La iba a guardar, él ni cuenta se daría de su falta, estaba tan arriba, amontonada con otras, cerca del techo, expulsada de la mirada viva del presente, relegada ya al sitio inactivo de la basura o al del recuento. De

verdad podría determinar los años durante los cuales ni mi padre ni cualquier otra persona la había tocado, gracias al espesor de la capa de polvo que yo misma había retirado con un *kleenex* y la manga de mi chaqueta. Había sido necesario sacudir la manga. ¿Tal vez cinco o diez años? ¿O desde el principio del verano en que Rosie Honoré Machado se había ido para siempre? ¿Estaría confundida con los tiempos? En ese caso, serían dieciséis años. Aprendí en el desierto que en el polvo se encuentran escritos libros enteros. Un día, en la carretera para Nayaf, un viejo árabe nos dijo, por medio de nuestro intérprete, que toda la vida pasada y la vida futura se encontraban escritas en el polvo. O por lo menos uno de aquellos muchachitos que llevábamos con nosotros, pagando su peso en oro, así lo tradujo. Pero yo no quería abusar de la lectura del polvo que había encontrado en la casa de mi padre. Eran las diez de la noche, tal vez António Machado no tardara en regresar de su trabajo.

Me senté en el sofá de la sala y me dispuse a dormir.

Cuando desperté, mi padre estaba parado frente a mí, a pasos de distancia, tenía un portafolios en la mano y todavía tenía puesto el saco. Hubiera jurado que me miraba. Y después de darme un rápido abrazo de reencuentro con mi cuerpecito, me di cuenta de que su mejilla estaba roja y un poco húmeda. Señalé su portafolios redondo, abarrotado de papeles. Mucho trabajo, ¿no? El mundo no se detiene, el mundo no se detiene, qué fastidio. Dije lo que él solía decirme. Sí, algo de trabajo, hizo un gesto mi padre, riendo, como si hubiera acabado de empeñarse a favor de algún trabajo arduo, por cierto, un texto muy difícil que lo hubiera extenuado. «¡Un fastidio! Creí que nunca me iban a dejar en paz». Dijo mi padre. «Me obligaron a decirles que habías llegado y que me urgía verte. Hacía tanto tiempo, ¿no?». Permaneció callado por un instante. Después, agregó: «Ana Maria, te puedes quedar el tiempo que quieras, esta casa es sólo tuya, como sabes». Y se rascó la barba grisácea. Eso significaba que lo que me quería decir era: *Ahora vivo solo. O entonces: Como sabía que venías, corrí a la persona que estaba viviendo aquí conmigo. Ya no me interesaba esa persona.* Conocía los hábitos de mi padre, escuchaba palabras

que él no decía, sabía muy bien cuál era el tipo de inquilinas que lo acompañaban.

Sin embargo, António Machado no me preguntó a qué venía, ni por cuánto tiempo, ni cómo, ni dónde. Se limitó a mirar alternativamente hacia mi persona y hacia los cuadros de la pared, y me di cuenta de que entre nosotros podría ser negociada una especie de tregua. Para ser más precisa, en aquel instante nos unía un sentimiento que podría llamarse deseo recíproco de establecer tácitamente un entendimiento mudo. Sentados, diciéndonos palabras vagas, riendo uno con el otro, se deslizaba sobre nosotros un tipo de paz. Era el 15 de febrero de dos mil cuatro.

Nuestro encuentro ocurrió hace seis años.



II

EN LA TARDE DEL DÍA SIGUIENTE, CUANDO SALÍ A LA CALLE, ya llevaba conmigo la fotografía del Memories. Y la calle era la misma calle. O al menos era así como yo deseaba que fuera. La Avenida da Guerra Peninsular conservaba el mismo tránsito intenso, a la mitad del trayecto encontraba el mismo monumento en piedra lioz, representando un águila volando sobre la amenaza de unas espadas, y allá en el fondo, se encontraba el mismo café de los cines donde había acordado esperar a los que fueron por un tiempo mis compañeros de la facultad. Pero no fue así. Cuando llegué al lugar acordado, ya ambos estaban allá: se levantaron al verme, nos abrazamos, Margarida Lota y Miguel Ângelo eran los mismos, conservaban las mismas expresiones de carácter. Nosotros preferíamos inventar grandes diferencias, pensábamos que habíamos crecido nos medíamos recíprocamente como los más altos y más ágiles. Durante un instante, la alegría de reencontrarnos nos tornó frívolos y escandalosos. Indiferentes a la sala bien poblada, hablábamos en voz alta sobre el tiempo que hacía aquí y allá, sobre las diferencias en la vida cotidiana, una especie de introducción necesaria para el convenio que tendríamos que negociar. Discutíamos cuáles medios le corresponderían a cada uno, cómo concentrar recursos, cómo utilizar el jeep de Miguel Ângelo. Establecíamos coordenadas de temas y asuntos.

«¿Dos meses, de acuerdo? Muchas gracias por haberte acordado de nosotros».

«Tú te encargas de la agenda. ¿Qué es lo que ya está agendado?».

Yo los miraba alternativamente y pensaba en aquello que me parecía ser el desperdicio de sus vidas.

Me acordaba de habernos despedido cinco años atrás, ellos se quedaban

sin ninguna perspectiva, yo iba a una estancia de estudios de la CBS. Me acordaba de que alguien había dicho que no había sido yo quien había concursado, sino Machadiña, la hija de António Machado. Empleaban mi nombre de niña siempre que querían ponerme bajo la influencia de mi padre, y aunque sin fundamento, tenían derecho a la sospecha. Margarida Lota, que se encontraba frente a mí, había sido la mejor alumna de la carrera, muy superior a Miguel Ângelo, el segundo, siendo yo la tercera de la lista. A pesar de esa diferencia en la escala, habíamos sido muy unidos. Éramos los tres románticos del grupo. Los tres queríamos ser reporteros de guerra, los tres corríamos por las calles y avenidas cuando había cualquier agitación, soñando con el reportaje de los grandes conflictos. Avenida 24 de Julho. ¿Dónde había habido un disparo? ¿Unas pedradas? ¿Un asalto a mano armada? Kosovo, Oriente Medio y Afganistán. Las imágenes que tanto nos excitaban, nuestro objetivo. Sobre esas guerras, Margarida Lota, tan llamativa y versátil que la llamábamos anémona, relataba hechos de batallas que habían sucedido por allá, algunos de ellos tan detalladamente trágicos que ningún profesor los conocía, y a mitad del salón, se emocionaba con su propio relato. Miguel Ângelo dominaba la teoría y hacía interpretaciones a veces parecidas a la audacia futuroológica del mismo António Machado, cuya crónica comentaba los lunes. Era un descarado que finalmente yo los hubiera superado, pero era todavía más descarado que ellos lo atribuyeran al apoyo de mi padre, cuando todo mis logros habían sido contra su voluntad. Él pensaba que yo sería bilingüe inclinándome al francés, yo rechazaba la lengua de una madre que se había ido, una lengua a la que llamaba “belgués”, y por eso había estudiado, con una disciplina ácida y férrea en el Instituto Americano. Cuánto más remoto y diferente el idioma, mejor. No quería ir al Reino Unido, quería ir a América del Norte. Todo contra él. Él quería que me limitara a la prensa escrita, el lugar de la inteligencia, y yo había preparado una serie de reportajes videograbados sobre las peleas de perros *pitbull* que me abriría las puertas para la beca de estudios. En el video que había enviado, la pelea de las fieras era observada por niños, de principio a fin, y no se veía un único adulto. Así habían sido las cosas. La beca fue obra de los *pitbulls*. Sin embargo, entre nosotros, que estábamos ahí hablando, emocionados, como si fura ante un público, apenas se había registrado una pequeña diferencia entre los objetos en video, lo que no significaba desavenencia alguna, era simplemente un enfoque preciso en el lugar exacto. El diablo se había levantado y yo me había

sentado. He aquí la suerte. Era ésa la diferencia. Entonces yo había ido a una estancia con Bob Peterson, y había sucedido todo lo que siguió, mientras que ellos, durante cinco años, no habían hecho otra cosa que reportear bodas, nacimientos, bautizos, reuniones con personas acomodadas alrededor de mesas y pompas, y el único trabajo cuya pertinencia había escalado más alto que esos relatos sobre la espuma de las galas había sido un *dossier* en cinco capítulos sobre el suicidio por amor entre adolescentes, pero les fue mal. La interpretación era seria, los relatos eran verídicos, pero habían sido procesados legalmente y habían perdido. Después de esa tragedia, volvieron a la cobertura de bodas, colas de vestidos y velos arrastrándose entre atrios y piscinas. *Lota & Angelo*, asociados. Ella y él se sentían avergonzados por eso, me lo habían dicho por teléfono, agradecidos porque me hubiera acordado de su existencia. Pero ahora, que ya nos habíamos puesto de acuerdo en los pasos a dar, sentíamos tanta alegría por reencontrarnos, que les pedí que nunca más, pero nunca más, me volvieran a llamar Machadiña.

«No era necesario que nos lo pidieras, ya lo sabíamos».

Dijo Lota, revistiéndome con una mirada de anémona.

Miguel Ângelo acrecentaba humor a la solicitud. «¿Ya viste? Yo no puedo decir lo mismo. No hay un nivel superior al de mi nombre. Cualquier alteración significaría demérito».

Y se reía de sí mismo.

A pesar de todo, mi antiguo colega se había adaptado a las circunstancias. Según sus propias palabras, se había convertido, no pervertido. Aprovechaba su elevada altura para trabajar como operador de sonido e imagen, y no se sentía mal al hacerlo, se consideraba un poste ambulante con un ojo mágico al hombro, y hasta lo disfrutaba. Decía que le gustaba ver el mundo a través de un ojo que él mismo dirigía, transformando lo que existía en aquello que él deseaba que fuera. Decía que cuando manejaba aquel juguete, se olvidaba de todo. Escogiendo este o aquel ángulo a su gusto, era un señor. Una vez que el mundo se le ofrecía de determinada forma, él rechazaba lo que se le antojara, modelaba como quería, superaba lo que la realidad le proporcionaba. Las novias, en particular, apreciaban su trabajo, las madres parecían más jóvenes, ellas más hermosas, los padrinos con menos panza, y los espacios, donde a veces hasta había basura volando, quedaban de sueño. «Tienes que ponerte de

acuerdo conmigo». Dijo Miguel Ângelo. «Así es, así es, Ana Maria. Con ese juguete en las manos, todo es posible, si me das un héroe, te regreso un monstruo. O al contrario».

«Ni una cosa ni otra. Vas a emplear un registro neutro, es para eso que te pagan, nada más».

«Eso es lo que tú dices. Tranquila que nadie quiere un espejo en registro puro, ni tú misma lo quieres. A mí no me engañas».

Fue entonces que retiré los vasos y las tazas, deshice el paquete que llevaba conmigo, y puse sobre la mesa el portarretratos laqueado. Acto seguido, mis colegas se inclinaron sobre la fotografía del Memories con la diligencia de aficionados inseguros sobre un examen, y sin que yo se los pidiera, empezaron a identificar las figuras una a una. Había rostros que ellos reconocían. Por cierto, Margarida conocía a algunos, aunque toda su información al respecto fuera demasiado reciente. Miguel Ângelo conocía algunos episodios, pero vivía el tema a distancia, se trataba de un asunto demasiado anclado en el pasado para abordarlo con entusiasmo. Por lo pronto, ambos intentaban dar nombre a los rostros con diligencia, ya habían volteado el cuadro, encontrado las inscripciones y había empezado a discutir sobre este o aquel detalle. «No nos digas nada, queremos descubrirlo por nosotros mismos». Decía Margarida Lota, concentrada en la tarea. Inclinados sobre la mesa, mis colegas hacían su examen de admisión al universo que les había sido propuesto.

No me admiraba que así fuera.

En ese entonces, ellos no habían visitado los portales sagrados de la mano de sus padres. No habían ido en grupo a los puestos de flores con la regularidad con la que se iba al Jardín Zoológico y al Planetario. No habían hecho peregrinaciones cíclicas hasta los portones con agujeros de balas, ni observado las ramas de los árboles donde supuestamente los populares se habían encaramado para presenciar la caída de un régimen de medio siglo, que se deshacía a pedazos en el transcurso de una tardecita lluviosa. A finales del

mes de abril de cada año, mis colegas no habían bajado la Avenida da Liberdade entre la gente que venía de los campos con espigas en los sombreros, gritando al mismo tiempo las mismas consignas y levantando los puños en el aire como si quisieran con ellos franquear las puertas del cielo. Sus padres no les habían puesto flores en los cabellos, no habían ofrecido a sus hijos, así adornados, a los fotógrafos que pasaban para que enviaran la imagen de la alegría portuguesa a las agencias extranjeras. Mi padre, sí. En esos días de festejo, él me llevaba en hombros, elevándome arriba de su cabeza, para que yo viera el mar de gente que bajaba por la avenida, y así jamás me olvidara de que yo era parte de ese pueblo, otrora esclavo. De esos paseos en hombros de mi padre, me acordaba muy bien, pero yo sabía que mis colegas no podrían acordarse de nada parecido. Conocía su vida, sabía que no habían formado parte de aquella romería extravagante a la que habíamos asistido sólo algunos de nosotros. Todavía ahora, que Margarida y Miguel Ângelo se habían embebido del tema, ninguno de ellos era capaz de identificar al fotógrafo Sebastião Alves, conocido como Tião Dolores, ni tampoco a los poetas Ingrid y Francisco Pontais. Margarida ya tenía gran parte de la documentación, y sin embargo desconocía, por ejemplo, que bastaría que se levantara de la silla y mirara hacia el frente, sólo eso, para que se encontrara con la vía pública por donde la columna comandada por Charlie 8 había pasado rugiendo a lo largo de toda la avenida, en la célebre madrugada, camino al Terreiro do Paço. Mis colegas estaban prendidos a mis palabras. «¿Ellos pasaron por aquí, aquella madrugada?», preguntó Lota, levantándose y permaneciendo de pie, incrédula, mirando hacia Avenida da República. Claro que habían pasado, por algún lugar tendrían que pasar, un convoy de camiones no podría haber volado prácticamente por los aires. Miguel Ângelo era quien no se había levantado de la silla para ver una avenida que conocía desde siempre, simplemente porque nunca se había dado a la tarea de imaginar los diferentes recorridos que habían sido hechos en el transcurso de aquella noche. Pero Margarida sí, la anémona miraba hacia los tejados de los edificios de en frente como si los estuviera viendo por primera vez. Muchos de ellos habían presenciado, esa madrugada, el paso de la columna cuyo código había sido Charlie 8. En la inscripción de la fotografía, sin embargo, ése era el nombre de su comandante, descubría Lota, estudiando al mismo tiempo las facciones de aquellos hombres, cuyos rasgos ella encontraba muy próximos a los de la etnia kurda y afgana. Tan anti-guos, sus rostros. Era

evidente que Miguel Ângelo y Margarida Lota sabían muy poco del mundo.

Pero eso no importaba.

Mis colegas tenían el perfil adecuado justamente por saber poco. Servían para desempeñar el papel de nuestros destinatarios anticipados, según el método de Bob Peterson. Incorporar la supuesta inocencia del destinatario en la elaboración del episodio de recomposición era un procedimiento esencial de nuestro trabajo. Echar mano de un poco de ignorancia en el reportaje, incluso en el documental, sería uno de los ingredientes indispensables para lograr la ilusión de la verdad, o hasta la verdad misma. No dejaba de ser ése el caso. Ahí estaban los dos, casi ignorantes de la realidad, fascinados por el pavimento de la avenida que corría ante ellos, donde imaginaban ver girar las pesadas ruedas de los vehículos militares, pero en especial fascinados por la fotografía del Memories, pues algunos de los actores reales se encontraban en la imagen que pasaba de mano a mano, aunque Lota y Ângelo se expresaran sobre el asunto de forma muy diferente. Mis colegas identificaban a El campeador, el Bronce, Charlie 8, Umbela, António Machado y, en el lado opuesto, a Rosie Honoré. El cocinero de cofia fluorescente metida en la cabeza, Salamida, de brazos abiertos a la izquierda, o los tres barbones despeinados, uno de ellos empuñando un arma, ésos, no les decían nada. No sabían quiénes eran ni tenían por qué saberlo. ¿Ingrid y Francisco Pontais? Jamás había oído hablar de tales individuos. Pero el que les parecía más gracioso era el tirador. ¿A quién estaría amenazando? ¿A la cámara fotográfica que estaba parada justo frente a él? ¡Oh! ¡Qué tiempos, pero qué tiempos tan graciosos, aquellos! Fue entonces que creí que había llegado el momento de mostrarles cómo la fotografía del Memories iba a ser nuestro punto de partida, y tal vez nuestra meta. Nuestro concepto base. *In the beginning there must be a shining seed*, en palabras de Bob. Aquellos rostros singulares, *the seed*.

Muy rápidos, mis colegas voltearon la fotografía y revisaron el espejo de cada rostro dibujado en el reverso con las respectivas inscripciones hechas a mano por Rosie Honoré. Perfecto. Seguíamos en el café de los cines, lleno de gente a esa hora de la tarde; sin embargo, Margarida Lota continuaba hablando

como si estuviéramos solos. Perfecto, porque ella lograba anticipar la imagen final a través de la magnífica propuesta gráfica obtenida por el espejo creado por Rosie. Una alternancia entre los rostros y sus espejos. Pero mi colega solo no era una persona versátil: había sido la mejor alumna del grupo, y quiso saber cuáles eran las cuatro preguntas. Las puse sobre la mesa.

¿Dónde estaban?

¿Qué fue lo que sintieron en aquel momento?

¿Qué balance hacen ahora, después de treinta años?

¿Cuál es la mejor imagen que conservan de todo lo que pasó?

Margarida Lota tomó nota de las cuatro cuestiones, pero Miguel Ângelo le advirtió: «No repitas la misma pregunta, esas ya las oímos mil veces. Para tanta originalidad, no era necesario haberlas traído de Estados Unidos». Y fingía intimidarme: «Además, falta la pregunta principal que se debe formular a esta clase de personas. *¿Y usted, qué ganó con eso?* O sea que son cinco preguntas, no cuatro».

Y qué bueno que fuera así. Nos hacía falta la cautela de nuestro antiguo colega, el segundo del grupo y ahora operador de sonido e imagen. Bob había dicho que la pareja sería perfecta ya que haría falta, en la grabación para un documental, que existiera alguien cercano que escupiera las cáscaras. Se debe introducir en el ambiente de nuestro trabajo el espíritu del escupidor o el espíritu de escoba que va barriendo por delante, antes de que venga el camión de limpia y levante lo que sirve y lo que no sirve. Era así como nos instruía Robert Peterson. Y de verdad, Miguel Ângelo, como si fuera una de esas figuras que Bob ideaba, escoba y escupidor, comentó: «Y hay otra cosa, en esta ciudad nunca hubo ningún Memories, que yo sepa. ¿No hay en todo esto una idea falsa?». El operador de sonido e imagen parecía haber ganado una batalla. Él sabía de varios Memories esparcidos por todo el mundo, desde Asia hasta Sudamérica, lo sabía por obligación del oficio, pero estaba seguro de que nunca había existido un restaurante con ese nombre en Lisboa, y por esa razón me miraba desconfiado.

Entonces era necesario decir que sí, que para esa gente había existido un restaurante al que llamaban Memories, que cuando yo era pequeña también ido ahí varias veces, cuando sólo unos cuantos se referían al lugar de esa manera,

expliqué. De tal suerte que aún ahora yo sería capaz de ir allá, de ojos cerrados. Luego, envolví la fotografía en la tela que la protegía, la metí en la mochila y les advertí a mis colegas que, durante el trayecto que íbamos a recorrer juntos, yo jamás había estado en el Memories ni conocía a ninguna de esas personas, nunca había sido la Machadiña, no era la hija de António Machado, y sólo era la tercera entre los tres, nada más. Les pedí que ratificaran el acuerdo. Lo ratificaron. Sin embargo, ninguno de nosotros se quería levantar. Allá afuera la noche caía más temprano que la misma tarde. Las luces encendidas antes del oscurecer les daban a las calles un aire de festividad mansa que nos hacía prolongar el encuentro. Ante la dificultad que sentíamos en separarnos, y en medio de la animación que ahí se vivía, Miguel Ângelo se mostró práctico y me pidió que desempaquetara de nuevo la fotografía, extendió una hoja blanca sobre la mesa y copió abreviando el esquema que Rosie Honoré había trazado en la cartulina que estaba pegada al reverso. Dibujó unos trazos firmes, letras precisas, pequeñas, a media que iba haciendo comentarios muy personales. Dibujó para entregarle el esquema a Margarida Lota, así ella no se perdería en las búsquedas que estaba haciendo, ya hacía casi dos meses.

Era sólo para facilitarle la vida.

Dibujó el esquema de los rostros y les puso nombres, copió el elenco completo a un lado, así como la inscripción de que se trataba de la cena en el Memories, la fecha del 21 de agosto de 1975, y agregó el mensaje personal de Rosié Honoré. *Tendo sido todos nous muito felices. E nous, lá estavamos.* Esta es la mesa.



III

ME DIRIGÍ HACIA LAS CALLES QUE LLEVABAN AL ANTIGUO Memories.

Pasé por el mismo parque, la misma superficie de césped, el mismo león conducido por la rienda en la mano del mismo Marqués, expuestos allá en lo alto de la misma piedra. Una alegría inexplicable me empujaba Avenida da Liberdade abajo, y pasando bajo los mismos árboles, tenía la sensación de que llegaba al encuentro de algo gemelo que injustamente, durante años, había evitado. Un cierto remordimiento me jalaba todavía más rápido, hacia abajo, siempre hasta allá abajo, adonde giraría a la izquierda, hasta encontrarme en la calle estrecha del antiguo restaurante. No me equivoqué. Ahí estaban los mismos escaparates, las mismas puertas, los mismos acuarios con los mismos animales arrancados del mar moviendo sus antenas con lentitud vegetal, la misma barra, el mismo panel, aunque con otros colores, otros hombres y otros muchachos. Yo quería encontrarme con el jefe Nunes, casualmente el restaurante a esa hora todavía no había recibido clientes, y ya que se trataba de la CBS, la estación de donde provenía el *Sessenta Minutos*, sería sólo una cuestión de esperar. El jefe Nunes ya venía.

Y vino.

El jefe Nunes vino y era el mismo hombre que había conocido. Al principio todavía hubo de su parte un atisbo de reconocimiento, el cocinero semi cerró

los ojos, me miró como si enviara el recuerdo muy lejos, pero en seguida ese efecto de sorpresa pasó. Ante él, yo era apenas la colaboradora de un tipo lejano llamado Robert Peterson, según se leía en la tarjeta que le mostraba. ¿Cómo podría reconocerme? Se sentó, me senté. Confirmaba. Nunes era un hombre que ya bordeaba la jubilación, aunque viviendo entre comidas había sabido defenderse de la materia prima de su trabajo, se conservaba delgado. La gran diferencia se registraba en la cantidad de cabello. Veintiocho años atrás, cuando habían tomado la fotografía, él tenía la cabeza totalmente cubierta por la cofia, y ahora, sin ese resguardo, la cabeza del Jefe mostraba una calvicie profunda. Por lo demás, la misma risa, los mismos ojos oscuros, el mismo toque de malicia con la cual en la fotografía hacía del tridente de cocina una espada. Y de repente, el jefe Nunes, cuando le dije que parecía demasiado joven para jubilarse, empezó a decir que no se quejaba de su apariencia, ni de sus colegas, ni de los patrones, no había nada en su vida de lo que pudiera lamentarse. «Soy una persona con suerte. Muchos de los jefes de mi edad se quejan de que, cuando la edad avanza, los sustitutos los humillan, poniéndoles sobre la plancha cebollas y papas para pelar. A mí, no. Aquí, en el restaurante, siempre fui tratado con dignidad...». El jefe Nunes parecía feliz de poder mostrar su satisfacción con la vida, contando que estaba reservada para él la preparación de los centollos, incluso lo llamaban el rey de los centollos, aunque también preparaba langostinos y langostas con enorme placer. Además, se enorgullecía de haber visto pasar por sus manos una gran parte de los animales del mar. Si había en el otro mundo un santo llamado Neptuno que contabilizara esos estragos, como constaba que había, cuando muriera, seguramente iba a ser condenado eternamente al infierno marino. Y el jefe Nunes se disponía a describir a peces y crustáceos, desde el momento de su captura en las aguas hasta el de su entrada a la mesa, pasando por la cacerola donde los sumergía y volteaba con su arpón, cuando interrumpió esa evocación para hablar de los clientes en ese proceso. ¿Y qué decir de los clientes? ¡Ah! El gusto mórbido de algunos clientes que adoraban imaginar a los animales que veían moviéndose vivos en los acuarios ser aquellos que en unos minutos estarían extendidos en sus platos. Se paraban frente a los acuarios y decían, ése de ahí, y esperaban el momento de trincharlo. Y otros detalles parecidos. El jefe Nunes podía hablar a gusto porque era temprano y el restaurante continuaba vacío. Entonces le pregunté si había notado alguna diferencia entre los clientes de antes y de después de la revolución.

El jefe Nunes se quedó pasmado.

«Ninguna diferencia. Para nosotros, no hubo un antes y un después. Sólo cambiaron los rostros. Unos clientes desaparecieron para siempre, otros llegaban por primera vez, pero tanto unos como otros nos daban exactamente el mismo trabajo. Como ahora, las opciones son las mismas. A unos les gustaban los animales casi crudos y sin ningún condimento, a otros les gusta la carne del animal bien cocida y bañada en salsas. Aparte de esa diferencia, los clientes se parecen, el dinero que paga las cuentas es el que proviene de diferentes carteras. Y la persona sabe que el dinero que va a dar a la cartera, pasa por procesos distintos. Pero a partir de ahí, mejor me callo, no me consta, soy simplemente un cocinero».

«Pero había quien conociera este restaurante como el Memories, ¿no es cierto?».

«Sí, sí. Era un nombre en clave». Dijo el Jefe, deleitándose. «Todo empezó con las conspiraciones de setenta y dos, y después se prolongó, se fue prolongando. Y esos tipos seguían diciéndole Memories ya cuando la revolución había pasado hacía un buen par de años. Cuando ya toda la gente podía escribir lo que pensaba en donde pudiera, papel o pared, a veces frases incluso bien vulgares, y todavía se comportaban como si estuvieran huyendo de la policía. Se habían quedado con la costumbre de las claves, las siglas y los enigmas. Venían a la barra y decían: Jefe, hoy, si viene alguien y dice buenas noches, y aún es de día, respóndale que estamos listos para la cobardía. Y otras expresiones parecidas, que en general rimaban. *Día con cobardía, lote con monigote*. Eran buenos tiempos, buenos tiempos». Dijo el Jefe, feliz como antiguamente, verboso, flaquito.

«Pero para usted, ¿Qué buenos tiempos fueron esos tiempos? ¿Fue antes, después, o es indistinto?».

El restaurante continuaba vacío, los empleados permanecían tranquilos mirando hacia la puerta que no se movía. El jefe Nunes hizo cara de sorpresa. «¿Cómo? Yo sólo dije que fue igual para el restaurante, no me referí a mi caso concreto. ¡Ah! Sí, qué buenos tiempos, sí, qué buenos tiempos». Nunes se molestó, o mejor dicho, se exaltó. «Lo que quise decir es que para este establecimiento hasta aquel día fue un día normal, ni cerramos, pero no para mí». Hizo una pausa. Su calva brilló. Quería explicar lo que significaba para él aquel día, y tal vez no supiera bien si debería hacerlo ante una desconocida que le presentaba una tarjeta con referencias lejanas. CBS, 2020 M Street, Washington. Pero acabó por decidirse. Jaló aire como si cediera a un vicio o se hiciera responsable de una locura que lo llevara a un territorio de exaltación indebida.

«Pues bien, ya le cuento».

El jefe Nunes se frotó las manos.

«Lo que puedo decirle es que ese día yo casi amanecí en la Baixa, buscando unas ropas que necesitaba para el trabajo. Entraba y salía de las tiendas, ahí en la Rua Augusta, cuando la columna militar, venida de abajo, estaba subiendo rumbo al Rossio. Fue un momento interminable. Cuando vi que la tropa avanzaba entre las tiendas, y supe lo que pasaba, me olvidé de todo, y grité: Llévenme a mí, amigos, arránquenme la cabeza del cuerpo y hagan con ella una bala... Yo estaba eufórico, miré hacia el arco de la Rua Augusta y creí que aquella columna militar salía directamente de las horas del reloj. La hora de ellos era mi hora, como escribió al día siguiente el poeta Pontais. Después caminé atrás de ellos el resto de la mañana y toda la tarde hasta la noche, presencié la descarga sobre la fachada del Quartel do Carmo, vi como la tanqueta Bula se los llevó, y seguí corriendo atrás. Igual que los

otros, yo gritaba de alegría. Lisboa era una fiesta vertiginosa, me vi en diferentes lugares de la ciudad al mismo tiempo, y no me percaté de haber caminado, como dijo el poeta. Ahora, a la distancia, pienso que mi cuerpo se multiplicaba, o entonces era una ilusión de mis sentidos. Así, aquel, fue el día más feliz de mi vida, lo juro, ni siquiera cuando nació mi hijo. Y él lo sabe, pero es buena gente y no le ofende que lo diga». Dijo Nunes, de nuevo satisfecho, relajado, apacible, mirando hacia el acuario donde los langostinos tenían las pinzas asesinas amarradas con resortes. Sus ojitos, dos cabezas de alfileres vigilando el infinito desde su caparazón oscuro. El mismo escenario de cuando yo era niña. Entonces extendí el marco laqueado sobre la mesa, con la fotografía del Memories, y el Jefe, después de un silencio, pareció haber recibido un golpe en el estómago. Hizo una señal hacia la barra, y como todavía no había entrado nadie al restaurante, algunos de los empleados se aproximaron.

Se aproximaron, rodeaban la fotografía, pero no decían nada.

El jefe Nunes estaba sorprendido, como si de hecho hubiera sido golpeado. Sí, se acordaba de la reunión, no podía precisar la fecha, pero el mes y el año, sí. Emocionado, empezó a identificar figura por figura. Los jóvenes empleados, sin embargo, no reconocían a nadie. El Jefe sí, él no sólo reconocía, sino que conocía directa y personalmente a todas las figuras destacadas que estaban ahí retratadas, y a otras también. Pontais, de quien acababa de hablar, para que vieran que no mentía, ahí estaba. Los muchachos, a su vez, se entusiasmaron cuanto también ellos reconocieron a Salamida. «¡Mira! ¡Mira! Es el licenciado Salamida, con los mismos brazos abiertos que nos está mirando y los mismos cabellos largos». Dijo uno de los muchachos. Otro dijo: «Este viene al restaurante de vez en cuando, se sienta en la barra a la hora de la comida y nunca come, sólo toma una mini...». Pero como no reconocían a ninguna otra de las personas, lo que les parecía interesante era que el jefe Nunes se conservara igual. Bastaría ponerle la toca, que uno de ellos quería ir a traer. Afortunadamente en ese momento entró un grupo al restaurante y los

empleados se dispersaron. Nos quedamos solos. Entonces empecé a aproximarme a lo que pretendía, y le pedí que me contara lo que había sucedido aquella noche. En ese momento, el Jefe cayó en el ensueño. Sonrió a la lontananza, y dijo que sí, que se acordaba muy bien. Sonrió más, el jefe Nunes: «Era un tiempo único. Nunca más, nunca más volverá ese tiempo».

Y contó que aquella noche había sido memorable.

En las calles, el ambiente parecía hasta tranquilo, pero era sólo aparente, en realidad la ciudad estaba agitada. Documentos importantes era firmados todos los días entre cuarteles y palacios, ante multitudes, y aquella noche habían estado ahí tres grupos rivales, cada uno con sus documentos, pero la pareja de poetas, juntos en la fotografía, había escrito y recitado un lindo poema, y todo había acabado bien, concluyó. El jefe Nunes señaló con el brazo: «Estuvieron aquí, al fondo. Juntamos las mesas, y ellos se quedaron aquí hasta las seis de la mañana, cuando salieron al rayar el sol. El problema que hubo fue antes de la cena. Durante la cena, les serví langosta al vapor, y a ellos les gustó. El licenciado Salamida, entonces, escribía para la radio y decidió bendecir las langostas, creo yo, pero se equivocó en las palabras y se armó un relajo del demonio. El Cui, que estaba siempre levantando armas, levantó la suya, y los otros también. El licenciado Salamida se retractó, los poetas leyeron su poema, y al final terminaron abrazados. Yo me llevé la cacerola para adentro. Porque el problema fue lo que sirvieron en la cacerola, los traviosos. En ese entonces, en Lisboa, la vida tenía mucho carnaval, se jugaban bromas a todas horas y por todos lados. Pero todo tranquilo. Les servimos la merienda, la cena y, si se hubieran esperado un poco más, habríamos servido el desayuno. Pero se fueron de aquí para descansar unas horas. En esa época no dormíamos, permanecíamos despiertos cuarenta horas seguidas, y no nos cansábamos».

Nunes, admirado, contemplaba la fotografía, intentando reconstruir los movimientos del fotógrafo. Tião había puesto la cámara sobre la pecera, justo ahí. Ahora, examinando la imagen de los comensales que estaban arriba de la mesa, confirmaba que la fotografía debió ser tomada durante la hora de la cena, podía concluirse por el número de botellas y la cacerola todavía tapada. Una cacerola con asa. Antes, a la hora de la merienda, Tião Dolores y António Machado lo habían a gritos, lo necesitaban con urgencia. Grandes amigos. Él se había aproximado con la toca y el tridente para hacer más vistoso el

número, y así había salido. Comentaba Nunes, cada vez más en el ensueño.

Entonces le pedí al jefe Nunes que ya no me contara nada más. Le dije que en un par de días dos personas vendrían a entrevistarle, yo también vendría y me encantaría que nos contara lo que acababa de contarme. Que repitiera, antes que nada, lo del Memories y la noche fantástica de la fotografía, y le agradecería en especial que relatará el momento en que acompañó a la columna militar por la Rua Augusta hasta allá arriba. Lo más importante sería describir esa subida. Se trataba de un programa para la CBS, *La Historia Despierta*. El jefe Nunes sería nuestro primer entrevistado, presentaría al Memories desde el inicio del episodio, contaría lo que me acababa de contar sobre las claves y las siglas. Algo muy importante, propio de los tiempos en que no hay libertad, tiempo que después se prolonga y prolonga, como muy bien lo había explicado el señor Nunes. *Great*, señor Nunes, fantástico. Mientras tanto, abrí mi agenda y comencé a hacer algunas anotaciones, sin dar explicaciones Nunes se había despegado de la silla y se ponía de pie, preparándose para mover la mesita donde nos encontrábamos. Le pedí que se sentara. Pero ¿qué le sucedía al señor Nunes?

«Es que no puedo hablar, disculpe. Es un asunto muy delicado». Dijo el cocinero. «¿Cómo que muy delicado?». «Entiéndame, puedo hablar del restaurante, de los hábitos de la población, del pescado, de la cocina, de las recetas, del panel de porcelana con las imágenes de peces, que está ahí, de las personalidades extranjeras que han estado aquí a lo largo de los años, lo que mucho me honra, puedo hablar de todo eso, pero de asuntos sagrados como fueron las reuniones que aquí se realizaron, de las personas que venían en aquel tiempo, no puedo. No hablo en público de esos asuntos. Disculpe si le generé un equívoco».

Era necesario disuadir al jefe Nunes. Le dije que no me había generado ningún equívoco. Le hice ver lo importante que era su testimonio sobre el momento en que había descubierto la columna militar, cuando se encontraba en la Rua Augusta, tal como lo contaba, un momento clave para un episodio que pretendía mostrar la excepción portuguesa. Insistí: «Señor, Nunes, ¿usted sabe por qué el caso portugués es una excepción? Fue una revolución que tuvo sus momentos difíciles, pero a la distancia, de todo lo ocurrido, destacan en especial las flores. Una revolución con flores, señor Nunes...».

«Nunca, niña, jamás voy a poder contar en público una experiencia tan

decisiva en mi vida. Hay experiencias que no pueden ser relatadas. Habría que ver si soy capaz de ponerme frente a una cámara de televisión diciendo yo vi, yo estuve presente, yo fui, yo soy testigo. Sólo habría una posibilidad de dos, o hablo como simple espectador, y entonces habrá miles de otros testimonios mejores que el mío, porque participaron, se atrevieron, y yo no, porque yo sólo deseé que sucediera, vi, corrí atrás y aplaudí, o entonces hablo de mi sentimiento desde adentro, y no voy a lograr expresar lo que sucedió dentro de mi alma. Fue una experiencia muy fuerte, inexplicable, haber visto cómo los tanques avanzaban hacia mí y descubrir lo que ocurría. Una emoción muy grande. Si hubiera sido necesario y para que todo resultara bien, en aquel momento, yo habría entregado mi cabeza cortada hasta el pescuezo».

El jefe Nunes se levantó. A veces parecía que iba a reconocermelo, y yo desviaba la cara, ya que un reencuentro podría complicar lo que yo quería que fuera sencillo y testimonial, sin ruidos inútiles de por medio. Pero no, el cocinero no me reconocía. Se puso de pie, y con amabilidad, la amabilidad excesiva de cuando queremos deshacernos de alguien, dio por terminado el encuentro: «Por mí, es definitivo. Que otros hablen para la CBS sobre lo ocurrido. Los que todavía están vivos que hablen. Mire, están los que ya no pueden hablar. Éste, el de la columna de Santarém, cuando murió, hablaron sobre él, y muchos en público derramaron grandes lágrimas de cocodrilo, tal era su satisfacción ante su sepultura. Pero al menos hubo una despedida. Pero, de éste, de Lorena, que murió a la misma altura, nadie habló. Supe del incidente porque venía mucho al restaurante, y su mujer se empeñó en avisarnos de su deceso. Yo fui a acompañarlo, y todavía aparecieron unos cuantos, pero sólo eso, nadie se interesó en él. Ni parecía que estábamos enterrando a un hombre, parecía que estábamos sepultando a un pájaro. Y mire que Lorena estuvo en el asalto al Cuartel-General. Pero cuando bajó a la tierra, era un lindo silencio el suyo ¿sabe usted? Yo pensaba, te quedaste callado, ya te quedaste callado, amigo. Disculpe, no puedo hablar. Mi rostro se pintaría del color de las langostas si hablara sobre lo que no hice. En cuanto a las direcciones, las que necesite y no tenga, sólo tiene que decirlo. Mire, del licenciado Salamida, por ejemplo, siempre tengo una de sus tarjetas en el bolsillo. ¿Quiere ver?». Metió la mano al bolsillo de la bata blanca y sacó la tarjeta. Era una tarjeta de Salamida.

«Éste se la pasa dándome tarjetas, siempre. Puedo ir allá adentro y buscar

las tarjetas de algunos otros».

El jefe Nunes regresó con unos papelitos donde había anotado varias direcciones. Él dictaba, yo iba tomando nota, y a medida que dictaba, el jefe se iba tranquilizando, iba volviendo a su serenidad natural, alegre, parlanchín, y sin acordarse de las charlas del pasado, me explicó con la vivacidad de antes por qué razón amarraban las pinzas de la langosta azul con elásticos fuertes. La traviesa tenía aquellas poderosas armas de defensa, cada pata con un arma, y cuando menos se imaginaba, daba una tenazada en el vidrio y lo rompía. El animal era así. Se pueden minimizar los daños, pero no se puede cambiar la naturaleza de un animal. Pequeños grupos habían empezado a entrar al restaurante, gente que escogía las mesas en un estado de alborozo. El jefe Nunes necesitaba regresar a la cocina, no le gustaba abusar. Ya a mitad de camino, regresó para preguntar si yo necesitaba algo más. Pero no me reconocía. Salí a la calle. Decidí regresar a casa.

El encuentro con el jefe Nunes me había cimbrado.

No era sólo por haber ido al encuentro de una persona por quien me había encariñado cuando niña, era por haberme dado cuenta de que Nunes continuaba intransigente e íntegro como antes. Me había cimbrado, sí, pero era bueno ese sentimiento, fruto de la certeza de que algo, en alguien, había permanecido inmutable. La determinación de Nunes, las razones de su silencio me sensibilizaron, y al contrario de lo que había imaginado, era bueno encontrar a personas como Nunes. Entonces pensé en António Machado. Mi padre tampoco había cambiado.

Seguía llegando a casa a deshoras, cargando aquel portafolios pesado, como si los métodos de documentación no hubieran evolucionado. Como antes, mi padre vivía rodeado de papel, atrapado en páginas, como si el papel fuera su atmósfera respirable. El elemento de su sobrevivencia, incorporado a su propia naturaleza. Pensaba en mi padre y veía una figura de papel. Si tuviera que representarlo en una figura, lo habría hecho de páginas, páginas

enrolladas en él, páginas atrás de sus pasos, páginas conduciendo a la formulación de sus conceptos. Pero era bueno ser así, era la prolongación natural de lo que siempre había sido. Era bueno que mi padre siguiera anticipando el futuro, emitiendo juicios sobre lo que iría a suceder, previendo siempre algo terrible si no se escuchaban sus consejos, que serían siempre los mismos, como habían sido desde siempre. Justicia, equidad, justicia. Que se levanten los cielos y la tierra. Y esa exageración que nunca cambiaba, también era buena. Y era bueno que mi padre siguiera fumando en aquella pipa del tamaño de una carreta y, como antes, anunciándose desde la planta baja con su humo en espiral y su permanente carraspeo. Era bueno, pero no se lo diría. Era bueno que António Machado subiera por el elevador y yo fuera a esconderme, apresuradamente, la fotografía del Memories en la recámara, y no contarle lo que estaba gestando en torno a ella. Ni contarle que, a final de cuentas, no iba a usar una copia sino la fotografía original, tal como la había encontrado, encasillada en su marco laqueado. Había pensado que sería preferible que las personas la tocaran, que sintieran que era tan verdadera que no fuera necesario que preguntaran a quién pertenecía, o cómo había venido a parar a mis manos. Era lo que había pasado con el jefe Nunes. Sobre la trayectoria del retrato de grupo, él no había formulado una sola pregunta. La había recibido y comentado como si estuviera destinado al reconocimiento y a la rememoración de aquella noche, sin escapatoria posible. Por lo que a mí respecta, prefería andar con la fotografía original dentro de la mochila. Era una cuestión de eficacia. Una cuestión laboral.

Es verdad que la fotografía del Memories estaba asociada a la leyenda de Rosie Honoré, la belga que acabó por vivir durante trece años con António Machado. Sin embargo, no era ése el aspecto que importaba. Hacía mucho tiempo que la hija de ellos se rehusaba a tocar ese asunto tan cercano. Ahora tampoco lo haría, seguía sin importarle. Ya aquí lo escribí. Rosie Honoré había venido en las levas provenientes de Europa que llegaron al puerto de Lisboa durante los meses siguientes al golpe de Estado, la ciudad que alentaba a todos los desilusionados de Varsovia y Praga, incluso a aquellos que eran tan jóvenes que todavía no habían tenido la oportunidad de saber lo que era la ilusión. Rosie era la prueba de que la ilusión sin desilusión era posible. Según sabía, ella había venido con un grupo que se alimentaba de frutos que encontraba en el camino, y de los restaurantes que abrían sus puertas a

cualquiera a cambio de un entremés y unas fotografías. Rosie actuaba en francés, pero no importaba, era igual, en esa época la gestualidad era todo. Pero en agosto de setenta y cinco, ella debía regresar a Bruselas, al Théâtre Bernhardt. No podría prolongar su estancia en Lisboa porque a ella le correspondía interpretar el papel de la muda Katrin. Era tan sencillo ese papel, tan fuerte y estremecedor como lineal, que ella había ido postergando el regreso ¿Y por qué? Porque andaba enredada con António Machado. Eso yo lo sabía. También sabía que en esa época Rosie Honoré y António Machado llevaban más de un año flirteando por los rincones de Lisboa, y el mundo de los periódicos, acabados de salir de la censura azul, era tan permisivo que ella iba a esperarlo, sentada en la redacción, y a nadie le importaba. Los redactores se hacían cargo de los asuntos del periódico gritando en voz alta como si ella no estuviera ahí. El lugar donde ella esperaba no era una redacción, era un concierto de voces subiendo sobre los teclados ardientes. Durante seis meses había sido así, pero, por ahí del veintiuno de agosto, supongamos, ella debería partir. Además, por lo que me fue dado a entender, Rosie Honoré estaría siempre a punto de partir, siempre diciendo yo *te verrei depoxe, más tarde*, prometiendo un después muy breve. Regresaría para hacer Katrin con el bombo en el pecho anunciando la guerra, salvando a la ciudad y anunciando la paz, después se verían de nuevo, era una promesa. Eso solía contar António Machado. Contaba que, finalmente, en la segunda semana de agosto, Rosie ya había comprado el pasaje, el boleto y las tarjetas los había guardado en el bolso minúsculo que usaba cruzado en el pecho, y después del cierre de la edición, cuando ya pasaban de las diez de la noche del día veinte, o tal vez haya dicho veintiuno, despidiéndose, empezaron a deambular por las calles. Novios de nacionalidades diferentes, habitantes de ciudades distantes, iban por las calles de la Baixa despidiéndose de sus lugares de encuentro, ya que Rosie viajaría la mañana siguiente. Entonces entraron a un restaurante al que llamaban Memories y se encontraron con un grupo que estaba cenando en una mesa demasiado larga para sus ocupantes.

Los ocupantes eran amigos de António Machado, y si varios lugares se encontraban vacíos era porque algunos aún no habían llegado y otros habían cenado aprisa y ya habían salido. Habían ido a una misión. Constaba que andaban por las calles unos contrarrevolucionarios que usaban la fotografía de Salazar doblada en el bolsillo, mezclada con cabellos de gente y pedazos de

cuerno, todo bien amarrado dentro de una tela, hechizos que estaban dando resultados inesperados. Por eso, era necesario salir a la calle, para vigilar, vigilar muy bien en todas las madrigueras de Lisboa que tenían aire de encubrir a gente de aquella secta, y así, apenas se habían quedado en la mesa las figuras esenciales para la discusión de unos documentos impostergables. De modo que António Machado y su novia belga eran bienvenidos. Bienvenidos a la mesa de la discusión de los documentos adversos hasta tener una síntesis. Tião Dolores estaba allá para captar el momento de la fusión de los diferentes documentos. Empero, la cena no había sido tan pacífica, algunas de las escenas protagonizadas por sus intérpretes habían sido tan conmovedoras, tan intensas y tan teatrales, que Rosie se quedó encantada con la noche, con la cena, con la escena rumorosa, escandalosa y magnífica, que le recordaba algunos de los momentos más extraordinarios del teatro isabelino, y había salido a la calle con las ideas muy alteradas. Fue después de los hechos registrados en el Memories, que hubo entre ellos situaciones que acabaron con los dos tomados del brazo, y salieron antes que los otros, sin saber qué hacer con el entusiasmo que los había invadido. Rosie no quiso regresar a su cuarto, quería deambular por las calles hasta la madrugada, y en cierto momento torcieron la ruta y se dirigieron al apartamento de António Machado.

¿Cómo? Él tenía la vivienda en desorden, y aquella mujer estaba ahí a su lado. Tantas veces le había pedido que lo visitara y tantas veces había preparado con esmero de criado las dos habitaciones donde vivía, había llegado al extremo de esparcir sobre los cobertores su loción de afeitarse, y nada había pasado. Jamás Rosie había querido subir a ese quinto piso del fondo. Se quedaba en la planta baja y no quería entrar. Y luego, justo esa noche en que António Machado había dejado el apartamento todo revuelto, ropas regadas por todas partes, trastos apilados en la estufa y pan duro sobre la mesa, Rosie no sólo quería subir, sino que también quería entrar y acostarse en la cama de António Machado. Pasado mucho tiempo, él todavía escuchaba el balanceo del elevador que los depositó en el rellano. Un apartamento en una de las calles que llegaba al Tejo, una habitación pequeña, esquinada e incómoda. Servía. António Machado solía contar. Entramos a mi apartamento, ya de madrugada, dos horas después teníamos que salir para tomar un taxi, recoger las maletas de Rosie y volar al aeropuerto. Pero en lugar de la carrera prevista, Rosie rompió el boleto, lanzó los pedazos por la ventana y dijo que

no regresaría a Bruselas. Se puede vivir toda la vida esperando un momento así. Decía António Machado. Yo no se lo pedí, nunca lo sugerí, simplemente lo deseé sin decirlo. Deseé con todo el fervor que mi pobre alma era capaz de producir. Ya en ese entonces había constancia de que yo era un hombre rebosante de soberbia que predecía el futuro. Yo no predecía nada, solamente lo infería, y los hechos posteriores coincidían con mis palabras. ¿Qué culpa tenía yo? Sin embargo, aquel futuro que me sobrevenía, aquella noche, jamás lo había previsto. Decía, a veces, António Machado. Y ella también. Por lo que se sabía, la historia de Rosie era conocida y se había transformado en leyenda. Toda la gente del medio supo que una actriz belga se había acostado con un hombre y, en seguida, había roto el pasaje de regreso, habiendo esparcido los pedazos de papel a la mitad de la calle. Todos se imaginaban los papelitos blancos volando por la ventana. Madrugada del veintidós de agosto de setenta y cinco. ¿Por qué no? Y el tiempo fue pasando. Cuatro años después, Tião Dolores les regaló a António y a Rosie la única prueba de las fotografías del Memories que sobrevivió al cateo que habían hecho en su estudio. Septiembre de setenta y siete. Una reliquia. Copia única. La fotografía empezó por ser colocada sobre el secreter de tapa redonda, atrás de la puerta de vidrio. Fue ahí donde mi infancia la había encontrado, cuando todavía no estaba encasillada en el marco laqueado. No podría decir si ya estaba escrito en el reverso, *Ofrecida por Tião Dolores, em homenagem a um jantar memorável. Tendo sido todos nous muito felices. E nous, lá estávamos.*

Pero eso no era algo que me interesara. El motivo de mi interés se debía sólo y apenas a la recolección de elementos para el primer episodio de *La Historia Despierta*. El resto era para el olvido.

Ahora ya había puesto la fotografía en su casillero, dentro de mi mochila de viaje, y cerrado el candado con una combinación. En eso, mi padre abrió la puerta, entró, descansó el portafolios y dijo en voz alta: «¿Ya estás en casa, Ana Maria?». Yo aparecí y él vio su reloj. Pregunté: «¿De verdad tienes tanto trabajo en tu periódico? Un día de estos te infartas, vas a ver».

Se aproximó, haciendo bambolear su cuerpo pesado, un cuerpo en torno al cual se habían acumulado materias orgánicas indebidas a lo largo de aquellos cinco años, es decir que su cuerpecito estaba más bajo y más ancho, pero no me besó, se contuvo. Se comportaba bien, António Machado. «Sí, mucho trabajo, cada vez más trabajo, el mundo no sólo no se detiene, sino que se

acelera. Ya empezó la década del poder de los cómicos, en cada tribuna, para divertirse, pusieron a un payaso con su corte de sátiros. Pero no te doy diez años para que lleguen los trágicos acolitados por un coro fúnebre. Es la ley común, Ana Maria, es la ley, no se para dónde va esto». Dijo, con su registro habitual, dirigiéndose en seguida a la zona de su trono, de su trinchera, y se quedó ahí toda la noche. Yo, sentada en el lado opuesto de la sala, tomaba notas. Me preparaba para los primeros encuentros con los participantes de la cena del Memories.



IV

El primer encuentro se llevaría a cabo una semana más tarde, y fui con el que Rosie llamaba Oficial de Bronce. Era un lunes, veinticinco de febrero. Ese día Lisboa parecía estar fuera del globo terráqueo. En sus calles no se sentía calor ni frío, ni viento ni brisa, el sol resplandecía sobre las paredes de los edificios como si fuera verano. Mis colegas caminaban adelante de mí, y por donde pasaban, sus sombras perseguían sus pasos, nítidas como manteles. Era bueno seguirlos. Nos habíamos reunido con una hora de anticipación con la expectativa de que la sesión daría inicio a nuestro viaje por los retratados del Memories, y todo marchaba bien. Bajo el brazo, yo llevaba la fotografía, animada por la certeza de que era nuestro documento-guía. Miguel Ângelo avanzaba con pasos largos calle arriba, cargando los aparatos de grabación, todo un equipo de instrumentos, como si fuera a filmar la coronación de un rey. Pero la verdadera solemnidad, ésa, marchaba al ritmo de los pasos de Margarida Lota, y mi admiración era para ella.

Todavía un mes antes, cuando le hablé desde las oficinas del 2020 M Street, mi colega no fue capaz de hallar la diferencia entre revuelta, sublevación y pronunciamiento, pero el hecho es que después de haber pasado quince días en la hemeroteca, entre páginas impresas con la tinta de la revolución, se había familiarizado a tal grado con el lenguaje de los tumultos que parecía haber nacido para interpretarlos o incluso vivir en ese medio. Su capacidad de fusión con diferentes realidades continuaba intacta. Durante los últimos días, inspirada por la relación concreta que había descubierto entre los movimientos a lo largo de aquella noche y determinadas vías de la ciudad, recorrió los lugares mencionados, vagando por la Ribeira das Naus y por la Rua do Arsenal, puso los pies donde los militares treinta años antes habían dado pasos decisivos con las armas apuntadas a la frente, reconstruyendo los

periplos por donde ellos se habían cruzado, entendido, subentendido y avanzado entre expectativa y silencios, con granadas al alcance de la mano, decididos a hacer explotar todo lo que les cerrara el camino, si fuera necesario, a ellos mismos. Provista de copias de las primeras planas de los periódicos, deambulando por los lugares precisos, mi antigua colega de facultad decía que, en ocasiones, se había emocionado, ya que algunos de los intérpretes que había identificado por fotografía, cuando esa lucha se había registrado, eran más jóvenes que nosotros, más pobres que nosotros, menos libres y menos escolarizados que nosotros. Unos niños. Y dijo que, al regresar a casa, había hecho el recorrido a pie, cansándose, fatigándose a propósito, para hacer un esfuerzo a la medida del merecimiento de la vida. Aquellos muchachos, sí, ellos habían merecido vivir porque habían sobrevivido. «Sólo se merece la vida si se sobrevive». Y caminando ahora calle arriba, Margarida generalizaba, agrandaba los objetos, los actos, una granada en la bolsa ella la multiplicaba por varias, viendo en los gestos individuales, que había reconstruido por sus lecturas en la hemeroteca, marcas del género humano, superiores y vigorosas. Frente a los encabezados que le mostraban rostros antiguos, y cuyas copias traía consigo, Margarida Lota decía amar, sin saber a quién, y ella misma, al amar a esas figuras lejanas, también se sentía amada.

Ahora caminábamos calle arriba del antiguo periódico *O Mundo*, preparados para encontrarnos con el Oficial de Bronce, el primero en aceptar nuestra invitación, y la había agendado con sencillez. Cuando finalmente descubrimos el timbre incrustado en el portal, fue Margarida quien oprimió el botón, fue ella quien empujó la puerta, quien llamó el elevador y entró adelante encaminándose en dirección a la sala donde debíamos esperar. Llegamos veinte minutos antes. Podíamos ver los alrededores y esperar con tranquilidad, podíamos incorporarnos al extraño espacio donde nos encontrábamos. Margarida Lota caminó por toda la sala, sin hacer ruido. Concluyó: «Parece que estamos en un santuario. Nada se mueve».

Exageraba un poco, pero no tanto.

Era cierto, mirábamos alrededor y la sala estaba repleta de alegorías y símbolos. Espadas desnudas, miniaturas de cañones, pendones, palomas blancas, cuadros de pintores enérgicos, saturados de pinceladas vivaces, donde había pétalos de claveles volando y grilletes rotos entre manos dramáticamente libertas. Algunos objetos que no lográbamos identificar, suponíamos que era metáforas de realidades superiores a civiles y hasta a militares. Miguel Ângelo observó los objetos uno a uno, con la intención de captar su imagen para lo que se pudiera ofrecer. Miraba y señalaba. Se agachaba. Nadie se lo pedía, pero él desarmaba el equipo sin ruido. Margarida Lota miraba el reloj. El militar, o el personaje, como ella le decía, en la jerga obtenida de su vida mercenaria al lado de la prensa mundana, sí, el *personaje* a quien ella interrogaría seguramente no llegaría tarde. «Hay constancia de que él fue uno de los que evitó la guerra civil». Dijo en voz baja, hojeando el *dossier* que se refería al Oficial de Bronce. Y contó de forma decreciente, cinco minutos, cuatro minutos, tres, dos, uno, después el ruido del elevador, luego los pasos en el entarimado, los pasos en la alfombra, y una voz de mujer susurrando al responder una pregunta inaudible: *Sí, claro. Están aquí ya hace un rato.*

Entonces, un abrigo amplio y un portafolios pesado ocuparon todo el umbral de la puerta, y ahí permanecieron durante unos segundos. Margarida Lota dijo en voz baja: «Él evitó una guerra civil». Y ni siquiera cuando el militar se deshizo del abrigo y se sentó a una mesa, sobre la cual colocó el portafolios, ella y Miguel Ângelo se movieron en sus lugares. Estaban preparados, tomaban en serio su papel. Si yo no supiera que había en ellos ese exceso de celo, habría tomado su rigidez por intimidación. Sería sin motivo. Aquel a quien Rosie había dado el nombre de Oficial de Bronce seguía siendo el mismo hombre sencillo de quien ya les había hablado de manera vaga. Bastaba mirar hacia su frente ahora desnuda, sobre la cual antiguamente pendía un mechón abundante, para entender que lo esencial de aquella persona no había cambiado. Tal como les había dicho, habíamos venido al encuentro de un práctico. El Bronce pertenecía al grupo de aquellos que entre pensar y actuar no aceptan intervalos. O actúan o no actúan. Por una parte deciden, y por otra parte reaccionan. Y la prueba es que, si ahí había cierta cautela, él la rompió de repente.

Comenzó por decir que le había causado una gran sorpresa que la CBS se

hubiera interesado en el caso portugués, cuando el caso portugués ya no le interesaba a nadie, empezando por los propios portugueses. Entonces, Margarida Lota dejó que el Oficial de Bronce expusiera su lugar común de modestia, habiendo hecho apenas un breve comentario. Dijo: «En realidad existe un efecto reductor de la historia, señor coronel. Ese efecto...». El oficial clavó los ojos en Margarida Lota, movió el portafolios sobre la mesa y la interrumpió: «¡Ah! Señora mía, señora mía, el efecto reductor de la historia, a quién le viene usted hablar de ese terrible efecto». Y cambiando de tono: «Pero, vamos a ver, vamos a ver qué desean ustedes de mi persona. Empecemos».

Fue entonces que le mostré un sillón al oficial para que se sentara frente a Margarida Lota, y Miguel Ângelo colocara el micrófono en la orla de su suéter. Mientras ese ajuste se realizaba, yo misma acabé por mostrarle la fotografía del Memories al Oficial de Bronce y preguntarle si de casualidad reconocía, si reconocía a los otros integrantes del grupo, y dijera lo que quisiera decir al respecto. Y el oficial, como si recibir una fotografía para identificación fuera lo más natural del mundo, y el vidrio tuviera polvo, y el marco estuviera sucio, en un acto mecánico, los limpió con la manga del suéter azul cobalto. Era un hombre práctico.

«Déjeme ver». Dijo.

Sólo entonces el Bronce se puso a examinar la fotografía. Lo hacía como si fuera una carta topográfica del servicio catastral, con método, con orden, con calma, reconociéndose a sí mismo, en medio de la escena, y a todos los otros retratados a su lado. Tanto a su izquierda como a su derecha, ahí estaban sus compañeros más cercanos, los que habían conspirado y algunos de los militares decisivos también. Los identificaba uno a uno con la familiaridad de hermanos. También ahí estaba Nunes, el jefe Nunes, un formidable cocinero que se perdía un poco, pero eso no importaba, por siempre sería Nunes. El gran Nunes. El mismo fotógrafo, Tião Dolores, que se había incorporado al grupo en el último momento, llegó corriendo para aparecer en la fotografía, ahí estaba. Y ahí estaba António Machado, y al otro lado la que sería después

su mujer, hasta que se había ido de Portugal, y este, y aquel, incluyendo a los que ya estaban retirados, como era el caso de los dos escritores, además los que ya habían partido de este mundo, una pena. A su izquierda, Salamida, un hombre genuino, arrojado, el generoso de la noche, que les iba provocando una discusión innecesaria. Reconoció al Bronce, metódica y genéricamente, dejando detalles inútiles a un lado, con total sentido de síntesis, pero Miguel Ângelo empezó a grabar hasta cuando el entrevistado identificó el lugar de la cena, el restaurante al que en clave llamaba Memories, y así continuaron por mucho tiempo, mucho después de los años de la libertad. «Miren...», dijo.

El oficial reconocía no sólo el lugar sino también podía datar la fotografía, que por cierto nunca había visto, pero rememorar el hecho a partir de ciertos datos. La cacerola, por ejemplo, no dejaba ninguna duda: «Estoy seguro, fue sacada el veintiuno de agosto de setenta y cinco, apuesto mi mano derecha». Dijo el oficial. «Y ¿por qué? Porque sólo el veintiuno de agosto se reunieron los tres grupos. Pero les aclaro que, desde la noche anterior, el texto de la facción moderada estaba ya aquí en mi bolsillo. Pueden acercar la cámara y mostrar. Miren. Observen que tengo en el bolsillo de la camisa un papel doblado. Un documento crucial. Si hubiera sido firmado por todos, la noche del veintiuno de agosto, el rumbo de este país habría sido otro, y tal vez el rumbo del mundo. Miren. Puedo decirles que hubo un tiempo en que la historia pasó por mi bolsillo. Aquí esta ella, dentro del bolsillo de mi camisa. Vean como las hojas del documento liberal destacan en este bolsillo. Les doy mi palabra de que ésta fue una noche en la que hechos extraordinarios ocurrieron. Me acuerdo de todo, lo sé todo, conozco hasta los mínimos detalles».

Margarida Lota estaba alerta y no perdió la oportunidad. «Señor, entonces, ¿usted se considera el guardián de la memoria? ¿Aquél a quien se debe recurrir en caso de duda o de opacidad de los hechos?».

El oficial hizo un gesto de asentimiento.

«Sí, afirmativo, conservo todo lo que pasó dentro de mi cabeza. Mi memoria es una de las más fieles que conozco. Pero acostumbro a decir que no soy eterno. Escúchenme antes de que sea tarde. Porque el tiempo pasa, el tiempo pasa, amigos míos. Estoy a sus órdenes. Pregunten, dispongo de una hora, no más».

Una hora, ¿sólo una hora?

Nos precipitamos sobre el oficial. De hecho, teníamos la prueba de que su memoria era exacta. Al reverso de la fotografía, que no le habíamos mostrado, estaba escrita la fecha. Los nombres correspondían a los personajes, y los hechos a los hechos. Estábamos escuchando la historia escribiéndose a sí misma, las teclas estallando bajo los dedos del intérprete y del testigo reunidos en la misma persona, y en ese momento, nosotros éramos el fiel custodio. Margarida Lota intensificaba su velocidad, interpelando al personaje, quería saber por qué razón al reverso de la fotografía él era identificado como el Oficial de Bronce, por qué razón en ese tiempo lo habían apodado de esa manera, y qué pensaba sobre esto. También la cámara de Miguel Ângelo se acercó a las manos del oficial, le recorrió el rostro y siguió la trayectoria de su mirada. Como el Bronce había empezado a sonreír, Margarida Lota puntualizó: «¿No le parece injusto que usted no haya sido el oro, o por lo menos la plata? ¿Por qué sólo el bronce?». Preguntó, pero el oficial conservaba el portafolios rechoncho al lado de su pierna izquierda, no lo había soltado, lo acarició, y dijo que no estaba de acuerdo.

«Me parece muy justo, y permítame decirle que el apodo mucho me honra. El Bronce. Es el resultado de la amalgama del cobre con el estaño, el bronce es un material muy noble, considerando que estamos ante la aleación que cambió la vida de la humanidad. Después surgieron el hierro y el acero, sin embargo, el gran paso fue dado por el bronce. Honradísimo y justísimo, repito. Además, la razón del apodo reside en motivos y hechos particularmente memorables, los cuales no vale la pena referir porque son públicos. La verdad es que un rudo golpe del destino, en setenta y cuatro, a la hora justa, yo me encontraba en el lugar equivocado. Castigado y desterrado. La vida es así. Les correspondió a otros el honor del oro y de la plata. Muy merecidos. Obra de la casualidad. Soy un hombre que se debate entre los partos de la historia, y por eso sé muy bien cómo una buena parte del mérito no es nuestra, sino de la casualidad. La casualidad es la responsable. La historia me quiso en el tercer lugar, y mi deber es honrar ese lugar. Así que aquí me tienen».

Y el Oficial de Bronce se acordaba de todo lo referente a su casualidad. Porque a lo largo de todo el proceso, su papel había sido duro y rudo, aunque inquebrantable, igual que el bronce. No le importaba. Además, en aquel

entonces, los apodos que le habían puesto habían sido tantos, que resultaba difícil acordarse de todos, y más difícil todavía explicarlos. Algunos de ellos, por cierto, bastante vejatorios, dijo. Hasta ahí, Margarida debería haberse olvidado de los apodos, ya que tenía cuatro preguntas por formular, pero no se detuvo. Al contrario, insistió: «¿Le gustaría mencionar otros apodos, señor coronel?».

El Oficial de Bronce sonrió, recostado en el sillón.

«¡Oh, sí! Fueron muchos los apodos, pero no voy a mencionarlos. Los dejo para después, para que un día se los cuente a mis nietos y nos muramos de risa».

«Aunque, en realidad son pocos los vejatorios, al contrario de lo que dice, señor coronel». Insistió Margarida. «Nosotros nos documentamos, estamos enterados, señor coronel. Napoleón, por ejemplo, fue uno de estos casos. Sabemos que también lo llamaron así, por primera vez, en el momento en que usted se dirigía a la multitud que lo aclamaba, en un estadio de su tierra, el primero de mayo de setenta y cinco. Esa fotografía apareció en los periódicos al día siguiente. En ella, su perfil es muy parecido al de Bonaparte, y de hecho hay algunas semejanzas con los retratos que Jacques-Louis David le hizo al emperador. Pensamos que usted se sintió muy lisonjeado, sobre todo con el parecido con el retrato del emperador de los franceses en el estudio de las Tullerías».

Margarida esperó la respuesta, pero a medida en que ella hablaba, el Bronce se iba entristeciendo. Sonrió melancólicamente. «¡Oh, no, no!».

No lo crea en ese parecido, que yo, por cierto, reconozco, pero no siempre fue elogioso. Durante una revolución, todas las palabras importantes tienen al menos dos sentidos, y son diametralmente opuestos. Lo aprendí en la marcha. Después de aquella fotografía en el estadio, los que me apoyaban gritaban, cuando yo pasaba en mi automóvil, bajando por la Avenida da Liberdade. Sé fuerte como Pombal y Bismark, grande como Bonaparte, que el voto es el que manda y no la muralla de acero. Abajo, abajo las murallas de acero. Abajo las murallas del poder. Pero, dos calles más adelante, otros gritaban. Vete a la granja de los animales de Orwell, tú, Napoleón, allá vas a estar bien, revuelto con otros animales, tú, que no pasas de ser una muralla de acero. En esa contradicción, estaba dicho todo. Muy triste. Toda la revolución es una gran alegría que anuncia una gran tristeza. Pero eso ya no importa. Aguas pasadas

no mueven molinos. Los verdaderos molinos fueron movidos por otras fuerzas mecánicas, y casi todas, por la pobreza de muchos, tuvieron que pasar por mi bolsillo. En ciertos momentos, además de mí y de unos cuantos, ya nadie más tenía cordura».

El oficial devolvió la fotografía del Memories, no le interesaba hablar más sobre la noche del veintiuno de agosto. No le importaba. El cuestionario formal se encontraba sobre las rodillas de Margarida Lota, aún sin tocar. La anémona formuló la primera pregunta. «Muy bien, entonces, señor coronel, hablemos de ese día, el primero de la libertad. Aun estando ausente del centro de las operaciones, y a pesar de haber transcurrido todo este tiempo, en su opinión, ¿cómo clasifica usted lo ocurrido ese día?».

Bronce empezó a buscar una palabra.

Tardaba, pero parecía que ya la había encontrado. Parecía también que tenía problemas para pronunciarla. Fue y vino con ella, hasta que finalmente la pronunció: «Milagro». Dijo. «Lo considero un milagro, señora mía». Repitió el oficial, enfrentando con valor el plan que se le ponía frente a la cara.

«Sí, un milagro. Siendo yo un agnóstico, me gustaría emplear otro término más sereno, pero no lo encuentro. Y milagro ¿por qué? Por la coincidencia en el tiempo de tantos factores inesperados. Miren. Graben mi opinión antes de que sea tarde. Primero. Porque está definitivamente probado que, en el centro de las operaciones, un alférez debería disparar con su bazuca contra el capitán que se encontraba en frente, justo ahí, frente al bastión de su carro de combate, y contra todos aquellos que estaban en línea, pero al contrario de todo lo que estaba previsto, el alférez desobedeció y no dio la orden de abrir fuego. Segundo. Una corbeta fondeada en el Tejo tendría que disparar unos cañonazos sobre una plaza, y contrariamente a lo que debería haber ocurrido, todas las bocas de fuego permanecieron inertes. Lo que pasó todavía hoy se interpreta, pero se desconoce. Sea como sea, milagro. Tercero. Miren. Una brigada completa, instalada en el Cristo Rei, estaba a punto de hundir esa corbeta que se encontraba en su mira, y a pesar de la indefinición del comando de la embarcación, las armas que la vigilaban se mantuvieron calladas. Cuarto. Un

capitán dio la orden para abrir fuego contra la fachada de un cuartel, y en ese momento el compañero que estaba en el interior del vehículo no disparó. Justo en el momento en que podría haber comenzado una carnicería, el oficial no tenía puestos los audífonos. ¿Cómo explican esto? Quinto. El jefe de Estado, acorralado en el cuartel, mandó abrir fuego sobre la ciudad, a donde fuera necesario, que se disparara, que se abriera fuego sobre el Largo de en frente. El comandante de la Guarda se encontraba ante el jefe de Estado y le era fiel, sin embargo, no cumplió la orden. ¿No fue algo extraordinario? Sexto. Cuando en el interior del cuartel, por fin, alguien estaba dispuesto a pronunciar las palabras con la orden fatídica, unos niños corriendo aparecieron en el corredor y esa imagen evitó el cumplimiento de la orden. Alguien pensó que después de aquellos niños, morirían miles de otros como ellos. En lugar del ruido de la metralla, el silencio que se hacía oír en el interior del cuartel era total. Ahí adentro únicamente se escuchaban susurros, hasta que se dio la capitulación. Miren. Los gritos de alegría veían de todos los que estaba allá afuera. Después hubo un séptimo, y luego un octavo milagro. Y así fue, de milagro en milagro por todos lados, hasta la victoria final, ya al caer la noche. Aunque el mayor milagro fue otro».

«¿Quiere usted decir que hubo otro?».

«Correcto, por cierto, el mayor milagro fue carácter diferente. Se dio unos días después. Se registró cuando yo, ya de regreso, me reuní con los demás para hacer un balance de lo ocurrido, todavía no estábamos conscientes de que habían estado involucrados en el golpe cinco mil hombres, que todos habían cumplido con el deber que les correspondía cumplir, y que después de la victoria y de la aclamación en las calles, todos querían regresar a sus puestos, anónimos, como soldados desconocidos».

«¿Todos?». Se admiró la entrevistadora.

«Todos, desde el soldado raso al mayor, todos se ofrecían para ser soldados desconocidos. Les juro que así fue. Miren. Estaban ahí reunidos participantes decisivos, representantes de todos los componentes armados, y el sentimiento de toda esa gente era el mismo. Juramos. Juramos que de ahí en adelante se extinguirían las palabras yo, tú, él, nosotros y ustedes, para que sólo se usara la tercera persona, la incluyente, la colectiva persona, *ellos*. Fui testigo, fue un compromiso. Nadie de nosotros deseaba que de sus actos individuales hubiera referencia o memoria, la memoria sería siempre una e

indivisible, la de un grupo de cinco mil, y todos dirían *ellos*. Nada más. Uno de nosotros dijo en plena reunión. Compañeros, de mi parte, jamás se mencionará mi nombre cuando se hable del asalto al aeropuerto. Una vez asaltado y preso el adversario, y cumplido el objetivo, mi nombre desapareció. El protagonista que fui murió. A partir de ahora, ¿quién asaltó el Aeropuerto de Lisboa la noche del veinticinco de abril?, ¿quién lo mantuvo cerrado a la aviación durante todo el operativo? Fueron todos, es decir, cinco mil. ¿Quién asaltó la Rádio Televisão? Cinco mil. ¿Quién tomó el Quartel-General, ya que no fuiste tú, ni él, ni yo? Fueron *ellos*, los cinco mil. Y ¿quién diseñó el plan y comandó las movilizaciones a partir de la Pontinha? Ni yo, ni él, ni nosotros, ni vosotros. Fueron *ellos*, los cinco mil. Y todos estábamos de acuerdo, había total unanimidad entre nosotros. Entonces, de inmediato, redactamos un documento y lo firmamos hasta que no cupieron más firmas, siendo necesario llenar hoja tras hoja para que constara el registro. Todos renunciábamos. Y así, si existieran dudas, estaría documentada una renuncia al protagonismo individual, como jamás había sucedido en la historia de los hombres. Todo eso fue hermoso». Dijo el Bronce. El Bronce estaba conmovido.

«Hermoso no, coronel, hermosísimo». Comentó la entrevistadora.

Yo me acerqué a la frente del oficial y enjuagué unas gotitas de sudor.

«Sí, hermosísimo, señora mía».

«Muy hermoso». Repetía mi colega.

«Sí, muy hermoso. Fue extraordinario, pero ese voto de anonimato no duró ni siquiera un mes». Dijo el oficial, ya con la frente enjugada y opaca, como debía de ser. Prontamente, nuevas gotas brotaron, y la superficie desnuda donde antes había habido flecos oscuros que ondeaban al viento, en los campos, veintinueve años atrás, en aquel momento, volvió a llenarse de destellos varios. No valía la pena tratar de secarlos. Imposible contener los pedazos del alma que afloraban en la frente del oficial.

«¿Ni un mes?». Margarida Lota interpretaba tan bien su sorpresa como cualquiera de nosotros lo habría hecho al escuchar aquel trecho del testimonio. «¿Ni siquiera un mes, señor coronel? ¿Podría explicarnos?».

«Afirmativo. Puedo incluso comprobar documentalmente como después de tres semanas de la firma de la renuncia, ya el movimiento era en sentido contrario, muchos ya se habían olvidado de lo que habían jurado, y cada uno

quería tener una estatua erguida en la puerta de la casa donde había nacido y anunciaba, sin más ni más, su propósito a los cuatro vientos. Así fue, amigos míos». Dijo el Oficial de Bronce ampliando su atención a nosotros dos. «Sólo que en este momento estoy hablando *off the record*. Omitan, por favor, este fragmento del reportaje que preparen para la CBS».

«Lo omitiremos». Aseguró Margarida Lota.

«Fue tal como les digo. *Off the record*. Efectivamente y por desgracia, en menos de seis meses, ya todos se había aficionado a la palabra abominable, el tan abominable *yo* de quien alguien habló con total propiedad. Les soy franco, yo también falté a mi palabra, también dije muchas veces *yo, yo*. Lo lamento, lo lamento mucho. Pero puedo decir que, al tiempo en que yo también cedía a la palabra *yo*, empezaba a darme cuenta de que era necesario hacer algo por los nombres de aquellos que desaparecían en este enfrentamiento terrible que acabó con nosotros. Terrible. Puedo decirles que mientras algunos, en la plaza pública, empezaban a ser reconocidos como héroes, la mayoría de los verdaderos autores de los actos decisivos se iba transformando en una masa informe de soldados desconocidos. Y eso no lo permití». Dijo el Oficial de Bronce.

Margarida Lota abría los ojos de admiración y pena.

«No lo permití, señora mía. Soy un hombre de palabra, un hombre de desideratas. Cierta mañana, me planté ante el espejo, miré bien mi cara, y me juré a mí mismo que trabajaría hasta el fin de mis días para que la memoria de todos y de cada uno que sobreviviera al paso del tiempo, transformándolos a todos en soldados destacados y célebres. Para decirlo mejor, ya que habíamos roto nuestro compromiso, quise que todos los participantes, uno a uno, fueran no sólo soldados identificados y conocidos, sino y sobre todo, soldados reconocidos por la nación. Cinco mil. Yo solamente soy uno entre ellos. No soy más que cualquiera de ellos. Me siento uno de los cinco mil». Dijo, y su frente ya no brillaba de sudor, relucía honrada. El Oficial de Bronce sacó un pañuelo de tela del bolsillo de su pantalón con gestos primarios y se sonó. Lo guardó como si quisiera dar por terminada la sesión, pero la anémona no lo permitió. Se acercó al oficial.

«Señor coronel, explíquenos, por favor, cómo lleva a cabo esa tarea de guardián de la memoria. Qué hace y cómo la realiza».

Era infinita la paciencia del Oficial de Bronce

Vio su reloj.

«Ya le explico. La llevo a cabo guardando toda la documentación que encuentro, no sin antes pasarla por la fina criba de la validez. Hay muchos especialistas involucrados en el peritaje porque son muchos los elementos estudiados. Memorias, relatos, objetos, fotografías, películas. Un arsenal de objetos memorables. Pero todo pasa por el filtro de la prueba y recomposición de la verdad. No se olvide que son cinco mil, y aquello que en unos casos surge de manera evidente, en otros se encuentra oculto. Mucho trabajo. Por ejemplo». El oficial se inclinó sobre su pierna derecha y agarró su portafolios rechoncho, lo abrió y lo mostró a la cámara de Miguel Ângelo. El ojo de la cámara se introdujo en el portafolios de donde el entrevistado empezó a sacar documentos, cartas, fotografías, relatos, cintas de grabaciones antiguas, actas de reuniones, papeles. Todo aquel esfuerzo para sacar del anonimato a los tres sujetos que habían sido decisivos en el trayecto del golpe, en el Terreiro do Paço, y, aun así, todavía no habían sido identificados. Explicó el Oficial de Bronce. «Es decir que, cuando el brigadier de Caballería 7, en la Ribeira das Naus, le dio orden al capitán para atacar, estaba aquel alférez, del cual ya les hablé, que se rehusó a cumplirla, a pesar de que el brigadier le apuntaba con su arma a la cabeza. Era un joven de ojos negros, bigotes de chino y rostro afilado. Identificado, pero no reconocido. Jamás nadie le dio las gracias a ese hombre. Un poco más triste en relación con los que siguieron su ejemplo de resistencia. El cabo, el primer soldado, el segundo soldado y el tercer soldado, entre ellos el tirador, todos se negaron a obedecer la orden, esa actitud decisiva de aquellos hombres, la más decisiva de todas las actitudes de ese día, y, sin embargo, no son conocidos, ni siquiera mencionados. Por eso quiero que sean conocidos y reconocidos, antes de que sea tarde». Dijo, conservando sobre las rodillas el portafolios destripado.

Entonces, Margarida, prolongando el interrogatorio, quiso saber por qué, cuál fue la razón de que los mismos soldados nunca hubieran hablado de su participación, si tanta gente hacía lo contrario. El Oficial de Bronce sonrió. Su rostro no era lo suficientemente expresivo para entender por qué sonreía en ese momento. Pero su exposición fue clara, objetiva y científica, ni triunfante ni amarga. Dijo: «Señoras mías, están poniendo el dedo en un punto sensible que me ha dado mucho trabajo, a mí y a los míos. El problema es este, las

personas no somos iguales, ni nuestras motivaciones profundas son las mismas, y todavía existen dificultades para reconstruir la verdad. Porque en esa época, unos exageraron tanto cuanto pudieron el valor de sus actos, subieron a los estrados y se golpearon el pecho, como tambor, hasta que toda la gente los reconoció como autores. Algunos más, en igualdad de circunstancias, simplemente dejaron transcurrir el tiempo. Y hubo otros que, al contrario, se arrepintieron de lo que habían protagonizado, no quisieron vanagloriarse de lo que generosamente habían hecho, se escondieron, o inclusive desaparecieron y hasta abandonaron el país. Otros fueron aún más lejos, llegaron a renegar de lo que habían hecho, atribuyendo sus actos a terceros, por miedo a las consecuencias desencadenadas por quienes deseaban que nada hubiera ocurrido. Llegaban cartas a sus casas, que decían Traidor, ¿por qué no les deshiciste los cuernos con balas, aquella mañana de abril? Eso, sí, te lo habríamos agradecido. Ahora, estás en nuestras manos, y no te imaginas cómo vas a bailar al ritmo de nuestro chicote. Confiesa dónde escondes a tu mujer y a tus hijos, queremos agarrarlos vivos. Y otras amenazas parecidas. Muchos fueron intimidados y renegaron. A esa altura, los andábamos buscando para reconocer sus méritos públicamente y condecorarlos, pero no los encontramos. Factores de enorme perturbación en la investigación, como ustedes comprenderán. Para alcanzar el reporte real de los hechos, es necesario escarbar, escarbar en la historia con gran destreza. Todavía existen los que viven incógnitos y se ha realizado cirugías plásticas para no ser identificados como piezas importantes de la revolución de los claveles. ¿Difícil de creer? Pero es verdad. Verdades que no deben aparecer en ese programa de la CBS. Miren. Hablo *off the record*, y les pido que respeten mi solicitud».

Margarida Lota vio su reloj y se lanzó a formular la última pregunta: «Una última cuestión, por favor. Sólo una más para cerrar. Díganos, usted, en particular, ¿qué obtuvo en concreto? Después de todo, ¿qué beneficios, qué recompensa le trajo la revolución? Tantos riesgos, tanto esfuerzo. Actualmente ¿siente que es un hombre que vive en una situación material más desahogada? ¿No?». Preguntó, aunque no habíamos redactado exactamente así la pregunta, y Margarida Lota, rápida, se hizo cargo de su error en la formulación. El Oficial de Bronce, sin embargo, continuaba siendo la misma persona que siempre había sido. No cambió. El Bronce no se sintió aludido por la insinuación, al

contrario, la agradeció. Su pecho, bajo el suéter azul cobalto, se anchó frente a la cámara. Era como si le hubiéramos dado una recompensa.

Dijo: «Esa sí es una pregunta diferente y muy interesante, por cierto. Qué bueno que me la ha formulado, señora mía. La lista de mis ingresos puede estar expuesta en los aparadores de las tiendas de O Chiado, está limpia como la carita de un niño después del baño. Mi situación financiera puede besarse. Y lo mismo sucede con todos mis camaradas de la fotografía que ustedes me mostraron». Dijo, y abrió su portafolios destripado y lo volvió a llenar de papeles, cintas, fotografías y actas, frente a la cámara, generoso en ademanes amplios. «Agradezco que la CBS divulgue lo siguiente. *On the record*. Yo jamás gané con nada. Soy un transformador, y el verdadero transformador nunca gana, lucha para que los demás ganen y, si es posible, para que ganen todos. Esa ha sido mi única ganancia. Miren. Gané porque soy uno entre miles, diez millones y tantos, que mejoraron sus vidas al pasar a vivir en libertad». Dijo el oficial, empezando a quitarse el micrófono que llevaría su mensaje a los estudios de la CBS, se despidió de mí, se despidió de Miguel Ângelo y se despidió de Margarida Lota, a quien la última frase del oficial tanto había impresionado. El tiempo se había acabado. El oficial se puso el abrigo, miró su reloj, tomó su portafolios, lo sopesó, giró sobre sus talones juntos, y su espalda ancha, envuelta ahora en lana azul cobalto y desapareció en el marco de la puerta. Era una película mágica que se extinguía. Regresamos al silencio del santuario. Sólo después de un rato hablamos.

Era difícil hablar.

Miguel Ângelo había dejado el jeep estacionado cerca de la Ópera y fue hacia allá que nos encaminamos, bajando en silencio. La realidad llegaba hasta nosotros de forma sorprendente, y mucho más compleja de lo que imaginábamos. Mis colegas volvían del primer encuentro ensimismados, soñadores, como si hubieran tenido una experiencia fundamental y sintieran dificultad en darla por terminada. Aunque Miguel Ângelo sólo hablara de cuestiones básicas. Pero ¿qué hacer con un testimonio de tal variedad y tal dimensión? ¿Cómo seleccionar de una declaración de casi una hora sólo

veinte minutos, que, en la fase final, no rebasaría los cinco? ¿Cómo omitir la enumeración de los diferentes hechos que, en la profusión de coincidencias, el Bronce consideraba milagros, cuando sólo podríamos usar la primera frase y un poco más? ¿Qué hacer con el precioso material proporcionado *off the record*? Era difícil, muy difícil, pero si era ese el método del tal Bob, el método del cazador, él lo acataría, pero le parecía una pena desperdiciar municiones de más, cuando se tendría que desaprovechar la mayor parte de la caza. Margarida Lota tendría que ceñirse a las cuatro preguntas y nada más.

Ya en la Rua Anchieta, Miguel Ângelo fue explícito: «Volviendo a la participación del Bronce, es interesante ver cómo ese hombre actúa y lo que dice sobre los cinco mil. Pero es inútil todo aquel esfuerzo. Tarde o temprano, haga lo que haga, todos serán olvidados, siempre fue así y siempre lo será. Ese hombre está equivocado. Hay un límite para todo, hasta para la memoria. En especial, para la memoria. Además de que todos seremos olvidados». Habíamos llegado al jeep que brillaba al sol de invierno como si fuera verano. Margarida Lota no estaba de acuerdo y miraba a su socio con angustia: «Eso no es verdad, Miguel Ângelo. Tú crees que un día todos serán olvidados, pero yo opino lo contrario. Un día, todos serán recordados. Incluso nosotros, que no hacemos nada especial en esta vida, seremos recordados. ¿Para qué servirían las vidas si no fuera así? Tengo la certeza absoluta de que en el futuro nadie será olvidado. Debe haber un lugar donde sea posible acordarnos de todo y de todos. Los que hicieron mucho y los que hicieron poco». Y Margarida subió al carro. Ella tampoco podía rematar fácilmente aquel primer encuentro.

El sol se había olvidado del habitáculo. Era raro. Yo coincidía con lo que Miguel Ângelo pensaba, era evidente que tenía razón, pero yo no tendría el valor de expresar tal opinión en voz alta. En realidad, lo que nosotros estábamos haciendo era apenas intentar oponernos al olvido, oponernos irremediabilmente. Claro que, si fuera necesario tomar partido, en voz alta, a pesar de pensar lo mismo que Miguel Ângelo pensaba, yo diría lo que acababa de decir Margarida. Procedería así porque sólo la ilusión de Lota era creadora. Yo no creía lo que ella creía, pero creía en su persona.

Además, lo que yo más admiraba en el coronel era justo eso, el crear una justicia imposible de alcanzar, y, sin embargo, intentarlo. Después de todo, él trataba de hacer algo cuya naturaleza era parecida a la naturaleza de lo que nosotros hacíamos, pero de forma absoluta. Éramos de la misma especie. Si

alguno de nosotros parecía ridículo en esa ambición, entonces todos éramos ridículos, Bob sería ridículo, y todos los que alrededor del mundo tratáramos de prolongar la memoria, narrándola, lo seríamos. El sentimiento del ridículo, a veces, me hacía dudar. Durante el testimonio del coronel, estuve pensando en la noche de la nevada, y, durante un instante, me arrepentí de haber cedido, no por haber regresado a mis lugares, sino por darme cuenta de que la metralla que se encontraba incrustada en las piedras de la calzada sería muy difícil de extraer. Muy difícil. Después pensé en la gastada imagen de los héroes que antes de iniciar la partida se fingen locos para no salir de Ítaca, o de los que piden que retiren la copa de entre las piedras para no tener que llevársela a los labios, y pensé en lo ridículo que era que yo sintiera que la tarea iba a ser compleja. Nada de complejidad, nada de dureza, al contrario, el acopio de información sería muy rápido, muy sencillo, muy de acuerdo con el libreto de Bob que, por cierto, era muy parecido al libreto que él le había pasado a Sorina Cuza, a Bill Buchner, a James Ferenc y a David Cech, mis colegas, cada uno de ellos rumbo a la patria de sus padres y provistos de la misma encomienda. Buscar una narrativa positiva, luminosa, intervalos de excepción en el proceso aciago de la historia. Por lo que mí se refería, no habría ninguna dificultad. Además, tenía a Margarida Lota. Mi colega seguía siendo una pieza fundamental en aquel proceso, y yo decía en voz alta, mientras avanzábamos a lo largo de la Avenida Fontes Pereira de Melo: «Estoy totalmente de acuerdo, Margarida. En el futuro, un día, todos, pero todos seremos recordados. De otra manera, ¿cómo se justifica la espera? Tal vez en el pasado ya todos habíamos sido recordados antes de que existiéramos». Margarida fue más lejos. Dijo: «Gracias, Ana Maria. Si yo no creyera eso mismo, le pediría a Miguel Ângelo que me llevara arriba del puente para lanzarme desde ahí». Corríamos por la avenida. Pedí algo inusitado: «Detente ahí al lado, ya». Miguel Ângelo iba tan absorto manejando el Vitara, que no me escuchaba cuando le pedía que se detuviera.

Por fin orilló el jeep y yo bajé. Nos despedimos.

El sol bajísimo iluminaba los metales, los espejos y los vidrios. Empecé a

caminar por todo Campo Pequeno y no había sido un espejismo. En el ala norte de la plaza, bajo unos plátanos, junto a una tapia, bien pegado a las tablas, estaba estacionado el carro *argenté* de mi padre. Era bueno encontrar el carro de António Machado brillando al final de la tarde luminosa, un objeto color aluminio destellando al sol crepuscular. Un objeto con algo de plata. Terminada la sesión con el Oficial de Bronce, aquel encuentro era una especie de regalo que la tarde me daba.

Pasé al lado del carro de mi padre. Pasé despacio, pero de repente aceleré el paso. Era necesario ser práctico y rápido, ir directo al asunto, *please, be fast*, como nos había recomendado Bob Peterson a todos nosotros. Según sus palabras, no hay nada más nocivo que confundir la huella con el camino. Sigue, sigue. El carro de mi padre se iba quedando atrás. El siguiente encuentro sería con Tião dolores, el fotógrafo de la cena del Memories.



V

EN LA FOTOGRAFÍA QUE YO TRANSPORTABA EN LA ES-palda, Tião Dolores era poco más que una cabeza metida entre el rostro del periodista y el tridente del cocinero, con El Campeador atrás de él, de pie. Y El Campeador, de brazos cruzados frente al pecho, miraba a lo lejos, seguramente más allá de la puerta, más allá de la calle, más allá del Atlántico, miraba tal vez en dirección a La Habana. Claro, podría muy bien no ser La Habana, podría ser Trípoli. Ya que como la fotografía había sido tomada en agosto de setenta y cinco, bien podría estar mirando cómo se levantaba una gran tienda en los alrededores de esa ciudad, una tienda donde los beduinos se sentaban sobre tapetes bordados mientras se escribía, a sus pies, el pequeño gran *Livro Verde* que anunciaba el socialismo redentor en el Magreb. O miraba en dirección a Suecia. No importaba, fuera para donde fuera que El Campeador mirara, miraba muy lejos en esa fotografía. Él, a quien el padrino de Bob había llamado el mayor roble.

Tião Dolores, al contrario, miraba algo muy cerca.

El fotógrafo había preparado el ángulo, ajustando el tripié, verificando el automático, había corrido hacia en medio del grupo y la luz había disparado. Por eso Tião Dolores era la única figura de la fotografía cuya imagen mantenía la marca de lo instantáneo, con los ojos muy abiertos, haciendo una pregunta permanente al *flash*. Era la única figura cuya mirada no conservaba la ilusión

de perdurabilidad que la pose otorga al retrato. Yo no recordaba si lo había visto de niña, pero sabía que el fotógrafo se llamaba Dolores por su padre, un reportero de bodas que nunca pedía a los retratados que pronunciaran *cheese* o *ponme*, sino *dolores*, y si las personas obedecían, en esas grandes ocasiones, sus labios quedaban carnosos, redondos, como si todos estuvieran besando algo al unísono. En lo que se refería a la fotografía tomada en el Memories, específicamente, también sabía que en cierto momento de la noche, Salamida había creado un entremés de distensión simulando consagrar la mesa, y Tião Dolores había aprovechado la oportunidad para registrar para la posteridad el acto de la reconciliación. Un retrato de familia pacífica. Nunes había sido arrancado de la cocina, y una vez reunidos, cada uno de los presentes posó, algunos empuñando objetos que tenían a la mano, esperando el disparo. En consecuencia, el único espontáneo en la fotografía era su autor, para siempre apretado, sorprendido, mirando a la cámara.

Era a ese fotógrafo, ese hombre de cuello estirado, a quien esperábamos encontrar en persona, casi treinta años después, el día veintisiete de febrero, según el método de Bob Peterson. El método consistía en agarrar un enorme *bruto*, estudiarlo, reducirlo, y al terminar, recomponer rápidamente lo que hubiera sido omitido o quedado imperfecto. En la CBS llamaban a ese método perdulario, ahorrativo en su conjunto, el método del cazador. Después del encuentro con el Bronce, allá íbamos, entonces, a cazar de la mano con Tião Dolores. Miguel Ângelo pasaría por mí a Campo Pequeno. Caminé avenida abajo, y ahí estaban la misma glorieta, las mismas cúpulas rojas, los mismos plátanos desnudos de hojas, pero el carro de mi padre no estaba estacionado junto a la tapia. Eso había sido dos días antes. Volví atrás, era necesario enmendar.

No estaba junto a la tapia, pero casualmente estaba estacionado en el lado opuesto, junto a la acera de la glorieta, debajo de otro plátano. Me detuve un instante a contemplar el carro de mi padre. Como siempre, António Machado seguía entregado a su labor de investigación. A esa hora, debía estar sentado en el fondo de un café, cabeza con cabeza con alguien que le sirviera de fuente, o en una banca de jardín, o en cualquier rincón discreto, para no tener que subir a lugares iluminados donde las fuentes chorrean, pero nadie se hace responsable, como siempre le había oído decir. Conocía a mi padre. Cuando subí al Vitara, todavía miré hacia atrás. Era bueno encontrarlo tan concentrado

de lleno en su labor. Nuestro trabajo es nuestro único vínculo de luz con el mundo, no hay otro, decía. Pocas horas antes habíamos desayunado en silencio, y me atrevería a decir que ahora mi padre, rondando ya los sesenta años, era un hombre pacificado. ¿Por qué no atreverse un poco más? Por momentos, cuando nos despedíamos e intercambiábamos algunas palabras, no me parecía sólo un hombre realizado, me parecía una persona en la plenitud de su actividad contestataria. Era muy probable que yo todavía estuviera bajo el efecto de la presencia de su carro *argenté*, cuando bajamos del jeep a eso de las dos de la tarde.

Efectivamente, una alegría colegial renacía en nosotros siempre que nos reuníamos. Ese día, caminamos los tres por todo Campolide, en medio de nuestra habitual algarabía, muy lejos de imaginar el episodio que nos esperaba. La fotografía del Memories iba en mi mochila, Miguel Ângelo cargaba sus aparatos, y Margarida Lota llamaría a la puerta del estudio en la Calçada dos Mestres.

Suponíamos que podría no ser fácil. Después de una semana de intentos vanos, el entenado de Tião Dolores nos había asegurado que su padraastro estaría ahí esperándonos, aunque al principio no lo viéramos. De hecho, no notamos la presencia de ninguna persona y el timbre tampoco funcionaba. Nos armamos de paciencia, ya que hacía más de tres cuartos de hora que tocábamos en una especie de aldaba, y en ninguno de los teléfonos contestaban. Cuando ya nos habíamos resignado, y Margarida Lota se disponía a dejar una nota debajo del tapete, informando de nuestra espera en vano, la puerta se abrió y el umbral surgió Tião Dolores en vuelto en un *robe de chambre* muy corto. El fotógrafo sostenía entre las manos lo que parecía ser una bolsa de basura. Saltó sobre Margarida Lota, todavía curvada, y la depositó en la puerta de la calle. Cuando regresó, dijo: «¿Son ustedes los que vienen de la CBS? Entonces entren y siéntense allá».

Entramos.

Pero Tião Dolores debería haber dicho antes, *entren, siéntense y esperen cerca de una hora*. Por lo menos fue ese tiempo que esperamos en una

habitación completamente blanca, con un único sofá blanco, donde los tres nos sentamos, un tanto desconcertados con la desfachatez del fotógrafo. No constaba en la corta biografía que circulaba sobre él, pero por lo visto, Tião Dolores se había transformado en un socarrón. Mientras esperábamos en la sala blanca, ocupando todo el sofá, nos reíamos. Nos reíamos de aquel hombre que nos dejaba abandonados en la habitación desnuda de una casa sin muebles. A decir verdad, la pared de en frente presentaba pequeños orificios de donde habían salido clavos, manchas oscuras de donde habrían salido cuadros, tal vez un espejo para los efectos de fotógrafo, y surcos cuadrangulares que llegaban al techo, seguro marcas persistentes de un estante ausente, pero nosotros sólo nos reíamos del *robe de chambre* corto. Nos reíamos con ganas de los chistes sardónicos que Miguel Ângelo contaba en voz baja, mientras el agua de una ducha corría en abundancia en el lado opuesto de la casa. Hasta que, finalmente, Tião Dolores surgió en la sala con el pelo todavía mojado. Sus ropas parecían de mujer, tejidos sueltos que le llegaban hasta las rodillas y sobre los hombros, una larga pashmina enrollada.

«No suelo tener visitas». Dijo. «Voy por una *bergère* y ya vuelvo».

Pero de nuevo tardó mucho tiempo, como si hubiera ido a buscar el asiento a una tienda de la Baixa y el tráfico estuviera detenido. Cuando finalmente apareció empujando un tipo de sillón, el fotógrafo, que parecía no haber comido desde el día anterior, nos pidió que aceptáramos unos altramuces, habiendo él mismo comido dos o tres de esos granos y escupido las pieles en el callo de la mano derecha. Sin parar de remoler, dijo: «¿Así que vinieron a visitar a los tres huesos?».

Mirando a quien lo decía, no podíamos dejar de reírnos.

«¿Los tres huesos?». Dijo Margarida, todavía perpleja.

Habíamos llegado ahí alrededor de las dos de la tarde, como fue acordado con el entonado, ya pasaban de las cuatro, y ni siquiera habíamos intercambiado las primeras palabras sobre el motivo de nuestra visita. Tião Dolores parecía complacerse en apocarse para enaltecerse. Agachándose de esa manera, con la mano extendida, nos ofrecía el contenido del tazón: «Pruébenlos. ¿Por qué motivo vinieron a visitar a los tres huesos?».

«¡Ah! ¡Los tres huesos!».

Dijo Margarida Lota, encantada con el chiste del fotógrafo, y encantados nosotros por podernos reír a gusto de aquella figura bizarra en la que Tião Dolores se había transformado. La anémona, sin

embargo, no dejaba de hacer su tarea. Perspicaz, dio por terminada la situación: «No, señor Tião, no vinimos a visitar a los tres huesos, nosotros vinimos a visitar a un hombre talentoso que parece tener sus doscientos seis huesos intactos. Y, por cierto, bastante recomendables». Tião Dolores masticaba, no reaccionaba. Ella seguía: «Señor Tião, todos lo sabemos. Las fotografías que tienen su firma son las que mejor documentan lo que pasó aquel día. Artísticamente perfectas. Son líricas, son épicas, son dinámicas y se fusionan con nosotros». Tião Dolores continuaba pelando altramuces con desenfado, escupiendo cáscaras en la palma de su mano izquierda, como si nada de lo que era dicho le incumbiera. Margarida insistió: «Porque usted captó los momentos decisivos del golpe, los momentos de osadía y los de la capitulación, así como los movimientos determinantes de la adhesión popular. Se puede decir que usted se encontraba en el ángulo perfecto, en el segundo decisivo, cuando los soldados avanzaban en la dirección exacta, o cuando apuntaban las armas hacia los blancos que más interesaban. En el momento justo, usted estaba ahí». Trasquilando y escupiendo, el fotógrafo parecía no darse por aludido. «¿Sabe, señor Tião? Nosotros conocemos sus fotografías. Creemos que todos aquellos equipos, desde los carros de combate hasta los megáfonos a través de los cuales se formularon los ultimatos, todo estaba allá, inundado por esa luz increíble, esperando su cámara». Margarida no se rendía, confiada, avanzaba en espiral: «Y el hecho de que digamos, señor Tião, que un pedazo de mundo se organiza en función de un fotógrafo, es la mejor manera de reconocer que ese fotógrafo es el intérprete ideal del mundo que queremos ver reproducido. El momento en el que usted capta la mirada avergonzada de los vigías, frente a la capitulación del Presidente del Consejo depuesto, nos conmueve la belleza, señor Tião. Y también lo humano, señor Tião...».

El fotógrafo de la cena del Memories nos extendió el tazón con el resto de los granos hinchados, lo extendió inclusive al mismo Miguel Ângelo, y yo tuve la impresión de que nos enfrentábamos a un problema sin solución. Observando el enjuto mentón del fotógrafo masticar, indiferente al discurso de Margarida Lota, viendo sus ojos alumbrados, fijos treinta años antes en la fotografía, transformados ahora en órganos fríos, vigilantes de la lontananza, más allá de nosotros, temí que el fotógrafo tomara las generosas palabras de Lota como una sucesión de falsas adulaciones, que se levantara y se fuera a otra habitación de la casa de donde no regresaría más. Pero no. Tião Dolores

posó el tazón en el entarimado, lo empujó con el pie y nos interpeló.

«Hablan mucho. Creí que me buscaban por otro motivo. Qué curioso. Los años pasan, las décadas van, todos los años surge gente de la misma edad diciendo que son jóvenes, al año siguiente ya no lo son, pero cuando aparecen es para volver siempre al mismo tema. Como si todos fueran sólo uno. Ustedes también. Pero les doy la razón, tal vez no exista otro tema. Vamos entonces a lo que interesa».

Los cabellos de Tião Dolores empezaban a secarse, y comenzaban a rizarse, a volar; su cabeza empezaba a parecerse vagamente a la cabeza de la fotografía del Memories. El fotógrafo suspiró. Era como si tratara de equilibrarse para hacer una gran travesía a nado. Desató el nudo de la pashmina. Se preparaba. «Empecemos entonces por recomponer la verdad», dijo. «No es cierto que yo haya hecho una cobertura completa de los momentos decisivos de aquel día. Todo mundo está cansado de saber que me faltan las primeras horas de aquella jornada. Si vienen a buscarme, deberían saberlo. Están hablando con un desfalcado».

El fotógrafo desvió la atención para su manutención, e interrumpiendo lo que estaba diciendo, inició un ditirambo a los altramuces: «Muy buenos, deben estar en remojo durante más de un mes, con ceniza, sal y un buen chorro de orines. Sólo así se pueden comer. Combaten el cáncer. En los ambientes oncológicos dicen que los altramuces son los mejores guerreros...». Como el tazón se había movido en el entarimado, el fotógrafo lo arrastró hacia él, con el pie. Tomó una semilla más, la miró con los antiguos ojos oscuros, los ojos sorprendidos de la fotografía, por un instante semicerrados, e inició un ditirambo a la semilla: «Cabroncita tiesa, de piel dura, qué vueltas das para defenderte, hasta que te agarran, te muerden y te vas...». Nosotros estábamos divertidos con la historia de los altramuces que, dicho sea de paso, ninguno de nosotros consumía, mientras el gran fotógrafo de aquel día, el glorioso día, vestido ahora con ripas de mujer, flaco como un pájaro en la penuria del invierno, reprendía a los altramuces: «Oigan», dijo él, «voy a ser franco, sincero. ¿Puedo comenzar? Manos a la obra. Así como para millones de portugueses, aquel fue el día más feliz de mi vida».

Tiño Dolores dirigió su rostro a la cámara.

«Jóvenes, aquella mañana, me desperté raro. Era muy temprano para levantarme y muy tarde para dormir. Agarré la Leica y me fui a la calle para tomar café, con ganas de activar el obturador; pero no había nada en Lisboa. Y necesitaba recargar la cámara. Después de haberme desatado la noche anterior haciendo placas al final de la exhibición de la Sutherland, me quedaba sólo un rollo de película. Pensé que lo mejor era echarme a andar rumbo abajo, por Avenida da Liberdade, y el mundo me pareció gris, nada se destacaba en él que valiera la pena para poner a trabajar a mi Leica, y así caminé y caminé, hasta que fui rumbo a la Agfa, donde había encargado material unas semanas antes. En esos aparadores no pasaba nada, a no ser por los vidrios, que ahí deberían estar, como siempre, y tampoco pasaba nada atrás de su superficie, de la misma forma en que la noche anterior no pasó nada en Coliseo, con la Sutherland gritando para nada, en una *Traviata* para nada, con aplausos retumbando para nada, y el pueblo de Lisboa ovacionándola por nada, pues ella le hubiera cantado a una sala con cerdos gordos, si le hubieran pagado, y si los cerdos gordos le hubieran aplaudido, ella hubiera salido a agradecer siete veces, todo para nada. Entré a la Agfa, recogí los rollos, pagué, y pensé que todo en esta vida era para nada. Pero cuando deambulaba por la Rua da Conceição, sin dirección, de repente vi que del fondo surgía una columna militar, avanzando rumbo al Rossio, y me detuve. Al principio, el convoy de la columna estaba encubierto, todo era extraño, o yo no quería creer lo que estaba pasando. Después, cuando vi los tanques avanzando entre las tiendas, y confirmé lo que sucedía, me emocioné tanto que olvidé la Leica. Y, de brazos abiertos, avancé rumbo a ellos, olvidando que era un fotógrafo. Grité. ¡Hey! Pasen encima de mí, quiero ser su tapete, y empecé a correr atrás de ellos, desabotonándome y ofreciendo mi pecho, diciendo que mi padre había muerto en la *frigideira* de Cabo Verde, contando mi vida a gritos, disfrutando todo lo que estaba pasando, y no usaba mi Leica. Por extraño que parezca, esa mañana estaba en mí una criatura salvaje más antigua que el fotógrafo. Y sólo empecé a disparar la cámara cuando me sentí en medio de una multitud rumbo a la Garrett, y la gente decía palabras parecidas a las que yo iba diciendo. Por favor, pasen sobre mí, quiero ser su tapete. Su alfombra roja, decían algunos. Y entonces, cuando vi a mis colegas sacando fotografías, desperté. Iba a darme

un ataque. No sé, la Rua Augusta se desvaneció, el Rossio se desvaneció, la Rua do Carmo se desvaneció y la Rua Garrett. A partir de ahí, sí, retraté las pencas de personas colgadas de los árboles, las ramas estaban tan llenas que no había más brotes libres. Y después, pencas en las ventanas, en la fachada del Largo do Carmo, en el suelo del Carmo, los pasos de cada uno, la salida de la tanqueta Bula llevándolos a los cuatro, y todo lo que ocurrió aquel día. Esa noche no me acosté. Los días siguientes, no supe lo que era una silla. Lisboa se había transformado en un lugar sin paredes, me sorprendí en varios lugares de la ciudad al mismo tiempo, no estaba consciente de haber caminado, parecía que mi cuerpo se multiplicaba. Cuando yo no veía lo que estaba ocurriendo, la Leica rechinaba y disparaba sola. Únicamente cuando entraba al cuarto de revelado: ahí sí, ahí tenía una noción de todo lo que ella había trabajado por mí. Pero en las horas fundamentales, las primeras, las viví de tal manera que las perdí. Y muchas veces me pregunto si seré un verdadero fotógrafo. No lo soy, jóvenes, no, si lo fuera, mi primer impulso al verlos subir por la Rua Augusta hubiera sido el de apuntar con la cámara, y placa, placa, habría tomando todo».

Sentado en la bergère, el fotógrafo recorrió la pared desnuda con los ojos. Parecía un rey destronado.

Margarida Lota dijo: «Nuevamente usted se está menospreciando. Usted no ha mencionado, por ejemplo, la secuencia del interior del Quartel do Carmo. Por lo que consta, únicamente Tião Dolores tuvo acceso a ese lugar. Sólo usted estuvo dentro del cuartel en las horas cruciales. Son siete fotos, una secuencia única del interior. Nosotros tres estudiamos esa secuencia. Nos preparamos, como puede ver».

El cabello del fotógrafo se secaba, rizado, indomado, creando una aureola alrededor de la cabeza. Tião Dolores se rio. «Ojalá que así fuera, muchachos. Los que se habían perdido la mañana, no querían perderse la tarde. Alguien me dijo, puedes entrar, serás el último fotógrafo del zar. Y yo receloso. Era

necesario entrar».

«Y él estaba ahí, el zar».

«Estaba ahí. Un cuarto, dos camas, una silla, un óleo, un ropero, el Presidente del Consejo estaba ahí de pie, con las manos en el respaldo de la silla. Estaba ahí. Primera placa. Cuando el Director de los Servicios de Información, muy elegante, entró a la habitación, y yo atrás, el Presidente del Consejo dijo: “Pedro, Pedro, hasta dónde hemos llegado”. Yo me arrodillé frente al Presidente. Esa es la segunda placa, *contre-plongée*. Muy elegante. “¿No le dije, señor Presidente, que una gran revuelta rondaba el palacio? ¿Y ahora, señor Presidente? Por lo menos, ahora estoy yo aquí para su seguridad personal”, dijo Pedro, elegante, y se secretaron. Tercera placa sobre las dos cabezas juntas. Después separadas. “No, Pedro, de ninguna manera. Voy a salir por mi propio pie, y saldré por la misma puerta por donde entré. Estuve allá atrás sentado en una piedra pensando en la posibilidad de saltar por los tejados. Iban a poner una escalera de bomberos para que bajara. Pero cuando me dijeron que...” Placa de frente, placa de frente, gran carácter. “Me dijeron que en el Terreiro do Paço cuatro ministros huyeron por un agujero abierto en la pared, y que a esta hora el mundo entero ya tenía esta triste imagen en las redacciones de los periódicos, me di cuenta del peligro que corría ante la posteridad y regresé a mi lugar. Es terrible, Pedro, terrible”. Placa. “Pero el pueblo está allá abajo, señor Presidente, ¿ya consideró el riesgo que corre, señor Presidente?”. Una placa de frente y otra por atrás. “No me desanimes, Pedro, es en este momento cuando necesito de más valor”. Placa de lado, *plongée*, seguido de un *contre-plongée* más. “¿Qué quiere decir? Señor Presidente, en un momento histórico tan dramático, es mi deber recordarle que el pueblo es por naturaleza sanguinario. Como usted bien sabe, gente que nunca aprendió a cabalgar con silla, gente que apenas cabalgó con montura, en momentos de ajustes de cuentas, es capaz de todo”. Placa. “¿De todo?”. Placa. Fue entonces que ambos, el Presidente del Consejo y Pedro entraron a la sala donde los ministros, abrazados unos a otros, gimoteaban. El elegante Director de los Servicios de Información puso la mano frente a la Leica. Yo bajé la Leica. Pedro me dijo, muy exaltado: “Espera, muchacho, Antonov-Ovseenko no ha llegado, todavía no estamos presenciando el asalto a la cava del Palacio de Invierno. Esto no va a ser San Petersburgo. No hagas que me arrepienta de haber permitido que entraras para atestiguar este momento. No hagas...”. Yo

respondí: “Mi Leica ya no está aquí”. Y apunté con mi cámara hacia el pasillo en un amplio *travelling*, pero los hechos históricos, si afuera estallaban a la velocidad de los gritos de los amotinados, dentro del cuartel nacían de las paredes, y yo no tenía la culpa de que la historia fuera así. La verdad es que sin hacer nada, al terminar el *travelling*, vi al almirante Tenreiro dislocándose a trompicones hacia la cocina, buscando un escondrijo. Placa. Un niño vino corriendo y dijo: “Mamá, mamá, el señor almirante está escondido en la despensa. Vamos, mamá, vamos allá”. Pero yo detuve al pequeño, a la mamá del niño y al carrito que el niño, preocupado, quería llevarse. Luego dirigí la Leica en dirección opuesta, y cuál sería mi sorpresa al ver llegar a un hombre envuelto en una bolsa militar, un *lorgnon* ensartado en el ojo derecho y un fuste en la mano. Placa. El jefe de la Casa Militar llegó corriendo y dijo: “La prueba de que esto va a acabar mal es que el tipo que entró con un fuste trae un pedazo de vidrio en el ojo que bien podría usar colgado en el pecho entre la lata de sus condecoraciones, ya que no tiene graduación oftalmológica. Pasar el poder de uno a otro es lo mismo que nada”. Placa. Mi Leica todavía no había enloquecido, pero disparaba por sí sola, cada vez más sola. Yo desviaba el foco de aquello que ella no debería ver, pero ella se contorsionaba entre mis manos y hacía de mí lo que quería. Fue así que registré el momento en que el general pronunció las siguientes palabras: “Señor Presidente del Consejo, mire que yo no tengo nada que ver con ellos, con los que están allá afuera haciendo este escándalo para provocar un golpe de Estado. Yo jamás haría este golpe de Estado. Acepto únicamente la incumbencia que ellos me dan, para que el poder no se vaya a la calle. Para que el gobierno del país no sea entregado a las masas ululantes que están estacionadas en la plaza. Y tú, no me saques fotografías, ¿oíste? ¿Quién lo dejó entrar aquí?”. Nos dirigimos a la salida. El presidente del Consejo de Ministros bajaba peldaño tras peldaño, bajaba rumbo al exilio, eran los últimos pasos que daba sobre las piedras de Portugal. Y ahí desvié la lente de la Leica, digan lo que digan: lo que me interesaba era el rostro de los soldados de la Guarda Nacional Republicana bajo los quepís, armados con arcabuz y espada, haciendo la última guardia. Placa, placa, placa. Uno de ellos tenía la cara seria, el otro el rostro inundado de felicidad, en el rostro de otro, que el quepí dejaba descubierto, corrían lágrimas. Corrían sobre el dolmen. Placa, Placa. Así, la serie del interior se acabó. Mi Leica regresaba a la gran batalla de la calle. Porque las multitudes, las masas, las incultas masas enfiestadas siempre habían sido mi especialidad

de culto».

Margarida estaba sorprendida, y mi sorpresa estaba con ella. «Qué increíble», dijo mi colega. «De la serie tomada por Tião Dolores en el interior, sólo conocíamos siete fotografías. Los dos elegantes intermediarios entrando al claustro, vistos de frente, sonrientes, llevando la concordia en un portafolios, y los hombres de los arcabuces llorando, vistos de lado». Dijo Margarida a Tião Dolores: «Pero ahora sabemos de una serie de más de cincuenta fotos, además de la reconstrucción hablada. Señor Tião, esto es una película, y no es muda».

El fotógrafo se reía, nosotros nos reíamos. Hasta que Tião Dolores dijo: «¡Ay!». Ya cansado de reírse. Y nosotros también.

Cansados de reír, pero no olvidados de la tarea profesional en la que estábamos involucrados, yo misma desarrollé el portarretratos y extendí al fotógrafo el retrato que él había tomado del grupo la noche del veintiuno de agosto de setenta y cinco, en el Memories. Tião miró largamente el objeto, lo volteó, leyó la inscripción, deletreó en voz alta los nombres, los apodos, la fecha, y no comentó nada. El tazón seguía junto a su pie, media docena de altramuces dentro, y nosotros divertidos, pletóricos de alegría, ya que el hombre era flaco como un alfiler, pero hablaba, su discurso nos servía, su figura exótica creaba un clima brutal, su hablar fluido y sus gestos comedidos. Genial, el tazón al pie de su pie, como si el fotógrafo fuera un pollito, un gallo. Margarida Lota hacia las preguntas que habíamos preparado para el fotógrafo, pero era inútil, Tião Dolores no respondía a lo que le preguntábamos. Respondía lateralmente. Dijo que ya había hablado lo suficiente, que no podíamos ser fanáticos de la reconstitución de la memoria, que si queríamos recomponer la memoria fuéramos a hablar con los historiadores, ellos sabían lo que cada soldado había ingerido en la cena antes de la operación militar. Afortunadamente, la noche del veinticuatro para el veinticinco las raciones habían sido las mismas para todos en cada comedor de cada uno de los

cuarteles de Portugal, pues de otra forma los infelices se habrían muerto describiendo el menú de cada uno. Y los involucrados eran más de cinco mil. Así por lo menos los historiadores siempre tenían la vida más fácil. Entonces, Tião Dolores devolvió la fotografía del Memories, sin más comentarios. Y decidió decir: «Sígueme. La cámara también».

«En especial la cámara, para que conserven el registro para la posteridad».

Lo seguimos. Transitamos por las siete divisiones del estudio, una casa de los años cincuenta de pequeños compartimentos adaptados, totalmente vacíos, que él mostraba, llevando el tazón en la mano. Pero no había nada en ninguno de aquellos compartimentos, las paredes estaban desnudas y ninguno de nosotros veía nada. Yo era muy joven. Si fuera una mujer más madura o simplemente vieja, vieja al punto de saber que el corazón palpita en las paredes de las casas, y que es necesario escuchar su ritmo de ladrillo y argamasa, para saber quién vive en ellas, yo habría visto algo más de lo que veíamos. Sólo que yo había caminado desiertos, reportado conflictos, vivido en medio de ellos, y había aprendido a detectar la aproximación de los estruendos por la dimensión del silencio que los precede, el olor de la sangre por la sombra de los cuchillos, pero en esa situación doméstica no distinguía más de lo que veía, y me reía con mis colegas pensando en lo que el tiempo hace con las personas, cómo las adelgaza o engorda, cómo las depaupera, cómo transforma a un gran fotógrafo en un hombre simplemente extravagante, cómo puede reducir a un creador en una triste figura de obstinación rara. Cómo la furia de fotografiar puede transmutarse en escarnio. Me reía todavía a tambor batiente, cuando salimos y el fotógrafo vino atrás de nosotros con dos bolsas de plástico verde, que debía haber escondido en la cocina. Por cierto, las bolsas se rompían a lo largo del corredor, y nosotros ayudábamos a recogerlas, dentro de frágiles envoltorios, pedazos de unicel, películas, papeles, cuerdas, unos lentes de sol rotos. El fotógrafo no nos agradecía. Su chaqueta de mujer le golpeaba en las rodillas. Nos despedimos. Él dijo: «Ok. Hagan lo que quieran allá en la CBS. Me da igual».

Era el veintisiete de febrero, ya lo había dicho.

Ni viento ni lluvia, ni frío ni calor. Caminábamos por la Calçada dos Mestres. A Margarida Lota y a mí nos dolía el estómago de tanto reír. Entramos a una lechería y no podíamos pedir nada para beber. De risa. El mundo nos parecía una anécdota chistosa. El sol escondido, nubes grisáceas. Todo reía a nuestro alrededor. El cielo picante. Aquellos altramuces, encharcados. Al despedirse, Tião todavía nos dijo: «Son buenos, sobre todo cuando al baño de ceniza y sal, nunca menor de quince días, le agregan pipí de niña». Ninguno de nosotros tenía treinta años. Aquel hombre desubicado en el tiempo y el espacio, de aspecto famélico, con un tazón de altramuces en la mano o en el pie, era demasiado cómico para entrar a un programa serio. El método del cazador, según Bob Peterson, muy exigente. Pero no era tan obvio que hubiéramos gastado de manera inútil nuestro tiempo. Dejamos de lamentarnos. «Vengan conmigo». Dijo Miguel Ângelo. «Apuesto que tenemos cinco minutos excelentes. Tal vez siete, tal vez diez, o más, ya veremos».

Fuimos a los estudios de la Príncipe Real, y era cierto. Teníamos por lo menos doce minutos excelentes en la presentación de Tião.

Haciendo el recorrido en reversa, el fotógrafo deambulaba por la casa vacía, se sentaba con el tazón cerca del pie, con unos altramuces ahí dentro, observando la fotografía del Memories, su rostro sorprendido salía de la fotografía y se trasladaba a su rostro de ojos encogidos, después avivados por la narrativa sobre aquella mañana, aquel encuentro, aquel día, todo el día veinticinco de abril, y su descripción de cómo él mismo se había multiplicado entre la multitud, con la Leica al hombro. Y todavía disponíamos de algunas fotografías de archivo firmadas por Tião Dolores, ilustrando lo que había dicho al principio. Era el regreso al inicio, el rebobinar de un pasaje de la vida hasta el culmen de un momento en cual la historia se había quedado callada para dar lugar al milagro. El momento luminoso. Él había abierto su

testimonio diciendo: «¿Puedo comenzar? Manos a la obra. Así como para millones de portugueses, aquel fue el día más feliz de mi vida». Y más adelante decía, refiriéndose a su aproximación a los tanques: «Pasen encima de mí, quiero ser su tapete». Considerando que disponíamos de algunas fotografías de los tanques, las potencialidades del testimonio de Tião no eran vastas, eran vastísimas, concluimos.

Aquel había sido un lindo día.

Así, al regresar, mis colegas siguieron su camino, pero yo me bajé en el Marquês y caminé arriba por la Fontes Pereira de Melo, le di vuelta a la plaza, entré a la avenida siguiente, siempre caminando, recompensada, vencedora, pues aún en medio de la locura éramos capaces de sacar diamantes pulidos de la calzada portuguesa, cuando tratábamos de recomponer el resto de aquella metralla. El padrino de Bob tenía razón. Aquella metralla de treinta años, cuando era tocada, aunque fuera levemente, siempre florecía. Tal vez los claveles de la revolución no fueran sólo claveles. Dios mío, pensé. Pensé en Bob Peterson, mi protector en el 2020 M Street, y por la vehemencia que mostraba al no mencionar su nombre, también pensé en António Machado.

Pensé en mi padre.

A la hora de la comida, él había acomodado el carro en el cuadrángulo horizontal de la plaza. Por cierto, ahora ya no estaba allí. Lo curioso era que estaba estacionado, bajo el mismo plátano, un carro parecido al suyo.

Era un *argenté* más opaco. Pero yo acababa de tener un encuentro con Tião Dolores, necesitaba tener cuidado con lo que veía. No, seguro que no se trataba del carro de mi padre, tal vez fuera uno igual, aunque con los cromados más gastados, una capa de polvo fino, esa clase de polvo que continuamente cubre cierto tipo de autos, un polvo que proviene del halo de sus dueños. Dos

carros parecidos, dos propietarios parecidos. No iguales. Caminé en dirección al carro, y no había duda. Que yo supiera, todavía no existían dos matrículas coincidentes. Después de una sesión con Tião Dolores, no era bueno encontrarme de esa manera un carro que tuviera la matrícula del carro de mi padre. Aún me sentía distante, y así lo confirmaba. Sí, era el automóvil de António Machado. Entonces se me ocurrió que mi padre estacionaba su carro en aquel lugar, bien lejos del periódico, para poder caminar. Caminar con su portafolios rechoncho, idéntico al portafolios del Oficial de Bronce. Uno y otro repletos de materiales complementarios, papeles y rollos sueltos que en el orden de mi padre correspondían a una altísima organización mental. *La numérotation infranchissable de ton père*, según las antiguas palabras de Rosie Honoré. Repasé su posible recorrido. António Machado salía en su auto a eso de las once de la mañana, lo estacionaba en las inmediaciones de la glorieta, tomaba su portafolios, y bajaba despacio, acera tras acera, avenida abajo, durante treinta minutos, arrojando humo, recibiendo humos, realizando la mitad de su ejercicio diario. Al final del día, o mejor, de su noche de trabajo, hacía el recorrido inverso, completando su programa de salud en medio de humos. Ahí estaba la razón por la cual António Machado llegaba tan tarde a casa, con un omóplato mucho más salido que el otro, por el peso del portafolios. Y se iba corriendo a su trono, a su trinchera, a golpear las teclas con el alma llena de energía. Pensando en su energía, iba a acercarme al carro, pero retrocedí. Ahí adentro, sentado al volante, mi padre estaba fumando. Tenía la ventanilla de su lado abierta y, absorto, miraba al frente. Conocía desde siempre al hombre que establecía el encadenamiento de los hechos, anticipando destinos. Si hacía días que estaba rondando por ahí, era señal de que estaba por cazar algo de gran porte en su horizonte. Pensándolo mejor, tal vez no hubiera un paseo saludable, eso no era propio de su forma de vida. Fuera como fuera, al contrario del desabrigado Tião Dolores, ahí estaba mi padre espiando el futuro, digno, talentoso, realizando una espera informativa debajo de los árboles. Y llevada por un impulso primario, pensé en correr hacia el carro, sentarme a su lado y hacerle preguntas. Dos, tres, varias preguntas. Estaba a punto de dar ese paso, pero me contuve. Era necesario tener mucho cuidado con las preguntas que no debería hacerle a mi padre.



VI

Para decirlo mejor, sentía la tentación de golpear en el vidrio con los nudillos de los dedos y presentarme de sorpresa. Quería subir al carro, sentarme en el asiento a su lado, y empezar a hacerle las preguntas que en aquel momento me asaltaban y no se confundían con la simple satisfacción de una curiosidad. Pero en lugar de acercarme empecé a alejarme, por toda la Avenida da República, y la prisa que daba a mis pasos era contraria a lo que yo deseaba. Un río de carros corría a mi izquierda, yo llevaba la mochila donde estaba acomodada la fotografía de la cena en el Memories, sentía en la espalda el peso del marco y del vidrio, caminaba más rápido e iba diciéndome que no podía echar por tierra en un breve episodio, ocasional y fortuito, toda la estrategia de silencio que había elaborado a lo largo de más de quince años. Cuidado, mucho cuidado. No era necesario tomar precauciones con mi padre, sino tomarlas conmigo.

Lo conocía.

Si volviera atrás y le preguntara dónde había estado, me diría la verdad, pues en principio no mentía, pero luego recuperaría su derecho a la equidad para interrogarme, y tú, ¿dónde estuviste esta tarde, Ana Maria? Si le preguntara cómo estaba su trabajo en el periódico, durante quince minutos, él me explicaría los difíciles entretelones de su profesión discreta, tan difícil como indispensable, y hablaría de su misión, pero apenas hubiera terminado, haría un breve silencio, y luego querría saber qué tal estaba el mío. Yo iba pensando

lento, mientras caminaba rápido. Él era así. Por cada detalle que me ofreciera, desearía recibir, como recompensa, no los detalles sobre mi trabajo, sino sus fundamentos, finalidades y perspectivas hasta el horizonte lejano de mi remoto futuro, rondando tanto mis fantasmas más oscuros como mis sueños más preciados. Y si al llegar a casa le dijera, llegaste muy tarde, papá, él querría saber por qué tal día yo había llegado tan temprano, o si el día anterior yo hubiera regresado de madrugada, me habría preguntado dónde había estado, con quién había andado, ten cuidado, no hagas eso de nuevo. Así, en tales circunstancias, si le preguntara por qué razón, a eso de las ocho y media de la noche, su carro estaba estacionado bajo los plátanos de Campo Pequeno, con él ahí dentro fumando, mi padre me habría dicho la razón exacta, a qué hora había llegado, a qué hora se había ido, y hasta me diría por qué motivo, los días anteriores, se había estacionado en los mismos lugares. En una de esas situaciones, mi padre podría hablar de una entrevista y de un entrevistado, o de una compleja recolección de datos a la par de unas fuentes difíciles, encubiertas, que le pasaban documentación secreta a determinadas horas, bajo los plátanos. Pero no te esperes al golpe, Ana Maria. En un suspiro, en una bocanada de humo digna del vapor de una locomotora antigua, él querría saber de inmediato qué andas haciendo desde que llegaste de Washington.

En ese momento me encontraba frente al monumento a los Combatentes da Guerra Peninsular. Me detuve.



¿Y si regresara? ¿Si le mostrara la fotografía que había sustraído y le hiciera las preguntas que me asaltaban? ¿Las preguntas personales, no las otras? Las otras eran para dirigirme a cada uno de los fotografiados, todos los que pudiera entrevistar, a excepción de António Machado y de la señora Honoré, pues en un documental riguroso, y si es posible científico, no se debe mezclar la vida privada con la vida profesional. De ninguna manera. Pero ahí, mi padre me lanzaría la seta certera de su curiosidad sobre el significado en mi vida a partir del 2020 M Street.

Ah, si yo abriera una puerta sobre Washington. ¡Ah! Si le contara sobre el método del cazador. ¡Ah! Si le hablara sobre la metralla que andaba desencantando en Lisboa. ¡Ah! Si le dijera que había tomado como concepto y

punto de partida la fotografía de la cena del Memories. ¡Ah! Si yo cayera en la tentación, António Machado no describiría la fotografía, ni a los retratados, sus apodos, sobrenombres y alias, sino que evocaría inmediatamente mucho de lo que yo conocía desde la más tierna edad, y lo que desconocía. De buena gana, él narraría la noche de la desavenencia, la noche de la reconciliación, y a la mitad, ningún tiempo. Claro que de sí mismo, António Machado, sentado a la izquierda, lentes de aros gruesos, rostros tres cuartos, no hablaría, pero a su izquierda, radiantes, los poetas, sus compadres, merecerían su elogio desprendido. Para no hablar de Rosie Honoré, la que se convertiría en su mujer, teniendo a la izquierda a Charlie 8, el héroe fallecido, y a los otros dos, desaparecidos de la escena, el que tenía la pistola y los que no tenían armas a la vista, pero que miraban como si sus ojos fueran fábricas de municiones. Y seguramente hablaría de El Campeador, del Oficial de Bronce y del Mayor Umbela. Y en medio, aureolado por una cabellera de madona, Salamida bendiciendo la cacerola. El intempestivo Salamida, quien echaría todo a perder. Debe haber sido por el elevado nivel de riesgo de esos momentos, en el interior del Memories, que Rosie Honoré salió a las calles de Lisboa, una ciudad transformada en escenario de un teatro abierto en plena acción. Sin embargo, ¿ese deambular de Rosie había sido un día antes, ese mismo día o al día siguiente? Por cierto, si su hija le diera cuerda a ese reloj de preguntas, tal vez él podría hablar de los papelitos blancos lanzados desde el quinto piso. El famoso pasaje roto, las tarjetas y todo lo demás, pedazos pequeñitos volando por la ventana. Sí, todo eso, si de casualidad su hija cayera en la tentación de contarle que había tomado la fotografía del librero, y que a veces andaba con ella a la espalda, o debajo del brazo, de entrevista en entrevista, con dos colegas más de la facultad. Disculpa, fue un abuso, lo sé, pero se me ocurrió, y Bob Peterson estuvo de acuerdo. David Cech fue a Praga, Bill Buchner a Berlín, James Ferenc a Budapest, Sorina Cuza a Bucarest. Se trata de *La Historia Despierta*. Si fuera así, quizás pasáramos la noche del veintisiete de febrero dentro de su carro, ya que las aclaraciones no tendrían fin. Pero yo jamás lo haría.

Sólo lo imaginaba porque existe en nosotros el placer de imaginarnos el cataclismo para sentirnos aliviados, porque esa ruina imaginada no corresponde a la verdad. Eso sería la meta de tu estrategia. Pensaba. Sólo te imaginas ese terrible escenario para sentir un estado de seguridad razonable

por no haberte sentado al lado de tu padre, dentro de su carro. Sobre todo para llegar a la conclusión definitiva de que no se le debe preguntar sea lo que sea a nuestro padre, si él es como el tuyo. En síntesis, si tú, Ana Maria Machado, no preguntas, tu padre no responde, y por lo tanto tampoco pregunta. Y como tu padre no pregunta, tú no tienes que responder. El círculo se cierra. El círculo se cierra y el silencio es profundo. Puedes sentir cierta curiosidad por saber qué es lo que hace que el hombre que prevé el futuro, tanto en las ediciones del viernes como en las del sábado, estacione su carro durante días seguidos bajo de los plátanos, en el ala norte del Campo Pequeno, a la hora de la cena; pero no lo preguntarás. Tú no puedes abrir esa puerta, porque no se sabe a dónde da. Sí, es necesario tener mucho cuidado con la curiosidad de nuestro padre.

Volví a caminar, Avenida da Guerra Peninsular arriba.

Él siempre será el mismo, pensaba. Nuestra curiosidad puede ser diletante o no, pero la de él siempre será dramática. Él no es capaz de vernos como un hombre o una mujer, como un profesional, un corresponsal o una corresponsal de guerra. Él siempre nos ve como una criatura que no pesa más de diez kilos, dislocándose por el mundo dando sus primeros pasos, que de repente puede encender fósforos, aproximarse a la ventana, hacer caer la mesa de mármol, caer al fondo de la piscina y quedarse allí para siempre como un muñeco de trapo ahogado. Así es papá. António Machado, mi padre. Se muere por saber quién es Bob Peterson, por qué razón no está casado, si tiene hijos, por qué motivo desea tanto y tan intensamente, de la historia reciente de Portugal. Por qué razón, en todo eso, anda metido el embajador de Estados Unidos en Lisboa, el americano contemporáneo de los hechos. Y ¿qué es eso del método de recolección del cazador? ¿Y tú qué andas haciendo de un lado a otro? Y, ¿por qué te vas a Irak atrás de él, corriendo tantos riesgos? ¿Por qué? ¿Por qué Basora, Nayaf y Kerbala? ¿Por qué? Pero mi padre no hará esas preguntas, por la sencilla razón de que yo no le haré mis preguntas. En especial, no formularé la pregunta que él tanto desearía oír. ¿Has tenido noticias de Rosie Honoré?

¿Cómo está ella con su amado, el director sádico por el que te cambió? ¿Y cómo están sus entenados? ¿Esos por quienes nos dejó? ¿Has sabido algo de la mamá *coucou*, que hizo su vida en el nido de otros, y abandonó el suyo? ¿La revolucionaria que renunció a ser Katrin en *Madre Coraje y sus hijos*, en setenta y cinco, rompiendo de madrugada su pasaje, pero reunió esos pedacitos de papel, uno por uno, para ir a tocar el tambor sobre las tablas del escenario de Bruselas, trece años más tarde? ¿Cuando yo apenas tenía doce años? ¿La revolucionaria? Nada de nada. No voy a hacer una sola pregunta. Así estamos bien, estamos equilibrados, sonreímos uno al otro, y hasta nos abrazamos, muy cercanos, diciendo buenos días, buenas tardes. Y fórmulas de cortesía como éstas. El próximo marzo va a ser tan cálido que, en unos días, Lisboa entera estará desnuda en la playa.

Todo esto es verdad.

En nuestra casa, la misma mesita baja, el mismo sofá, el mismo televisor encendido. Aquel día, el día en que visitamos a Tião Dolores, ya pasaba de la media noche cuando António Machado llegó a casa. Venía fumando como siempre, como desde el principio del mundo, el principio del mundo de los de nuestra especie. Porque nosotros somos de especies diferentes, no por la edad que nos separa, treinta y seis años, lo que no basta para hablar de una especie diferente, sino por la oposición de carácter, que es lo que entre personas constituye las especies. Yo soy una nómada, él un sedentario. Un día, antes de que partiera para un lugar lejano, lo más lejano posible, me advirtió con dureza, con su modo transfigurado de enviar recados, el mismo modo definitivo que emplea para anunciar los desmanes que él imagina estarán por ocurrir en el futuro, me advirtió con su dedo índice en ristre: «Cuidado, Ana Maria, hay muchos sedentarios con cabeza nómada, y muchos nómadas con cabeza sedentaria, y éstos, se engañan a sí mismos, pensando que conocen el mundo entero por haber ido allá con sus pies, son los peores. A veces, éstos son inamovibles como murallas. Líbrate de seres como ellos». ¡Ah! Yo entendía perfectamente a dónde mi padre quería llegar. Pero le dije que era imposible ser nómada en una tierra donde el tiempo se detiene, y ser

sedentario allá donde el tiempo estalla. Yo no era como él, yo quería ir a los lugares donde el tiempo estallara, darle la vuelta al mundo, nada más para recortar esos estallidos con mis propias manos. Y poder decir, yo fui testigo, yo vi, yo reseñé, por lo tanto, tengo derecho a hablar. Yo no era como él, sentado en un trono, en un horno, girando en torno de la intriga nacional. La abyecta intriga. La intriga de unos cuantos condes sentados en un gallinero, y los periodistas de la nación, sentados en las perchas del gallinero. Recogiendo lo que caía de arriba. ¿En serio? ¿Yo recogiendo lo que cae de arriba? Yo, yo, anda, repítelo, Ana Maria. Me acordaba perfectamente de nuestra discusión, ahí mismo, sobre la superficie de la misma alfombra, ahora derruida, alrededor de la mesa, iluminada por el mismo candil, cinco años atrás. Me había encaminado hacia el aeropuerto sin dirigirle la palabra. Y él sin hablarme. Todavía había llegado hasta el elevador, con la mejilla roja o hinchada. Esa deformidad me alejaba todavía más. Ahí iba yo, camino al centro del mundo, hacia el ojo del ojo, Washington, dejando atrás la periferia de la periferia, un alrededor lejano con relación al mundo. Portugal pequeñito. La conquista del espacio grande. La distancia y el silencio, todo eso, conquistado. Sin embargo, unas horas antes, si no hubiera sido precavida, habría cedido, me habría metido en su carro para abrirle mi alma como si él ya no fuera el *Senhor DesHonore*, que en ocasiones lo acusaba de ser, y como si ya lo hubiera perdonado por haber sido cómplice de Rosie Honoré Machado.

Oigámoslo.

Ahora él ya tosió, ya puso el portafolios sobre el baúl, ya colgó la chaqueta, ya me miró desde la puerta. Me levanto para abrazarlo, me besa, me da coscorrónitos en la cabeza como cuando era pequeña. Se va a cocina, come de pie, y mal, regresa, abre el portafolios, un recipiente propio de quien acumula papel, y estudia esos papeles mientras yo arreglo sobre las rodillas los detalles que, en los próximos días, me han de llevar hasta el general mayor, llamado Mayor Umbela en la fotografía del Memories. Muy bien. Así, me siento bien, en silencio, me siento superior a António Machado. De cierta

forma, sin engañar a mi padre, lo engaño, uso los materiales de su vida privada como mi material de uso profesional, y no le digo nada. Pienso. Qué distante estoy de él, qué superior soy en relación a él, no para vencerlo, sino para escaparme de él. Para que no me evite la caja de los fósforos, el peso de la conciencia, el fondo de la piscina. Soy yo quien los evita, aunque sólo sea mientras yo misma los quiera evitar. Después de todo, puedo querer prenderme fuego a mí misma, puedo desear que la mesa de mármol me aplaste, puedo desear morirme ahogada en el agua azul de la piscina, y nadie tiene que ver nada con eso, mi vida es sólo mía. Incluso en la velada, yo soy yo, y mi padre es mi padre. Media noche en punto. Tenemos el televisor encendido en canales internacionales, y estamos hablando sobre el avance occidental en la zona del Medio Oriente, y la venganza en forma de bomba amarrada a la cintura, que se prepara, operación explosiva, creciendo, creciendo, la situación degradándose, y la estación de Bob Peterson cubriendo los hechos con furor profesional. Veintisiete de febrero de dos mil cuatro. Los dos sentados en el sofá, y el mundo girando ante nosotros como un dije que cada uno de nosotros trae colgado en el cuello, sin hablar del dije que el otro trae. «¡Ay! Qué pequeño es el mundo». Le digo a António Machado, sólo para decir algo. Mi padre lo confirma, y luego pregunta: «Ya son más de las dos de la madrugada, Ana Maria. ¿Qué no te vas a acostar?». Pero mi padre no soporta quedarse callado ante el temblor de tierra que estamos presenciando y dice: «Ahora sí va a ser una guerra interminable». Algo estremece su voz como si fuera el principio de una balada. Nos entendemos. Hablamos uno con el otro a través de las malas noticias que nos llegan del otro lado del mundo. Ya son las tres de la madrugada. Así es como deben ser las cosas. Mi padre y yo nos amamos con la misma intensidad de los animales del bosque, y por eso, entre nosotros, no necesitamos emplear palabras. Sabemos todo uno del otro, en cuestiones esenciales. Por eso no hablamos. Entre nosotros, al principio, no era el verbo, era el entendimiento que precede al verbo. El antiquísimo calor de su hombro, donde yo me quedaba dormida, mucho antes de la palabra verbo. Valga la redundancia.

Pensamientos propios de un día en el cual

habíamos entrevistado a Tião Dolores.

Sin embargo, yo no había venido a Lisboa a alimentar pensamientos personales, y sí para recopilar material para una obra que tendría que inaugurar la serie *La Historia Despierta*, abriendo con el episodio portugués, al que le seguirían otros cuatro momentos asombrosos ocurridos en Europa, y sólo después se ampliaría a otros casos del mundo. Por eso, era necesario seguir los pasos previstos por Bob Peterson, y siendo así, nada de pensamientos líricos después de haber visto a António Machado fumando dentro de carro, bajo una arcada de plátanos.



VII

EL ENCUENTRO SIGUIENTE SERÍA CON EL MAYOR UMBELA.

Ése que en la cena del veintiuno de agosto se había sentado al lado del Bronce, era ahora un general mayor, aunque fuera difícil determinar en qué se ocupaba en realidad. Siempre que le llamaba por teléfono, su voz surgía del otro lado con un timbre adolescente, en ocasiones titubeante, de tal modo que llegué a pensar que sería un nieto suyo el que estuviera respondiendo por él. Aunque eso era en lo referente al timbre y a la duda, pero en lo que correspondía a los argumentos, la renuencia del general se parecía a la mostrada por el jefe Nunes, ambos argumentando motivos de congruencia, que en ocasiones parecían gestos de grandeza, o bien simple apatía. Hacía más de una semana que yo insistía, había mencionado el nombre de Bob Peterson, le dije que sin él el episodio portugués quedaría incompleto, pero el hombre que en la fotografía del Memories se reía en dirección al mantel, con ojos semicerrados y dientes expuestos, en una pose desarmada, contrastando con la circunspección del Oficial de Bronce, o respondía resistiendo, o se negaba definitivamente.

«Pero ¿por qué, señor general?».

«Porque otros lo harán mejor que yo».

Sería una pena que fuera así. Umbela había sido uno de los ocho asaltantes del Rádio Clube, la noche del veinticinco, y sin su testimonio, parte de la coherencia de nuestro proyecto, establecido en el esquema de la fotografía del grupo, sufriría un rudo golpe. ¿Quién lo podría remplazar? En el diseño de *La Historia Despierta*, su figura se hacía imprescindible.

Habíamos pasado los últimos dos días de febrero pensando en Umbela,

entretenidos en la reconstrucción de los movimientos del Batalhão de Caçadores 5 a lo largo de las calles de Lisboa en la noche memorable. Era un fin de semana y no lo hicimos por menos. Fuimos al lugar, y ahí nos quedamos intercambiando opiniones sobre las horas y los pasos. Había sido ahí. El Bronce no lo había mencionado en su número de milagros, pero seguramente incluía esa maniobra temeraria en la larga lista de coincidencias como una de las principales acciones de rara felicidad. El antiguo Batalhão de Caçadores 5, testafarro del antiguo régimen, vigilado por todos lados, a la hora de la somnolencia nocturna, había dejado escapar a la calle la mosca revolucionaria. Para evaluar lo sucedido era necesario caminar por los lugares, dominar el escenario de los acontecimientos tal como habían ocurrido. Hicimos todo el reconocimiento a pie. Miguel Ângelo, en ocasiones, se sentaba en cualquier mesa de café que encontráramos a lo largo del recorrido, pero Margarida Lota seguía imparabile. Se detenía frente al Parque de São Sebastião, y se sorprendía de que no hubiera en las paredes *outdoors* que narraran cómo ahí abajo, cerca de las dos de la madrugada, treinta años atrás, habían descendido ciento veinte soldados en marcha silenciosa para echar abajo la puerta del Quartel-General. Después subíamos otra calle y nos deteníamos frente a una puerta de vidrio.

Parecía imposible.

Por esa puerta los ocho oficiales habían entrado para tomar por asalto la Rádio Clube, y ¿qué estaba escrito en la puerta? Nada. ¿Los nombres de los que habían entrado? No existían. ¿Los nombres de aquellos que en su interior habían leído los comunicados? Nadie los conocía. ¿La fotografía de los soldados que habían ocupado la Rua Sampaio Pina, y de los comandos que habían aprehendido a policías, guardias, legionarios y figuras fieles al régimen que estaba siendo depuesto? Nada de nada. Nadie conocía el rostro de esos comandos. Faltaban fotografías, nombres, inscripciones y flechas que indicaran quiénes habían participado en el esfuerzo del gran cambio. Los transeúntes comunes, tal como lo era ella hace dos meses, pasaban por ahí sin darse cuenta de nada. Era como si las casas y calles estuvieran desprovistas

de una memoria que debería estar viva. Esa desaparición parecía insoportable. En ocasiones, Miguel Ângelo terminaba harto de la furia memorialista de su socia y nos abandonaba, dejándonos hablando solas. Decía: «Estoy harto. Hasta mañana, señoras mías. La dejo tomando café y bebiendo agua con un popote, en mil novecientos setenta y cuatro».

Margarida Lota se quedaba en el lugar, impresionada por ciertas revelaciones. Lo lamentaba. Porque ellos sólo tenían seis granadas de bazuca para asaltar el cuartel y, en ese tiempo, estaban a tal grado mal calzados y mal vestidos, que habían andado por ahí con mantas en los hombros para protegerse del frío inesperado que hacía en ese abril, y, aun así, desarmados y sin municiones, habían confiado en su propia fuerza, y resistido. Y el hecho de imaginar un ejército desarrapado asaltando las fuerzas leales al gobierno, aumentaba aún más su admiración por esa página de la sublevación justa, según decía. Miguel Ângelo era invadido por furias repentinas. Teníamos que ser justos, tan desarrapados estaban los asaltantes como los asaltados. En ese tiempo, según constaba, todos eran desarrapados. Margarida llegaba a la conclusión de que sí, sólo que ella sentía hambre y frío por los primeros, y no por los segundos. Por cierto, nunca lo confirmé, pero siempre sospeché que en uno de esos días, la anémona había reconstruido la célebre madrugada de las fuerzas de los Caçadores 5, recorriendo los lugares a las horas exactas en que se habían registrado los hechos. Durante la preparación para el encuentro con el general, algunas de sus observaciones sobre datos demasiado precisos despertaron en mí esa sospecha. Y conforme más le decía que Umbela se resistía a colaborar con nosotros, más ella lo creía imprescindible, y más buscaba conocer los detalles de su contribución para el golpe de Estado de setenta y cuatro.

¿Por qué no querría participar Umbela?

El argumento dado por él mismo, desde el otro lado, resultaba muy confuso. El general empezaba diciendo que había gente mucho más indicada que él para dar su testimonio a la CBS, asegurando que hablaba la objetividad y no la modestia. Confirmaba que era verdad, que se había puesto el uniforme en el

vano de una escalera, había entrado armado con una Walther sencilla, había pasado la noche apostándole a una acción que a muchos les parecía una hazaña de locos de manicomio, y sentía un gran honor por haber corrido ese riesgo, pero él simplemente había sido uno de los miembros de un comando de ocho figuras. O se escuchaba a los ocho, o no se escuchaba a ninguno, pues mientras el tiempo pasaba, las alteraciones se iban cristalizando en la memoria como nidos de polvo en rincones de armarios. Además de eso, había hombres que, para describir un hecho, usaban dos palabras, mientras que otros, para el mismo hecho, empleaban tres mil. Habían pasado treinta años. Algunos, cada vez más, centraban las acciones en sí mismos, y otros se distanciaban de sí mismos, incorporándose a un colectivo, incluso ausentándose del todo. No era un bien ni un mal, eran diferentes trabajos que la labor del tiempo iba tejiendo de diferente forma, según el temperamento de cada uno. Y él, cada vez más se veía a sí mismo en medio de su grupo, y cada vez más representaba al vastísimo grupo al que pertenecía inscrito en el tiempo común y en el espacio colectivo, y en ocasiones, al anochecer, todo lo que su grupo, en conjunto con otros, había hecho no pasaba de una breve opereta que había sido representada en algún lugar, al final del tercer cuarto del siglo veinte, y cuando apenas había empezado, se acabó. Cuando llegaba a ese punto, confesaba que él se consideraba no ser nadie. Aunque el médico le hubiera dicho que no era bueno entregarse a tales pensamientos, que sentir que no era nada era empezar a morir. Pero a él no le importaba. Entonces, de muy buena gana, proporcionaba el nombre y el teléfono del comandante de las fuerzas sublevadas del Batalhão de Caçadores 5, uno de los cabos militares más destacados, aquella noche memorable, un hombre que nadie mencionaba. Escriba el teléfono para contactarlo, decía del otro lado. En esa discusión mansa que teníamos por el auricular, yo no podía explicarle que *él*, bajo el nombre de *Mayor Umbela*, estaba en la fotografía del Memories, y no los otros. Entonces, recordando los antiguos encuentros cuando llevábamos a pasear al perro, se me ocurrió formalizar la invitación, proponiéndole un lugar determinado. El martes, tres de marzo, le dije: «Entiendo su punto de vista, pero ¿qué le parece si nos encontramos, un día de estos, en el auditorio del Parque São Sebastião? ¿Entre escalinatas de piedra y árboles? ¿Ahí, muy cerca de los lugares donde se registraron los hechos?».

Umbela hizo una pausa en su resistencia, accedió: «Puede ser, tal vez. Ya

veremos, mañana, a las dos y media». Y el general, que por teléfono parecía ser una persona de pocas palabras, acabó por exponer con detalle —en ese aspecto era parecido al cocinero—, explicó que se encontraría con nosotros porque le agradaba el lugar que le habíamos propuesto, un auditorio en medio de los árboles. Y más todavía porque ahí había asistido a conciertos de jazz, oratorias, conferencias, odas, y al estreno de una maravillosa cantata. Y como la vida sólo podía ser soportada así, en medio de la belleza que la naturaleza brinda de forma gratuita, o cuando el hombre la conquista gracias a su pulso y su paciencia. La belleza. Sí, el encuentro sería en el auditorio del Parque, al aire libre. A pesar de todo, yo estaba recelosa. ¿Acudiría Umbela a nuestro encuentro, a las dos y media de la tarde?

Umbela llegó a nuestro encuentro.

Surgió por el portón sur del Parque. Lo vimos avanzar hacia nosotros, chaqueta deportiva, caminando con porte atlético. Y el hecho de haber llegado a la hora acordada, nos llenó de satisfacción. Nos dirigimos hacia el lugar previsto, acomodando nuestros equipos. Pero los árboles se balanceaban demasiado alrededor del auditorio. El cielo había permanecido inmóvil durante más de un mes, un cielo amarillento, estático, cálido y lento, suave como un pantano sobre Lisboa, y resultaba que justo aquella tarde en que queríamos grabar en un exterior, el mismo cielo se había roto, las nubes se deshacían y el viento agitaba los árboles y los vestidos. «No es posible. No traje el micrófono adecuado». Dijo Miguel Ángel. «El viento se me cuela por la rejilla del diafragma, la vibración deforma las palabras. ¿Podríamos ir a una cafetería?».

Fuimos. El hombre que llegaba riendo, con los ojos casi cerrados, en la fotografía del Memories, empezó a caminar adelante de nosotros. Conocía el espacio, los senderos y los árboles. Además, para nuestra sorpresa, el general conocía tan bien los árboles del Parque que los iba identificando uno por uno, a media en que íbamos pasando por debajo. El roble fresnal, el fresno de hoja ancha, el álamo negro, la acacia de tres espinas, el olmo. Del olmo, el general recogió una hoja y la hacía girar entre sus dedos mostrando sus dos caras:

«Miren, se reconoce la hoja del olmo porque es asimétrica junto al peciolo». El general recogía del suelo varias hojas de esa variedad, todas con la misma forma. Lo curioso es que lo hacía siempre con la mano izquierda. Fue entonces que me di cuenta de que su mano derecha permanecía metida en el bolsillo de la chaqueta, y que de ahí no la sacaba. Margarida Lota se acercó al general para ver las hojas, y su curiosidad era genuina, y genuina era también su admiración al ver que un militar que había participado en un golpe de Estado se interesaba en las especies botánicas. Miren, ese es el *populus nígra*, ese el *ulmus glabra*, y aquel el *ulmus minor*. «¿Y este? ¿Y aquel?», iba preguntando mi amiga al tiempo que avanzábamos por el laberinto del Parque.

El general nos mostraba entonces la hoja arredondeada de un algarrobo, la hoja de un plátano en forma de mano extendida, recogiendo hojas del suelo, a nuestro paso, usando siempre la mano izquierda. Cuando le mostró a Margarida Lota los dedos de las hojas del plátano, fue con los dedos de su mano izquierda que los comparó. Eran hojas viejas, del año anterior, las nuevas apenas despuntaban en las ramas. Yo simplemente observaba, no sacaba ninguna conclusión. Miguel Ângelo, desde lo alto de su elevada estatura, sugirió un gesto de vigilancia alrededor.



Llegamos a la cafetería.

Nos sentamos. Para el general era agradable que nos encontráramos entre los árboles. Le gustaban los árboles. Desde pequeño se había habituado a nombrarlos y reconocerlos. El *phoenix canariensis*, el *roebelenni*. Y empezó a hablar de su vida de niño, mientras Margarida Lota se acomodaba frente a él. Miguel Ângelo murmuró de nuevo, pegado a mi hombro: «Su mano invisible está ahí. José Stalin también se dejó fotografiar escondiendo una de sus manos. No lo pierdas de vista». Era evidente que mi colega no simpatizaba con Umbela. Afortunadamente Margarida se concentraba en lo esencial. «¿Y por qué, señor general? ¿Por qué ese gusto por los árboles?», preguntó Lota.

El general era más amable en persona que por teléfono. Sonrió con

condescendencia: «Porque nací en un pueblo del interior con un Bosque Real. Un parque público diseñado en el siglo diecinueve, con todo tipo de árboles comunes y exóticos, conforme se usaba en esa época. Enormes palmeras. Mi abuelo era profesor, latinista fanático, cuando el latín no era una lengua, sino una ciencia. Una ciencia de la que abrevaban otras ciencias. Un infierno. Mi abuelo quería que yo aprendiera latín, y procedía como Rousseau. Me llevaba al centro del bosque y hacía que pronunciara el nombre de los árboles ante él. Pero al contrario de Rousseau, iba atrás de mí, vigilándome y me obligaba a aprender, con un dedo apuntando a mi cabeza».

Margarida Lota estaba encantada. No se fijaba en la mano derecha del general: «¿Lo obligaba? ¿Lo castigaba, señor general?».

El general, acomodado en la silla de la cafetería, explicó despacio: «No se comportaba exactamente como Rousseau sugiere en sus lecciones. Mi abuelo era muy rígido. Con una ética de Tras-os-Montes. Y me rodeaba de aquello. Una vez, cuando yo tenía unos ocho años, me trajo a Lisboa».



«Su abuelo latinista».

«Sí, mi abuelo quería que conociera Lisboa, yo estaba en segundo o tercer grado. Tomamos el tren muy temprano en la mañana, lo que era un acontecimiento excepcional. Pero al comprar los pasajes, el jefe de la estación se equivocó en el cambio y le dio unas monedas de más. Tal vez tres o cinco tostones. En Lisboa, a donde yo venía por primera vez, mi abuelo me compró unas botas de ante suave para que caminara cómodo. Vamos a caminar de la Ceca a la Meca, para que veas esta gran ciudad. Subimos por el elevador de Santa Justa, fuimos hasta el Chiado. Y él siempre diciendo que al regresar a la estación del tren tenía que devolver lo que sobraba del cambio. Sin embargo, cuando llegamos a la estación ya era muy noche, y mi abuelo se había quedado dormido. Precipitados, salimos corriendo, tomando apresuradamente el camino a casa, de tal suerte que, a la mitad, y no era poca distancia, él se acordó de que había pasado por la ventanilla de la estación y no había

devuelto el dinero. Hijo, tenemos que regresar. Tenemos que devolverle el dinero a ese señor. Toma lo que es tuyo y devuelve lo ajeno a su dueño. *Accipe quod tuum, alterique da suum*. Empecé a llorar. Me dolían los pies. Mi abuelo dijo, si te duelen los pies quédate sentado en la orilla del camino, yo voy rápido y regreso. Miré alrededor y me imaginé solo, las luces eran escasas, únicamente de tanto en tanto un farol esparcía un poco de luz. Traté de quedarme parado para esperarlo, pero no pude. Corrí atrás de mi abuelo y fuimos hasta allá para devolverle los tostones al jefe de la estación. De regreso, yo lloraba. No llores. ¿Cuál es el nombre en latín del arce? *Acer pseudoplatanus*. ¿Y de la palmera de las canarias? *Phoneis canariensis*. ¿Y del álamo negro? *Populus nigra*, o *populus tremens*, dependiendo de su peciolo. ¡Ah! ¿Sí? ¿Ya sabes todo eso? Entonces compórtate como un hombre, muchacho, siente la alegría de no deberle nada a nadie, de cumplir con tu deber, de vivir con la cara limpia. Mira cómo después de pagar nuestra deuda nos sentimos aliviados. ¿Cómo se le dice al roble? ¿A la granada enana? Muy bien, *alterique da suum*. Y así llegamos a casa. Mi madre me vio entrar y miró mis botas nuevas. Me sentó en el diván, me las quitó, y era difícil descalzarlas. Dentro de las botas, los calcetines estaban manchados de sangre, toda la piel del talón se quedó pegada».

«Señor general, usted era entonces un niño».

«Sí, era pequeño, tendría unos ocho años».

«¿Y nunca lo olvidó? ¿O sólo a veces se acuerda?».

«Jamás lo olvidé. Mi madre y mi padre acusaron a mi abuelo de ser cruel. En ese momento, de hecho, me pareció que había sido demasiado exigente, por lo menos me pareció que el paseo nocturno había exigido más allá de las fuerzas de mi cuerpo. Ahora, cuando ya han pasado más de cincuenta años, sé que me hizo mucho bien. Una exageración que me ha ayudado a vivir en el lugar correcto. En medio de mi grupo, y mi grupo en medio de otros más que se van ampliando, yo en mi pequeño lugar insignificante, pero, a partir de ese lugar insignificante, no le debo nada a nadie».

Miguel Ângelo aguardaba su oportunidad, aparentando estar perdido en el espectáculo de los árboles que no paraban de balancearse, pero siempre que podía me hacía un gesto acercando el dedo a su ojo abierto. En realidad, el general había contado toda esa historia de su infancia moviendo la mano izquierda y conservando la derecha en el bolsillo de la chaqueta. El

camarógrafo no perdía la oportunidad de hacerme señas cuando nuestras miradas se encontraban. *¡No lo pierdas de vista!*, me repetía. Por su lado, Margarida Lota, a pesar de mantener el guión de las preguntas abierto sobre sus rodillas, no resistió la tentación de alimentar la biografía lejana del general, en lugar de avanzar en la dirección prevista. Era la anémona trabajando. Osada, incluso, atrevida, comentó: «Señor general, han pasado muchos años desde ese episodio de su infancia, pero por lo que nos relata, usted volvió a sentir los pies adoloridos. Sentimos que usted se siente lastimado...».

Teníamos que interrumpir a Margarida Lota, en ocasiones Margarida Lota era un peligro. Era necesario redirigir del diálogo. Intervine. También ya era tiempo de que Miguel Ângelo dejara su obsesión de espía y empezara a hacer su trabajo. Dije: «Señor general, vamos a lo que interesa, volvamos a aquella noche, al asalto a la Rádio Clube. A mi colega le gustaría saber cómo ustedes escondieron las armas de los ojos de los empleados con los que se cruzaban a lo largo del corredor, si no llevaban fundas de armas a la cintura».

«En los bolsillos, claro».

«¿Y no las mostraban a las personas con las que se iban encontrando en el interior de las instalaciones de la estación de radio? ¿No había en ustedes una manifestación de fuerza, una amenaza, aunque fuera velada, para disuadir a quien se opusiera?».

«De ninguna manera, nos mostrábamos decididos, pero no queríamos asustar a nadie. Sería muy peligroso, no sabíamos cuánto tiempo tendríamos que cohabitar en el interior de aquellas instalaciones que eran un verdadero laberinto, y ya que habíamos entrado por la única puerta de salida, estábamos destinados a permanecer juntos hasta el desenlace. Nunca ninguno de nosotros quiso amedrentar a nadie. Al contrario, queríamos que supieran que habíamos venido para protegerlos, esa noche y la vida entera. Protegerlos de la ignominia, de la injusticia y de la prepotencia. Eso nos lo habían dicho claramente».

En ese momento, Margarida Lota entendió que tenía que empezar a hacer su trabajo. Y a mí me pareció que ella ya también debería haber notado que el general no sacaba la mano derecha del bolsillo de la chaqueta, porque de vez en cuando miraba hacia la mano izquierda de Umbela, posada entre las tazas. Hasta ese momento, el general no había tocado el azúcar ni la cuchara,

contrariamente a lo que yo esperaba. Se había llevado la taza a los labios con la mano izquierda, bebiéndolo en dos sorbos, mientras hablaba de la historia de la devolución de los tostones al jefe de estación de los ferrocarriles. Margarida se había percatado de la mano escondida pero no nos lo comunicaba. No sabía lo que Miguel Ângelo pensaba. En eso, la anémona empezó a hacer preguntas relevantes: «Señor general, ¿cuál fue el momento más intenso de aquella noche y de aquel día? ¿Cuándo salió al aire el primer comunicado, o cuando difundieron por primera vez el sonido de la banda del Corps of Royal marines, la marcha *A Life on the Ocean Wave, A Home en the Rolling Deep*? Sin la letra, sólo música, claro».

Umbela se quedó callado. Tenía dudas sobre el momento más relevante. Si habían sido tantos y tan intensos esos momentos, ¿cómo escoger? Su mano derecha se mantenía escondida. Era con la mano izquierda que el general pensaba. Se recostó sobre la mano izquierda. Dijo: «Relevantes fueron todos esos momentos que mencionó. Antes de esos, se dio nuestra entrada por la puerta sin una única pregunta por parte del portero. Entramos como si fuéramos a pasear, y el hombre mirándonos, sorprendido, sin decirnos una sola palabra, consintiendo. Sorprendente. Pero, personalmente, el episodio más importante tal vez haya sido el ocurrido en las primeras horas de la mañana, cuando empezaron a ser encerrados, dentro del Estudio 5, los guardias de la Guarda Nacional Republicana y otros agentes, a quienes nuestros compañeros del Batalhão de Caçadores iban desarmando».

«¿Los encerraban dentro de un estudio?».

«Sí, así fue. No era sencillo. Cada uno de nosotros tenía una misión. Yo tenía que tratar de evitar que los ánimos se exaltaran. Tenía facilidad para tranquilizar los ambientes pesados. Pero en el espacio cerrado de las instalaciones nosotros seguíamos sin electricidad, sin teléfono y sin ningún contacto con el exterior. Allá afuera nos protegían los soldados, formando una barrera apretada a lo largo de toda la calle. El problema era que ellos no tenían contacto con el comando general, y el comando, cuando nosotros entrábamos en contacto, no daba indicaciones: sólo recibía mensajes. Como ya les dije, aquello era un laberinto con una puerta de salida, y a cierta altura, entre los prisioneros que iban siendo enviados al Estudio 5, a través de una única puerta, comenzaron a entrar los legionarios que iban siendo capturados. Uno de ellos me dijo, muy orgulloso: Desgraciados, ustedes son los únicos

que todavía están sublevados. Si yo estuviera en su lugar, lo pensaría dos veces. Antes de salir de casa supe que en todas las estaciones de radio de Estados Unidos de América estaban informando que el Comando Militar de Portugal acaba de recuperar el aeropuerto de Lisboa y que los españoles ya venían volando. ¿Qué ustedes saben lo que es el Pacto Ibérico?».

«El hombre se quedó encerrado con los otros, y yo empecé a caminar a lo largo del corredor. Iba encontrando a mis camaradas. ¿Qué te dijo el legionario? Me preguntaban. Los ojos de mis camaradas brillaban en la oscuridad de aquel laberinto. Pensé. *¿El aeropuerto devuelto? ¿El Pacto Ibérico? ¿Las fuerzas de Franco volando en dirección a Lisboa?* Era demasiado malo. Sentía la cabeza fría, en especial de un lado. De repente, ante mis camaradas, fui asaltado por la idea de que debería dar la información al contrario. Una especie de comando loco pasó por mi cabeza. Les dije lo contrario de lo que había oído. Compañeros, tenemos buenas noticias. Me dijo aquel tipo que el Aeropuerto de Lisboa ya está en nuestras manos, que Lisboa continúa sin techo. Dijo que ningún avión despega y ninguno aterriza. ¡Por lo menos esta victoria nadie nos la quita! ¡Sigamos adelante! Mis colegas se entusiasmaron. Por fin una buena noticia. Dijo uno de ellos, sin imaginar que no había ninguna noticia».

«¿Todo era imaginación?». Preguntó Lota.

«Todo era mentira. Es más, todo eran mentiras. Ya que pasados unos minutos entró otro legionario y se dirigió al estudio 5. El hombre estaba verdaderamente indignado. ¡Imbéciles! Arréstennos, arréstennos, que les va a ser muy útil. En el Terreiro do Paço, el Regimiento de Cavalaria 7 ya desbarató a las fuerzas que vinieron de Santarém, afortunadamente con muchas bajas por parte de ustedes. Frente al Tejo, corre la sangre de los hijos que las putas de vuestras madres parieron, y corre para nada. Corre hacia la boca de los peces que mañana van a pesar el doble. ¿Oyeron bien? Yo no tenía miedo, tenía una expectativa al mismo tiempo fría y absurda. Mitad de la cabeza fría y mitad caliente. ¿Quién te dijo eso? Pregunté. El segundo legionario se burló. Lo están informando en los Estados Unidos de América. ¿Quién está mejor informado que los americanos? Nos llamaron por teléfono de allá. Yo caminé de nuevo a lo largo del corredor oscuro. No había puertas ni ventanas. Para que fueran leídos los comunicados, era necesario encender unas velas de Navidad. Uno de mis camaradas preguntó. ¿Qué te dijo ese tipo? Ya les dije,

mi misión era tranquilizar a las personas. Otros estaban en las transmisiones, otros en la seguridad, otros en la comunicación con el comando, mi misión era tranquilizar. Podría ser verdad, lo que decía el segundo legionario, pero yo no podía aceptar que lo fuera. La mitad de mi cabeza estaba congelada. Le mentí a mi colega. Colega, son buenas noticias. El sujeto me dijo que el Regimiento de Cavalaria 7, en el Terreiro do Paço, se pasó para nuestro lado. Y a medida que van llegando, se van uniendo. Unos atrás de otros. Que hay que verlo para creerlo. De alegría, mi colega dio un puñetazo en la pared y desapareció repitiendo la noticia en el área del bar donde todo estaba oscuro, se bebía a tuestas».

«Y todavía vino un tercer prisionero, un legionario de nivel que empezó a gritar de inmediato junto a la puerta. ¡Oigan todos! Allá abajo, su excelencia el señor Presidente del Consejo está abandonando el Quartel do Carmo en dirección a su residencia oficial y, de regreso a casa, su escolta va matando a todos los que encuentra en el camino. Hay muertos por todas partes, dijo él. Mis colegas intercambiaron miradas de desconfianza, dije yo. Es mentira, su colega de allá adentro acaba de decir lo contrario, y lo contrario es la verdad. La France-Presse acaba de difundir que el Jefe del Gobierno depuesto ya se entregó a los autores del golpe de Estado, y que dentro de unas horas va a abandonar el país camino al exilio a Madrid. ¿Qué sabes no sabes lo que es el Pacto Ibérico? ¿Por qué estás mintiendo?».

«En la oscuridad del corredor, mis colegas se enfurecieron contra el hombre. Uno de ellos, ya no recuerdo quién, tuvo la idea de decir. ¿Qué no nos ves? ¿A nosotros ocho, aquí reunidos? Esto es un consejo de guerra. Lo que haces es sabotaje, maniobras de conspiración psicológica, estás condenado a muerte. Otro dijo, prepárate para morir. Yo me llevé al hombre para adentro, al interior del estudio, hasta que los soldados empezaron a llevarlos para afuera, para el Batalhão de Caçadores 5, a esa hora ya de nuestro lado, pero ninguno de ellos ya hablaba. Pensaban que estaban condenados a morir. Se veían ante un relámpago, alineados contra el muro, como en el cuadro de Goya, carabinas apuntándoles, o algo parecido. Después se supo que los legionarios simplemente reproducían lo que constaba en el extranjero, esto es, repetían la verdad de sus fuentes. Lo siento. Porque yo, que no tenía ninguna fuente, había anunciado sin saber, aunque con algunas diferencias, lo que después de unas horas ocurriría. Querer salvar lo que fuera posible fue mi

fuente».

Margarida Lota no se movía, y ambos se encontraban bajo la mirada de la cámara de Miguel Ângelo, haciendo un *zoom* sobre Umbela. Contenida, la anémoma dijo: «Su fuente, señor general, fue su propio instinto de protección».

«Llámesele como se le llame. Pienso que esa fue mi contribución más importante durante aquella acción. Tal vez la aportación más importante que di a los demás en toda mi vida. Tres ilusiones que anticiparon los hechos verídicos. A veces pienso que las mentiras que inventé, desesperado por la causa, llamaron a los hechos, y en el pasado sentí orgullo por eso. Ahora, a la distancia, me siento simplemente el autor de tres mentirillas salvadoras, en medio de un mar de acontecimientos. Es decir que soy autor de muy poca cosa. Pues ¿qué significa el pensamiento positivo, forzado, de un tipo solo con un arma que no quería usar, dentro de un corredor oscuro?». Preguntó el general. «Mientras viva, y lo cuente, será cuando mucho una situación cómica. Y después no será nada».

El general volvía a minimizarse. Mientras Umbela hablaba, y había momentos en que su mano izquierda hacía enérgicos dibujos en el aire, la mano derecha se mantenía guardada en el bolsillo de la chaqueta deportiva. Después el general se detuvo y la entrevista se interrumpió. Entonces le pregunté qué deseaba beber, pensando en una copa. Umbela dudó, dijo que él mismo pediría un gin tonic, después lo cambió por un café y acabó por pedir un té. Un té, ¿y para usted? ¿Y Miguel Ângelo, el camarógrafo, no quiere nada? Entonces una tetera para tres. Miguel Ângelo se llevó el dedo al ojo, ya no lo abría, bastaba con señalar el párpado para entender el mensaje ¡*Ojo con él!* Margarida no se manifestaba sobre la bebida, estaba perpleja. «Nunca escuchamos contar nada parecido. Su mente estuvo a la vanguardia de la realidad. Fue una premonición».

«No le den demasiada importancia. En ese entonces fue muy comentado, pero ahora no significa nada. Tal vez esta sea la última vez en que la anécdota es contada».



¿Por qué hablaba así Umbela? ¿Qué había pasado con él?

Lo que me intrigaba era que la mano derecha del general continuara escondida en el bolsillo de la chaqueta, desde que había llegado. Mis pensamientos de desconfianza no paraban. La mano del general debía estar cosida al bolsillo. Tal vez el general no tuviera mano, tal vez el general hubiera perdido la mano en un accidente, tal vez tuviera un gancho atado a la muñeca y no quería mostrarlo. Me habría gustado olvidarme de la mano derecha del general, pero no podía. Entonces, antes de que la mesa fuera invadida por el servicio de té, desenvolví la fotografía del Memories y la coloqué sobre el espacio todavía vacío. Tal vez ahí Umbela retirara la mano del bolsillo para tomar el marco y mostrara su muñón, la herida, el gancho. Pero no fue eso lo que sucedió. El general hizo girar la foto sobre la mesa, la observó con cuidado, mostrando una satisfacción inmensa mientras reconocía a los diferentes integrantes del grupo, y no movía la mano derecha. En relación con la foto del marco, sí, se acordaba perfectamente de la cena en la que habían tomado la fotografía, había sido una noche pletórica de hechos, pero había terminado de manera bastante razonable. Algunos de los que estaban ahí, cuando se juntaban, podían pensar en tropelías, y sin embargo, eran todos buenas personas. Ningún rompimiento verdadero, ningún agravio, ningún desagravio. Calculaba que la fotografía hubiera sido tomada un año después de aquella noche, más o menos, en el abril siguiente, no se acordaba muy bien. Lo que sabía era que, si hubieran continuado esos encuentros, ningún mal habría venido al mundo y el país sería diferente. Ahora hasta se acordaba que, en aquellos tiempos agitados, cuando tomaron las fotografías algunos ya habían salido en misión a las calles. En la mesa del Memories habían quedado unos catorce o quince. El general empezó a contarlos y trató de acordarse del nombre de cada uno. Desafortunadamente no se acordaba de todos.

«Dele la vuelta al marco, señor general, hay una inscripción atrás. Nombres y fechas».

Muy complacido por la ayuda, el general empezó a leer los datos. Sí, había sido el veintiuno de agosto de setenta y cinco. Fecha importante. Confirmaba. Ahí estaba António Machado, y estaba el jefe Nunes, y el fotógrafo, y El campeador, claro, y el Oficial de Bronce, y Salamida y Charlie

8. Todos ellos. ¿Y Umbela? Umbela era él. El general volvió al rostro de la fotografía y confirmó la inscripción. Por exclusión de partes, él era Umbela.

«No sabía que le decían Umbela? ¿Mayor Umbela?».

El general sabía, pero no se acordaba. Había sido hacía mucho tiempo, tanto tiempo que ya no se acordaba. El general nos miró desamparado, y era extraño que un general mayor mirara de esa manera, como cualquiera de nosotros. ¿Un general no tenía la obligación de permanecer como un hombre irrefutable? En mi profesión había visto generales de diferentes nacionalidades, y ninguno, jamás, me había parecido frágil. El que estaba ante nosotros comentaba: «Qué curioso que alguien, en setenta y cinco, todavía me dijera Umbela». En ese momento, el general sacó su mano derecha del bolsillo de su chaqueta y la colocó sobre la mesa. Ahí estaba ella. Podíamos verla. Después de todo su mano era sólida, bien proporcionada, simétrica con la mano izquierda. Ni muñón, ni herida, ni gancho. Entonces, ¿por qué la escondería? El general parecía intrigado simplemente por el hecho de que lo hubieran llamado Umbela, una designación que había desaparecido con su mayoría de edad, según decía. Había sido su nombre de adolescente. *Umbella, umbellae*, por culpa de su abuelo latinista. Una revelación que a nosotros nos parecía sin ninguna importancia. ¿Por qué estaba tan sentido el general? La tetera llegaba, las tazas también, una exageración de platos y tazas sobre la mesa, como si en vez de tomar té fuéramos a tomar porcelanas. En ese momento Umbela quiso saber dónde habíamos encontrado la fotografía, quién había hecho las inscripciones, quería saber si podríamos descubrir la fecha en que habían sido escritas, porque, de verdad, estaba conmovido, confesó. Ése había sido su nombre de muchachito. Mientras tanto, ya hacía un rato que Miguel Ângelo había apagado la cámara, y todavía se llevaba la mano al párpado, ¡*Ojo con él!* Margarida acomodaba los objetos de cerámica sobre la mesita de la cafetería. El general continuaba con la mano derecha posada sobre la mesa. El general tenía mano. Podíamos confirmarlo. Y era tan larga y bien proporcionada como la izquierda, era una mano atlética. Estaba posada en la orilla de la mesa, entre los platos que apenas cabían en el espacio disponible. Ceremonioso, el general dijo: «Primero las damas». En ese instante, su mano, que sujetaba la tetera en alto, empezó a temblar, a temblar, como si una corriente eléctrica la atravesara, la izquierda fue a ayudarla, pero no llegó a tiempo, las dos manos se desencontraron, la tetera derramó el

líquido sobre la mesa, en el piso, encima del vestido de Margarida Lota, y finalmente salió de la mano del general y fue a chocar en el entarimado produciendo un estruendo. Todos nos levantamos, nos sacudimos. ¿Cómo podía una tetera deshacerse en tantos pedazos, y en tanto líquido?

En ese momento, había poca gente en el interior de la cafetería, pero todos habían desviado la cabeza en secuencia del estruendo. El general, en persona, quería unir los pedazos de porcelana, y cuando los colocó sobre la mesa, su mano derecha temblaba. Seguía agitándose como un abanico de mujer. Miguel Ângelo quería recomponer el estado de la mesa. Umbela ya no quiso sentarse. Rechazó cualquier ayuda, salió en dirección a la puerta del jardín y desapareció entre los árboles. ¿Qué había pasado?

Margarida Lota pensaba que el accidente había ocurrido por su culpa, Miguel Ângelo todavía hacía *¡Ojo con él!*, invirtiendo su intención, disculpándose con lecturas que había hecho sobre necios que, por todos lados, escondían la mano bajo la falda de la chaqueta. Yo concluía que hasta entonces, todos los encuentros habían rebasado las expectativas de quien se encontraba reuniendo los últimos pétalos de la metralla, según el padrino de Bob, pero demasiado material opuesto se hacía denso alrededor de las flores que encontrábamos. Yo estaba segura de que todos los episodios narrados hasta entonces, por Nunes, por Bronze y por Tião, y ahora todavía más claro en el caso de Umbela, habían quedado incompletos. Nosotros tres, dentro del jeep, no decíamos una palabra. Pero al regresar a casa, tuve una sorpresa. El teléfono sonó dentro de mi mochila y era el general. Umbela me llamaba para decirme que tenía algo que agregar a lo que había sido su testimonio.

Hicimos una cita para dos días después, a la misma hora, en el mismo lugar. Umbela volvió a llamar por segunda vez, pidiendo que fuera en privado.



VIII

DOS DÍAS DESPUÉS, REGRESÉ AL MISMO PARQUE Y A LOS mismos árboles que el viento tibio inclinaba. La misma mesa, la misma tetera, las mismas tazas y el mismo general, a eso de las tres de la tarde, hablando sobre los nombres de los arbustos que se agitaban en frente. Recuerdo esa tarde, clara y nítida, como si fuera hoy. Era el día seis de marzo. La noche anterior, cuando hablé con Bob, no le mencioné el encuentro que tendría; sabía bien que él no estaba de acuerdo en alimentar climas de confianzas que, en vez de aclarar, confundían. Pero fui, y no me arrepentí.

Llegué un poco tarde. Cuando entré a la cafetería, el general ya estaba sentado, con la cara hacia el jardín con las dos manos posadas sobre la mesa. Yo no venía con esa intención, pero por más que desviara la mirada, veía cómo cruzaba y descruzaba los dedos con naturalidad, se ajustaba el cuello de la camisa con ambas manos, simétricas y ágiles, y su voz tenía tal seguridad que, en mi percepción del universo militar, correspondía a su grado. Era sábado, la cafetería iba a cerrar más temprano. Umbela hizo un largo preámbulo, discurriendo primero sobre el sauce blanco y el azahar de la China. Sólo después se refirió al tiempo del Memories. Dijo que ya habían pasado treinta años, pero su vida, y tal vez la vida de todos los participantes en la cena del veintiuno de agosto, seguía circunscrita a aquel portarretratos. Y en tono de confianza, Umbela agregó en voz baja: «Tengo bien presente lo que sucedió esa noche. Voy a contarle todo lo que pasó esa noche, aunque sea unos años más tarde».

Umbela se recostó en la pared. Sus manos seguían posadas naturalmente sobre la mesa. Tomó aire como si fuera a contar un episodio muy largo, o a retroceder hasta un momento decisivo. «Le aseguro que fue una noche que no deja de tener noches. Y ya le doy un ejemplo». Dijo. «Voy a recular a mil

novecientos noventa y ocho. Lo ocurrido se cuenta así. Cierta día estaba sentado en mi escritorio, cuando apareció un tipo de unos cuarenta y tantos años, que me vino a hacer una propuesta, que yo consideraba que no tenía nada que ver con la madrugada del veintidós de agosto, y, sin embargo, era su continuación, sólo que venía escondida atrás de la máscara del tiempo». Y el general contó con detalle para demostrar que así había sido. «Como le dije, entró por la puerta ese hombre, con buena apariencia, ojos oscuros, muy ágil, un raciocinio muy vivo, y me dijo que andaba buscando a alguien que lo ayudara a hurgar en la basura que había debajo de los escritorios de las oficinas públicas. Yo me puse en guardia. ¿Basura? No lo tomé en serio, y más porque había entrado a mi oficina sin cita y sin anunciarse. Pero él se sentó frente a mí y dijo que se refería a las estructuras familiares que se habían instalado en las direcciones generales a lo largo de dos décadas de democracia, lo cual era intolerable. Sentado, educada y cortésmente, me hizo ver cómo esos departamentos se habían convertido en mesas de banquetes para determinadas familias, en torno a las cuales se sentaban dos o tres generaciones consanguíneas. Las direcciones generales eran maternidades, mamás no renovables, que siempre estaban teniendo hijos. Era muy difícil tratar con ese tipo de basura. Por eso mismo, en el momento de la limpieza de todos esos parentescos que se acumulaban en los recovecos de los escritorios, las estructuras resolutivas habían pensado en los hombres impolutos de la nación. Me dijo. Muy educado, me hizo saber que dentro de quince días ocuparía un alto cargo de responsabilidad en la jerarquía del Estado, le habían encargado organizar dicha limpieza, evaluaría a la sociedad de arriba abajo, y había concluido que los verdaderos impolutos eran aquellos que habían hecho la revolución. Hombres que habían sido traicionados, como siempre sucede en las revoluciones, y, aun así, a pesar de su disgusto, se habían mantenido íntegros. Esa era la razón por la que estaba ahí invitándome en persona a que me uniera a él. No le había avisado ni había mandado a nadie. Quien así me hablaba podía ser mi hijo. Pero sin que yo lo supiera, y hasta sin que él mismo lo supiera, retomábamos los dos, en conjunto, el encuentro de aquella noche en el *Memories*». Umbela parecía dudar en su relato. Hizo un demorado silencio. Yo pensé en Margarida Lota. Ella en mi lugar habría encontrado las palabras adecuadas.

Yo apenas dije «Y usted aceptó».

«Sí, acepté». Respondió. «Me sentí halagado, y acepté. Pensé que si mi abuelo estuviera vivo diría que *impollutum* significaba limpio o inmaculado, y confieso que me sentí orgulloso y honrado con la designación. Iba a salir de mi área protegida, correría riesgos, pero era un trabajo importante, ayudar a limpiar la basura de los escritorios, hábitos que se habían quedado del tiempo en que no había libertad. Como le dije, acepté. Pero nuestro segundo encuentro ya no se dio en la oficina del Comando, y sí en el restaurante panorámico del Sheraton, desde donde se veía Lisboa allá abajo, el Tejo allá abajo, y nosotros dos allá arriba pensando en la limpieza de las direcciones generales. Puedo decirle que me sentí tan reconfortado en ese primer encuentro allá arriba, que hasta le conté la historia de mi abuelo, y el incidente de la devolución de los cinco tostones al jefe de la estación de los ferrocarriles. Al joven inteligente le pareció muy interesante, en especial por un determinado factor de carácter al que él llamaba *sustrato familiar decisivo en la formación moral del individuo*, y lo decía en inglés. Es cierto que de mi pasado lo único que él conocía era la anécdota de las tres mentiras inventadas en el interior de la Rádio Clube. Él valoraba mucho esa estratagema a la que atribuía un valor legendario. Un episodio que se torno anécdota, como se sabe. Pero lo que le quiero contar es que, a lo largo de dos años, cenamos unas seis o siete veces en el Sheraton, y transcurrido ese tiempo, después de haber hecho la limpieza de la secretaría que me tocó en suerte, habiendo pasado la secretaría a ser instituto, y habiendo logrado la desbandada de familias enteras, que luego se acomodaron en otros institutos, aunque ése ya no fuera mi problema, fui elogiado por la excelencia de mi trabajo. El elogio llegó estampado en una hoja oficial. Hubo una pequeña ceremonia al final de la tarde de un lunes. Pusieron manteles, trajeron charolas, hubo discursos y espumoso rosado en flautas. Pero...».

El general conservaba las manos bien puestas sobre la mesa, entre las tazas, y miraba hacia afuera, allá donde el clima tímido de primavera anticipada extendía a las personas al sol.

Hasta que continuó: «Fue el viernes siguiente. Fíjese que podrían haber sido quince o veinte días, pero no, hubo apenas cuatro días de intervalo. Como le dije, el viernes, a eso de las ocho de la noche, yo hacía tiempo ante el

televisor para salir a cenar, cuando me di cuenta de que el secretario de Estado de mi dependencia hablaba. Era el muchacho de cuarenta años, ojos muy oscuros, inquietos, convincentes, quien hablaba. La fuerza de la convicción es un don misterioso, con el que se nace, no se aprende, usted lo sabe. En dos palabras, aquel muchacho, convencido, anunciaba graves irregularidades en el área que yo dirigía. Y a la pregunta relevante que le formulaban a la salida de un hotel, él anunciaba que una auditoría muy seria se había echado a andar. En un instante, comprendí todo. La madrugada del Memories continuaba. El sol ya había nacido».

«Comprenda. El secretario miraba de frente, no de lado, con un destello de amenaza en sus palabras, bastante convincente. Hablaba de optimización en todas las responsabilidades. Tomé el teléfono. Había en todo eso un error terrible. Tomé el teléfono y empecé a marcar número tras número sin que nadie respondiera del otro lado. La lista de los números sin que nadie respondiera era grande. Nadie explicaba. Me eché sobre una silla y durante dos días no abandoné la sala ni quité los ojos del televisor. No dormí, nadie durmió en mi casa. Viernes, sábado y domingo, nueve veces más y escuché el mismo mensaje. Cada vez que el reportaje pasaba yo me agitaba, quería hablar, desmentir, mencionar el reconocimiento. ¿Por qué no me oían? Era cierto que mi nombre no era mencionado, pero estaba implícito. A cierta altura, en un comunicado más amplio, el secretario decía que siempre había aquellos que parecen estar dispuestos a dar lo mejor de sí, cuando en realidad están dispuestos a guardar lo mejor para sí. En esa parte, cuando el discurso parecía generalizado, la ética era invocada como una divinidad que estuviera distante de este mundo de lodo. A lo largo del sábado ni nombre no fue pronunciado. Sin embargo, el domingo, ya en varios textos escritos estaba incluido, junto con dos nombres más, los nombres de dos de mis subordinados más próximos. En ese momento, yo era brigadier. Cuando llegó la madrugada del lunes, ya me había uniformado, colocado mis insignias, mis condecoraciones, tomado mi Walther y, a la ocho y media en punto, llegué a mi lugar de trabajo».

Umbela interrumpió el relato de nuevo y miró alrededor. Yo todavía pregunté. «¿Ocho días después del vino espumoso y de los discursos?». Umbela ni escuchó.

«Ese lunes, a las ocho y media en punto, entré por la escalinata,

anunciando mi presencia con el ruido de mis pasos al subir. Quería que toda la gente, en ese instituto, supiera que todavía no eran las nueve de la mañana y yo ya había llegado. Al entrar a mi oficina, donde también ya se encontraban los otros dos aludidos. Ellos se levantaron. Uno de ellos salió a buscar un lugar donde se pudiera fumar. Era el tercer aludido. Así que me quedé solo con el aludido, quien me dijo: «Señor brigadier trae los ojos rojos. Eso se quita con una gota de Exocin. Coloque su cabeza hacia atrás, señor brigadier, y ponga la gota en el globo ocular, cerrando en seguida el párpado». Entré a mi oficina, me senté, levanté el teléfono, quería entrar en contacto con el secretario. El tercer aludido entró para decirme: «Mire que él no le va a decir más de lo que yo le voy a decir. Vea, mi brigadier». Y mi compañero de hazañas de limpieza de la antigua dirección general tomó una silla y se puso a agitarla frente a mí. «¿Está loco o qué?». «Calma, señor brigadier, mucha calma. Vamos a ver quién es el loco aquí. Véame bien...». Y agarrando de nuevo la silla anduvo por toda la sala, agitándola a la altura de su pecho. El tercer aludido en la investigación surgió en la puerta. «Señor brigadier, usted no quiere entender. Con su permiso, le vamos a explicar todo punto por punto. Se trata de un nuevo baile de sillas, señor brigadier. Y nosotros vamos a aguantar de pie, esperando que aparezcan tres sillas para nosotros. El sillero está haciéndolas. Están a punto de aparecer, señor brigadier. Deje que pasen unos meses».

Umbela reproducía ese diálogo en voz alta. En la cafetería, se sentaban personas y se levantaban personas. Las que estaban a nuestro lado escuchaban.

Sin que le importara quién podría oír o no, el brigadier prosiguió: «Me levanté, tomé mi Walther y fui al armario. Estaba vacío. Durante el fin de semana, se habían llevado mis papeles para la investigación. Mis mapas, mis listas, mi contabilidad, mis suscripciones. Se habían llevado mi computadora para la investigación, sólo se habían quedado mis pañuelos desechables y los retratos de mi mujer y mis hijos. Un abogado apareció en la puerta para tranquilizarme. Traía lentes en el bolsillo y dos manuales gruesos bajo del brazo. Era un abogado que iba a hacerse cargo de todo, y ya. Tranquilamente, sin ruido, dentro del derecho que nos asistía, él me ayudaría en lo que necesitara. Que me sentara. La noche del Memories y la madrugada del Memories cayeron sobre mí. Bajé la escalera con la Walther empuñada. Estaba consciente de eso. Al verme pasar, los empleados se quedaban paralizados en sus sillas, uno de ellos se había metido debajo de la mesa.

Cuando llegué al patio y me dirigí al carro, miré hacia las ventanas y vi en cada una de ellas cuatro cabezas. Después, varias personas me visitaron en casa. ¿Cómo era posible que aquél que había sido un revolucionario, un hombre con tamaña sangre fría que había inventado tres mentiras fenomenales la mañana del veinticinco de abril, tres mentiras geniales que habían mantenido intacto el elevado espíritu de sublevación, en el interior de la Rádio Clube, no fuera capaz ahora de aguantar por unos días un baile de sillas? Todo era tan claro. Salía el brigadier, salían sus ayudantes de campo, por la investigación, entraban tres figuras que habían sido despedidas del gobierno, la investigación ya abierta no encontraría desvíos, todos serían absueltos, y el señor brigadier y sus dos ayudantes ocuparían nuevos lugares, los tres por igual, rehabilitados y honrados. ¿Cómo era posible que no fuera capaz de colaborar, con frialdad democrática, quien había sido capaz de mantener tanta frialdad revolucionaria? ¿Sería que los revolucionarios se devoraban a sí mismos? ¿Sería parte de su naturaleza? ¿Cuánto más impolutos, más autofágicos? Y los que me visitaban decían: «Hay testigos de que andas medio loco, amenazando a todos con una Walther. Ten cuidado, hombre, un buen psiquiatra, un buen psiquiatra ayuda mucho a la gente...».

Los vecinos de la mesa seguían escuchando. Queriendo parecer educados, fingían mover los labios mientras escuchaban al general. Yo sentía una falta enorme de Margarida Lota.

Seguramente ella habría dicho lo que yo quería decir. Tal vez mi colega, en mi lugar, habría llevado su mano al hombro de aquel a quien Rosie Honoré Machado había atribuido el antiguo apodo de Umbela. Tal vez en ese tiempo el joven mayor usara umbelas en la solapa, geranios, tal vez, pensaba yo. Pero no me movería de la silla en la que me encontraba. Yo no era Margarida Lota, yo simplemente vigilaba las manos del general, ahí estaba puesta toda mi atención, y le pregunté: «Entonces, ¿y entonces?».

«Entonces, un día, me subí a mi carro, y me dirigí a la casa de mis viejos». Dijo el general. «Manejé ciento cincuenta kilómetros, me estacioné en frente de la casa, y no entré. Mi padre fue quien notó mi presencia y me vino a recibir. Fuimos a dar una vuelta, anduvimos dentro del Bosque Real mirando los árboles, tratando de recordar sus nombres científicos. No hablamos del asunto, aunque entre nosotros no existiera otro asunto. En vez de eso, evocamos la imagen de mi abuelo. Después supe por mi madre que mi padre

no salía de casa hacía dos meses. En una ciudad pequeña, toda la gente comentaba, muchos habían recortado las líneas de los periódicos donde aparecía mi nombre y se las mostraban. La noche del Memories estaba conmigo. Regresé a Lisboa sin que habláramos sobre el asunto. Al día siguiente, cuando bajaba por la Avenida da Liberdade camino a la oficina del abogado donde pasaba parte de mis días, me encontré con dos camaradas de armas. Me lancé hacia ellos, quería contarles lo que me había pasado. Ellos se cambiaron de acera y cuando los llamé por sus nombres se siguieron de frente. Me senté en una banca de la Avenida, debajo de una magnolia alta. En la ciudad, podemos pasar mucho tiempo sentados en una banca sin que nadie nos note. Me acuerdo que escuchaba los ruidos de los carros, me encogí sobre las tablas de la banca y pensé que sería bueno morir. Es tan extraño cómo puede ser buena la idea de morir. Yo sabía que mi caso era un caso sencillo entre los pequeños casos de este mundo, que no me faltaban bienes ni comida, como les pasaba a otros, y mi familia estaba viva. ¿Qué más quería yo? Lo único que quería era morirme, y al imaginar que iba a morir ahí mismo, pensaba que mi desaparición serviría para algo, tenía la idea de purificar al mundo de sus embustes y de sus mentiras. No obstante, extendido en la banca de la Avenida da Liberdade, sólo la mitad derecha de mi cuerpo se paralizaba. La otra, no. Y después se abrió un paréntesis de seis largos meses, y no fue bueno. Lo que más me dolía era lo artificioso de la mentira en libertad. Haber estado dentro de ella, haber visto cómo la mentira crecía y se desparramaba de forma descarnada sin poder hacer nada. De todo eso, quedó mi brazo derecho, que no siempre funciona. Hoy funciona, mañana no funciona. En general escojo los días en que me siento bien para cumplir con mis compromisos. Y camino constantemente a donde mi abogado. Están en marcha nueve procesos. Nueve. El primero, el segundo y el tercero son contra el secretario de ojos negros que me llamaba al Sheraton para darme unas palmadas de agradecimiento. Los otros, contra televisoras y periódicos que no me escucharon y me mancharon. Mancharon el nombre de mi abuelo, el nombre de mi padre, a mi persona, y a la revolución en la que participé».

Ahora las personas salían de la cafetería, hasta nuestros vecinos de mesa habían arreglado sus pertenencias, y parecían estar ahí esperando sólo para escuchar un desenlace cualquier, aunque estuvieran de espaldas a nosotros. Tal vez hubiera un desenlace.

«Fíjese, yo no soy una víctima, no me considero de ese modo, no tengo motivos para eso. Pero mi honor es la víctima, y mi honor es más importante que yo. Vivo para limpiar mi honor. Y puedo comunicarle que mi desagravio ya comenzó. Hace dos días, después de la entrevista, al llegar a casa, por cierto, muy deprimido, tuve una gran satisfacción. Mi abogado me dio la noticia de que el primer proceso había sido ganado. ¿Comprende? Se ganó el primer proceso. Así que tengamos el acuerdo con la decisión del tribunal, tengo que ir, yo, en persona, personalmente, a cada uno de los medios de comunicación que me insultó, a exigir la reparación del daño. Si la noche del Memories no terminó mal, tampoco terminó bien. Allá donde escribieron o dijeron *sospechoso*, tendrán que decir y escribir *inocente*. Tendrán que hacerlo. Nueve procesos que voy a ganar. Ellos tendrán que decir y escribir nueve veces. No por mí, sino por miles que no han promovido acciones. Y son tantos, más que miles, tal vez sean millones. Millones que no pueden esperar».

Habían pasado dos horas.



En la cafetería, además de nosotros, ya sólo estaban los empleados, acomodando platos y recipientes de metal con estruendos propios de quien quiere poner a los clientes en la calle. Umbela mantenía las manos bien visibles y pagó con monedas, contándolas con destreza y total normalidad. Atravesamos el jardín. Los árboles que al principio de la tarde se agitaban, oblicuos, parecían inmóviles, sólo las hojas de peciolo largo bullían, algunas de ellas como plata. Caminando por el laberinto del Parque, Umbela iba diciendo que, entre las especies raras que ahí había, él identificaba la *gleditsia triacanthos inermis*, la acacia de tres espinas. Era un triunfo absoluto de su memoria incuestionable.

Al final de dos avenidas, mis colegas me estaban esperando. Les conté. Margarida Lota se impresionó con la traición de la que había sido víctima el general y ella lo demostraba como yo no era capaz de hacerlo. Había momentos en que creía que ella se iría corriendo atrás de Umbela para formular las preguntas que yo no le había hecho. Estábamos sentados en el café de los cines. Miguel Ángel no se daba por vencido, pensaba que su intuición había vislumbrado certeramente al percibir como peligrosa la mano

del general escondida en el bolsillo de la chaqueta. La cuestión era esta, Miguel Ângelo se había dado cuenta de que alrededor de aquel hombre había una historia de *¡Ojo con él! ¡Ojo con él!*, y viendo bien las cosas, sólo se había equivocado en el blanco. Por lo visto, había cambiado a la víctima por el victimario. Un problema de contigüidad. Pero ¿de casualidad eso no sucedía con las mejores pitonisas? ¿No acertaban ellas siempre a la *mouche*, aunque estuviera más o menos al lado? «Y allá se quedó Leónidas sin cabeza. Todo por culpa del oráculo que le señaló la solución lateral. Hace muchos, muchos siglos». A pesar del clima creado por la biografía de Umbela, mis colegas reían sin parar. Era evidente por qué razón Margarida y Miguel Ângelo se llevaban tan bien, porque en sus contradicciones funcionaban a la perfección. *Lota & Ângeloténian* un gran futuro. A su modo, ambos se divertían hasta decir basta.

A media noche, de verdad a la mitad de la noche, caminando por el Barrio Alto, mi colega preguntó: «Y tu papá, ¿por qué ya no escribe?». Me pareció una pregunta muy interesante «¡Ay! Que si escribe. ¡No me digas que ahora también andas de *¡Ojo con él!* para ver si escribe o no». Mi colega dijo: «Es que no he leído nada de él». Claro que eso era problema de mi colega que andaba en la luna. Respondí: «Calma, Miguel Ângelo. Calma. António Machado no hace otra cosa más que escribir. Mi padre tiene la casa llena de humo. Escritura y tabaco son dos realidades unidas en una sola, en lo que a él respecta...». Esa noche nos encontramos con antiguos colegas, platicamos y hasta nos divertimos, a pesar de la perturbación que nos estaba generando la historia de traición que había llevado a los nueve procesos legales del general.

Madrugada entera, día seis de marzo.



IX

SÉ QUE LOS MESES Y LOS DÍAS CREAN EN ESTE RELATO una mención incómoda, como si el mundo pequeño de una agenda circular diaria sofocara el sentido de la vida, la otra vida, la entera, la que no se repite, y que corre imparable a su lado. Y si esa insignificancia provoca fastidio, ¿qué decir de las horas? No obstante, parte de lo que sucedió en aquella primavera, sólo puede ser evocado si vuelvo la mirada hacia el disco del reloj y recuerdo la imagen de sus dígitos casi invisibles. Tengo presente el pasar de los números. A veces, durante mis horas de soberbia, veo en ellos la rotación de los astros.

Al día siguiente, un domingo, cerca de las cuatro de la tarde, mi padre y yo nos encontramos en casa. Él no esperaba que yo regresara tan temprano, yo no esperaba que António Machado comiera tan tarde. Mi padre abandonó la charola que hacía de mesa y vino a mi encuentro. Me quedé esperando, aunque no supiera qué. Ambos estábamos sorprendidos de encontrarnos, y podíamos haber dicho que era agradable. Pero António Machado se limitó a levantarse y a caminar por la casa, como si yo hubiera venido a vigilar algo que él necesitara proteger, volvió a su asiento y sólo entonces me percaté de que oía música. Subió el volumen. Si él no me decía nada, yo nada le diría. De nuevo nos habíamos desencontrado.

Se repetía la tentación de días antes, cuando lo había descubierto sentado en el carro, debajo de los plátanos. Me había convertido en un peligro y lo sabía. Ya que, si en lugar de caminar por la casa, protegiéndose, António Machado hubiera abierto su mano, curvándola sobre mi hombro y hubiera dicho *Hija querida, llegaste muy temprano*, en aquel momento, yo habría abierto mi mochila, habría sacado los objetos que le había sustraído para mi trabajo, le habría dicho que la última de las últimas había sido el asalto a sus discos y grabaciones privadas, algunas suyas, otras de sus amigos, algunas

piezas únicas, reservadas, que al día siguiente nos encontraríamos con Ernesto Salamida, y que el día anterior había estado en la Cafeteria do Parque con aquel a quien Rosie Honoré solía llamar *Mayor Umbelá*. Cómo había encontrado a Umbela, qué me había contado, qué significaba para él la fotografía del Memories, y que su mano derecha de repente parecía incontrolable, y que en ese caso su amigo no podía firmar, pagar la cuenta, marcar números telefónicos, ni manejar. ¿Qué tanto sabría António Machado de aquellos amigos suyos? Mostrando el fondo de mi mochila, yo habría roto el círculo que cerraba mi estrategia de silencio, *no te pregunto para que no me preguntes*, y le habría contado lo ocurrido durante la noche de la nevada, cuando una montaña de cartas apiladas sobre un escritorio había hecho que surgiera en mí una nostalgia sin nombre de la rústica faena portuguesa. Pero no. António Machado se había arrepentido y había regresado al sofá con su charola en las rodillas, y había puesto toda su atención en Purcell girando dentro de una caja.

Entré a mi cuarto y me encerré.

Después de media hora decía, para el otro lado del océano, que mi trabajo estaba caminando. Que sí, que bajo las piedras de la calzada de Lisboa había logrado desenterrar una buena parte de la metralla. Con un poco de paciencia, avanzaríamos. Decía. Sí, Bob, existe una metralla de flores, como dijo tu padrino. Y claro, allá también era domingo. En un extraño momento doméstico, con cuatro horas de diferencia, allá también se comía. Bob Peterson comía casi a la misma hora de António Machado, y también era una comida abundante y mala. Pero Bob acomodó el *Skype* y yo vi un *blue jay* picoteando en el brocal de la ventana, en la parte trasera de su casa en Wyoming Avenue. El gándul azul golpeaba con el pico, golpeaba, golpeaba, y no volaba. Bob dejó que el *blue jay* revoloteara durante unos instantes para mí. Después Bob quiso saber qué íbamos a hacer el día siguiente. Bob era así. Afortunadamente en nuestra agenda, justo al día siguiente, estaba anotado Salamida.

¿Cómo reconstruir entonces, la reunión con Salamida?

El que aparecía en la fotografía del Memories entre el Oficial de Bronce y Charlie 8, cabello al hombro y mirada guevarista, brazos abiertos ante los platillos y lozas, con un gesto de última cena, desempeñaba en la agenda de principios de marzo una especie de intervalo, un momento para disfrutar del recreo. Con él no hubo problemas de fecha, desde el primer momento había dicho que estaba disponible para lo que necesitáramos, podía ser al día siguiente, o la semana siguiente, para el próximo mes, o entonces para jamás, si nos arrepintiéramos de incluirlo en el proyecto de la CBS. Tanta liberalidad nos permitía trabajar con él como si fuera nuestro suplente postergado, y ahora que *the biggest red oak* volvía a cancelar por cuarta ocasión la entrevista, había llegado el turno de Ernesto Salamida.



Además de eso, Salamida, el gracioso del grupo, parecía no tener biografía. O mejor, ni siquiera los hechos que lo asociaban al conjunto de la fotografía del Memories aparecían registrados en la documentación común. Era como si él no hubiera tenido vida civil. Yo misma no recordaba haber visto a Ernesto Salamida entrando a nuestra casa, nunca lo había visto, aunque supiera que mi padre le daba su aval, y que desde siempre había abonado a su favor, siendo para todos los efectos padrino de su versión y defensor de su honor, desde la primera hora de aquel mes de abril. No obstante, hasta la información conocida sobre esa acción suya, era omisa o escasa. Por cierto, viendo la fotografía del Memories, nos parecía incluso que existía un contraste intrigante entre la opulencia que Salamida había mostrado en medio del grupo, de sus cabellos crespos, camisa abierta, su rostro que merecía claramente la atención de la cámara fotográfica de Tião Dolores —o hasta el movimiento de la cámara mágica del mismísimo Alberto Korda, si de casualidad Salamida hubiera sido guevarista— y la supresión a la que parecía estar destinado. Alguien que no conociera la historia reciente del país, y observara el retrato del grupo, pensaría que su compañero del lado izquierdo, Charlie 8, estaría

destinado a diluirse en la rutina de una vida civil normal, mientras que Salamida parecía ser aquel que estaría reservado para cargar en la cabeza la corona estelar de un Charlie. Muy poco se puede leer en una fisonomía plasmada en un retrato sobre un futuro que todavía está escondido. Afortunadamente usábamos la fotografía tomada en el Memories sólo para evocar el pasado. «¡Ah! ¡El pasado!». Había dicho Salamida del otro lado. «Comprendo muy bien lo que está diciendo. Entonces vamos a hablar sobre todo eso, esta tarde, si no hubiera nada más interesante, claro. Los espero a eso de las tres, Rua Boavista, número uno. Llegando a Quelhas, den vuelta hacia arriba. Voy a estar esperándolos».



Y así fue.

Pero antes estuvimos escuchando la grabación de la emisión de radio que había dado la señal definitiva de salida para las columnas militares, la noche que habíamos empezado a designar como memorable, por influencia de los personajes, como decía Margarida Lota. Era el sonido emblemático de la noche memorable, del día memorable, de la estación del año memorable, de un estado especial de la historia, en vigilia, para nosotros, o un momento de *La Historia Despierta*, según las palabras del padrino de Bob. Nos sentamos en la explanada del Parque Eduardo VII y nos quedamos escuchando. Margarida Lota reconocía que había oído la canción un sin número de veces, a lo largo de su vida, aunque a lo lejos, muy, muy a lo lejos, tan lejos que ni cuenta se daba, y reconociendo su falta de preparación, quería escucharla de nuevo, antes de ir a sentarse frente a Salamida. Cuando el sonido de los últimos pasos se extinguió, ella miró a lo lejos, muda. Margarida Lota era así, nuestra emotiva útil. ¿Y la biografía del abogado era limitada? A ella no le parecía. ¿El material que había recolectado era controversial? A ella le parecía interesante. Era por eso por lo que quería oír una vez más la canción. Miguel Ângelo se impacientó. Se fue al prado y ahí estiró su cuerpo alargado. No estaba para escuchar por enésima vez la canción del árbol de bellotas, el

gran mito. Ni siquiera era una canción, era un *cante*. Miguel Ângelo no le encontraba ninguna gracia al *cante*, ni a la controversia, ni a Salamida. Por lo que los otros ya habían dicho a su respecto, debía ser un castizo. Escribía para la radio, cuando se dio la revolución. Ahora era abogado, pero por los comentarios de sus compañeros, no pasaba de un comediante. Iríamos, entonces, al encuentro de un comediante. Constaba que siempre que aparecía era para fastidiar a los otros con historias absurdas de clientes vagos. Antes de extenderse en el prado, el camarógrafo nos dijo: «Espero, por lo menos, que el tal Salamida conserve una buena apariencia. Mi cámara aprecia de verdad eso, cuando además de la figura no encuentra nada útil al frente. En ese sentido, *Lota & Ângelo*, gracias a Dios, están bien entrenados. ¿Cuánto tiempo más van a necesitar?». ».

A las tres en punto, entrábamos a la Rua da Boavista.

El timbre funcionaba, pero no la aldaba. Y tampoco había elevador. Escuchamos unos pasos que bajaban por una escalera de madera. La puerta se abrió en lo alto del escalón, y ante nosotros apareció una *T-shirt* negra con un emblema amarillo de una banda metálica. En la penumbra de la portería por donde entramos, podría decirse que Salamida había vuelto a su versión de joven adolescente, quedándose así. Fue necesario que subiéramos al segundo piso y entráramos por la puerta para que, después de que entrara la luz grisácea proveniente del río, viéramos que el tiempo había pasado por él, no por la agilidad ni por los volúmenes de su cuerpo, sino por el color de sus cabellos y por el estado de su piel. Entramos de nuevo a la penumbra de una habitación estrecha. El licenciado Salamida nos condujo por un corto pasillo y nos mostró una sala atestada de muebles pesados. En medio de ellos nos esperaba la madre de Ernesto Salamida sentada en un sillón con brazos.

No era a la madre de Ernesto Salamida a quien veníamos a entrevistar; pero parecía. La señora ocupaba el centro del espacio y la escenografía parecía estar dispuesta en función de su persona. Los mismos encortinados estaban casi cerrados para que la luz de aquel estúpido marzo no hiriera una

de sus pupilas. Nos sentamos, el licenciado Salamida se sentó en una silla lisa, frente a su madre. Salamida se parecía a ella. Ambos tenían la misma mirada iluminada por una especie de rayo, y el cráneo del hijo, cubierto por el cabello largo tal como en la fotografía, aunque maltratado, era exactamente igual a la curva de la cabeza que exhibía el cabello blanco de la madre, amarrado en lo alto por un llamativo chongo. Por cierto, habría sido una mujer del pueblo. En el índice de la mano izquierda, colgada sobre el brazo del sofá, había un anillo de reina. «Me lo compró mi hijo», dijo.

El licenciado Salamida explicó. «Recibo siempre a las visitas en casa para animar la vida de mi madre».

«Ernesto es el mejor hijo que Portugal ha tenido». Dijo la madre. «A cada uno lo que le corresponde, hacen muy bien en venir a hablar con él».

Nos concentramos, era necesario ser eficiente. Pocos días antes habíamos evaluado el costo de haber consentido la evocación de Umbela, tres noches de insomnio en la vida de Margarida Lota, para no hablar de las discusiones que siguieron sobre la inutilidad de las biografías. Para *La Historia Despierta*, no nos interesaban las biografías. Pero ahora nos acabábamos de sentar y, además del peligro biográfico, nos encontrábamos con un caso en el que la madre amenazaba con devorar a su hijo. A pesar de todo, ya no era nuestra primera entrevista en grupo, era la cuarta, empezábamos a estar bien concentrados. Miguel Ângelo conectó su equipo y Margarida Lota seguiría el guion. Todos los elementos que nos rodeaban invitaban a la dispersión, el camarógrafo todavía no había encontrado el ángulo, de tan apretados que estábamos en aquella sala, pero nuestra colega no se dejó impresionar. Se dirigió al entrevistado sin perder tiempo: «Licenciado Salamida, aquella noche, cuando los últimos acordes de la canción se extinguieron, y el sonido de los pasos cerró la emisión, ¿usted estaba consciente de aquello en lo que había participado, y del riesgo que corría? Explíquenos cómo sucedieron los hechos. Estamos aquí para escucharlo».

Salamida se recargó en el respaldo de su silla sin brazos. La señora se reclinó en su sofá con brazos. La madre amonestó a su hijo: «Di la verdad, toda la verdad, hijito. Si no sentiste miedo aquella noche, ¿por qué vas a tener miedo ahora, al contar la verdad?».

Ernesto Salamida empezó a decir: «Tengo muy poco que decir. La grabación se había hecho durante la tarde, había sido examinada por dos

sensores, el político y el de la iglesia, y había obtenido la aprobación de ambos, y todo eso está más que explicado».

«Hijo, pero como hay otras explicaciones, tú tienes que explicar que tu versión es la que corresponde a la verdad».

Ignorando a su madre, Ernesto Salamida siguió exponiendo: «Lo que sentimos también está explicado. La grabación fue al aire con dos minutos de retraso, y la emisión duró en total nueve minutos con diez segundos, contados por mi reloj. Lo demás mucha gente lo sabe».

Al contrario de lo que habíamos supuesto, Salamida empezaba a generarnos dificultades. Margarida Lota decidió postergar los datos recogidos en su investigación. «Todo eso ya lo sabemos, licenciado Salamida. Cuando la emisión terminó, usted y su colega intercambiaron miradas, paralizados, esperando que sucediera algo dentro del estudio, pero como nadie aparecía al fondo del corredor de la estación de radio para hacerles preguntas, ningún teléfono llamaba, ningún policía surgía atrás de la puerta, ningún par de esposas, ninguna voz de mando, ningún camión para transportar arrestados, ningún disparo, nada de nada, silencio absoluto después de la emisión del programa, ambos miraron por la ventana del segundo piso, la Rua Capelo estaba desierta, y se sintieron desorientados. También sabemos que el Gobierno Civil estaba justo al lado, que las instalaciones de la Policía Política estaban a dos pasos de ahí, y que ambos se sintieron desorientados, porque su emisión fue la señal que desencadenó un golpe de Estado. Y nadie venía a aprehenderlos. Estaban sorprendidos porque no aparecía nadie para interrogarlos y llevárselos. No había estallidos en la ciudad, ninguna sirena, ningún disparo, ningún cañonazo. Eso está escrito, pero nosotros quisiéramos que lo contara en primera persona, que nos diera su testimonio personal y único sobre lo que sintió antes de salir a la Rua Ivens».

El interlocutor se quedó pensando por unos segundos. «Pero ¿de verdad usted cree que fuimos nosotros los que salimos a la Rua Ivens? ¿Fue eso lo que usted leyó y escuchó?», preguntó Ernesto Salamida, desconcertándonos. Era evidente que había una advertencia a nuestro entendimiento en la pregunta de Salamida. El abogado abrió los brazos como en la fotografía: «Comprendan, es que otros narran estos mismos hechos y mencionan esos sentimientos como si fueran suyos, y firman abajo, y por eso, tal vez ellos, y no nosotros, hayan tenido las dudas que nosotros tuvimos aquella noche, y ellos y

no nosotros hayan salido a la Rua Ivens. ¿Quién sabe? Y esos otros son cerca de cien».

Margarida Lota confesó sentirse confundida. «Pero, a final de cuentas, ¿quién salió a la Rua Ivens?», preguntó. Y su pregunta era mi pregunta.

La madre levantó la mano que no tenía el anillo y amenazó a su hijo. «Hijo, ¿por qué confundes a las personas con esa declaración? ¿Por qué tienes que mencionar lo que otros cuentan? ¿Por qué no cuentas sólo la verdad, sin que te importe lo que otros dicen?».

Ernesto Salamida seguía sin hacer caso al comentario de su madre. Miguel Ângelo hizo que la cámara sobrevolara la silla sin brazos y la fijó en *close-up* en el rostro de Salamida.

«Fue así, amigos míos. Éramos cien. Salimos por la puerta lateral, pasamos por una cerca, nos encaminamos hacia la Rua Garrett, Chiado arriba, después llegamos hasta las dos iglesias, ya serían las tres de la madrugada, y en el Largo de Camões no había ni un alma. No había murmullos, no había estruendos, no había sirenas, no había policía, y nosotros pensamos. ¿De verdad nosotros cien habremos puesto la grabación al aire? ¿Fue verdad, o fue un sueño, que a las doce y veinte el sonido de los pasos empezó a escucharse por todo el país, y después de los pasos del coro vino la voz de Zeca? ¿La canción de Zeca? ¿Su *cante*? ¿Su voz alternando con la voz de sus compañeros? ¡Dios mío! Tanto silencio, tamaña calma, pensábamos nosotros cien, cuando nos detuvimos entre las dos iglesias. Probablemente había sido una alucinación de nuestras cabezas, nosotros cien no pusimos la cinta al aire, la canción no se puso, nadie en este país la escuchó, ningún civil, ningún militar en ningún cuartel, en ningún regimiento, y era por eso por lo que nada pasaría. Pensábamos nosotros, los cien. Y ningún árbol se agitó, ninguna ave se movió. Cuando creíamos que todos los ríos subterráneos corrían hacia el mismo lado, todas las aguas se habían detenido en el fondo de sus abismos.

Pensábamos nosotros dos, cuando ambos, perdón, nosotros cien, caminábamos en aceras diferentes, debidamente alejados unos de los otros, como si no nos conociéramos. Nuestros cien corazones palpitaban de miedo debajo de las cien camisas. Fue así, aquella madrugada...».

«Nos confunde, licenciado Salamida, sabemos que, cuando usted dice cien, está ocultándose a sí mismo, pero otras veces quiere decir *nosotros dos*. ¿En qué quedamos?».

«Es como le digo, estas mismas conjeturas aparecen en varias publicaciones bajo la forma de testimonios firmados por otros, y no por mí. Son por ahí unos cien. Además, en ocasiones incluso sospecho que mi heteronimia no tiene límites, y en otras ocasiones me parece que no existo, que soy el sueño del sueño de los otros, que yo no soy ni nunca fui yo. De tal manera que ya me sorprendí dictándole a los otros lo que ellos deberían haber sentido en mi lugar, y al final ellos hasta me corrigen, diciendo, Ernesto, disculpa, mira que no fue así. Y firman lo que dicen. Con cierta exageración, pero de verdad cerca de cien».

«Anda, anda, confunde bien a la gente». Amonestó la madre.

Hacía calor ahí adentro, se transpiraba en medio de aquellos muebles de los años cuarenta que parecían castillos de madera con vasos allá adentro. Salamida se arremangó las mangas. La madre, muy directa, con el chongo muy alto, amonestó de nuevo al hijo: «Confunde bien a estas personas, que a su vez confundirán a los ciudadanos de los Estados Unidos de América que desconocen lo que aquí sucedió. ¿Y qué van a pensar? Que todo no pasó de ser una fantasía de tu cabeza...». Y las comisuras de los labios de la madre empezaron a bajar, impotentes.

El hijo continuó como si la madre no hubiera hablado: «¿Qué quieren que les diga? Ustedes son tan jóvenes que apenas pueden imaginar cómo era la vida de entonces. Lisboa era una ciudad mal iluminada, las calles chuecas tenían pavimentos chuecos, la basura se apilaba alrededor de los tambos,

durante toda la noche los gatos se revolcaban con estruendos de latas, las cáscaras de las naranjas revueltas con las borras del café se nos embarraban en los pies. Cuando entramos a la Rua da Misericórdia, era la hora en que las prostitutas bebían *ginjinha*, únicamente los bares de ese tipo se encontraban abiertos y de ellos salía un rumor, y además de unos muchachos deslizándose por los callejones, también ahí, calle arriba, las aceras debían estar desiertas...». Exponía el licenciado Salamida, como si hiciera una redacción escolar, pero Margarida Lota interrumpió la exposición.

Se quitó la chaqueta con capucha, descorazonada: «Diga la verdad, licenciado Salamida. Nosotros lo comprendemos. Usted y su colega eran entonces más jóvenes que nosotros, y de repente sintieron el peso del riesgo que habían corrido, el peso de su compromiso. Confiese, no mienta. Antes que todo, está hablando con nosotros, no para la CBS. Para la CBS sólo entrará lo que nosotros queramos y usted permita. Usted era un joven valiente, tenía veintisiete años, y caminaba por la calle con miedo. Su colega también. Ambos tenían miedo. Usted caminaba por la acera de la derecha. Si usted habla sobre su miedo, se lo agradeceremos, ya que hablará sobre el miedo de los demás. Hasta ahora, nadie habló del miedo».

«Sí, a esa altura, yo caminaba por la acera de la derecha, y mi compañero por la acera de la izquierda...». Dijo Salamida, retirando de su cara una cortina de cabellos. «Eso también es verdad. Ya lo expliqué muchas veces. Cuando entramos en la Dom João V, nos cambiamos de acera y no pasaba nada. Frente a la Faculdade de Ciências, vi las enormes palmeras allá arriba, no habían crecido ni encogido, estaban igual que todos los días, y yo pensé, fallamos en esto, fallamos, amigos. Una de dos, o no pusimos la grabación al aire, o no fue difundida. Entonces, vamos paso por paso. Nosotros seguimos todas las indicaciones, procedimos en todo momento según lo acordado. Hace tres horas que la emisión estuvo al aire, hace casi una hora que estamos caminando por las calles, y todavía estamos vivos. O mejor, ya debemos estar muertos. Porque de lo contrario, ya nos estarían llevando a los corrales de la António Maria Cardoso, donde nos esperarían la tortura del sueño, la pesadilla de la estatua, la tortura de las agujas bajo las uñas, pensé. Y pensé más...».

«Pensó».

«Sí. Pensé que la prueba de que ya no estábamos vivos era que nuestras propias sombras se multiplicaban alrededor de los faroles. Cuando mi

compañero empezó a alejarse, vi a lo lejos su sombra multiplicada por mil, y aun así él avanzaba. Si él avanzaba, y yo avanzaba, como si nada hubiera ocurrido, era porque nada había ocurrido, y, o no habíamos hecho lo que estaba acordado, o de hecho ya habíamos muerto, y fuera como fuera, todo lo que era importante que sucediera se había venido abajo. Estos eran mis pensamientos, que ahora recuerdo como si hubieran venido a mi cabeza en este momento, a pesar de haber pasado treinta años, pero nótese que estos mismos pensamientos andan en la cabeza de muchos, pues yo los encuentro descritos por mí, al día siguiente, pero suscritos por otros, escasos ocho días después. Como ya dije, a cada año que pasa, más me parece que por tan poca cosa, por unas horas de valor y unas horas de miedo, me convertí en el sueño de los otros. Pero créanme, no es tan malo que dejemos de existir para vivir a pedazos en la vida de los otros. Siempre es algo, siempre es algo. Es algo no ser nosotros, y ser el *fui yo* de más de cien...». Dijo Ernesto Salamida, subiéndose las mangas cortas hasta los hombros. Sus brazos quedaron desnudos.

«No digas eso, hijo». Interrumpió la madre. «Son los otros quienes robaron los pensamientos que tú tuviste, y se pavonean con ellos, y tú, en vez de contar la verdad, te haces menos ante esa cámara que te está grabando, y ante estas niñas que te preguntan, y tú hablas de ellos, cuando ellas sólo te preguntan a ti. ¡Ay, hijo! Hijo. ¿Dónde se ha visto a alguien tan desprendido de sí mismo como tú, hijo mío?». Los labios de la madre hacían una V de victoria invertida.

Margarida Lota volvió al tema: «Licenciado Salamida, cuando usted estaba caminando por toda la Dom João V, ¿qué horas serían?».

«Las cuatro de la mañana».

«Y había silencio. Cuéntenos lo que ya contó».

«Sí, el silencio en la Calçada Engenheiro Miguel Pais era mortal. Como si yo nunca hubiera estado ahí, junto a la cabina telefónica, ahí estaba el umbral

de la entrada. Sin saber cómo, me vi acostado en la cama sin haber atravesado la puerta, me vi joven, muerto, despedazado en la Guerra de África, muerto y bien muerto, y enterrado muy lejos, sin hijo ni hija, casi analfabeto, lo único que tenía, allá muy lejos, era un surco esperándome, y mi madre, todavía una mujer joven, casi tan joven como yo, vestida toda de negro, colgaba mi fotografía en la entrada, entre santos y flores de papel, y fue cuando pensé que mi muerte en África no había servido para nada, la muerte de todos los que se habían podrido en prisión no había servido para nada, nada de nada. Y no sentía ninguna pena por haber sido enterrado allá lejos, no sentía ninguna pena por regresar en un cajón de pino, no sentía pena de mí, ni de nadie ni nada, y sin pena de nada, como me habían enseñado a proceder, si de casualidad fuera asaltado por la policía política, diría convencido que la canción yo mismo la había escogido, preludiado y sometido a la criba de los sensores no había ido al aire nunca, pues al contrario de lo que yo y mi compañero habíamos creído, ningún cuartel se había sublevado y ninguna columna había salido a la calle, a pesar de eso, me quedé dormido vestido y calzado, sobre la cama de mi cuarto, y cuando, por ahí de las siete de la mañana, sonaron unos puñetazos en la puerta, yo no abrí, convencido de que venían a buscar un cadáver que ya no estaba acá. Convencido. Entonces ustedes comprenderán. Cuando más tarde me desperté, oyendo decir que venía subiendo por la Rua do Carmo una columna de tanques cargados de soldados, con la población de la ciudad corriendo atrás y gritando e incitando, comprenderán lo que sentí. La resurrección me llegó, me puso mi ropa y calzó mis zapatos. La resurrección pequeña, individual, que, referida en voz alta, más tarde, nos hacía reír, se adueñó de mi vida, en medio de mi cuarto. Claro que ustedes son libres de reírse y también son libres de no creer. Pueden atribuir mis juicios, ideas y recuerdos a otros, a cien, a todos aquellos que firman estos pensamientos, pensamientos que al final de cuentas son nada, son apenas la evocación de acciones simples de un muchacho de veintisiete años, lleno de valor, al principio, y después amedrentado, luego eufórico, memoraciones que no tienen nada de especial, pero aun así, en su simpleza, otros las suscriben y las cuentan en sus mesas. Pensamientos sencillos que no merecen ser vendidos ni circulados, que no valen la pena en ningún lugar, y a pesar de eso, otros los quieren para sí. ¿Para qué? ¿Y por qué será? Pues si los quieren, que así sea. Que se queden con ellos de una vez y que les hagan buen provecho. A los cien». Dijo Ernesto Salamida, divertido, como quien tira un pedazo de sí y no

le da ninguna pena hacerlo, sentado en la silla sin brazos, frente a otra de igual formato, donde estaba sentada Margarida Lota. Ahí adentro hacía mucho calor. Era el efecto del ventanal cerrado donde llegaba la luz opaca que provenía del río.

La madre de Ernesto Salamida examinó sus uñas sobre las cuales el barniz rosado dibujaba curvas en forma de escudo, y en el dedo índice, el anillo de reina expuesto, la mano de la madre de nuevo colgando.

La señora dijo, llena de amargura: «Miren, fue mi hijo quien hizo aquello, lo pensó todo durante aquella noche, él está diciendo la verdad, y aunque parezca mentira, mi hijo dice la verdad cuando afirma que otros firman lo que él hizo y pensó. Después de todo esto, mi hijo no pasa de ser un abogado de causas perdidas y sólo posee un traje, mientras los otros tienen Mercedes, Toyotas y BMWs y viven en esas torres hechas de espejos, ahí en las Amoreiras. Véanlo bien, a mi hijo, cuando lleva el traje a la tintorería tiene que vestirse de Metálica...».

«No es del todo así, mamá».

«Claro que sí, hijito». Confirmó la madre. «Mi hijo ahora es un abogado de causas perdidas. Y cuando son causas ganadas, son causas de gente tan pobre que no puede retribuirle ni siquiera con un tostón, aunque quiera. O cuando, si de casualidad, por orden del tribunal, una suma importante les corresponde a sus clientes, le pagan años más tarde, tantos que, los que le deben ya no están en este mundo, y así, nunca mi hijo cobra sus honorarios. Lo cual significa, igual, causas perdidas».

«Sin embargo nada te falta, mamacita. ¿O te falta?».

Las viejas manos de reina colgadas, colgadas se quedaron, como si la sangre de la emoción no tuviera fuerza para llegar a los dedos. Ante nosotros, entre dos fajas de cabellos largos, la boca rasgada de Ernesto Salamida sonreía. Reía. Sonreía y reía. Sus ojos, con mucho menos pestañas que en la fotografía que tenía conmigo, dentro de la mochila, seguían siendo guevaristas. Entonces, Margarida Lota, cumpliendo escrupulosamente la ruta trazada, preguntó: «¿Y qué evaluación hace, treinta años después, del cambio en el que tan activamente participó?».

La madre se precipitó: «Hijo, fíjate bien lo que vas a decir. Mira que te vas a menoscabar para siempre. Los hijos de mis amigas usan relojes Patek Philippe en la muñeca, y en los pies...».

Salamida interrumpió a su madre: «¿Qué evaluación hago? Todo está bien, muy bien, afortunadamente todo en perfecta normalidad. Todo marcha en paz, como en todas las sociedades, cuando se transita de tiempos malintencionados a tiempos de bonanza. Se puede decir que, en treinta años, como es natural, la revolución, en una primera fase, dio lugar a la devolución. Después de la devolución, como es natural también, se pasó al periodo de normal evolución, y de la evolución, como es frecuente en todos los procesos parecidos, se pasó a la involución, y de ahí a la denegación, fueron solamente unos años. Y aquí estamos, en esta primavera tórrida de dos mil cuatro, cuando ni el sol aparece ni cae del cielo una gota de agua. El estado de denegación es el más propicio para la felicidad de la gente. En un estado de denegación, generalmente, la población se siente reconfortada, pues muchas son las señales del concierto que une a las personas, y hasta aquí hemos llegado». El licenciado Salamida dio unas palmaditas en sus rodillas, haciendo de sus piernas batería. Miró directamente a la cámara. Y cantó: «Progresión, denegación, concurso de televisión».

«No digas eso, hijo».

Salamida reía, tenía los dientes blancos. Me dio la impresión de que conservaba el mismo cabello, ondulado y crespo como antes, apenas menos vigoroso, con hilos plateados sembrados aquí y ahí, cada uno de ellos brillando demasiado. Pero en su pecho una impresión a fuego en medio de la tela decía *Metallica*.

La madre dijo: «Vean el contraste, niñas. Los hijos de mis amigas que viven en las Torres das Amoreiras, cuando es necesario, se refieren a esa fecha con todo respeto, y hasta se ponen claveles en el pecho en su honor, pero a lo largo de todo el año viven como si la fecha no hubiera existido, y están muy bien, y viven en la abundancia». Luego, se volteó hacia su hijo: «Mientras que tú, frente a estas personas que trabajan para la CBS, estás diciendo que todo fue un sueño vano. Sólo falta que digas, como es tu costumbre, que te

equivocaste, que la canción que ustedes grabaron en la cinta no fue *Grândola, Vila Morena*, sino *Ora Zumba na Caneca*. Después te quejas y vienes a pedirme dinero».

Hacía un calor infernal. Cada vez más la luz ceniza de marzo se agitaba en el río y enardecía la pequeña habitación atestada de muebles, todos empezamos a quitarnos la ropa. La madre también se quitó el saquito negro y se quedó en mangas cortas, mostrando sus antiguos brazos blancos.

«Hijo, escucha...». Dijo la madre, ya más ligera de ropa.

Yo pensé, esta madre se va a tragar a su hijo, y este testimonio de aquí en adelante va a ser un desperdicio, Margarida Lota va a preguntar de inmediato de qué se trata esa historia de *Ora Zumba na Caneca*, y nosotros jamás saldremos de este círculo. Sin embargo, la situación tuvo un desenlace natural. Miguel Ângelo ya había desconectado su equipo, la madre quería hablar, pero Ernesto Salamida no la dejaba, y explicaba que de vez en cuando él y su madre se desvelaban imaginando qué nuevas expresiones serían necesarias para salir del estado de denegación en el que se vivía, pero de inmediato caían en contradicciones. Contó. Su madre creía que se adecuaba el regreso a una canción antigua denominada *Os Óculos de Sol*, otras veces hablaba del fado *Povo que lavas no rio, que talhas com teu machado as tábuas do meu caixão*, composición aún más antigua que *Os Óculos*. Él, para divertirla, contrapunteaba haciendo sonar por la casa algunas obscenidades como *Arrebita, minha Flor*, y otras indecencias muy escuchadas en la radio. Por ejemplo, a él le gustaba cantar *Eu vou comer, eu vou comer, até me lambuzar, pois se eu não comer, vem outro e come no meu lugar*, uno de los poemas que a él le parecía muy adecuado al tiempo que se vivía. Poemas que representaban admirablemente la fase de la denegación, secuencia natural, naturalísima, en los periodos que siguen a una revolución. Los días en que su madre estaba más deprimida, bajo el efecto de ésas y de otras letras, la señora se animaba a reír, y hasta cantaba. La señora llegaba a cantar con él, para divertirse. *Eu dou-te casa, minha linda, dou-te carro, dou-te tudo, meu amor, eu até caso, mas arrebita...* Explicaba Ernesto Salamida, cuando ya nos encontrábamos en la fase de la descontracción. Por nada de este mundo yo sacaría la fotografía del Memories de mi mochila y la mostraría ahí, en aquellas condiciones. Basta de biografía. A pesar de no echar mano del retrato

de grupo, donde el hijo, de brazos abiertos y camisa blanca a la rusa, desabotonada hasta la mitad del pecho, parecía Super Star, la madre tenía los ojos inundados de emoción, al escuchar al hijo contar cómo ambos se divertían en las horas de tristeza. Entonces la madre dijo: «No le crean, a veces a mi hijo le gusta alocarse, pero es un muchacho sano, hace tiempo hasta quiso ser hermanito de los Charles de Foucauld. Ahora, en sus horas libres, Ernesto hace investigaciones muy serias. Busca una expresión adecuada para el momento que pasamos. Están siempre buscándolo para colaborar en un nuevo golpe de Estado, pero él cree que aún no llegó el momento, mientras tanto, no avanza una pulgada».

La madre se veía en el hijo. Se miraba en los ojos del hijo.

«Hijo, ¿por qué no les muestras tu cuarto-estudio? Enséñales tus materiales, anda, vayan allá. Vayan, niñas, vayan a su cuarto, vayan a ver el espacio que la investigación musical ocupa en la vida de mi hijo».

Fuimos. Regresamos al estrecho pasillo, nos encontramos la luz opaca que venía del río, y entramos a una recámara con un diván cubierto con una colcha con dos guitarras estampadas. Las paredes circundantes estaban completamente forradas por lomos estrechos de CDs. Miles de discos compactos unidos por las cajas transparentes formaban una valla cúbica de la que sólo escapaban el techo y el vano de la ventana. Salamida dijo: «Tengo aquí un buen acervo de música ligera, pero sobre todo me siento orgulloso de mi colección de música clásica. De los clásicos antiguos a los modernos. En mis horas libres, voy haciendo mi selección. De aquí habrá de salir la próxima señal. Pero no va a ser como hace treinta años, no. Esta vez será fulminante. La música se escuchará al mismo tiempo en el bolsillo de toda la gente, alrededor del mundo, y entonces ¡zas! Tal vez se acabe el mundo, tal vez empiece el mundo. Mientras tanto aquí la vamos llevando. Ahora escuchen...». La estereofonía del cuarto era admirable. Nos sentamos en la cama con estampado de *Metallica* para apreciar el sonido. No nos tardamos mucho. La madre de Ernesto Salamida se había quedado allá adentro, a mitad de la sala atestada de muebles, y conservaba la mano extendida, esperándonos, con el anillo de reina expuesto. Piedra azul entre amatistas, rubíes y oro blanco. Y después, parecía como si nunca fuéramos a despedirnos.

Primero fueron las ceremonias para despedirnos de la madre, la promesa

bajo palabra de honor de que no perjudicaríamos a su hijo. El favor para que no incluyéramos los pasajes en los que el hijo se ofrecía como víctima a los ladrones de su acción en la noche memorable, referencias que el hijo hacía por una excesiva consideración por los otros, lo que a ella le resultaba incomprensible. Después, fue la amenaza de que nos quería dar de comer, y señalaba al fondo de una horrible cocina. Después quiso anotar el nombre de cada uno de nosotros, y los respectivos números telefónicos, porque no confiaba en los registros del hijo. Hasta que salimos por las mismas escaleras que Salamida bajaba corriendo con una agilidad acrobática, y hubo el ofrecimiento de su compañía hasta el transporte público, si fuera necesario, Salamida nos recomendó que no sufriéramos con su testimonio. Si no valía la pena, no valía, que lo omitiéramos sin problemas de conciencia, estaba acostumbrado a todo. Y todavía lo vimos en el portal alto, en el vano de la entrada, despidiéndose con un agitar de la mano. Después la puerta se cerró.



X

Cuando la puerta se cerró atrás de nosotros, y nos encontramos a la mitad de la calle, todavía nos deteníamos a mirarnos uno a otro, pero no podíamos decir nada interesante. Empezamos a caminar en silencio, y sin duda, cada uno de nosotros haría la misma pregunta: *¿Qué había sido eso que habíamos presenciado?*

Era muy claro que todos los hombres a quienes acabábamos de entrevistar tenían en común el hecho de haber participado en un momento de excepción para el cual habían canalizado las mejores energías de su juventud, y corriendo riesgos tan serios como aparatosos, se habían enamorado de ese momento transformándolo en una aventura pasional. Pero administrar ese momento romántico a lo largo de toda su vida, enfrentándose a la banalidad de los días en que la pasión era un estorbo, y el idealismo un vicio, había acarreado, por cierto, el desencadenamiento de escenas de lucha previamente destinadas a la pérdida y a la desilusión. Creo que los tres lo sabíamos muy bien, aunque lo expresáramos de forma diferente. Pero si con Umbela, Tião Dolores o el Oficial de Broce los contornos de la exaltación despedazada surgían simplificados, en el caso que acabábamos de atestiguar, eran múltiples, y se tornaba difícil encontrar palabras para ordenar en dos o tres frases el bello sepulcro al que habíamos ido. Probablemente era eso lo que los tres pensábamos. Acabábamos de atestiguar cómo había sido posible que treinta años atrás se hubiera propiciado un cambio en el cual la euforia había surgido sin pasar por la furia. Ernesto Salamida era una prueba. Sin duda era la imagen del abogado transformado en emblema que los tres pensábamos. Seguíamos caminando en silencio, separados unos de los otros, y ya íbamos lejos, por la Rua de São Bento, cuando Margarida Lota se percató de que no

traía su chaqueta con capucha. En la urgencia de salir, la había dejado junto a la silla de la señora Salamida. Pero nuestra compañera ya no quería regresar a ese lugar para no encontrarse con Salamida, para no volver a ver a aquella madre ni entrar a aquella casa. Prefería perder su chamarra con todo lo que tenía en los bolsillos a revivir aquellos momentos inexplicables. Casualmente, ese día, Miguel Ângelo no había traído su jeep, llegamos en taxi, y ahora los autobuses pasaban veloces y nosotros no nos sentíamos en condiciones de esperar en la parada. Queríamos seguir adelante. Pero ¿teníamos que avanzar o retroceder? Nuestro colega se ofrecía para regresar, llamar a la puerta, subir al segundo piso y entrar a aquella sala a buscar la chaqueta. Margarida Lota no quería, y ante la insistencia de Miguel Ângelo, ella perdió la paciencia y gritó muy alto su negativa. Los ojos de la anémona se le llenaron de lágrimas.

Los tres sentíamos dificultad en comprender el caso de nuestro cuarto entrevistado.

Según yo, Ernesto Salamida continuaba paralizado en el fervor por la noche memorable, no porque hubiera apostado más que los otros, ni porque hubiera corrido más riesgos que alguno de los cinco mil, sino por la asociación de su actitud de atrevimiento al mundo mágico de la música. Se creía un enviado. Él no era cantante, por eso no había cantado, ni tocado, sus pasos no eran los que se oían, todo eso era una larga historia de protagonistas a los que el tiempo había dado la importancia merecida, otorgándole a cada uno el lugar que les correspondía en la épica, sólo que Salamida había sido el mensajero invisible, el instrumento que había encendido el objeto mágico para desencadenar el movimiento. Una acción irrepetible. Por la pequeña ópera que había sido representada ante nosotros, en el número uno de la Rua da Boavista, se deducía que Salamida había quedado cautivo de su acción, y sólo se sentía realizado imaginando una acción simétrica, y de ser posible, ampliada, en un futuro próximo. Era por eso, pensaba yo, que él menospreciaba el presente como una manera de justificar el nuevo cambio que tanto deseaba que viniera. Antes de salir del cuarto-estudio, él había mencionado el *Monólogo para fagot* de Isang Yun como el probable sonido para una nueva señal, pero, así

como lo mostró, así escondió el objeto mágico. Expectativa, futuro y acción. Todo eso en sí era coherente, y el sólo imaginarlo podría hacerlo feliz. Por cierto, yo me había quedado con la idea de que Salamida era un hombre feliz.

Es verdad que tenía aquella madre, y aquella madre no quería que aquel hijo fuera sólo aquel hijo, quería tener varios hijos en un solo, como es común que suceda. La señora Salamida quería que su hijo fuera muchos. Quería que fuera el romántico que pone señales al aire y vive pensando en música con tambores de cambio, rompiendo al frente del tiempo, abriendo puertas a las nuevas realidades. Pero también deseaba lo opuesto. Deseaba que su hijo fuera práctico, que trajera dinero a casa para poder arreglar la cocina y comprarle anillos del tamaño de uvas gigantes. Le gustaría que se quitara la camisa y fuera un santo, y al mismo tiempo fuera un justiciero y sacara provecho de ello. Que fuera un rico y fuera un pobre, un cauteloso mañoso y un pecho abierto, que fuera un inocente y fuera un político, que surgiera blandiendo su espada para cambiar el mundo como un profeta, y que le sorbiera el seso como banquero. Y eso era imposible, pensaba yo. Tal vez quisiera que su hijo fuera un hombre casado y le diera descendientes, y al mismo tiempo que se mantuviera soltero a su lado para que, en las noches de soledad, cantara con ella a capela *Povo que Lavas no Rio*. Imposible que aquel hijo y aquella madre no vivieran unidos. Ay de quien entrara en aquel mundo fantástico, y no fuera apenas por dos horas, el tiempo que habíamos estado ahí. Yo no tenía derecho de ir alimentando pensamientos como esos sobre el licenciado Ernesto Salamida y su madre, pero tampoco tenía la obligación de censurarme por eso. Ninguno de nosotros decía en voz alta lo que iba pensando. Todas las palabras que intercambiábamos se referían a la chamarra olvidada. Ya habíamos pasado el Largo do Rato, y Miguel Ângelo todavía no entendía que Margarida se despidiera así de su chaqueta. Además de que ella caminaba al frente, con el vestido, el único vestido que Bob había previsto para todas las entrevistas, el mismo peinado, el mismo traje, para que los encuentros con los entrevistados produjeran la ilusión de que se habían efectuado en un solo día. El vestido de la anémona era oscuro, ligero, corto, y aun así no le importaba tener o no un abrigo. Parecía imposible. Que estuviéramos confundidos, se entendía, pero que llegara a ese nivel de perturbación era propiciar un desajuste entre causa y consecuencia que no abonaba a favor de nadie. Según Miguel Ângelo.

Yo seguía pensando que estábamos perturbados apenas porque habíamos ido a visitar a un fiel testigo del idilio.

Miguel Ângelo, que nunca se había entusiasmado con la imagen de Salamida, empezó a hablar del personaje, cuando ya bajábamos por la Rua Braamcap. Dijo: «Relajen sus almas que llevo aquí en el hombro un material excelente. La transición que se puede hacer de la figura del Salamida, de la noche del veintiuno de agosto de setenta y cinco, a la figura del Salamida de hoy, puede ser una secuencia bastante afortunada sobre el efecto del paso del tiempo. Desde ese punto de vista, les garantizo que logré secuencias magníficas. Por ejemplo, el hombre hablando de forma imaginaria sobre lo que pasó aquella noche de abril, fue fabulosa. El desfase en el tiempo es lo que tiene que ser muy bien explotado». Caminando entre nosotras dos, Miguel Ângelo hablaba solo: «Tiene que ser muy bien explotado el desfase, cómo ese hombre está obsoleto. ¿Qué creía, que pasados treinta años fuera natural seguir alimentado la apología de un encino? ¿Qué siguiéramos pasmados, rindiendo un homenaje a esa variedad de árbol? *À sombra de uma azinheira, à sobra de uma azinheira.* ¿Quién, hoy en día, sabe qué árbol es ése? ¿Cómo son sus hojas? ¿Cuál es su fruto? ¿Qué es una bellota? Hoy nadie sabe qué forma tiene una bellota. Lo saben los dueños de los campos, que los heredaron y no saben qué hacer con semejantes baldíos, donde pastan conejos y puercos, y unos cuantos venados. A la sombra de ese árbol ya no se reúne nadie, mucho menos las personas desamparadas. Y, sin embargo, el discurso de Salamida muestra bien cómo el hombre en lo único que piensa es en reuniones de menesterosos, encendidos por la ira. Así piensa y da pena».

Iba diciendo Miguel Ângelo, atrás de nosotras, como si repitiera avisos como el de *¡Ojo con él!*

Teníamos que encontrar la forma de regresar a casa, pero no la encontrábamos porque no queríamos. Estábamos parados en la zona del Marquês y mirábamos alrededor, indecisos entre metro, autobús o taxi, pero nuestro colega volvía al tema, como si no pudiera desprenderse de él, y nos dificultaba la decisión: «¡Ah! ¿Y aquellos pasos? ¿Aquel sonido sombrío que

le da miedo a cualquiera? En la actualidad, aquellos pasos recuerdan la macha de unos encapuchados camino a un asalto, en la carretera. En la actualidad, ese sonido sólo amedrenta, no conforta a nadie, hoy el confort está guardado en cajas empotradas en la pared. Metes ahí tu tarjeta, y brota tu confort. Pero Salamida se quedó pegado a los acontecimientos de aquella noche y los vive como si todo aquel rumor hubiera ocurrido hace dos días. Salamida. ¿Creen que él está diciendo la verdad? Yo sí creo que él está diciendo la verdad, pero su convicción al expresarse es la que debe haber perdido calidad. A fuerza de reivindicar lo que hizo, ya no cree en lo que hizo. Muchos de estos hombres acaban con un tiro en la cabeza, un tiro en el parietal que hasta relampaguea».

Era Miguel Ângelo, impresionado a su manera, por la escena que habíamos presenciado. Hasta que nos despedimos. Margarida Lota, sin chaqueta y sin frío. No regresaría allá. Prefería perder su abrigo a tener que volver a ver a Salamida, la casa de Salamida y a la madre de Salamida.

«Déjenme en paz». Dijo la anémona cuando se subió a un taxi.

Fuera como fuera, a lo largo de la tarde en que fuimos a visitar a Ernesto Salamida, volví a pensar que era bueno haber aceptado la propuesta de Bob Peterson, de otra manera yo no habría sido capaz de imaginar cómo se habían transformado algunos de los hombres de quienes se hablaba en nuestra casa, desde que tenía memoria. Y era bueno encontrarlos e intentar darme cuenta de qué modo, en cada uno de ellos, la primavera memorable había permanecido al enfrentarse a la desfiguración del tiempo. Era bueno haber regresado. En cuanto llegara a casa, le llamaría a Bob Peterson. No era que estuviera esperando que la escena del pájaro *blue jay* se repitiera, no era esa mi expectativa, mucho menos mi esperanza. Sólo intentaría decirle que ese día habíamos desempeñado bien nuestro papel. También quería explicarle cómo, a veces, nuestras entrevistas acababan por ser inquietantes, ya que nos encontrábamos con los actores de la famosa metralla de flores demasiado fragilizados, lo cual nos dolía, aunque eso no perturbaba la eficacia de nuestro trabajo, al contrario, nos animaba. Quería que Bob supiera qué tan eficaces y profesionales éramos.

Estaba muy consciente de que mi experiencia no se comparaba con la de muchos que frecuentaban los estudios de la CBS, pero yo conocía los países del desierto, había entrado algunas veces a Jordania, otras a Líbano, Turquía y llegué a Irak, con la protección de Bob Peterson. Unos meses atrás, yendo de

Nayaf a Wadi al-Salaam, para ver y hacer un reportaje sobre cómo las viudas lloraban a los muertos recientes en su valle de la paz, para tratar de entender lo que significaba para ellas la ausencia de los hombres y la sobrevivencia de su alma, había presenciado el asesinato del chofer del jeep en el que viajábamos, y el de su hermano gemelo, nuestro intérprete. Muy doloroso. Yo nunca llevaba túnica, y nunca sabré si ése fue el motivo. El hecho es que los sacaron de la carretera, y no oímos nada, sólo vimos. Fue con una especie de espada. Ya después de ejecutado, el cuerpo del joven intérprete caminó hacia nosotros. Parte de lo sucedido había quedado grabado a flor de piel; otra parte, en el fondo del corazón, una forma brutal de decir que se había quedado guardada en un lugar tan interno como inalcanzable. A partir de entonces, todos los reportajes que realicé para Bob durante el mes de agosto, fueron hechos simplemente tocando la zona exterior, la zona de la superficie. Pero ahora que había regresado a mi país para reconstruir un antiguo momento de inauguración de la paz; y pasados treinta años, ya todo era paz en las calles de Lisboa. Estando vivos, tener más paz en nuestro entorno era imposible. En ocasiones tenía que hacer un llamado a ese lugar profundo, sin nombre propio, el corazón, para comparar lo que yo conocía del terror, con los sinsabores suaves en los que se debatían algunos hombres que apenas se consideraban maltratados u olvidados, en medio de una sociedad libre. Y lo único que podía hacer era menospreciar sus sinsabores. Me parecían francamente simples y ordinarias las vidas de aquellos que se tomaron la fotografía la noche del veintiuno de agosto, en aquel restaurante al que por inercia, años después, algunos todavía llamaban Memories. Sin embargo, sus relatos eran perturbadores y, a veces, conmovedores. ¿Qué hacer con eso?

Cuando llegué a casa, llamé para el otro lado del océano varias veces sin éxito. No era el día adecuado ni la hora conveniente. Ninguna respuesta. Pero recibí un mensaje escrito, algo breve, y ya bien conocido. Un regalo rápido para mi noche, cosas de Bob Peterson cuando estaba atareado, en 2020 M Street, Washington. Estaba por salir, Bob era así.

*My dear, don't look at the stars,
The answer is right in front of your face.*

Era así como acababa aquel lunes, ocho de marzo, el día en que fuimos a visitar al abogado Ernesto Salamida. Más tarde yo sabría que la casualidad

también envía mensajes, pero la mayoría de las veces éstos son cifrados.



XI

SEGÚN UMBELA, BÁSICAMENTE HABÍA DOS TIPOS DE PLÁTANO: el oriental y el bastardo. La hoja del primero se parece a una de nuestras manos con los dedos extendidos, la otra tendría la forma de una mano extendida. No importaba cuál de ellos protegía, con su rama todavía enrollada en pequeños carretes verdes, el carro de António Machado. Aquel fin de día, estaba estacionado de frente, en el ala norte de la plaza, y la parte trasera levantada mostraba a la vista las letras de la matrícula. Era lo que yo pensaba, allá estaba, una vez más, el carro *argenté* de mi padre.

La idea de comprar carros plateados no era reciente. Provenía de Rosie Honoré, a quien le gustaba que los automóviles parecieran *barcos de plata*, expresión que ella enunciaba al final de una de sus charlas, y con la cual cerraba el último acto de una de las primeras obras en las que había actuado. Fuera como fuera, era bueno encontrar el carro de mi padre estacionado en Campo Pequeno, aunque continuara cubierto por el mismo velo de polvo, después de haber planeado la entrevista hecha al abogado. Y yo iba pensando en ciertos contrastes entre Salamida y António Machado, cuando me sentí obligada a detenerme. Como la última vez, mi padre se encontraba dentro del carro y fumaba. Pero en situación diferente. El carro estaba más oculto a la vista, y mi padre más expuesto a la mirada.

Mi padre se encontraba al volante del carro, tenía la puerta abierta, la pierna de fuera, aunque sin el movimiento propio de quien estuviera a punto de salir, al contrario, parecía descansar, hasta porque el brazo izquierdo también se encontraba fuera de la ventanilla. Mi padre levantó la mano a lo alto, como era su costumbre, y tenía la pipa encendida. Su hueso tardío del esqueleto, como él decía, bien visible. No se veía humo, pero él estaba allá. Sí, era un buen encuentro, una recompensa de paz, después de la tormenta Salamida con

quien nos habíamos vuelto a enfrentar en imagen. Después de oír a Miguel Ângelo, verboso como nunca lo había visto, y de ver a Margarida Lota muerta de compasión por Salamida, conmovida por su acción y la de su compañero, acción que muchos habían menospreciado o incluso negado, y eso parecía calar hondo en la anémona. Después de que ambos discutieron, en la penumbra del estudio. Después de todo eso, camino a casa, afortunadamente, me encontraba a mi padre, y habiendo superado de nuevo la tentación de lanzarme, con los brazos abiertos, confesando lo que estaba haciendo, podía verlo, sin otro propósito que no fuera pensar en el motivo que hacía que Antonio Machado estuviera en aquel lugar de forma tan persistente. Allá estaba él, fumando. Pero ¿qué haría yo, si mi padre me viera, parada atrás del carro? ¿Y si creía que lo estaba espiando? Retrocedí. De repente tuve otra idea. ¿Y si António Machado, en vez de un encuentro profesional con una presa de nivel que rondara por ahí, tuviera un encuentro de otra naturaleza? Encuentros con una mujer, pensé. Si después de Rosie Honoré, él se había relacionado con tantas mujeres como las gotas de la lluvia, ¿por qué ahora no estaría con alguna mujer?



Miré hacia los alrededores de Campo Pequeno, me fijé en los edificios más próximos.

A cierta distancia, en la cortina que los edificios formaban, además de los espacios públicos, había ventanas abiertas, ventanas domésticas con luz, en aquel fin de invierno. Ventanas iluminadas que emitían mensajes sobre los hogares que se habían constituido atrás de los vidrios, y proyectaban la idea de vidas serenas, mesas puestas, personas alrededor, tazas humeantes que llegaban a la mesa entre manos tranquilas. Tal vez flores, tal vez servilletas bordadas, tal vez una mujer de la edad de mi padre, no, tal vez un poco más joven, pero no tan joven que no se entendiera con él. Había conocido decenas de mujeres en la vida de mi padre, unas llegaban a la casa, traían maletas con

ropa y algunos objetos, otras se quedaban en sus casas y era mi padre quien llevaba una maleta con ropa y algunos objetos. Todo se venía abajo. Cinco años antes, además de mis propios motivos, estaba cansada de la vida de mi padre, de su trashumancia por el campo de las mujeres. No era fácil contemplar el desarrollo de la vida afectiva de António Machado. Días antes de haber recibido la noticia de que podría hacer una estancia en la CBS, él había echado a la calle a una mujer inteligente, una personalidad elegante con quien salía por las noches, bien vestido y perfumado. Con ella había usado dos veces su *smoking*. Vivíamos los tres hacía casi dos meses, pero Rosie Honoré le había enviado un mensaje desde Roma pidiéndole que fuera de prisa, ya que el director de escena andaba de momento con una escenógrafa, y a ella no le importaba. Rosie en ocasiones se hartaba del mal genio del director de escena, constaba que su agudeza dramática era proporcional a su perversión. El día en que descubrió una manera genial en que Hamlet se dirigiera al cráneo, fue el mismo en el que había insultado a alguien en su casa. Y ese alguien, por norma, era ella. Rosie le había escrito un mensaje: *Viens, mon amour de toujours. Ne parles pas de notre rencontré à notre enfant terrible. Après moi, Machadinho est devenue Machada. Insensible, cette jeune fille. Comment est-il possible, qu'elle soit née de moi? De nous deux? Viens, viens, sans qu'elle le sache. As-tu maintenant une maitresse? Peu importe. Rosie, toujours éperdue d'amour pour toi.* No lo niego, de vez en cuando, yo leía los mensajes de Rosie Honoré a António Machado. Entonces me quedé esperando, quería ver lo que iba a pasar, y pasó. Mi padre regresó del periódico, habló durante varias horas con la mujer elegante que vivía en nuestra casa y, al día siguiente, temprano por la mañana, ella se fue. Pero tal vez ahora fuera diferente.

Tal vez mi padre tuviera una relación duradera con alguien. Me parecía sereno, tomaba sus alimentos en una charola y oía música. Y ahí mismo hice una película de posibilidades que me pareció real. António Machado salía de casa a las once de la mañana, venía a estacionar su automóvil debajo de las copas de los plátanos, bajaba por las avenidas hasta el periódico, venía a cenar apresuradamente con esa mujer, ella debía estar atrás de una de aquellas ventanas iluminadas que se veían desde ahí, al caer la noche, los dos cenaban en paz, él se metía al carro, regresaba al periódico, unas veces vendría a encontrarse con ella, otras se iría directamente para la casa. Ella existía, pero

él, sabiendo que yo conocía su temperamento de mal amante, no me decía nada sobre ese periplo suyo a lo largo de las calles. Ahora mismo, a las ocho, él debería estar fumando mientras la esperaba a ella. Un *ella* que yo ansiaba desde mis doce años, una mujer que ocupara el lugar de Rosie Honoré, y que yo embellecía en sueños, con todas las galas. Había una mujer por ahí. Tan real era esa película que me fui caminando calle arriba por la Avenida João XXI para dejarlo tranquilo en su espera.



A mitad de la avenida, regresé.

Regresé al lugar tratando de acomodar los datos, y de algún modo corroborar alguno de ellos. Por lo menos uno que pudiera confirmar. Finalmente, ¿qué estaba pasando? ¿Cómo era posible que formulara hipótesis tras hipótesis y no pudiera comprobar un solo indicio? ¿Estaría en lo correcto? Me aproximé al lugar. Sin embargo, ahora, la situación había cambiado. Mi padre había salido del carro, estaba unos pasos al frente, de pie. Volvió nuevamente al carro y se sentó. No fumaba. Tenía las piernas de fuera y no se movía. Daba la impresión de que dormía. Su cuerpo estaba sesgado. Yo me encontraba a unos treinta metros del carro *argenté*. ¿Debía dirigirme al carro de mi padre? ¿Debía alejarme? Pero alejarme, ¿cómo? Y quedarme parada, ¿cómo?

Me mantuve un largo tiempo indeterminado recostada en una puerta, esperando. Yo era capaz de esperar horas seguidas, sabía cómo proceder. Esperé y esperarí, pensando ya fuera en la mujer a la que me refería con un *ella* —*ella* no apareció, *ella* tuvo un problema, *ellava* a aparecer—, ya fuera una fuente, un él, un político, un administrador, un mafioso, tal vez un encapuchado, tal vez una víctima en desgracia a la que fuera necesario salvar, y la fuente faltaba. Antes de partir para Washington, cuando nos habíamos enfrentado, él me había dicho que era mejor perder la proa antes que me perderme a mí misma, pues la naturaleza de nuestro trabajo, aunque fuera en medios diferentes, siempre sería la misma, tanto si fuera nómada, o sedentario. La esencia de nuestra tarea tenía dos lados, y uno de ellos, el más difícil,

consistía en esperar. Saber esperar. Fuéramos para donde fuéramos, siempre seríamos gente que espera, cazadores entre cazadores, atrás de paredes y matorrales, viendo pasar las sombras. Saber dar tiempo a que las sombras revelaran las realidades que las proyectaban era el primer talento de nuestro oficio. Mi padre, así como Bob, como todos los de la redacción de Bob, y como todos por todas partes, era un cazador. Curioso había sido el momento en que me enteré de que el método de recopilación de material de Bob Peterson era conocido, en su círculo restringido, como el método del cazador. Ahí estaba una cazadora, por un tiempo indeterminado, recostada en una puerta y el carro de mi padre debajo de los plátanos de la lateral. Una cazadora acechando al cazador. Mientras esperaba, y yo juraba que mi padre dormía dentro del carro, me acordé de la observación de Miguel Ângelo de días antes: «¿Tu padre todavía escribe? ¿Para qué medio escribe tu padre?». En ese momento, António Machado se movió, puso en marcha el carro y partió, dando la vuelta a la plaza. Serían las diez y media de la noche. Yo necesitaba invertir mi ruta. Necesitaba ir al encuentro de Margarida Lota y Miguel Ângelo. Necesitaba estar con mis amigos, escucharlos hablar y reír, durante toda la noche. Me daba miedo regresar a casa.

Llegué tarde a casa.

Tan tarde que mi padre ya se había acostado. Busqué ejemplares de periódicos alrededor de su trono y de su trinchera. Había pilas de ellos, pero ningún ejemplar de su periódico. A la entrada, en la cocina, en la despensa, nada, ni un solo ejemplar. Me asaltaban las esperanzas. Tal vez hubiera cambiado de periódico y no me hubiera avisado. Abrí varias ediciones de los periódicos de la competencia, nada, no encontraba ninguna referencia a mi padre. Me metí a mi cuarto, abrí la computadora, busqué y el nombre de mi padre venía asociado a una producción razonable, pero antigua, relacionada con algunas contiendas en las que su opinión había sido decisiva, por lo demás, sólo referencias escasas. Era como si mi padre hubiera fallecido dos o tres años antes. De momento, su nombre no surgía vivo en ningún lugar de la *media*. En la ficha técnica del periódico de mi padre no constaba su nombre. Apagué. No

lo podía creer. En la penumbra del cuarto la realidad se me revelaba clara, desnuda, desnuda como una lápida fúnebre. Mi padre ya no escribía para ninguna publicación, mi padre salía de casa y no iba a ningún lugar, mi padre pasaba sus días debajo de los plátanos de Campo Pequeno para engañarme. Mi padre no me preguntaba nada y quería que me fuera rápido para muy lejos y así no tener que explicarme que ya no escribía para ninguna empresa. Permanecí con los ojos abiertos mirando a la oscuridad, hasta que escuché la camioneta de distribución de periódicos pasar, el kiosco abrió, yo bajé y simplemente confirmé lo que ya sabía. Pero quería tener la confirmación en papel, el material donde siempre lo había visto existir, porque su existencia era una prolongación del papel. Papel de periódico. Mi padre ya no escribía para su periódico, ni para cualquier otro. Sentí a mi padre levantarse, tomar su desayuno de pie en la cocina, tomar su portafolios y salir. Eran las diez de la mañana. Como un animal, un pájaro, mi padre buscaba un árbol.

No era fácil aceptar la realidad.

António Machado entraba y salía como si mantuviera una vida normal, pero finalmente vivía bajo los plátanos para ocultar su situación, pasaba el día ahí, como un erizo, como un animal acosado. Ahora rebobinaba mis conjeturas y reconstruía de una forma muy diferente su día a día. Regresaba al primer día de mi llegada y revivía todos esos momentos fingidos. Su emoción al verme, su mejilla húmeda, tal vez todo eso hubiera sido fingido. Pues habiendo yo regresado, él no habría sentido ningún tipo de alegría, o por lo menos se habría sentido dividido. Quería que yo viniera, pero no quería que me enterara; quería preguntarme a qué había venido, pero no lo hacía para que yo no le preguntara sobre su vida. Pasaba poco tiempo en casa, no porque no quisiera por delicadeza entrometerse en mis asuntos, sino para que su estrategia no se desmoronara por ningún motivo. Lo que significa que sucedió exactamente lo contrario a lo que yo había supuesto. Aunque esos no eran análisis mentales que yo hiciera con la frialdad de análisis duros. La situación de mi padre me dolía profundamente. Y yo no veía bien las escaleras, no veía bien la calle, no veía bien el Vitara cuando mis compañeros llegaron a

buscarme.

Tal vez por eso nunca di con el camino que va al periódico. Había pensado para mis adentros que jamás iría al periódico porque podría humillar a mi padre. Y mucho menos llamarle por teléfono, los demás se darían cuenta de que mi padre me escondía la situación en la que estaba. Sin embargo, una montaña de preguntas se me iba acumulando, en especial durante la noche, yo no dormía, pensando que él no dormía, y empecé a rondar las inmediaciones esperando encontrar a alguien que me pudiera proporcionar alguna información. Rondaba el periódico. No debía. Era mediodía, por la salida del metro surgió Amado, un colega suyo que yo había conocido en nuestra casa. Corrí tras él, pero se metió rápidamente por la puerta, sin que yo tuviera tiempo de alcanzarlo. En la recepción no me identifiqué, dije apenas que deseaba hablar con Amado. En el periódico ya no trabajaba nadie con ese nombre. Describí a la persona que acababa de pasar, y era alguien de publicidad cuya figura había confundido con otra persona de quien nadie se acordaba.

Mientras tanto, gente se cruzaba en el estrecho espacio de la entrada, y de repente Fagundes estaba frente a mí. Era otro colega de mi padre. No me molestaba mucho encontrarme con él, se notaba que Fagundes tenía mucha prisa, ni siquiera se detendría. Al mismo tiempo él dio un paso atrás, reconsideró mi presencia, como si se hubiera acordado, y se mostró muy extrañado: «Tú aquí, Ana Maria, tú aquí...». Me llamó a un lado y me dijo muy bajo, entre dientes: «Qué bueno que te veo, necesito hablar contigo. Hace dos años esto se puso horrible. Necesito contarte». Me replegué en la pared, no había encontrado a Amado, pero encontré a Fagundes. Quise sostener la pared del *hall* del periódico con mi espalda. Fagundes dijo: «Me imagino que tu padre no te contó los motivos. Fue terrible». Fagundes tenía mucha prisa, pero se detuvo para contarme, apretándome a la pared, él, de brazos abiertos, frente a mí: «Escucha, Ana Maria». Y me explicó que aunque apenas pasaba del mediodía, la actualidad era tan intensa que el periódico ya estaba hirviendo, y por eso iría al grano, de lo contrario podrían haber ido a otro lugar. Él no entendía cómo era que yo, su hija, todavía no supiera de la actitud incalificable de mi padre. Claro que yo debería haber dicho, tangencialmente, que ya sabía, que no necesitaba saber más, pero no fui capaz. Tenía una fuente ante a mí, y era lo que yo quería. Quería saber.

«¿Qué actitud?».

Debí parecerle muy alterada, porque Fagundes me pidió calma. Las cosas, se dispuso a contarme, fueron así: António Machado pura y llanamente se había rehusado a que le quitaran su secretaria particular, se había rehusado a compartir la computadora del escritorio, se había rehusado a compartir el cajón, se había rehusado a enseñar a personas de veinticinco años que llegaban ahí y que, según él, no sabían ni quién era Roosevelt o Hitler. Él, Fagundes, colega de muchos años, se lo había advertido, y ahora tenía mucha prisa. Le había dicho que lo mejor era compartir, ser paciente, esperar, pero él, nada. Fagundes, entre puertas, con una mano agarrando la pared, saludando a diestra y siniestra a los que pasaban, y hablando entre dientes, dijo que dos años antes había sido dramático. António Machado pensaba que el nuevo director le faltaba al respeto porque lo había tratado de tú esto, tú aquello. António Machado se puso furioso. António Machado empezó a entrar, a dejar sus cosas y a salir por la puerta para ir a tomar cafés, uno tras otro, en la pastelería de al lado, fumando como loco. Regresaba y espiaba. Si su lugar estaba ocupado, no buscaba otro. Sus cosas andaban de un lugar a otro, y él entraba para preguntar en voz alta quién había agarrado sus cosas personales. Intratable, incontrolable. Miraba a los jóvenes y les decía sobre el hombro, ¿de casualidad usted sabe quién fue Roosevelt? ¿Hitler? Ofendía a las personas. El último día había sido así. El director lo llamó a través de un mensaje electrónico, habiendo pasado tres segundos antes, al lado de su escritorio. António Machado se puso como demonio. ¿Por qué me envía un mensaje, si acaba de pasar junto a mí? ¿No tiene boca o se quedó mudo? Yo todavía le dije que esas cosas tenían que quedar registradas, y él me respondió que la buena educación no necesitaba registrarse. Ve con él, le dije, hazlo por ti. Decía Fagundes, apresurado. No voy, respondió António Machado. Sobre mi cadáver. Fue una lucha a muerte, propia de un torneo medieval. Se acercó una secretaria, se acercó otra secretaria, se acercaron otros colegas pidiéndole que subiera al tercer piso, era una cuestión de disciplina, el nuevo director lo esperaba. Toda la gente del periódico se dio cuenta del torneo. Los periodistas se empezaron a enviar mensajes unos a otros. Vean nada más a António Machado, está bravo como un toro, sentado sin hacer nada, mientras el director le ordenó que subiera a su oficina. ¿Y el tipo no va? Es soberbio, no va, quiere que el director lo venga a ver. António Machado no sabía que había

un informe extraordinario que era pasado de pantalla a pantalla, por el espacio abierto de toda la redacción, estaba siendo comentado en directo, a la vista de todos, y él pensando que estaba dando la lucha en privado. Había sido horrible, horrible. En cierto momento, uno de los jóvenes que él pensaba que no sabía quién era Roosevelt ni Hitler le reenvió el mensaje que estaba circulando, un informe en vivo, un rosario de veinte comentarios muy poco halagüeños, y él los había leído del primero al último. El último decía, el tipo está leyendo nuestros comentarios. Serían las siete, la redacción trabajando a todo vapor. Tu padre arregló su portafolios y salió para nunca más volver a su lugar.

«¿Cuándo fue eso?».

«¿No lo sabes? ¡Ah! Ana Maria tampoco lo sabes. A ti tampoco te contó, se quedó callado como una tumba. Fue hace dos años, justamente en marzo, no este último, sino el anterior». Dijo Fagundes. «Su secretaria le preparó los papeles, le preparó un *dossier completo*, él sólo tenía que firmarlo. No responde, no viene para acá, no habla con nadie. Y para colmo no habla con su hija. ¿Te parece normal?».

A Fagundes se le ocurrió que yo debería venir por los papeles burocráticos de mi padre, qué bueno que había ido al periódico, qué bueno que había aparecido, por fin se resolvería la crítica situación de António Machado. Él mismo había entrado en contacto con Rosie Honoré, ella también desconocía lo ocurrido, pero tampoco había hecho nada. Fagundes se mostraba muy solidario con el sentido del honor de António Machado, pero sus ojos brillaron cuando comentó, con una palmada en la frente, que para colmo de las cosas no sólo no le había contado nada a su ex mujer, sino que se lo había ocultado también a su hija que vivía en los Estados Unidos de América. ¡Ay! ¡Cuándo se supiera que él no le había contado nada a su hija! ¡Ay! ¡Ay! Los ojos de Fagundes brillaban, acumulaban una prueba más de la irresponsabilidad de aquel hombre que había sido un periodista imprescindible, y se había transformado en un insoportable. La hija de António Machado dejó de sentir que la pared le sostenía el cuerpo, se acercó a los ojos pequeños de Fagundes y le dijo: «Fagundes, yo soy su hija. Si tú comentas lo ocurrido con alguien, te mato, y no metafóricamente hablando, ¿me entiendes? Estuve en lugares de guerra declarada, entérate, vi a personas ser degolladas, vi la cabeza de un hombre rodar y su cuerpo seguir andando. Sé cómo se

disloca un cuerpo después de haber perdido la cabeza. ¿Entiendes, Fagundes? Voy a venir a tratar de arreglar la situación de mi padre, pero tú no digas nada, no abras la boca, no intrigues con nadie, ni tampoco escribas mensajes electrónicos diciendo que Machado le ocultó a su hija lo que le ocurrió profesionalmente. De lo contrario, te mato, te mato». Fagundes me miraba estupefacto. Yo sabía que su primer impulso sería irle a contar a todo mundo, o por lo menos a todos aquellos que aún se acordaban que otrora había trabajado ahí un periodista a quien llamaban el hombre que predecía el futuro. Y le contaría también a los novatos, para que todos, jóvenes y no tanto, ya que de los antiguos él era el único que sobrevivía. Fagundes lo contaría para que todos supieran cómo a veces se comporta el género humano. Sobre todo cuando el espécimen del género humano fue un poderoso que de un momento a otro lo perdió todo. Era realmente difícil soportar a ese espécimen. Yo sabía que esa sería la primera cosa que Fagundes haría: ensartar la cabeza del caballo muerto en un palo para explicar que, a partir de ese momento, la zona era peligrosa para caballeros, pero yo quería amedrentarlos, prolongar la vida de mi padre al lado de ellos, explicarles que conocía los secretos de la vida y la muerte, y de la traición del tiempo, de los dioses y la carne, la gran traición que tiene su expresión más visible en los campos de batalla, pero que existe en estado larvario, con la lumbre baja, continua, corrosiva, hirviendo en el caldero, debajo de la silla donde cada uno se sienta. Fagundes, gran amigo de mi padre, decía: «Ay, contigo, ay, contigo...». La mierda de la entrada del periódico era la misma, la mierda de su recepción, la misma, la mierda del tapete donde se limpiaban los pies era el mismo, y yo sentía un dolor tan grande que lo único que podía hacer era buscar palabras vulgares para decirlas frente a la jeta de Fagundes, tal vez el último, tal vez el penúltimo colega de mi padre ahí adentro. Me sentía peligrosa. Personas pasaban, saludaban a Fagundes, él sonreía. Dentro de cinco minutos, allá arriba, sonreiría más. «Ay, contigo, ay, contigo, la hija de Machado vino a decirme que va a matarme». Tal vez suba a contarle al director, y todos se reirían de la amenaza de la dama quijotesca que estuvo ahí para amenazar de muerte a un rocinante.

Yo estaba segura, pero lo que me dolía todavía más, y me hacía sentir coraje contra mí misma, fue haber caído en la trampa de haber entrado a ese lugar, y haber escuchado aquellas palabras sobre mi padre. Era como si lo

hubieran acuchillado, y yo, en vez de curarle las heridas, hubiera preguntado a los agresores de qué tamaño había sido el cuchillo.

La verdad es que por esos días yo no sabía qué hacer.

Me resistía a pasar por Campo Pequeno. Me resistía a ver el carro estacionado en aquel lugar, pero tampoco era capaz de decirle a mi padre que había descubierto el tinglado que había inventado para alejarme de su estado de humillación y conservar intacto su secreto. Algo semejante se había repetido en mi vida, con siete meses de distancia, diferente el motivo, idéntico el efecto devastador. Lo que le sucedía a mi padre era parecido, en intensidad, a la pesadumbre que había traído conmigo de los caminos que llevaban a Wadi al-Salaam, cuando había presenciado la masacre de los muchachos que nos acompañaban, y el cuerpo de uno de ellos había caminado en frente, en dirección al carro, y yo pensé que era en mi dirección. Sólo el cuerpo, el resto se había quedado en la arena. Rompía una madrugada dorada sobre el valle. Tal vez por eso no le presté atención, como era mi obligación, a lo que me vino a contar Margarida Lota a propósito de su encuentro con Ernesto Salamida. Sólo vagamente escuché a mi colega contar que, después de todo, terminó por ir a llamar a la puerta de la Rua Boavista número uno. Supe que la anémona no había entrado, ya que el abogado había sido tan atento que le había traído su chaqueta a la entrada del edificio. Es decir que, el cuarto personaje tuvo la amabilidad de bajar las escaleras y recorrer toda la calle de Quelhas hasta São Bento, acompañando a la entrevistadora.

Después Margarida relató más pormenores y más deambulaciones, pero yo no le ponía atención. Hasta que me contó que habían terminado por hablar sobre el asunto de la fotografía del Memories. Y Margarida Lota le dijo que había sabido que en aquella noche del veintiuno para el veintidós de agosto de setenta y cinco, no había sido él quien había tenido la idea de hacer la parodia de la consagración de la última cena, había sido otra persona, que alguien le dio la idea y él no se fijó quién había sido. Alguien le había pedido a Salamida que se sentara enfrente de la cacerola que debería aparecer en la

fotografía y, en vez de decir *Este es mi cuero*, dijera *Este es mi pueblo*. A Tião le había gustado tanto la escena que había pedido que la repitieran, y se habían fotografiado, pero algunos de los presentes se habían enojado por el modo en que había dicho *Este es mi pueblo*, y le había quitado la tapa a la cacerola. Y luego, papeles van, papeles vienen, en ese tiempo todos tenían papeles, se había formado un tumulto en torno de aquella vasija, y a él, Ernesto Salamida, querían culparlo. Y como él no tenía partido, nadie lo protegía, había resultado perjudicado. Margarida Lota lo contaba como si hubiera descubierto la clave de un enigma, cuando para nosotros no existía ningún tipo de enigma. Nosotros sólo queríamos reunir material útil para producir el primer episodio de una serie llamada *La Historia Despierta* y sólo nos interesaba lo que fuera positivo, grandioso y que diera una imagen de bondad de la población portuguesa. Fue eso que le dije, incapaz de prestar atención a una historia antigua, cuando en mi presente había una llaga cuya profundidad todavía no conocía.

«¿Entonces no te interesa esta parte?». Preguntó a cierta altura Margarida. Y yo tuve que responder que no me interesaba. Pero ella agregó: «No te olvides que esa noche el Oficial de Bronce y El Campeador estuvieron discutiendo hasta las seis de la madrugada, que se dijeron traidores recíprocamente, como nos contó Salamida, que tenían sus armas sobre la mesa, que se ofendieron de varias maneras y estuvieron a punto de abofetearse, y aunque cada uno de ellos pudo dispararle en la cabeza al otro, no lo hicieron. Finalmente, cuando empezaba a amanecer, los tipos hasta se abrazaron, y tú crees que no es importante lo que me contó el abogado». Insistió Margarida Lota. «¿Crees que una escena como ésta, que está escondida atrás de la fotografía del Memories no importa nada? Allá tú...». Margarida me pidió la fotografía, y empezó a observarla como si la viera por primera vez. Miraba los objetos de loza colocados sobre la mesa fotografiada como si nunca se hubiera percatado de la presencia de esos objetos. «Aquí están, platos, tenedores, cuchillos, varias botellas, y la cacerola en frente de Salamida. Ana Maria, ¿no crees que tendrías que hablar nuevamente con él?».

No era necesario. Oírlo de nuevo sería un desperdicio. Si estábamos en vías de escuchar el testimonio de aquél a quien el padrino había llamado *the biggest red oak*, para nosotros El Campeador, ¿por qué volver a oír al entrevistado anterior? Por experiencia, la segunda vida contada es siempre

más interesante que la primera, más próxima de la verdad, ya que es una reparación, pero suele ser dictada *off the record*. Es decir que, nos quedamos con un niño en los brazos que no puede ser bautizado. Y Margarida Lota estuvo de acuerdo.

Era agradable trabajar con Margarida Lota.

Un poco de exageración, un poco un exceso de riesgo, una cierta osadía que rayaba en la intromisión, pero siempre tan sensible, tan versátil, tan comprensiva, nuestra colega anémona. Ella se había dado cuenta, antes que cualquiera de nosotros, que algo doloroso pasaba con Umbela, sólo por la forma en que él se refería a la historia de su abuelo latinista. Margarida era así, un instrumento de detección a distancia, Podíamos dejar en paz el caso de la bendición hecha por Ernesto Salamida. Por cierto, ahora que teníamos todos esos datos, El Campeador hablaría sobre el asunto. En relación a ese personaje, Margarida había leído fajos y fajos de papeles, visto pilas de videos y se había interesado en él más que en ninguno de los otros. Porque El Campeador había movilizado aquella noche, no una o dos columnas, sino todas las unidades de combate que habían salido a la calle, había puesto en alerta de sublevación a las fuerzas militares de lo largo de todo el país, había creado una red de coordinaciones y asaltos en Lisboa que envidiarían los mejores estrategias de la OTAN, había dominado los espacios, los espíritus, los horarios, el aeropuerto y los puertos, había incitado, había atacado y diseñado rutas empleando los mapas de las carreteras. Para entrevistarle, ella se había preparado desde el principio. Desafortunadamente, ese encuentro, el encuentro clave, seguía siendo postergado debido a las tareas que el estratega había iniciado treinta años antes, y que seguían apareciendo en las páginas de su agenda. Se sabía cómo era. Una vez que había entrado a la historia y estando vivo, no había cómo dejar de ser un siervo dedicado. Un siervo de la historia. Era muy importante estar conscientes de ello. Dijo mi colega Margarida Lota.

Así, el día en que salimos de Lisboa para encontrarnos con El Campeador, yo aún no sabía qué hacer con el caso de António Machado. En la mañana,

cuando nos despedimos, le dije que iba a participar en un reportaje en una zona fuera de Lisboa, y que podría demorarme un poco más de lo habitual. Era la primera alusión directa a mi trabajo desde que había llegado, y sólo así podría darle oportunidad para que me dijera algo sobre sí mismo. Esperé. Pero esperé en vano. Mi padre me hizo un cariño en el hombro y me dijo: «No te preocupes, hoy yo también voy a regresar muy tarde».



XII

AL SEGUNDO INTENTO, CUANDO FINALMENTE LLEGAMOS a Praia Grande, apenas empezamos a bajar el acantilado, no sólo nos encontramos con aquel a quien buscábamos, sino que lo encontramos montado en un caballo, y eso ninguno de nosotros lo podría haber imaginado. No niego que vivimos en ese lugar un momento inolvidable frente a aquel que en la fotografía del Memories tenía el nombre de El Campeador. Yo misma, pensando en el caso de mi padre, imaginándolo ahora pasar los días debajo de los árboles, logré concentrarme por completo en el escenario que encontré.

El arenal debe tener unos tres o cuatro kilómetros de largo, y como siempre por ahí el viento era fuerte y la ondulación majestuosa. Cuando llegamos allá debía ser cerca del mediodía. Aun así, una especie de polvo húmedo pasaba en línea oblicua jalándonos las ropas en dirección al mar. Habíamos dejado el carro en la subida del acantilado, y no sólo no había ningún otro vehículo estacionado cerca, sino que tampoco se vislumbraba ni un alma alrededor, ni siquiera el restaurante por donde habíamos pasado mostraba señal de algún movimiento. No fue difícil distinguir desde lejos las únicas figuras que se movían en el paisaje más allá de la cresta de las olas, dislocándose en racimos revueltos. Justamente a lo largo de la zona donde se rompían, corría un caballo alazán llevando a un jinete, y cerca, alguien, que debía ser un instructor, hacía señales con los brazos y daba unos gritos de mando de los que nos llegaban fragmentos de unos gritos sueltos. El pelaje color canela del caballo se destacaba entre la arena y lo cenizo del agua al que se juntaba en fuerte contraste el traje verde de quien lo montaba.

Parecía que estábamos presenciando un entrenamiento.

Movidos por la sorpresa, nos aproximamos a las tres figuras que funcionaban como una unidad, nos quedamos viendo al caballo dislocándose de un lado a otro, y luego nos percatamos de que jinete e instructor querían que el caballo entrara al agua. El entrenamiento parecía consistir justo en eso, en hacer que el caballo entrara donde estallaban las olas y dar unos pasos ahí. Pero el animal se aproximaba, retrocedía, volteaba la cabeza, estiraba la cola, y, con determinación animal, desobedecía, corriendo en la dirección opuesta. Es decir, corría hacia nosotros, cuando ya nos encontrábamos a unos escasos treinta metros de la línea de giro. Mientras tanto, jinete e instructor se habían percatado de nuestra presencia, aunque se comportaban como si no estuviéramos ahí. Sin embargo, nosotros estábamos ahí, sí, y bien plantados en la arena. Margarida Lota se había puesto en cuclillas para hacer frente al viento aéreo que le levantaba la ropa y apretaba contra sí la copia de los planes escritos por el puño de aquel que, treinta años antes, había puesto en marcha a los cinco mil hombres contra un régimen decrepito, de esos que de tan prolongados y decadentes dejan estiércol en la tierra para varios siglos. Mi colega apenas podía creer que el autor de la iniciativa estuviera ahí, y el hecho de encontrar tamaño protagonista en situación tan inesperada le daba varias ideas. Miguel Ângelo, el inconforme, no necesitaba hablar. La imagen lo vencía. Había bajado el acantilado ya con todo el equipo necesario, y ahora abría la mochila y la bolsa, y empezaba a sacar la Betacam, las baterías, a enganchar el soporte extensible en el cuerpo del micrófono *caniche*, sin que previamente lo hubiéramos acordado. ¿No teníamos que avanzar un poco más? ¿Presentarnos y dirigirnos al instructor?

«Avancemos». Dijo mi colega Lota, con furor misionero.

Además, como el caballo pasó cerca, el instructor, reconociendo nuestra presencia, dijo que nos alejáramos. Podíamos obedecer, si fuera necesario, pero, esa no era nuestra intención. Muy al contrario. Yo también estaba prevenida. Sin saber a lo que veníamos, como era costumbre proceder en situaciones semejantes, llevaba conmigo un pliego de cartulina donde había dibujado tres letras: CBS. En el momento en que el caballo se aproximaba, le pedí a Miguel Ângelo que levantara el cartel improvisado bien alto, cuando

pasara el jinete, y sucedió lo que esperaba. Transitando del galope al trote, y balanceando la cadera, el caballo se aproximó a nosotros, resoplando. Resoplando, sacudiendo el hocico, el caballo giró varias veces frente a nosotros, trotó en el mismo lugar, sacudió la cola, sacudió las orejas, pero por un instante el animal se sosegó y el jinete pudo dirigirse a nosotros.

«¿Son ustedes los que vienen de parte de la CBS?».

«Sí, señor». Dijo Margarida Lota.

El caballo dio otra vuelta sobre sí mismo, mientras el instructor se mantenía distante. Cuando se volteó, el jinete hizo una cara de desolación.

«Qué contrariedad. Tengo todo el día ocupado. Como pueden ver, el caballo todavía no quiere entrar al agua. Por más que lo intente, apenas entra, se sale», dijo El Campeador, sin dominar la fogosidad del animal.

Frente a toda aquella agitación, el instructor avanzó por la arena dando estallidos con los dedos y con la lengua, un sonido oclusivo muy fuerte, y el animal respondió, ondulando la cola y partiendo con el jinete completamente inclinado sobre la cerviz, los pies metidos en los estribos, ofreciéndonos la imagen de su silla de montar levantada. «Asa, asa, asa...», iba gritando el instructor, de manera que el caballo hiciera una elipsis amplia, pasando decidido por donde rompían las olas. Después del agua, el animal parecía más suelto, partía con una alegría loca, a lo largo de la arena mojada, dejando en la superficie las inconfundibles marcas de su pata angulosa. Toda la playa era un tendedero de esas marcas. Margarida se mantenía en su estado de impacto. Había visto de cerca los ojos del héroe y eran mucho más expresivos de lo que había imaginado a partir de las fotografías y películas que habían constituido el material de su estudio. En vivo, la anémona creía que de aquella persona concreta resplandecía un destello de valor del que había leído varias referencias, pero cuya fuerza real hasta ahora ignoraba. Ella no podía aceptar que el jinete no hablara con nosotros, que no hablara con ella, Margarida Lota, que había investigado la vida del estratega durante un mes seguido, o más. ¿Cómo podríamos permanecer inmóviles, desentendidos o, cuando mucho, a la espera de una pequeña oportunidad, que sólo vendría si vinera?

Inconforme, arrancó el cartel de las manos de Miguel Ângelo y corrió hacia la línea de rompimiento, levantándolo en el aire. Gritó: «Tenemos un plan B, escúchenos, por favor...». Espantado, el caballo se alejó todavía más. Margarida arrojó su chamarra a la arena y corrió al encuentro del jinete

agitando el cartel CBS arriba de su cabeza y gritó todavía más alto: «Por favor, usted no necesita interrumpir su entrenamiento, usted puede hablar montado en su caballo, son cinco minutos, no más...».

El jinete frenó al animal: «¿Cinco minutos? Si son sólo cinco minutos, entonces la situación cambia de figura». Consultó su reloj. «¡Arnoldo! Cinco minutos, por favor». Gritó a su instructor.

A su vez, el instructor gritó: «Bien. ¡Ohh!». Y se acercó al animal, incitándolo a la quietud.

El caballo se detuvo a nuestro lado, mostrando una docilidad maravillosa. Su obediencia a Arnoldo hacía que se mantuviera casi inmóvil. Sólo aquí y ahí, pedazos de su pelaje se estremecían a la vez como si fueran islotes independientes. El ojo sonriente de caballo lusitano, el hocico oscuro en el pelaje castaño brillante, esos también se movían, pero el cuerpo no. El instructor no sólo decía palabras de quietud, sino que le pasaba la mano por el pelo, acariciándolo. Finalmente podíamos hablar, era como si el jinete estuviera sobre un pedestal. Margarida Lota preparó la pregunta, yo le extendí el micrófono *caniche*. Por cierto, el viento entraría en el engranaje de captación de sonido, pero no importaba, el efecto del golpeteo en las sedas se parecería al de una tormenta eléctrica lejana, y ese timbre ventoso, ondeando, en el trabajo final, quedaría muy bien con la imagen del mar, del jinete y del caballo. El ambiente marino, de las olas y de las aves piadoras, Miguel Ângelo ya lo había captado. Era necesario ser rápido. Margarida Lota gritó la pregunta: «Señor, señor, ¿cuál fue el momento más relevante de aquel día de setenta y cuatro? Y díganos también, por favor, por qué razón...».

Pero el jinete respondió como si no la hubiera oído.

«Estoy aquí entrenando este animal porque mañana empieza la filmación de *El Héroe del Mar*, y estoy totalmente empeñado en que esta presentación resulte tan bien como resultó mi acción aquella noche memorable de hace treinta años».

«Por favor, háblenos, justamente, de esa noche. Tenemos con nosotros la copia de sus planes memorables, andamos siempre con esas hojas debajo del brazo. Aquí están». Gritó Margarida Lota, agitando las copias, desdoblándolas para que el jinete las viera y nos creyera.

Sin dar importancia al comentario de Lota, el jinete prosiguió: «Como aquella noche de hace treinta años, el resultado de esta película saldrá sin

mancha ni falla».

«Entonces ¿se trata de una producción para la BBC Ficción?». Preguntó Lota.

«No, de ninguna manera, se trata de la BBC Historia. ¿Y saben por qué estoy tan empeñado en esta grabación, al grado de casi no dormir desde hace varios días? Porque la historiografía portuguesa, esa puta vieja que sólo contempla a quien más le da, se prepara para hacer de mi persona, y de mis compañeros de insurrección, un estandarte de ignominia. Si no nos imponemos, contando la verdad a la BBC o a la CBS, como es el caso de ustedes, pasaremos a la posteridad como un bando de idiotas, o peor, como un grupo de canallas. Pero yo no lo voy a permitir». El animal permanecía quieto como si comprendiera las palabras severas que estaban siendo proferidas por el jinete, desde su lomo. El jinete se inclinó sobre el lomo, miró de frente hacia la cámara: «Ustedes son de la CBS, ¿no es cierto? Pues mírenme bien y no olviden lo que están escuchando. Estoy vivo, y mientras así me mantenga, no permitiré que pasen encima mía personas perversas blandiendo falsedades sobre mi persona y los míos. ¿Dijo ficción? Dijo bien. A veces pienso que, para tanta falsedad, sólo Shakespeare estaría a la altura, pero desafortunadamente, los dramas shakespearianos se multiplican en la vida, día tras día, y entre nosotros no existe ningún Shakespeare. Una verdadera contrariedad. En este país, lo que nos sobra en actores y drama, nos falta en dramaturgos. El tiempo pasa, pasa, pasa. Estoy harto de callar. La BBC me ofrece la oportunidad, y yo la acepto de buen agrado. Por lo menos me haré cargo de los relatos que se refieren a mí y a los míos».

«¿La filmación será mañana?». Margarida Lota trataba de entablar un diálogo.

El caballo resopló de nuevo, aunque sin moverse del lugar, frenado por la mano firme de Arnoldo.

«Sujételo, por favor, Arnoldo». Y dirigiéndose a Margarida: «Sí, así es, mañana, a las primeras horas de la mañana. Los ingleses van a llegar a las seis, y yo tendré que estar aquí cerca de las siete, más o menos. Para mí esto es un asunto muy serio, aunque yo no participe propiamente por mis amigos, y mucho menos sólo por mí. Lo hago por el pueblo. Por nuestro pueblo». Repitió el jinete. «Es necesario decir las palabras precisas sobre lo que pasó para que el pueblo sepa lo que debe saber. El pueblo tiene que saber que, si la mentira

echa raíces en nosotros, el pueblo se hará más frágil porque se quedará sin el ejemplo de sus defensores, y un pueblo sin defensores no pasa de ser un rebaño de ovejas de lana blanca abandonado a merced de los lobos. Pero ustedes son muy jóvenes, ustedes no pueden entender esta causa...».

«Claro que la entendemos». Dijo Margarida Lota. «Y díganos...».

«Les digo que intento salvar a este pueblo explotado, denunciando determinadas situaciones a partir de esta película, y que no voy a dejar ninguna información en manos ajenas. Mi intención es desenmascarar a aquellos que están siempre pensando en voz baja las palabras que un cierto canalla de España profirió cuando le fueron a decir, el día veintiséis de abril, que había habido una revolución en Portugal y que el pueblo había vencido. El canalla, ya en su lecho de muerte, todavía nos insultó. Dijo que era mentira, que no había vencido el pueblo, sino la plebe».

«¿Quién fue ese canalla?», preguntó Margarida Lota, pensando por primera vez en la diferencia entre pueblo y plebe. «¿Quién fue?».

«El canalla que lo dijo se llamaba Francisco Franco, dormía aquí en el país de al lado, y se los dijo a los americanos de inmediato, un día después. Pero mañana, en *El Héroe del Mar*, todo esto será aclarado».

Margarida sabía que trabajábamos a contrarreloj y lo fundamental todavía no había sucedido. Preguntó: «Disculpe la insistencia, pero desde su punto de vista ¿cuál fue el momento que más importante, para usted, de la revolución?».

El jinete hizo una breve pausa en su declaración, que, fatalmente, tenía que ser muy rápida, considerando que no disponía de más de cinco minutos. Dijo: «¡Ah! Déjenme pensar. ¿El momento más importante?». El Campeador seguía pensando: «Arnoldo, ya le dije, agarre bien a este animal. Que estoy pensando en cuál fue el momento más importante, el que me dio más esperanzas de que la revolución tenía piernas para caminar, fue el que siguió a la transmisión del poder a un general que usaba un pedazo de vidrio en el ojo derecho. Ese general durante toda la noche y mañana del día veinticinco, se había quedado inmóvil, haciéndose el muerto, metido en su casa, esperando el desenlace, para ver hacia dónde se inclinaba el viento, pero dos horas después de haberle transmitido el comando, cuando todavía ni nos había visto la cara, ya había inaugurado el periodo del desaliento revolucionario. El general nos observaba a cada uno de nosotros a través de su lente de vidrio, como si el lente fuera un periscopio, y ordenaba anotar nombres y hechos, diciendo que era su intención

distribuir prebendas a quien había hecho el golpe de Estado. Pero uno de nosotros avanzó y dijo. No queremos ninguna recompensa. No fue para eso, señor general, que arriesgamos nuestras vidas. No queremos nada para nosotros. Este es un principio sagrado. Y tenga cuidado con nosotros, señor general. Mire que este día todavía no termina, la revolución todavía está en la calle, los tanques todavía no regresan a los cuarteles, y los muchachos que tienen las armas van a necesitar dormir hasta el mes que viene. Habló así el que estaba a mi lado. Sí, pensándolo bien, ése fue el mejor momento de aquella larga noche y de aquel largo día, el que justifica que mañana yo pueda decir, durante la filmación de *El Héroe del Mar*, que pasados treinta años todavía existen tanques a la mitad de la calle esperando lo que pueda suceder. Basta un silbido en la oscuridad, y ...».

«¿Mañana van a filmar? ¿Aquí mismo? ¿En el lugar donde nos encontramos?».

«Sí, mañana, a esta hora, estaré hablando sobre este tema. BBC Historia». El caballo sacudió la cabeza y pateó. Arnoldo no podía inmovilizar por completo al animal, a pesar de ser un hombre robusto. El cuerpo del caballo permanecía quieto, pero las orejas y la cola se movían, instigadas por la impertinente fuerza del viento. La humedad debería soplar del mar, y sin embargo soplaba de la tierra, soplaba de todos lados. Era con cierta dificultad que yo sostenía el *caniche* en el aire. Miguel Ângelo tenía más suerte, el viento no le impedía captar la imagen. Además, yo agarraba la fotografía, y acabé por hacerle una señal a Margarida Lota, que parecía no acordarse de lo que habíamos acordado. «Un momento». Dijo mi colega, al percatarse que los minutos en aquella playa volaban.

«Un momento, por favor, tengo una pregunta más. ¿Se reconoce en este retrato de grupo?».

Lota extendió la fotografía del *Memories*, el jinete la tomó, frunció los ojos, examinó la imagen, sujetándola con la mano derecha, aflojando las riendas. La borra del jinete estaba inclinada hacia su cara. «¿Dónde obtuvieron esta

fotografía?». Preguntó el jinete, visiblemente impresionado. «Ustedes no son de la BBC, ¿no es cierto? Son de la CBS. Muy bien, resulta que no puedo hablar para no duplicar los testimonios, y mañana mismo contaré la escena de aquella noche que pasé con mis compañeros, en la mesa. Veintidós de agosto. Observe que yo tengo un papel doblado en el bolsillo, este otro colega también, y había otros que también tenían papeles, incluyendo poemas, y eso nos hizo discutir toda la noche hasta el amanecer, pero, como dice el estribillo de una canción, *eles traíram-se, eles bateram-se, socaram-se, prenderam-se mas não se mataram*. *Eles* éramos nosotros, esa noche. Sin embargo, lo más importante de toda esa discusión fue un solo tema, el pueblo, y el pueblo está aquí, en la fotografía, y ustedes no lo ven por más que la miren. Pero hablaré justamente de esto. Ya es hora de hablar sobre este asunto...».

El Campeador sujetaba las riendas con una de las manos y la fotografía con la otra, hasta que la devolvió y consultó su reloj. «¿Nos vamos?». Dijo el jinete dirigiéndose al instructor Arnoldo. Margarida se aproximó al flanco del caballo y puso su mano en la silla: «Sólo una pregunta más, por favor, no se vaya».

La anémona hablaba también hacia el micro de exteriores. «¿Qué evaluación hace usted de su papel, después de treinta años?».

El instructor tenía dificultad para tranquilizar al caballo, que había empezado a escarbar en la arena, a escarbar y escarbar, obligando a Arnoldo a pegarle por el cabestro, justo atrás del hocico. Hacía mucho que nuestro tiempo debería haberse agotado, pero la generosidad de El Campeador era extensible. El Campeador sonrió desde lo alto de la inestable montura. Sonrió: «¿Me pregunta qué evaluación hago de mi propio papel?».

«Sí, una síntesis breve, para la CBS. Una síntesis suya».

El caballo se dio la vuelta al contrario, y nosotros tres fuimos arrastrados. «Sí, sí, ¿qué evaluación hace?». Arrastrados atrás del caballo.

«Es muy difícil. Además, sobre las dimensiones de mi importancia, no sé cómo evaluarla. Pero, por precaución, avisen por medio de su episodio a la CBS que tenga cuidado conmigo. Yo soy ése que a veces se acuesta, pero nunca se duerme. Estoy siempre en vigilia, siempre alerta, siempre listo para reiniciar lo que sea necesario. Ése soy yo. Ahora, si me permiten...».

«No», dijo Margarida Lota. «Todavía no. Todavía tengo una pregunta más. Es muy importante para nosotros. ¿Cómo ve su papel a futuro? ¿Cree que el

país todavía lo necesita? ¿Todavía se considera imprescindible?».

El caballo se libró de la sujeción de Arnoldo. Juntó las patas delanteras, se sacudió y se preparó para respingar. El jinete dijo: «¿Imprescindible? Claro que seré siempre imprescindible. Soy como Don Rodrigo Díaz de Vivar, aquel cuyo cadáver atado sobre la montura, con la espada amarrada a la mano muerta, cuando fue enviado al campo de batalla, seguía amedrentando a cualquiera. Yo voy a ser como él. Mi cuerpo convertido en cadáver todavía habrá de ganar batallas. Y más no voy a decir porque es extremadamente difícil tener de manera simultánea, en el cuerpo del mismo animal, un caballo valiente y un caballo domado. Fusión que en los hombres jamás se da. ¿Sabe? Ahora tengo que ir con él en medio de las olas. Estamos atrasados».

«Vamos, Arnoldo».

El Campeador nos saludó desde la visera de su gorra, Arnoldo hizo un gesto de despedida, y una vez libre de la sujeción, el caballo se echó a correr a lo largo de la playa. El animal iba y venía, llevando consigo el cuerpo del jinete, a veces erguido, a veces totalmente inclinado. Margarida Lota se quedó donde estaba, observando el entrenamiento. Se quedó inmóvil, en su vestido oscuro. Yo conocía a la anémona. Su vida todavía estaba concentrada en el instante en que había entablado conversación con aquella figura histórica, el arquitecto de los planes, el cerebro de la noche y del día. El personaje entre los personajes, como ella decía. Pero ahora lo que más le interesaba era que allá estaban ellos, los tres, caballo, jinete y el instructor Arnoldo, entrenando junto a las olas. Nadie más en la playa, nadie más en el acantilado, nadie en el cielo donde sólo había nubes y aves. Margarida Lota era una figura pura, y no podía interrumpirla. Miguel Ângelo, él, captaba la imagen de lejos, con el diafragma ajustado a las distancias, el animal castaño y negro, saltando en el agua gris del principio de la tarde. Mucho viento, ningún sol.

Con cierto trabajo arrancamos a Margarita Lota de Praia Grande. Pero al subir el acantilado, nuestra colega confesaba que no pretendía regresar a ver a ese hombre. Jamás, jamás lo quería ver de cerca, ni de pie ni montado en el caballo. Aquél había sido un momento irrepetible, que ella sólo esperaba que hubiera quedado bien grabado para que muchos lo vieran y lo escucharan. Ella pensaba que no entendía cómo podía haber vivido veintinueve años sin saber que esos hombres existían, y ahora tenía la sensación de que algo ocurría ya

tarde, y no sabía qué era, y sentía dolor y náuseas por su vida, y no sabía explicar por qué. No llegaba a su cabeza la idea de ser humano, ni de paisaje, ni de perfección. Le faltaba algo más que grande, absoluto y total. Acantilado arriba, Margarida no se sentía bien.

Miguel Ângelo vivía la situación de manera muy diferente. Siempre había sido analítico. El análisis no nos salva de la mediocridad, pero nos salva de la incomodidad. Ya lo había dicho varias veces. Cuando buscábamos el Vítara, él dijo, mirando hacia el arenal: «Aquí podrían haber sido filmadas las imágenes de Becket y del rey Henry cuando se encontraron en aquella playa de Normandía. Tanto que tenemos que filmar, y andamos en esto. Tanta pasión desperdiciada en Portugal...». Dijo mi colega, omitiendo la súbita simpatía que había empezado a alimentar por El Campeador. Pero, al regresar, estaba de acuerdo en que, después de todo, se trataba de una figura importante. Una mezcla de personalidades con cierto interés, cuando todavía dos horas antes, en el recorrido zigzagueante que habíamos hecho hasta la playa, Miguel Ângelo se había sublevado en contra de la figura de El Campeador. Dijo que estábamos buscando a un hombre que se hacía el interesante, juzgándose superior a todo y a todos, y, por eso mismo, jamás tendría una estatua en ningún lugar. Incluso porque, de existir, tendrían que erguir al mismo tiempos tres estatuas. Un busto por haber sido el estratega de la revolución, una estatua a los jueces que habían dado la orden de prisión por haber descubierto sus crímenes. Y una gigantesca estatua en representación de la sociedad portuguesa que se los había perdonado. ¿Acaso sabíamos que estábamos buscando a un hombre múltiple? Él había dicho como quien advierte *¡Ojo con él!* Pero ahora, ahora que Miguel Ângelo lo había visto arriba del caballo, y había grabado los movimientos del estratega corriendo en el paisaje marino, y lo había escuchado hablar, se había quedado con una idea muy diferente. Tal vez El Campeador hubiera sido simplemente un hombre que había reunido, en su tiempo, varios tiempos. Él reunía en sí a varias criaturas, el corazón de un San Francisco de Assis, las diferentes máscaras de un Richard Burton, y el puño de acero de un Andreas Baader. Manejando despacio, el segundo alumno del curso llegaba a la conclusión de que fácilmente se encontraría una plaza para erguir un monumento de agradecimiento a aquel hombre indispensable. ¿Por qué había cambiado la opinión de Miguel Ângelo? El mar, los pájaros de frío, el caballo, el instructor, las olas, todos esos elementos juntos eran sus

nuevos argumentos. Nuestro colega no quería decir nada. Todos nosotros, durante el recorrido de regreso, hablamos poco. O casi nada.



XIII

ESTA ES UNA PÁGINA PRESCINDIBLE. RELATA UN DÍA PREScindible y una acción prescindible. Yo no debía haber regresado a Praia Grande y regresé. Regresé sola. Además, regresé manejando el carro *argenté* de mi padre.

¿Cómo describir lo que pasó después de que regresamos del encuentro con El Campeador? ¿Cómo explicar mis pensamientos deshilvanados y mis gestos prescindibles? Tal como dije, mis colegas de equipo regresaron impresionados con la destreza de El Campeador sobre la silla, y yo misma no lograba liberarme de aquel paisaje brumoso, de aquellas olas, de aquel encuentro sobre la arena, mucho menos de la jactancia de aquellas réplicas enunciadas desde la grupa del caballo. Jinete, caballo e instructor, y, sobre todo, determinados pasajes de su declaración volvieron conmigo a casa, y cuando entré, mi padre, que no me esperaba, dormitaba sentado frente al secreter de tapa redonda.

Me quedé viendo a António Machado y pensando que el apodo de El Campeador que Rosie Honoré le había atribuido al oficial que se hallaba de la cena del Memories, de brazos cruzados, mirando a lo lejos, a Cuba, Triana o Trípoli, tenía razón de ser, y se basaba en la imagen que él mismo alimentaba sobre su propio desempeño. Me quedé pensando que esa dimensión no era trágica, ni cómica, ni melodramática, apenas lírica, y que, pasados todos esos años, aquel hombre dormía sobre el caballo, de la misma forma que mi padre dormitaba en su escritorio. Por un momento, pensé que uno y otro eran lo mismo. La luz del candil de serpentina iluminaba la parte alta de la cabeza de António Machado. El mentón suelto sobre el pecho, pero sus manos se mantenían en alerta. Estaban cerradas, dos puños rígidos sobre la tapa del

secreter. Era una figura tan desprotegida como aquella que cabalgaba en Praia Grande. Me quedé mirando sus dedos pulgares cerrando sus manos. La fuerza de los pulgares que yo siempre había conocido tamborileando sobre las teclas, desde que tenía memoria, desde el principio del mundo, era la misma, sólo estaba adormecida, pensé. Me aproximé más. Dije algunas palabras y él no escuchó, tosí y él no escuchó. Probablemente, creyendo que yo llegaría tarde, había abandonado los plátanos de Campo Pequeno y había venido a casa para dormir plácidamente. Cuando se espabiló, fingió estar despierto: «Hoy regresé más temprano. ¿Y tú, ya de regreso?». Representando una vida que no era la suya, se levantó y miró la hora, como si fuera a salir. Fingía dudar: «Tal vez tenga que volver, voy a ver qué está pasando por allá. Esta noche, un cómico más va a tomar el poder. ¿Qué horas serán?». Preguntó, mintiendo, en medio de la sala. Me dio la impresión de que mi padre cabalgaba a la orilla del mar. Pero él no esperaba la petición que le iba a hacer y cuando lo hice, sorprendido, se sentó.

«Quiero pedirte algo». Le dije. «De casualidad, ¿podrías prestarme tu carro mañana?». Necesito hacer un recorrido por la zona de la Linha, y me gustaría ir en transporte propio».

De momento mi padre se quedó paralizado, después se puso serio, en seguida se ruborizó, escondiendo mal su satisfacción. Sus ojos brillaban, y con compuesta naturalidad me entregó la llave y los documentos, me habló sobre las últimas manías del carro, de que el freno era peligroso, ya que el pedal se atoraba, me sugirió que manejara con cuidado, se trataba de un carro viejo, que viera el mapa de las carreteras, todos los días abrían un nuevo tramo, se inauguraba un nuevo carril, y la zona de la Linha, bueno, para quien no frecuentaba esos lugares, se había transformado en una amenaza, él ya se había perdido varias veces, era recomendable llenar el tanque de la gasolina. Tal vez fuera necesario que él revisara el aceite y el parabrisas, ya estábamos a mediados de marzo, pero después de un tiempo seco, el servicio de meteorología anunciaba lluvia. Debería llevar una gabardina, y que fuera abrigada, que el viento noroeste en la Linha era siempre fuerte. Él podía ir a la calle en aquel preciso instante y ver dónde había estacionado el carro, porque no se acordaba, y siendo así, no iría al día siguiente al periódico. Se quedaría en casa, hacía mucho tiempo que no hacía una gaceta. ¡Ah! Qué maravilla, hacer una gaceta.

Yo misma, en aquel momento, vi que una puerta se abría: «Sí, por favor, mañana, haz una gaceta».

Hacía tanto tiempo que António Machado no hacía un intervalo, una pequeña pausa en el trabajo. Tal vez nunca hubiera hecho una gaceta, tal vez el hombre que anticipaba el futuro nunca hubiera tenido tiempo para eso, su mente estaba siempre hirviendo, intentando conectar el pasado con el futuro, para iluminar el presente. El presente que a la mañana siguiente era pasado y ya no contaba para nada. O sea, muy útil, entre la mañana y la noche siguiente, había sido António Machado. Hasta en los Estados Unidos de América existían personas que reconocían su utilidad intelectual y cívica. Un marco, António Machado. Ahora le prestaba el carro a su Machadiña, y ese pretexto era magnífico para hacer, por primera vez, desde hace mucho tiempo, una verdadera gaceta. Muy bien, António Machado, vaya entonces allá abajo, fume su pipa, recupérese de mi pedido extraordinario, recupérese de su sueño dormitado, caminando debajo de nuestros árboles, no de los de Campo Pequeno, sino los nuestros, los de la Avenida da Guerra Peninsular. Pensé a lo largo de la noche. Y la mañana siguiente, partí rumbo al Guincho.

Estoy segura de que toda esta página será prescindible.

Tal como el día anterior, Praia Grande estaba desierta, como si no hubiera habido noche ni intervalo. Las mismas aves del frío, las mismas olas en mechones, el mismo viento húmedo, aéreo y enredado, todo igual, pero en la playa no había caballo ni jinete, ni instructor, ni ningún equipo de la BBC ni de ningún otro medio cualquier. No debería ser así, era la una de la tarde. Sólo que la verdad tiene que ser dicha. Yo no iba a encontrar una sorpresa, iba al encuentro de aquello que había imaginado. Era así, la verdad cruda y desnuda, Praia Grande, espacio escénico de tantas películas, no sería escenario de ninguna película llamada *El Héroe del Mar*. Ni de ficción, ni de historia, no lo

sería. Yo sabía que no habría por un saber hecho de algo inexplicable y, sin embargo, aprehensible, como el azote de un latigazo, que apenas se siente, venido del aire, y nada más.

Fue así. La noche anterior, al entrar a casa y ver a mi padre dormitando en el secreter, se me ocurrió que existía una relación entre lo que le había sucedido a António Machado y lo que podría suceder con El Campeador. *Podría*, me había dicho la estupidez que reside en el rincón más oscuro del cerebro, enredando en el carrete gris más inalcanzable por la luz de la inteligencia. Una luz del color de la ceniza que a veces ilumina. *Nadie, mañana, en Praia Grande*. La neblina, el sol subiendo atrás de la neblina y nadie en el arenal. Yo le había pedido el carro *argenté* a António Machado, con la esperanza de confirmar que no era así. Quería que hubiera alguien, varias personas, pequeños mecanismos, máquinas, que ellos, los ingleses, hubieran traído. Deseaba hasta que el acceso al arenal estuviera prohibido. El caballo junto al rompimiento de las olas, el *charriot* dislocándose paralelo a las olas. Yo deseaba ver *El Héroe del Mar*. Pero allá no había nada ni nadie, ya lo dije.

Es verdad que dos remolques se encontraban juntos en el acantilado. Y dos carros relucientes estaban estacionados mucho antes del despeñadero, uno junto al otro, y el Restaurante da Praia se encontraba abierto, con dos personas caminando de un lado a otro, pisando el entarimado. Dos empleados de la barra, uno vestido de blanco, otro de negro. Entré. Lo sabía. El único detalle que no preví, tal como no preví el día anterior que hubiera un caballo y un instructor, era que el propio El Campeador estuviera sentado al fondo, en una mesa, de espaldas a la entrada. El estratega tenía una gorra con visera sobre la mesa, junto a un vaso alto, un plato lejos de la taza, y en el suelo varias servilletas regadas, algunas de ellas bajo los pies del personaje. Estaba de espaldas a la entrada, de rostro hacia el mar, en la última mesa, justo junto a la balaustrada.

¿Tendría que probar la situación y alimentar mi presentimiento; o al contrario: dejar que la incertidumbre vagara, tratar a mi presentimiento como aquello que debería ser, una página de ignorancia? ¿Qué hacer? ¿Avanzar en dirección de aquel a quien Rosie Honoré Machado había tomado por El Campeador? ¿Acercarme y decir, ayer estuvimos con usted, ahí en la playa, usted estaba entrenando a un caballo, finalmente ¿qué pasó? Pero no, me quedé

en un impasse, mirando hacia la espalda inmóvil de El Campeador. Era necesario que algo me sacara del impasse. La solución estaba en el interior del restaurante: allá adentro, apoyado en la barra, Arnoldo conversaba con los dos empleados.

En ese instante, todavía me pasó por la cabeza la idea de que el rodaje ya se hubiera realizado, o tal vez postergado, pero al aproximarme a la barra, el rostro serio del instructor me confirmó lo contrario. El domador de caballos era un hombre enorme. Me reconoció y abrió los brazos apenado: «¡Oh! ¡Oh!». Dijo, con la voz gutural que empleaba para enviar mensajes a los animales. Hasta que explicó: «Estamos aquí esperando, pero hasta ahora no han llegado. No sabemos qué pasó». Después agregó: «Estamos aquí desde la seis de la mañana, la indicación que teníamos era de que las filmaciones empezarán alrededor de las siete y media, para tomar el amanecer, pero no ha venido nadie...». La desilusión también invadía a los dos empleados, así como al propietario que en ese momento se aproximó.

El empleado de blanco agregó: «¿Por qué pregunta? Vinimos de lejos exclusivamente para abrir el restaurante y para que sus excelencias, los ingleses de la BBC, tomaran algo, café, hielo, sándwiches, y al final, no fue cierto».

Arnoldo, por su lado, señaló hacia el acantilado: «¿El caballo? El caballo está allá en el remolque, y no puede quedarse ahí por más tiempo. No se le puede hacer esto a un animal cuyo valor no puedo mencionar en voz alta. Un caballo de estos, que, durante varios días, esté metiendo las patas al agua, corre el riesgo de que le dé reumatismo, y todo ese esfuerzo rudo para nada. Ya le sequé las patas y allá está con una manta en el lomo. Le di de beber una buena cubeta de agua tibia, lo cubrí bien. Además, me pregunto, después de todo esto ¿quién nos va a pagar? No sé quién nos vaya a pagar. Nos pagará él, fue él quien contrató el caballo...».

El dueño de restaurante vino de adentro. Vestía traje completo, impecable, estaba preparado. Dijo: «No sé qué vaya a pasar contigo. A mí lo que me da pena es la amargura de ese hombre, una amargura más, como si no hubieran sido ya suficientes, ¿no es cierto, señor Arnoldo?».

Arnoldo dijo: «¡Oh! No se imagina con cuántas personas ya hablé. Claro que hablé con los ingleses. Tengo aquí los datos del equipo, el número telefónico, pero ellos son los que siempre han llamado. Hablaban un inglés

fluido, un inglés de la BBC, me parece. Llamaban de un número internacional, cero, cero, cuatro, cuatro, uno, dos, uno, número de Londres, claro. Pero acabo de marcar diferentes números y no existen, o están desconectados. Sí, él también trató de llamar. Todos los números de donde le llamaron no existen, o están desactivados. A pesar de todo, la secuencia estaba preparada, quería que él iniciara su presentación con palabras como estas: *Yo, héroe del mar, noble hombre, criatura valiente e inmortal, levantaré, mañana, de nuevo, el esplendor de Portugal...* Y hasta dictaron la traducción en inglés. Ahí, no sé por qué, tuve un cierto presentimiento, algo me decía que ciertas cosas no encajaban. Pero no dije nada. ¿Quién soy yo para advertirle a cualquiera? Fueron unos embusteros vulgares y malvados quienes planearon este engaño. Un engaño de mal gusto, una decepción...», dijo el instructor.

«No tengo ni la más remota idea...», dijo el propietario.

Tiempo atrás, el propietario del café había pertenecido al grupo de El Campeador, sabía de lo que hablaba, y El Campeador allá estaba, solitario, de espaldas a la tierra, en la terraza del restaurante-bar. Arnoldo, el propietario, el empleado de negro, el empleado de blanco y yo misma, estábamos contemplando al estratega. Nuestra melancolía no tenía límites. El propietario dijo: «Ahí está él sentado, mirando hacia el mar y pensando en esta villanía, pero créanlo, sufre menos que nosotros al verlo sufrir. Es un hombre fuerte, el gran héroe de abril, que fue preso, injustamente, y soportó todo sin rebelarse, sabiendo que la prisión de aquel que concibió los planes para liberarnos es parte de la lógica del mundo de perros que es el de las naciones democráticas. En ese entonces, incluso jefes de Estado importantes, como el de Francia, creían que el camino justo era permitir que se fugara, y él pudo haber aceptado. ¿Cuántas veces? No quiso. ¿Cuántos años estuvo allá? Varios. ¿Alguna vez se doblegó? Nunca. Um hombre como éste no se derrumba por una jugarreta, sofisticada, es cierto, pero infame. Hijos de su madre. ¡Si yo supiera, ah, si yo supiera quién fue!».

El empleado de negro dijo: «Esto no es una maniobra inglesa, señora mía,

esto es algo portugués, tiene el refinamiento nacional...».

«¿Qué vamos a hacer?». Preguntó el empleado vestido de blanco al patrón.

«A ver, mujer. ¿Por qué estás tan triste? Dijo el hombre de traje completo. «Tristes son los sauces llorones. Nada de tristezas. En dos días él va a estar hablando para la Rai Uno o para la ZDF. Ese hombre que está ahí no nos pertenece a nosotros, sus hermanos, le pertenece al mundo. No se hable más de tristezas». El propietario dijo además que todos podían irse, que él se quedaría ahí con el estratega, mientras éste estuviera sentado contemplado el mar.

«Ya no puedo esperar más». Dijo Arnoldo. Y el instructor salió por el fondo del Restaurante da Praia sin despedirse de nadie.

Sobre el acantilado, la gran caja donde el caballo se encontraba encerrado empezó a andar, un juguete desapareciendo lentamente en la línea del horizonte brumoso.

Regresé por la carretera del Guincho, avergonzada por el trayecto que había hecho. Yo no tenía el derecho de haber ido a verificar la validez de mi profecía, hasta se me ocurrió que yo misma era responsable del descalabro de aquel día, concluí que el pensamiento cínico tiene poder en el mundo, que anticipa los hechos, los ve a distancia, invoca a la brea y al mal, está amarrado a la deriva del desenlace y de la catástrofe. La palabra cínica en pensamiento es una acción, yo actué contra aquel hombre feliz, que vi en Praia Grande galopando sobre un caballo alazán. Yo no sabía qué hacer antes de llegar a casa. Me sentía tan frágil como las hojas del álamo blanco que las llantas del carro pisaban cuando estacioné el carro de mi padre. Yo no quería que nada en este mundo pisara algo, al entrar a casa, no quería pasar indiferente frente a mi padre. António Machado no me preguntaría nada sobre su carro, y qué bueno, porque ¿qué podría decirle? ¿Que había usado el carro para confirmar que los hombres de su edad, los hombres del Memories, eran ahora arrasados en el anecdotario del nuevo mundo informatizado, tecnologizado y globalizado, donde no había un único rincón que sobrara para la ingenuidad y la fantasía? Qué bueno que no preguntaba.

Qué bueno que António Machado fingía estar haciendo una gaceta, y yo fingía que no sabía nada sobre el despido de António Machado, qué bueno que le decía, así como si nada, que sería bueno que pidiera unas vacaciones por unos días, pensando que así lo aliviaría y no tendría que pasar tardes y noches

debajo de los árboles, esperando a que llegara la hora de regresar a su casa, según era costumbre. Y él, treinta y tres años mayor que yo, aceptó mi propuesta. Crédulo, ingenuo. Sí, aceptaba la sugerencia de su hija. La aceptaba de lleno. Viéndolo bien, si António Machado pidiera unas vacaciones, podría quedarse en casa, dormir hasta tarde, ir al cine, hacer todo lo que la gente hace en sus vacaciones, e inclusive, durante varios días, no leería el futuro. Por cierto, el futuro ahora era tan fácil de leer, ¿verdad, António Machado? Bastaría decir que el futuro sería oscuro, con excepción del agujero del tamaño de una castaña que siempre puede ser iluminado. Ese equilibrio entre nada y sentido, en el inmundo cosmos que no tiene fin ni fondo. Tan fácil, tan fácil de preverse. Y así nos quedamos hablando, con naturalidad. Mintiendo, fingiendo, salvándonos de una derrota a la que no queríamos atribuirle un nombre para que no se produjera. Por primera vez, desde hace muchos años, los dos sentados en el sofá de la sala, hablando sobre unas vacaciones que no existían. Los dos riendo. He aquí, un día no esencial, un relato no esencial, algo que sólo será útil si fuera para ser olvidado. Necesitamos un tema para olvidar tanto como necesitamos un tema para recordar. Uno es condición del otro. Los dos juntos, como dos conchas, forman nuestra alma. Miguel Ângelo y Margarida Lota nunca supieron de mi excursión a Praia Grande. Nunca les dije que había estado allá, ni que jamás habría una película llamada *El Héroe del Mar*. ¿Para qué?

Y después, sin intervalo, llegó la visita a la casa de Charlie 8.

Acordamos que sería el dieciocho de marzo. A las dieciséis horas se desató una tormenta sobre Portugal como si fuera un diluvio. No esperábamos que dejara de llover, pues, volando sobre el océano, yo recibía mensajes urgentes que parecían poemas chinos en un primer tratamiento. Bob Peterson era así.

*Faster, faster, faster
My Darling blue jay
Time goes by, work fast.*



XIV

PASARON SEIS AÑOS DE ESA MAÑANA DE AGUA Y AÚN huelo el aroma a tierra húmeda que entraba por la ventana. Yo llevaba la imagen de Charlie 8 ante mis ojos, tal como hacía mucho tiempo lo vi entrar a nuestra casa, y todo eso me parecía ameno, su rostro de hombre-niño y su risa amable, pero el tren avanzaba como si la máquina que jalaba el convoy estuviera cansada, y alrededor el paisaje era un territorio plano inundado por las lluvias que se habían abatido sobre la región centro, entre la noche del último domingo y la mañana de aquel jueves. El Tejo había subido y se había desbordado, y la luz gris en la mañana gris del día que amenazaba con ser gris hasta la noche, inspiraba un mutismo feroz en Miguel Ángelo y una exposición contenida por parte de Margarida Lota en torno al objetivo de nuestro viaje. Sobre sus rodillas, estaba un *dossier* muy voluminoso. Ya que, como había sucedido con los anteriores personajes, también la figura de aquel a quien Rosie Honoré le había atribuido el nombre de código de su columna, Charlie 8, hasta tres meses atrás, había sido un desconocido para la anémona.

Por la charla preliminar que habíamos tenido a distancia, en diciembre, ella había deducido que se trataba de un hombre que por sí mismo aparecía en plazas, calles, recintos públicos y puentes de gran travesía, sin nunca ser interrogado sobre qué tipo de persona había sido o qué papel había desempeñado. ¿Sería posible que esto le sucediera a la mejor alumna de la carrera? Cualquier desconocimiento es posible. Después de que hablamos durante quince minutos, surgía en su cabeza la imagen fija del rostro de un muchacho campirano al que asociaba con un clavel, y era todo. Incluso llegó a confesar que tal figura se relacionaba con el 5 de octubre, la revolución sangrienta de principios del siglo XX, después de que dos hombres mataron a tiros a un rey y un príncipe. Y como su función, a lo largo de cinco años, fue la

de visitar personas iluminadas por el halo de la distinción mundana, habiéndose convertido en especialista en asuntos de monarquía, con sus séquitos de cabezas con diamantes y cuerpos engalanados por redingotes y espadas, Lota elidía sesenta años de historia del siglo, de tal modo que el campesino con clavel le parecía haber sido el autor de los disparos que abatieron al rey Carlos en el ala sur del Terreiro do Paço, en los pasados años de mil novecientos ocho. Para colmo, la confusión se derivaba del hecho de que algunas escenas, separadas por más de seis décadas, se hubieran registrado prácticamente en los mismos recintos. Pero a la segunda llamada hecha desde Washington, la anémona ya había aclarado el equívoco. Sin embargo, sólo a lo largo de las últimas semanas, y a propósito de la investigación hecha sobre El Campeador, ella había descubierto de quién se trataba, y había trazado una cronología, después de estudiar con detalle la acción de aquel hombre ya fallecido. En los últimos cinco días, no había hecho otra cosa que revisar una gran cantidad de registros. Y ahora ahí iba Lota concentrada en la investigación que había realizado, de tal modo que viajaba en el tren calmoso recostada en la ventanilla, pero incapaz de mirar hacia lo que ocurría en el territorio inundado.



Más allá de los vidrios empañados, se avistaban viejos monasterios, galerones amarillos clavados en las tierras desnudas, carreteras encharcadas, manchones de árboles ahogados hasta la copa, pero la anémona se encontraba en medio de una mañana de primavera, treinta años atrás. Lota decía: «Aquella mañana, allá en el Terreiro do Paço, él se aproximó al camión de combate al mando del brigadier de Cavalaria 7, el brigadier le ordenó dispararle a la cara, y en todo lo que estuviera atrás de él, y él se mantuvo inmóvil, a dos pasos, con los ojos fijos en el punto de la mira, de donde podría partir el proyectil que lo despedazaría. Fue la escena de valor más bella que he leído en mi vida».

Envuelta como estaba en esas escenas lejanas, la anémona no hablaba del paisaje inundado, ni de los álamos firmes formados en fila, ni de los tejados de las casas sumergidas, hasta que finalmente bajamos en la estación a la que nos dirigíamos. Fue así, bajo el mutismo de Miguel Ângelo, molesto por no

haber usado el Vitara, y la locuacidad de Margarida Lota, que llegamos a la casa de la viuda, después de que un taxi nos llevó de la estación a través de una maraña de caminos cruzados en medio de cerros y árboles. Aún bajo el efecto de curvas y contra curvas, Margarida iba preguntando: «¿Qué sientes tú, cuando piensas que de niña lo viste sentado en tu casa conversando con tu padre? ¿Qué recuerdas de esos encuentros? ¿Su voz era parecida a la voz grabada, aquel día, en el Largo do Carmo? ¿Alguna vez habló contigo? ¿Alguna vez te sentó en sus piernas? Y pensar que tu padre lo recibía tu casa para comer juntos, cuando ya lo perseguían a él y a los otros. Pensando en todo eso, me siento indignada con este mundo...».

Y Lota, ocupando el espacio silencioso que Miguel Ângelo generaba, creía que, en vez de venir a encontrarnos con la viuda, habría tenido mucho más sentido haber ido directo a su tumba. Deberíamos haber ido allá, levantarlo de ahí, dialogar con su nombre, mostrarle al mundo lo que había sucedido. Ella había visto la imagen, era una tumba rasa. A partir de esa losa lisa, las imágenes de su comando honrarían a todos los otros que habían participado, y que ya estaban en un lecho idéntico, o en poco tiempo irían a estar. Margarida seguía hablando, mientras el taxi continuaba dando vueltas, hasta que entramos a la curva que nos llevaría hasta la casa que había sido de Charlie. En la puerta, se encontraba la viuda con dos paraguas, que abrió cuando llegamos. Decía Lota: «Y pensar que él mismo construyó su casa, y ahora vamos a entrar en ella, y esa mujer que es su viuda, antes fue joven, y se casó con él, bailó y escuchó música...». Pero cuando cruzamos la puerta, la anémona se concentró y se sentó, silenciosa, frente a la viuda. La viuda estaba vestida de campesina. Completamente envuelta debido al clima de los temporales, pensaba que nos acabábamos de escapar por un tris de la tormenta que se desataba, en ese momento, contra las ventanas de la sala. Habíamos llegado justo a la hora. La lluvia fustigaba los vidrios. Agua gris, al principio de una tarde gris. El tema era la ausencia de alguien que brillaba como una fogata, en el centro del mundo gris. La exaltación nos creaba imágenes graves mientras hablábamos. Tal vez por eso decidimos que la entrevista se iniciara con la fotografía del Memories. Y Miguel Ângelo empezó a montar sus aparatos.

Pero ¿cómo reproducir lo que pasó en la casa de la viuda?

La viuda empezó por defenderse. Nos rodeó de materialidades. Quería que antes que nada comiéramos, bebiéramos, que fuéramos a la cocina, que nos sintiéramos completamente cómodos. Se entendía lo que pasaba en el corazón de la viuda. Nosotros íbamos en busca de un recuerdo de vida que debería respirar a partir de su persona, aquello que sobra de la muerte más allá de su recuerdo, pero la viuda quería iluminar la vida, haciéndonos entrar en el café, en el té, en una enorme gama de dulces, en el calor maternal de la casa. Su sencillez de viuda acentuaba esa normalidad, como si nos quisiera decir que no había gran diferencia entre estar vivo y estar muerto. Pero nosotros no podíamos aceptar ni el calor de la chimenea, ni el contenido de aquella tetera de cerámica que recordaba los gestos comunes y el cotidiano doméstico. No éramos tan importantes así, apenas veníamos de parte de la CBS para realizar un proyecto de reconstrucción de la memoria. Por eso, Margarida Lota, bajo la mirada de la Betacam, extendió la fotografía del Memories y quiso obtener, por parte de la viuda, un comentario libre. «Háblenos de lo que ve». Le pidió. Y ambas se quedaron en su lugar.

La viuda se puso los anteojos, examinó con cuidado la fotografía y sonrió sobre los aros. Sonrió mucho, en su ropa de campesina: «¡Ah! Una buena estrella los trajo. Una más. Hace años que andaba buscando esta fotografía y no sabía dónde rastrearla. Donde encuentro una imagen de mi marido, aprovecho y hago dos retratos, uno de ellos reproduciendo el conjunto, si es el caso, y otro aislándolo del conjunto, y ése, el individual, lo pongo en la pared. Allá arriba tengo a mi marido en decenas de fotografías, en tamaño grande, sentado a la mesa, sonriente, mirándonos. También tengo ésta, pero no su conjunto. Mi marido, un adolescente. Aquí estaba muy joven mi marido...».

La viuda hablaba, olvidando completamente que tenía colgado en el escote un pequeño micrófono. La viuda trataba de contenerse, pero se notaba que derrochaba alegría. La viuda agregó: «Alguien dijo que las coincidencias son las huellas digitales de Dios en esta vida sin Dios, y ésta que ustedes trajeron es una coincidencia. Y si no lo es, parece. Insisto en que me presten esta fotografía». Y como si hubiéramos llegado hasta ahí para que ella lo reconociera en la imagen, la viuda hizo el intento de quitarse el micrófono.

Pero Margarida contuvo su movimiento y le preguntó si podía identificar a las personas.

La viuda tenía una mirada muy rápida: «A las mujeres, no. Pero a los hombres, sí, los reconozco a todos, uno por uno. Y apuesto que fue tomada un año después, cuando la revolución que mi marido ayudó a hacer se salió del control de alguien. Él decía que había ayudado a abrir una represa, pero sin darse cuenta, le habían abierto las compuertas a un río crecido hasta el borde. Mi marido era muy inteligente, decía que había una proporción matemática entre el tiempo que pasamos sin libertad y el tiempo que aprendemos a vivir en libertad. Mi marido era un sabio, siempre estaba estudiando, aunque, de cierta manera, él no necesitaba estudiar. Mi marido había aprendido todo sobre el ritmo de la vida mirando los trenes. Su padre era ferrocarrilero. Un tren que viene, un tren que va. En cuanto a esta fotografía, no sé en qué lugar fue tomada. Si fue en un Memories, así fue. Aquí veo a todos ellos, aquellos de quien mi marido más hablaba. Este está apuntando con una pistola, pero mi marido decía que era un juego, que era un verano cálido, el martes de carnaval de un país que siempre había tenido muchos Viernes Santos y ninguna Pascua. A pesar de no ser creyente, encontraba muchas palabras en la religión, decía que para todo lo que sentía le faltaban palabras. A veces no había libros para él...». La viuda devolvió la fotografía, y trató nuevamente de quitarse del micrófono. Llovía sin parar.

«Un momento». Dijo Margarida Lota. «Apenas vamos a empezar».

«¿Apenas?».

«Nos gustaría que recordara lo que le decía su marido sobre el momento en que se dieron cuenta de que la operación Fin de Régimen sería exitosa. Es muy importante para nosotros, muy importante para nuestro documental». E hizo un gesto para que mirara hacia la Betacam.

Aunque no debió hacerlo porque intimidó a la viuda. Con el pretexto de que la lluvia golpeaba en las ventanas, la viuda quería quitarse el micrófono. Fue necesario recordarle que se trataba de una grabación preliminar, explicarle el método del cazador de un tal Bob Peterson, un americano que estaba preparando una serie de varios episodios, cuyo objetivo era el elogio de la historia cuando había sido jubilosa. En los últimos tiempos, se habían registrado en la República Checa, en Hungría, en Alemania cuando cayó el Muro, en la misma Rumania y en otros países alrededor del mundo. Nuestro

júbilo, sin embargo, como en ningún otro, estaba relacionado con las flores. Ella podría decir lo que quisiera y como quisiera, ya que nada sería usado sin su permiso. Entonces la viuda retiró la mano que tenía sobre el micrófono y dijo: «No tengo nada nuevo qué decir. Está todo escrito».

«Pero no todo está dicho, y, a falta del testimonio de su esposo, queremos oírla a usted. Es muy importante».

La viuda accedió: «Voy a repetir lo que sé. Aquella mañana, allá en la Ribeira das Naus, mi marido se dio cuenta de que estaba en marcha una gran victoria cuando uno de sus tenientes avanzó en dirección al adversario, a lo largo de la Rua do Arsenal. Como todos los demás, llevaba un pañuelo blanco en las manos. El brigadier lo recibió a bofetadas y le ordenó abrir fuego sobre ese teniente, pero el coronel que debería disparar no lo hizo, con el pretexto de que no podía abatir a un teniente a quien tanto estimaba. Así, mirándose a los ojos. Coronel y teniente. Eran las diez en punto de la mañana. Fue entonces que mi marido pensó que estaban salvados, porque había cinco mil efectivos dispersos en el terreno, pero unidos por la amistad. Mi marido era así. Desde que estaba en África mi marido consideraba que la amistad era la mejor ración de combate que podría llevar al campo de batalla. Aquel enfrentamiento con el teniente sucedió a las diez de la mañana, y mi marido siempre dijo que esa había sido la primera página de una hoja decisiva de la que él mismo, a la diez cuarenta y cinco, iría a escribir la segunda, cuando se plantó frente al camión blindado, mirando hacia el visor, ojos en los ojos con el alférez que se encontraba en el habitáculo del M47, y mi marido no se desvió ni siquiera un milímetro. Pero, a cada quien lo suyo, la primera escena del pañuelo no fue interpretada por mi marido...».

La viuda miraba hacia la ventana donde la lluvia golpeaba.

«Una hoja con dos páginas». Dijo Margarida Lota, motivando a la viuda.

«Exacto. Mi marido nunca quiso que los dos actos se confundieran, nunca quiso usurpar a nadie, fuera quien fuera, ni un mensaje escrito, ni una palabra que él mismo no hubiera dicho. Es verdad que mi marido llevaba varios pañuelos blancos, yo se los había preparado, pero no sé si usó alguno, sólo sé que avanzó hacia los carros de la Cavalaria 7, llevando en uno de sus bolsillos una granada de mano, dispuesto a inmolarsse. Después pasó lo que ya les dije. Esa escena inolvidable, en la que participó mi marido, fue el segundo capítulo de una secuencia definitiva. Pero él siempre afirmó que el punto de

quiebre había sido antes. Y todavía hoy puede ser confirmado, por quien se tome el trabajo de buscar, porque quedó registrado, un muchacho de brazos abiertos, avanzando con un pañuelo en las manos, exponiéndose al fuego contrario. Él siempre lo dijo...». Continuó la viuda, y se notaba que ya había haber contado el episodio cien veces, para hacer tal evocación sin intervalo ni duda entre las frases. Y concluyó: «Fue entonces que mi marido comprendió que la buena suerte venía en camino».

Seguíamos frente a la chimenea, sentadas lado a lado. Margarida Lota no dejó que la viuda se levantara. La Betacam estaba frente a su cara. La viuda no podía escapar. La enfrentó: «Pero ¿cuál fue, para su marido, el momento más relevante, el que le dejó una impresión más profunda? ¿El más emblemático de todos?».

La viuda quería resistir: «¿El momento más emblemático? No sé, fueron tantos, ¿cómo puedo decir cuál fue el más emblemático de todos? Me atrevo a tener que escoger de entre aquellos que otrora él ya escogió. Así, un día, si alguien quisiera escoger entre lo que estoy escogiendo, la selección nunca más va a parar, y selección tras selección, empezaremos a alejarnos cada vez más de la verdad. Y si aplicamos ese método en todos los pasos, en pocas décadas, ya nadie sabrá dónde empieza y dónde termina aquello que en realidad sucedió».

La viuda suspiró y acabó cediendo: «Pero ya que les interesa tanto, debo decir que, para él, el momento más emblemático me parece que fue cuando su columna avanzó por toda la Rua Augusta, después de la capitulación de la Cavalaria 7. Él decía que, a cierta distancia, cuando ya iban por la zona de la Rua da Conceição, volteó hacia atrás y le pareció que el reloj del Arco estaba parado. Decía que había sido la impresión de que la ciudad estaba detenida esperando, decía que había tenido la idea de que no podría pensar mucho en lo que estaba pasando para no pensar en otra cosa que no fuera el paso siguiente, dijo que vio el reloj parado y pensó que estaba dándole cuerda a un reloj, que las personas venían a aclamar el paso de la columna, pero que él no escuchaba a nadie, sólo se oía dando cuerda al reloj del Arco. Contó mi marido que al dar la vuelta hacia el Rossio, cuando las tropas de Infantaria 1 se rindieron frente al Teatro Nacional, él le daba cuerda al reloj y empezaba a oírlo trabajar. Tanque tanque, tanque tanque. Decía que las horas del reloj habían empezado a sonar dentro de su cabeza. Él mismo lo escribió. Dijo que fue así

que tuvo la capacidad de esperar, aguardar y permanecer en silencio, que tuvo aplomo para tranquilizar a las multitudes, para desencadenar el fuego contra el Cuartel do Carmo y ordenar alto al fuego, aplomo para aprovechar a los intermediarios, y aplomo para ir a hablar con el jefe de gobierno que estaba siendo depuesto y aplomo para seguir ofrendando su vida por un reloj al que él le daba cuerda sin cesar, despacio, girando la carátula, decía él, él y los otros dándole cuerda a aquel reloj parado que acababa de arrancar. Decía él que sabía que cinco mil hombres, en ese momento, estaban haciendo girar las manecillas sobre la carátula de la historia. Que la carátula surgió iluminada cuando la primera hora de libertad llegó. Contó mi marido, ya después, cuando pasados dos días pudo volver a casa para fumar su cigarro. Fue muy lindo, decía él. Y yo estoy de acuerdo. Tan lindo que se volvió difícil sobrevivir a aquel momento. Ahora soy yo quien lo dice. Soy testigo. Quien una vez hace girar las manecillas sobre esa carátula, en seguida empieza a entenderse mal con el latido regular de las horas. Es difícil sobrevivir a los días, meses y años que vienen después, cuando el latido de las horas ya se transformó en rutina. Es por eso, él decía que no se debe repetir en vano que *fue lindo*, porque uno puede transformarse en un ridículo mortal al lado de quien ya nació escuchando el latido de las horas del reloj con regularidad. Él decía que había sido lindo para nosotros, que teníamos el reloj parado, pero para los venideros, éstos, decía mi marido, no necesitaban saber que unos tantos se dispusieron a dar la vida para hacer que el reloj del Arco volviera a caminar. Mi marido solía decir que no debemos saturarnos la cabeza con aquellos que vinieron invocando ese día. Sería de verdad feliz el día en que todos pudieran olvidar que ellos fueron necesarios, y hasta que existieron. Mi marido era así, desprendido. Un héroe de la retirada, mi marido». Dijo la viuda tratando de desprender el micrófono de la orla del escote.

«Todavía no». Dijo Margarida.



Yo conocía a la anémona. En ese momento, estaba sentada en frente de la viuda, pero no se encontraba sentada en ningún lugar. Las palabras de la viuda la habían llevado muy lejos, y su mano derecha, la que sujetaba el papel con la secuencia de las preguntas, temblaba. La viuda miraba hacia afuera y quería

levantarse para ver si la canaleta del agua escurría bien, ya que veía por la puerta cómo la lluvia fuerte hacía espuma sobre los ladrillos rojos. Margarida Lota, sin embargo, no la dejó levantarse. Lo que la viuda estaba diciendo, superaba lo que la anémona había anticipado, sólo que ella se había preparado cuidadosamente y no iría a desperdiciar el encuentro cuando todavía tenía tantas preguntas por hacer. Fuera la una de la tarde, lloviera o no lloviera allá afuera, esa circunstancia no importaba, no teníamos hambre ni frío, y al contrario de lo que la viuda estaba siempre prometiendo, no queríamos comer ni beber fuera lo que fuera. Margarida Lota, cambiando de ángulo, deseaba saber si ellos, hombre y mujer, habían sido felices.

Consciente de que era un atrevimiento entrar en territorios privados, preguntó: «Disculpe, pero ¿todavía conserva los discos *long play*, aquellos platos enormes, al sonido de los cuales las personas de su tiempo bailaban?». Y la buena alumna anémona entonó para la viuda: «*Et si tu n'existais pas, pourquoi moi j'existirais...*». Recitando el *couplet* hasta el fin. Sofisticada había sido la preparación de la anémona. La viuda tartamudeó la música también. La anémona empezó a reír la risa de la viuda. Animada, la viuda aceptó: «Siempre fuimos felices. En nuestros días de felicidad, él me preguntaba ¿la señorita quiere bailar? Y subíamos allá arriba a bailar. Nunca fui hábil para cosas de ese tipo, pero yo ponía mis pies sobre la punta de sus zapatos y bailaba los pasos que él bailaba. Yo era un pájaro entre sus brazos. *Pour qui j'existirais*, me decía al oído. Hablábamos mucho en francés, era nuestra lengua de sentimiento».

«¿De verdad?». Preguntó Margarida Lota. Lota era excelente, y también podría ser un peligro. Llevada por el tono de confianza, parecía estar dispuesta a querer saber cuál era el color de las medias de la viuda cuando era joven y se dislocaba al ritmo de la música con los pies sobre los zapatos de Charlie. Fue Miguel Ângelo a quien se le ocurrió preguntar si podríamos subir hasta el lugar reservado. Subimos, y ahí todo cambió de matiz.

¿Cómo explicar lo que pasó ese jueves dieciocho cuando subimos allá arriba?

La viuda se levantó con el aparato de sonido agarrado a su blusa, se llevó un dedo a los labios y nos hizo una señal para que la siguiéramos. Comenzamos a subir sin hacer ruido. Las escaleras eran de madera y terminaban en un piso de madera. La mesita donde estaban los discos era de madera también. Sin decir nada, la viuda nos enseñó la biblioteca de su marido, sobre la cual la Betacam pasaba su ojo curioso, y ella lo permitía. Señaló hacia las fotografías que cubrían las paredes, las que reportaban los momentos importantes vividos en los alrededores de la Praça do Comércio, aquel día, debidamente enmarcados, y la fotografía retirada de la cena del Memories allá estaba. Sin la botella. Después nos mostró el último libro que él había leído, y señaló la marca que su cuerpo había dejado en el sillón de cuero, el lugar decolorado donde a lo largo de los últimos años había reposado su cabeza. Era ahí donde él leía, era ahí donde dormitaba, era ahí donde escuchaba las noticias. Era ahí que escribía sus notas. La viuda hablaba bajo como si alguien se pudiera despertar. Nos sentamos respetando aquella marca en el cuero, al lado de la cual la viuda se había sentado. Tal vez por el aislamiento de la madera que forraba casi por completo la habitación, o por cualquier otra razón, la lluvia caía sobre los vidrios, debía hacer algún ruido, pero ninguno de nosotros la escuchaba. Yo tenía la idea de que habíamos entrado al corazón de la fábula, estaba ante mis ojos, la contemplaba, pero no sabía cómo designarla, ni cómo entrar a su centro. Tal vez el centro de las cosas no sea un centro, tal vez sea una abstracción imaginada a la que no tenemos acceso a no ser a través de una parábola. Habíamos entrado al interior de la fábula y no lográbamos alcanzarla. Pero la anémona encontró la fórmula que yo buscaba. Fue ella quien preguntó, en forma de afirmación, para no ahuyentar a la viuda: «O sea que su esposo murió de amargura».

«¿Cómo dijo?».

«Pregunto si murió de amargura».

La viuda verificó que el micrófono estuviera conectado. Respondió hacia el micrófono, tajante, con la voz más alta de lo habitual: «De ninguna manera, todo el mundo sabe que murió por una enfermedad prolongada. Desafortunadamente el mal lo asaltó de repente, fue un ladrón furtivo que vino a mitad de la noche y después se lo llevó. No fue de amargura...». Pero Margarida Lota, llevada por su inteligencia, que era más aguda que la mía, recordó, cuidadosamente, en voz baja, como si alguien, asaltado por muchas

amarguras, se hubiera despertado en aquella sala, y a pesar de eso tuviera que seguir durmiendo. La viuda metió sus manos entre las rodillas cubiertas por una falda campesina. La viuda se contuvo. En voz muy baja, la anémona dijo: «¿Quiere decir que durante nueve años los militares no promovieron a su marido, que lo desterraron a lugares e islas donde no tenía nada qué hacer, que lo nombraron carcelero de los servicios penales, y él, aquel que fue el rostro más visible de todos los que le habían dado la libertad al país, no murió de amargura?». Preguntó Margarida a la viuda, y fue recordando situaciones de las que se había enterado en los días pasados, y que mucho la habían indignado.

La viuda respondía en voz alta, tensa, vigilando la Betacam y el micrófono: «¿Sabe?, todo fue obra de la casualidad. No hay que olvidar que fueron cinco mil hombres los que dieron el golpe, prometiendo que no habría promociones, ni regalías, ni distinciones, que pasara lo que pasara siempre estarían unidos, sin diferencias, para bien y para mal. Fue un juramento solemne. Mientras tanto, el tiempo iba pasando, y él solamente se mantenía fiel a ese principio, no quería distinción alguna. Entonces, la casualidad conjugada con el tiempo de servicio, ambos cruzados, hicieron que las cosas sucedieran así. Nadie tuvo la culpa. Él no murió de amargura, murió con amargura. Mi marido fue muy querido, era muy apreciado por toda la gente. Decían que, si él ponía su mano sobre la cabeza de un niño, el niño crecía. ¿Por qué le harían daño?». Preguntó la viuda, mirando desafiante a la cámara y hablando muy alto para el micrófono.

Ya lo he dicho, Margarida Lota se había preparado más de lo necesario, su lucha con la viuda era mansa, y su perseverancia inmensa. Lota no desistía: «Sea sincera, señora. Tenemos pruebas de que también era odiado, de que fue perseguido, de que entre la jerarquía era considerado no como un libertador sino como un cómplice. Tenemos pruebas de que cuando murió, muchos de los que estuvieron en la capilla de la Academia Militar fueron hasta allá sólo para certificar que estaba definitivamente muerto. Le tocaban las manos y la cara para estar seguros de que se habían quedado fríos para siempre. Tenemos esas pruebas, buscamos la documentación, lo sabemos, oímos a personas que...». Dijo Lota lo suficientemente quedo para no despertar a nadie, pero además nosotros, alguien más estaba despierto. ¿Cómo explicar lo que sucedió en el primer piso de aquella casa perdida entre serranías y caminos sinuosos?



«Señora». Dijo Lota.

La viuda miró hacia la cámara, se dejó filmar, pero puso su mano en el escote, cubriendo el micrófono con el puño: «De hecho, cuando lo enviaron a patrullar las Islas, yo todavía quise hacer algo. Sin que él lo supiera, pensé en hacer lo que hacían otras mujeres, pensé en pedir la intervención de las señoras. Le llamé por teléfono a la esposa del presidente de la república, pero la señora había salido de compras. También le llamé a la esposa del general mayor de las Fuerzas Armadas, pero la señora había ido al cine...».

La viuda hablaba bajito, Margarida Lota también, Miguel Ángel y yo no hablábamos. Yo estaba segura de que habíamos despertado a alguien. La anémoma preguntaba exactamente lo que yo querría preguntar, tal vez aquello que nuestro camarógrafo quisiera preguntar también. ¿Por qué la viuda no era explícita? ¿Por qué omitía lo que no debería ser omitido? Nosotros sabíamos, aunque no tan bien como ella, que las venganzas de las que habían sido víctimas Charlie y otros como él, habían tenido autores concretos, nombrables, intérpretes y responsables, puestos en la cima de las estructuras creadas en un país donde había empezado a haber libertad para legitimar todo y su contrario. La viuda sabía mucho más que nosotros, y nosotros sólo queríamos que ella explicara en concreto aquello que sabíamos en abstracto. Pero se rehusaba. Margarida preguntaba lo que yo quería preguntar. Mi curiosidad era la suya. Con el micrófono cubierto por el puño, la viuda dijo: «Mi marido pensaba mucho en la palabra libertad. Decía que muy pronto había sido asaltada por aquellos que siempre serían los afamados, tanto si hubiera libertad como si hubiera represión, porque se adaptaban a todo. Habían sido concebidos y educados para eso. Para vivir en ambos lados y en todos los regímenes. Mi marido era muy propio en su lenguaje, mi marido les decía anfibios...». La viuda retiró su mano, la viuda dijo, con el micrófono abierto, dijo muy alto: «Lo que sucedió con mi marido, fue todo un juego del azar...». Pero Margarida Lota, sorprendida con la desmedida precaución de la viuda,

también levantó la voz, y yo estaba segura de que éramos cinco dentro de aquel recinto, no cuatro.

«¿De verdad cree que fue sólo un juego del azar?».

La anémona quiso entonces saber si el hecho de que el mismo día en que fueron otorgadas pensiones a los antiguos miembros de la policía militar, por servicios destacados, se le hubiera negado a su marido, no era una prueba de que no se trataba de un simple juego del azar.

La viuda tenía el micrófono abierto y así lo mantuvo. Miró hacia la cámara. Dijo: «No fue exactamente así, nunca llegaron a negarle la pensión a mi marido. Y es preciso decir que, por ley, los *pides* podrían ser considerados, pero mi marido, como uno de los cinco mil que salieron a la calle esa noche, no podía. Había un marco legal para premiar la valentía de los *pides*, pero no había ningún artículo en el cual encajara la valentía de mi marido». Entonces la viuda se llevó la mano al escote, cubrió el micrófono, que quedó completamente rodeado por su puño, y aun así habló en tono bajo, un bajo triunfante: «Mi marido estaba enterado de todo eso, pero lo que él quería era acorralarlos, mostrar la evidencia de que, después de la liberación, la libertad se había quedado en la puerta. Que el nuevo régimen, pasados todos aquellos años, seguía siendo tan antiguo como el antiguo. Era eso lo que mi marido quería, y eso quedó demostrado, él lo logró...». La viuda sonrió abiertamente hacia la cámara, la viuda mantenía conservaba el micrófono dentro de su puño, encerrado con llave dentro de su mano. No había quedado grabado. Ya con el micrófono abierto, ella dijo con voz bien alta: «Nunca le negaron esa pensión a mi marido. Eso es un hecho innegable. De lo demás no sé nada. El escritorio de mi marido está lleno de papeles que nunca leí. Puede ser que esté ahí algún documento que lo aclare. ¿Quién sabe?».



Margarida Lota estaba sorprendida, pero la verdad es que había alguien más en el interior de aquella sala. Alguien ahí dentro sabía mucho más que la viuda, quien mientras tanto se libró del micrófono. Miguel Ângelo descansó la cámara en sus rodillas. Y entonces, con la cámara apagada y la viuda sin el micrófono, supimos por qué razón, el mismo día, los verdugos habían sido premiados y Charlie 8, postergado. Supimos que todo había comenzado

cuando el juez del Tribunal Militar tachó con una gran cruz negra la petición de Charlie, devolviéndola con el pretexto de que sus actos de abnegación y valor cívico no estaban considerados en el artículo cuatrocientos cuatro diagonal ochenta y dos, pero los actos realizados por los verdugos, según la ley, sí lo estaban. Alguien nos contaba ahí adentro lo que la propia viuda, incrédula, no sabía. En su vestido sencillo, ella no sabía que, habiendo llegado la petición al Ministro, él había comprendido que se trataba de un asunto altamente inflamable.

Alguien contaba que para el Ministro ya habían pasado bastantes años desde la escena en la Ribeira das Naus, pero Charlie todavía conservaba la granada en el bolsillo del pantalón y se paseaba a gusto con esa arma pegada a su cuerpo por cualquier lugar. Un peligro. Y si acaso hubiera un estruendo y estallara, un pedazo del cuerpo del Ministro podría volar por los aires y salpicar su integridad. El Ministro se bañó dos veces, se perfumó. Había entonces pedido consejo al Ministro de la Defensa, y así empezó la larga historia de la pensión negada a Charlie 8. En ese momento, la viuda mostró su sorpresa completa: «¿Y cómo iba yo a saber de todos esos trámites? Juro que todo esto pasó inadvertido». Y, quien ahí adentro sabía lo que la viuda no sabía, dijo: entonces, el Ministro de la Defensa opinó que se solicitara el parecer a ciento once jueces, ya que, sumando todas las opiniones, eventualmente habría un parecer respetable sobre la solicitud de pensión de Charlie. Pero el Ministro había considerado esa posibilidad como un asunto altamente peligroso. Muchos pensarían que ese número tan elevado de consultas podría esconder el propósito de jamás conseguir una decisión. Seguía siendo peligroso. Entonces la viuda debería saber que al consejero del Ministro también le solicitaron su intervención. Y llovía, llovía y llovía.

Mientras llovía supimos que, cuando fue convocado para intervenir, el consejero dijo que, si fuera postergada, indefinidamente, la obtención del parecer, no habría posibilidad de objetarla. El tiempo de los hombres, según San Agustín, contiene un presente que es todo, el tiempo pasado es siempre ayer en nuestro recuerdo, y el futuro es nuestro mañana restituido en el presente. Así que se dijera que la decisión sería breve, sería nunca, porque sería mañana. El consejero era un creyente. *Ora pro nobis*. Todos estarían previamente perdonados, tiempo sin tiempo, todos querían ser justos y buenos hombres, hombres de derecho, y hombres de Estado. Pero el Ministro de

Finanças, a quien también le habían pedido consejo sobre la pensión de Charlie 8, ya que una vez consignado el derecho a la pensión a uno de los implicados, se corría el riesgo de tener que hacer extensivo el mismo privilegio a los cinco mil, con lo cual se arriesgaba el presupuesto del Estado de la nación indefinidamente, ese Ministro había aconsejado que se consultara a cierto organismo que él conocía, con un colectivo de jueces, en total once.

En Portugal, once jueces serían suficientes para no decidir cualquier cosa, durante una década o más. Once magistrados, a todos les pareció bien. Once jueces que no decidirían. Y si de casualidad decidieran, el resultado seguro sería NO. Pero había surgido una sorpresa incómoda, ya que de vez en cuando la supervisión de la protección de las altas figuras del Estado dormita y duerme. A vuelta de estafeta, había llegado la respuesta ágil de los once jueces. Era SÍ, otorgaban a Charlie 8 el derecho simbólico a una pensión por actos abnegados. Charlie 8 no quería la pensión, quería que se reconociera la existencia de un movimiento fundador de la libertad, que el nuevo Estado no reconocía. Los once decían en el documento, EXISTE. Existe fundamento. En aquel momento, la viuda, con las manos puestas sobre las rodillas, empezó a llorar: «Yo nunca supe de la decisión de esos once jueces, y lo que más me duele es que nunca le dijeron a mi marido cuando aún vivía. ¿Cómo sucedió, si no nos dijeron nada? Al menos habría sido un consuelo».

Alguien ahí adentro sabía mucho más que la viuda, alguien que estaba entre nosotros, en aquel lugar entre árboles mojados y caminos encharcados, nos lo hizo saber más. Nos hizo saber que el asesor que había abierto la carta con el documento del tribunal de los once, donde estaba escrito un SÍ, dijo que era una bomba, fue muy claro. Señor Ministro, ahora usted está solo con su consciencia. Todo esto es materia altamente inflamable. Existirán muchos procesos en sus manos, pero nunca uno con este poder incendiario. He aquí un detalle, con su demonio bastante irritado, aquí adentro, fingiendo que duerme. Usted un día, será una estatua de bronce y seguirá siendo juzgado por esto. ¿Qué puedo hacer por usted? Nada. El Ministro había pedido trompetas para iluminar su alma oscurecida por la duda. Trompetas, trompetas, iluminen mi alma oscura. Trompetas, trompetas. Sin embargo, hay personas a quienes la suerte sonrío sin parar. La mañana en que el Ministro tenía que decidir, surgieron dos peticiones dentro del mismo paquete para firma, la de Charlie 8 y la de los *pides*. Claro que la viuda no lo sabía, pero ahora se enteraba de

que habían llamado urgentemente al consejero, quien entonces andaba rezando con los animales del jardín del ministerio, admirando la formidable obra de Dios, según San Francisco de Asís. Las lindas plumas del pavorreal, el canto suave de las aves migratorias encaramadas en las palmeras. Lo llamaron a media contemplación. El consejero dijo: gracias a Dios que es así. No se trata propiamente de un milagro, pero es sin duda un regalo del tiempo, esa categoría insondable. En este caso, lo que no fue vencido por la dilación, fue vencido por coincidencia, otra maniobra del tiempo. Su excelencia puede decidir, tranquilamente, otorgar la pensión a los primeros, pues sobre ellos la ley no plantea duda alguna. Cumplieron su deber con el imperio, cuando la nación era un imperio. Pero su excelencia no puede obsequiarle la firma al muchacho de los tanques y las tanquetas, no puede confundirlo con los primeros.

«¿Por qué no?».

Entonces, el consejero pidió permiso para aproximarse a la oreja del Ministro y, en un susurro entre dientes, le dijo: ¿Puede escucharme, excelencia? Los primeros defendieron al imperio, y este muchacho lo deshizo. Claro que este argumento existe, existe, pero no debe constar por ahí. Después, con voz bien audible, ya que había un cortejo esperando, dijo: Considere, su excelencia, esta opinión como la de quien piensa todos los días durante media hora sobre el misterio de la coincidencia. ¿No es verdad que, en el fondo, usted, señor Ministro, tiene el deber de admirar al muchacho de los tanques? Entonces, ¿cómo puede juntar en el mismo paquete a unos y otros? Si su excelencia desprecia a los segundos, promulgue a favor de ellos. ¿Un acto puro de benevolencia? Así, todo quedará resuelto. Dios sabe, al ponerle esta coincidencia sobre la mesa, lo que hace. *Distinguo*. Siendo así, no los confundirá; pero no hable en público sobre el asunto, su excelencia. En este mundo no hay nada mejor que el silencio. Oro, oro puro. El silencio vale más que todas las minas de oro de Botswana. Tengo un presentimiento. ¿Qué presentimiento? Ese muchacho que su excelencia no puede dejar de admirar públicamente, pero que en privado le causó este complicado problema, debe

pertenecer al tipo de hombres resentidos y entrometidos en la historia que suelen dejar pronto este mundo. En general, a la tierra que ellos agitaron no le gusta mantenerlos durante mucho tiempo sobre su faz. Le gusta tragárselos. Una buena porción de la tierra arable se alimenta de sus huesos tiernos. Advirtió el consejero. Dios lo quiera. De este modo, se dio el reconocimiento a los *pides* y no al muchacho de los tanques, autor de aquellas pláticas prolongadas en el Largo do Carmo. Así, Charlie 8 tuvo su petición postergada. Su papel fue puesto debajo de todos los papeles en los que se iba colocando la fecha de *sine die*. Hasta hoy. Dijo quien había despertado y estaba entre nosotros, y de nuevo se preparaba para adormecer a nuestro lado. Su presencia era tan palpable que se escuchaba el roce de sus ropas en los muebles de madera. La viuda dijo para sus propias rodillas, *horrible, horrible, horrible*. Hacía más de una hora que la cámara estaba apagada, el micrófono estaba enrollado en su cablecito, puesto sobre el sofá y, aun así, fue con cautela que la viuda se dirigió a su interlocutora: «Sea como sea, la verdad es que nunca la negaron; además, aunque quisieran volver atrás, ya es demasiado tarde. Demasiado tarde. Señorita Margarida, señor Miguel Ângelo, señorita Ana Maria, en su episodio para la CBS, debe constar que no se decidió nada. Como comprenderán, hago todo lo que puedo y lo que no puedo para preservar la buena memoria de mi marido...».

Nos quedamos viendo llover sobre el paisaje arbóreo que Charlie 8 había creado, a través de la cortina de lluvia. La viuda dijo con dificultad en la voz: «Vengan cuando lo deseen, nosotros dos estamos siempre en casa».

Nos encontrábamos en medio de una amalgama.

El agua se mezclaba con la tierra. Las nubes con los árboles, el espacio con el globo terrestre. El tiempo había dejado de existir. No estábamos muertos ni vivos, ni dormidos ni despiertos. El heroísmo y la cobardía dormían en los mismos pechos. La historia y el olvido eran parte del mismo cerebro astuto. La humedad y la luz provenían del mismo lugar, y todo estaba olvidado cuando se decía *memorable*. Eran las cuatro de la tarde y no lográbamos salir de la casa

del vivo que amortajábamos. La viuda dijo que si queríamos, como el invierno riguroso se había presentado a mediados de marzo, cuando ya nadie lo esperaba, podíamos pernoctar en casa del implicado. Estábamos bañados por la lluvia y eso se trasminaba por las ropas. Teníamos la ropa seca pero nuestros huesos estaban mojados. La viuda dijo que si aceptábamos quedarnos en la casa de Charlie, ella iría al corral por un pollo, lo mataba en un instante y lo hacía en su tinta. Iría a la bodega a buscar un vino de la época de su marido; debía estar en el punto ideal de consumo. Nosotros nos dirigimos a Santarém, de donde ningún tren salía a esa hora. Esperamos y esperamos. El convoy que nos arrastraba corría sobre el agua como si fuera un barco demasiado largo. Los nombres que habíamos visto escritos en la casa del implicado corrían en el agua del río, y a veces formaban frases y veces perdían letras al pasar por las márgenes. Las márgenes se habían perdido. Al contrario de lo que Miguel Ângelo había querido, qué bueno que no habíamos venido en el Vitara, pues no habríamos podido avanzar en el camino. Se sabía ahora por la radio. Yo todavía dije: «Fuimos hasta el corazón de la fábula». Nuestro colega elogió el material que transportaba en la espalda, pensando que habíamos conseguido las mejores evocaciones de la mañana del veinticinco: «Y qué contraste entre la belleza de lo que la viuda dijo en *on* y la tristeza de lo que dijo en *off*...». La única que quería retroceder en el tiempo era Margarida Lota, retroceder en el tiempo, antes del principio del mundo, del principio de nuestro mundo. Era ahí, en aquel tiempo de luchas, banderas, traiciones, siglas, personas sacrificadas en plaza pública, héroes para su pequeña familia y vecinos, entronizados en retratos de rostros rodeados de cabellos y marcas, que ella se sentía bien. Había nacido para vivir en ese tiempo difícil, ese tiempo memorable. Ella misma se encargaría de enviar una copia de la fotografía del Memories para que la viuda completara su galería. ¿Cuándo nos separamos?

Ya en el andén de la estación de Santa Apolónia, yo me sentía con fiebre y Lota también, seguramente por motivos diferentes. Miguel Ângelo, cargado de mochilas y de lluvia, se curvó sobre nosotras, nos puso la mano en la frente y dijo que estábamos menos febriles que él.



XV

REGRESÉ A CASA CERCA DE LA MEDIA NOCHE Y ENCONTRÉ a mi padre sentado en el secreter. Yo entraba a la sala empapada de agua y pena, dos cargas traídas del viaje a la casa de Charlie 8. Mi padre fumaba, fingiendo escribir, y yo no le diría nada de lo que sabía sobre su autoexpulsión, ni de dónde acababa de llegar. Me acerqué a la puerta de vidrio, como lo hacía cuando era niña, y él me hizo una señal para que avanzara, contrariamente a como era antes, cuando escribía su crónica *Devir & Dever*, Rosie Honoré aún vivía en casa, y a él le decían el hombre que leía el futuro. «Ven aquí, Ana Maria. Entra, ven a ver». Dijo António Machado, agitando su mano.

Pensé en Charlie, en su viuda y en su sala, y pensé que mi padre también ya debería haber partido. ¿Por qué razón Charlie ya se había ido y mi padre no? Quien dice adiós a sus convicciones y se entrega antes de que su cuerpo se entregue, no tiene derecho a vivir: debería estar escrito en el frontispicio de todas las casas. Si él no hubiera desistido, sus convicciones seguirían siendo la sal que en aquel momento podría mantener nuestra vida, pensé yo, y no traspuse la puerta de vidrio, sentí temor de que, si echaba un vistazo de reojo sobre el *écran*, vería plasmada una baraja de cartas de solitario. En lugar de acercarme al secreter de tapa redonda, pensé en todos, del jefe Nunes a Tião Dolores, del Mayor Umbela a Ernesto Salamida, del Oficial de Bronce a *the biggest red oak*, y no quise avanzar hacia la puerta de vidrio. Pues todos habían desistido, cada uno a su manera, aunque ninguno de forma tan absurda como António Machado. «Ven aquí, ven a ver esto...». Dijo mi padre, llamándome.

No fui. No me acordaba de haber entrado al agua donde el convoy se había atascado, nosotros habíamos permanecido dentro del vagón, en medio de la noche y el lodazal. Aun cuando nos habíamos dirigido a los trabajadores que

andaban allá afuera con sus linternas, paseándolas pegadas a las vías, ni ahí me acordaba de habernos bajado del vagón, a diferencia de otros pasajeros que saltaron hacia el charco y regresaron a sus lugares llenos de valor y lodo. Pero mi ropa estaba empapada. Me senté. Mi padre se levantó, atravesó el humo y vino a sentarse frente a mí. Me acosté en el sofá. Una manta marrón fue colocada sobre mis hombros. La almohada sobre la cual antes dormían nuestros gatos pardos, estaba adosada a mi cara. Pasaron muchas horas. Sólo después entré a mi cuarto.

Me quedé ahí presa a lo largo de cuatro semanas.

António Machado entraba y salía, traía a la médica Marta, le acercaba una silla, se dirigía a la sala, quería saber todo sobre una bronconeumonía, cuántos días todavía tendría que estar ahí, qué penicilina, qué comida, qué cenar, qué inyecciones, qué cuidados. El árbol bronquial de su hija está todo inflamado. *¿Es serio? ¿El árbol bronquial de mi hija?* Su preocupación era enorme, su felicidad no tenía límites. Mi padre tenía el carro estacionado bajo los árboles de la placita de en frente, casi no salía de casa, estaba ocupado conmigo, y yo era otra vez una criatura frágil; se acercaba a mí como si me viera nacer de nuevo y como si quien nace tuviera que quedarse a su merced por un largo tiempo. Suponía mentía cuando contaba los días que yo llevaba acostada en la penumbra del cuarto, un tiempo, para él, fuera de lo normal. «Levántate, reacciona. Después de haber tenido una infección tan seria, ¿no quieres sentirte agotada? Haz un esfuerzo». Yo sospechaba que, en sueños, él se imaginaba que me quedaría acostada para siempre. Cierta día mi padre aprovechó la creencia de que poseía un termómetro natural en los labios y llevó mi mano a su boca. Mi padre me besó la mano que días antes había estado demasiado caliente. Se preocupaba y decía: «¡Está muy fría!». Acepté que mi mano se quedara durante mucho tiempo dentro de las manos de António Machado.

Fue un largo instante, aquel en que mi padre, sentado en la diagonal de mi cama, me masajé la mano como si quisiera imprimir una crónica de afecto en

mi cuerpo, un gesto que desde hacía mucho no le era permitido. Me costaba trabajo responder a su texto mudo. Desde que llegué había pensado muchas veces que bastaría un gesto de su parte, un guiño, para que yo lo correspondiera. Por eso le había dejado a mi padre la responsabilidad de no hablarnos. Después de todo, no era exactamente así, ninguna distancia nos separaba, simplemente una memoria inmensa nos desunía. Él me preguntaba: «¿Ya tomaste el antibiótico?». Y se sentaba de nuevo en la orilla de mi cama. Y ahora, como habíamos permanecido tantos días juntos, el gesto, el acercamiento, debería ser mío. Y sin embargo, eventualmente volvía al día en que cumplí doce años, y no lo perdonaba. Empecé a quedarme en la sala entre almohadas, y él traía la comida y agua: «¿Quieres que la caliente? ¿Quieres que la enfríe?». Y yo volvía al día en que la casa, esa misma casa, se había llenado de gente entrando con gritos de alegría, un domingo de verano de ochenta y ocho, con todas las ventanas abiertas, y no podía perdonarlo. Debía hacerlo y no podía. Un día que había empezado con una película de felicidad. Una imagen tan convencional de fiesta de cumpleaños que, a la distancia, daba vergüenza recordar. António Machado solía decir que en setenta y cuatro Rosie Honoré compartió la alegría de la multitud suelta en Lisboa, y pasados dos años, esa alegría se había transformado en la cara de la Machadiña. Era lo que él, Machado, solía decir cuando contaba la historia del pasaje de avión roto en pedacitos, evocada con motivo de los ruidosos encuentros que entonces se hacían entre amigos. Yo misma me sentía ser la ilustración de un alboroto agrídulce compartido con mucha gente. Nada como ser hijo de una revolución para permanecer siempre acompañado por una multitud entre la alegría y la furia. Ese día no fue la excepción. No sólo todos bebieron bien, sino que algunos cantaron a todo pulmón. A cierta altura, alguien que había hecho una estancia en ingeniería en la Unión soviética y la hacía de bajo, ya entusiasmado por el alcohol, había cantado *Los Barqueros del Volga* con una voz tan grave y ronca que parecía el grito de un barco alejándose. Papá, para aligerar la terrible sensación lírica, llamó a aquella voz el re de puerco. Yo prefería la banda del Cocas, y también hubo. Niños de mi edad corrían por la casa volteando al revés y lanzando al aire todo lo que fuera movible. Pero después de la larga comida, cuando nos quedamos solos, Rosie Honoré y António Machado tenían algo muy importante que decirme. Me pidieron que me sentara. Se sentaron frente a mí. Si ya tenía doce años, podría comprender. Quien hablaba era mi padre, mi madre me miraba enternecida. ¡Ya doce años!

No era posible, apenas ayer había nacido. Como tenía doce años, y mi educación había sido cuidada, venían ambos a decirme que yo estaba protegida de todos los males y de todas las eventualidades negativas que la vida me podría traer, y entonces, para ellos, había llegado la hora de separarse, ya que yo acababa de cumplir doce años.

Cuando uno tiene doce años la realidad circundante todavía no está definida, la rugosidad de la zona de contacto con la vida es tan porosa que el mundo exterior no existe independiente de nosotros: el mundo somos nosotros, y lo que sucede en él sucede en función de nosotros. Rosie estaba sentada a la mesa todavía repleta de platos servidos y botellas abiertas, contemplando a la hija, que iba a dejar, es decir, que iría a entregar naturalmente a António Machado, la muchachita que había cumplido doce años y ya estaba en edad de comprender que no había mejores personas para ella que papá y mamá. Sólo que mamá y papá eran criaturas de su tiempo, mamá amaba a otro hombre, y como personas educadas, habían esperado a que yo tuviera doce años para decírmelo, y querían que la noticia se diera en un ambiente de armonía, lo más festivo posible, ya que era de la fiesta de la verdad y la lealtad de lo que estaban hablando. Ellos tenían una hija cariñosa, de comportamiento irreprochable y coeficiente intelectual estupendo, por eso comprendería que en una relación de dos personas adultas, si una ya no ama a la otra, las personas no pueden seguir viviendo atadas por conveniencias. Y estaban en su derecho de ser felices, de otra manera ninguno podría hacer feliz a nadie. ¿Cómo puedes dar felicidad a los demás si no la tienes para ti misma? ¿Inventarla? Eso no se inventa. El raciocinio era de una transparencia cristalina, dos más dos son cuatro. A veces hablaba mamá, a veces hablaba papá. Ambos concordaban. Tu madre, hijita, ama a otro hombre. *Voilà*. Pero para que su hija no sufriera absolutamente nada, habían consultado al psicólogo, al pediatra, al dermatólogo, al entomólogo, al enólogo, al paleontólogo, o algo así, por lo menos eran las palabras que después, a la distancia, durante muchos años recordaba, aunque seguramente hubieran sido otras. Uno de ellos, tal vez el paleontólogo, había aconsejado que la noticia fuera dada en medio de un ambiente de alegría. El pastel de cumpleaños, dos enormes rebanadas, todavía estaban ahí. O tal vez estuviera equivocada, tal vez el consejo haya sido dado por el entomólogo. Después de todo, yo era hija de revolucionarios.

La normalidad había descendido sobre nosotros.

Por lo pronto, decían ellos, yo me quedaría a vivir en mi ambiente natural, ahí, en la Avenida da Guerra Peninsular, rodeada de niños amigos, la misma escuela, el mismo cuarto, la misma Nini viniendo por mí a las cinco para llevarme a clases complementarias, ballet, natación, inglés, y piano los sábados. Cuando António Machado no pudiera ir, iría la Nini, y cuando tuviera vacaciones, la hija se dirigiría al aeropuerto para subirse a un avión, y *zum*, se la llevaría para que pasara unos días con su madre en Bruselas, donde conocería a su otro padre. Hijita, querida Machadiña, tu mamá vuelve a ser lo que era antes de venir a Lisboa, allá irás para estar con ella. Decía António Machado. Nunca tendrás que escoger entre tu padre y tu madre, serás de los dos, en dos ciudades diferentes, en tiempos diferentes, usando dos idiomas, lo cual es una fortuna, hacerse bilingüe. Todo lo hemos previsto, hoy cumpliste doce años. Y si tienes pesadillas, se lo dices a tu padre y él te llevará al médico, si me extrañas, se lo dices a tu padre y él te pondrá en el avión. Tú no sufrirás nada. ¿Es cierto o no, António Machado? Y yo me acordaba que los veía a los dos y pensaba que el amor se había muerto. El amor nunca había existido. Todo era mentira. Era necesario borrar de todas las páginas esa palabra, borrarla allá donde alguna vez hubiera sido escrita o estuviera siendo proferida. Borrarla de los libros y las piedras. ¿Habría todavía alguien profiriéndola? Él y ella, sus abrazos, el amor que yo conocía entre ellos, los pasos en puntas de pies de Rosie Honoré, los grandes besos que se daban frente a mí, lo que hacía que yo me lanzara contra ambos, gritando de irritación, sin saber cuál era mi lugar entre los dos, queriendo regresar a un lugar íntimo entre ellos, a un lugar en alguna parte, sagrado, antes de mi existencia, pero todo eso era mentira. Ellos se iban a separar. Sin pleitos, sin coraje, sin traición, sin pasión, muy educadamente. Es lo que yo digo, cuando se tiene doce años, la realidad presenta una cáscara tan fina en contacto con nuestra piel, que todavía no es posible desprenderla. Apenas se jala una punta, la carne de la realidad viene atrás. Fue el día en que cumplí doce años. Durante no sé cuántos días, viví un sueño de duplicidad y cambio, una especie de aventura que se producía, y de donde yo creía que podría obtener un bien cualquiera, aunque indefinido. Pero la mañana en que la mujer de António

Machado partió en un camión, y se fue a través del Alentejo, España, toda Francia y Bélgica a la vista, con sus pertenencias metidas en cajas atrás, como yo jamás oí decir que alguien lo hiciera, y me dejó un mapa a colores para que yo viera por dónde ella iría a pasar, según el psicólogo le había aconsejado, yo nunca más quise ver a Rosie Honoré Machado. Nunca más. Ella vino a verme varias veces, pero yo no la vi. Y durante mucho tiempo tampoco quise hablar con António Machado. Mi padre redobló su vigilancia sobre mí, pero donde él construía un puente protector, yo levantaba una muralla con almenas y vigías implacables. La realidad se tornó osca, mi sueño se hizo de *écrans* con preferencia por disparos y bombas, aviones lanzándolas sobre ciudades y destruyendo todos los mapas, Europa, África, Asia y Estados Unidos de América. Ése era mi tema de interés y mi motivo de conversación. Siempre que fuera algo destructivo, todo me interesaba. No buscaba justicia alguna, esa idea melosa de que existía un equilibrio entre los dos lados de la balanza, era mentira, no existía. La Geografía era una ciencia que se estudiaba teniendo como meta los lugares donde estallarían bombas. Quería muchas bombas, bombas escondidas en el chaleco, en los zapatos, bombas en los cinturones, en las mochilas o, simplemente, bombas en mi mano. Sólo me interesaban los muchachos y las muchachas que también las tuvieran. Bombas en la imaginación. Yo sabía que podría no haber sido así, pero había sido así. Otra Machadiña en mi situación se desplazaría entre la Avenida da Guerra Peninsular de Lisboa y el Théâtre Bernhardt de Bruselas, cantando y riendo. Entre dos padres, varias madres, hermanos mayores que ya hacían teatro, cantando y riendo. Yo no. António Machado y Rosie Honoré no eran responsables por el temperamento que la naturaleza me había dado. El día en que me habían concebido, no le habían pedido al ángel de la anunciación *une petite bête toujours enragée*. Era un hecho, yo no quería volver a verla. Y así, Rosie Honoré se fue para siempre.

Mientras tanto, António Machado, llevaba a una y otra mujer a casa, pero era evidente que no quería a ninguna de verdad. Las despedía con la facilidad de un patrón temporal. Pero era tan educado, tan revolucionario, que describía a sus amantes por el teléfono, para que Rosie Honoré le aconsejara sobre el asunto antes de despedirlas. ¿Ahora, cómo le hago con esta? ¿Qué le digo? Era más que evidente. Mi padre nunca dejó de amar a su mujer. Iba a verla a Bruselas, regresaba hablando de ella, de su compañero, de los hijos de él,

todos eran gente de teatro como ella. Rosie había hecho bien, era su mundo. Que se quedara entonces en su mundo. Era irreconciliable. Yo siempre me rehusé a visitarla, y nunca pedí que viniera a verme. Creo que el paleontólogo, o el entomólogo, tal vez el psicólogo o el dermatólogo le habían aconsejado que no me presionara. Y tal vez el hecho de que me respetaran de esa manera también fuera revolucionario, ya que caminar al frente de la modernidad es el principal deber del hombre y la mujer absolutamente modernos. Lo que causa daños en ellos mismos, claro. De otra manera, ¿cómo se sabe que se es moderno? Pero ahora, dieciséis años después, yo estaba convaleciente, mi padre abría la ventana y quería que fuera a ver la calle: «Ven a ver cómo la avenida se lavó...». Yo decía, ya voy, y obedecía, y era todo lo que podía superar, no iba más allá. ¿Qué hacer con la persona de António Machado?

Tal vez no debería haber venido.

Cautiva entre la sala y el cuarto, me asaltaba el recuerdo de la noche de la nevada cerca de Potomac River, y llegaba a pensar que no había sucedido. Otras veces pensaba que había sido una tentación. La imagen del padrino insinuando un momento de excepción, un momento en que el ángel de la armonía contrariaba a los terribles ángeles de la historia, un ángel de la belleza y la bondad que producía de vez en cuando el milagro del concierto, como él había dicho, me había convencido de cargar sobre los hombros la misión de recuperar breves momentos de sueños vividos por el colectivo de la nación, y yo intentaba hacer mi trabajo. Sólo que al descender al mundo que, en abstracto, yo pensaba encontrar ordenado, la realidad me encontró, y quemaba, empezando por la situación de la única persona de familia que tenía. Recordaba lo que había pasado en la casa de madera y vidrio, y en vez de escuchar argumentos para relatar un momento relevante de la patria de António Machado, yo veía al padrino, involuntariamente, señalar con su dedo a mi propio padre. Anda, ve a ver en qué acabó la utopía del hombre que preveía el futuro, ve, ve, mándala, que vaya allá, Bob Peterson, ella tiene una deuda que no está saldada. Aceptaba. Pero si era así, ¿cómo saldarla? Y al mismo tiempo, ¿cómo librarme de ella?

Al décimo noveno día de estar en régimen de protección, mi padre salió de casa y yo fui a su cuarto. Dentro de la cómoda había fotografías recientes de Rosie Honoré sobre quien el tiempo no pasaba. En una de ellas, bastante desnuda, ella salía del baño. Al frente, apenas una toalla arrugada. Fotografías impresas a partir de un fichero electrónico. En otra, un mensaje también impreso con el siguiente remate: *Attends-moi chez-toi. Cette fois-ci, pour toujours. Rosie. Sur celle-ci c'est moi. Toi, tu t'en rappelles, toi?* Con fecha de enero último. ¿Por qué no decirlo? Se trataba de un asalto. Asalté también su computadora del secreter de tapa redonda. Se notaba que había mensajes de Rosie borrados, pero entre los más recientes se leía la repetición de otro datado a mediados de marzo: *Je ne comprends pas pourquoi tu me repousses. Je peux venir auprès de toi, tout de suite.* El último, del cinco de abril, apenas decía: *António, tu veux mourir seul. Ok. Cherche un désert pour mourir, tu sais bien que ça sent mauvais. J'en ai marre. Rosie.* En otros mensajes a los que no había respondido, porque eran reclamaciones de reclamaciones y recados urgentes de João Fagundes de Sousa, Fagundes, mucho más fiel de lo que yo suponía, pidiéndole a mi padre que fuera al periódico, a finanzas, por los registros de esto y de aquello, agregando, en mensajes posteriores, que él mismo, con sus propios pies, había ido a todos esos departamentos para pedir los papeles, después de que el *dossier* ya estaba completo, y por fin, explicando que le había dejado el volumen en la portería, que sólo tenía que ir allá, firmar al lado de las crucecitas, doce veces, y dejarlo en el mismo lugar. En el último mensaje, día dos de abril, Fagundes se desesperaba: *Hombre, ve al médico. Aunque también puedes irte a la m... Y entonces ya no te fastidiaré más. Punto final. João Fagundes.* Eran seis o siete mensajes, sin respuesta, pero tampoco habían sido borrados. Desconecté la computadora, cerré el secreter y regresé a mi cuarto. Ahí venía António Machado subiendo por el elevador. Me quedé escuchando la llave girando en la cerradura, escuchando sus pasos, entendiendo que se detenía junto a la puerta, que llamaba y entraba trayendo noticias de afuera, simples, pero que servían para intercambiar palabras. Yo lo espiaba, él me espiaba. Éramos dos espías. A veces mi padre pensaba que yo estaba durmiendo, entraba y salía del cuarto con el desvelo de un cuidador feliz. «¡Ya está mejor, doctora Marta! Está durmiendo. Hace cuánto, no sé...». A veces lamentaba haberme quedado acostada en el sofá esa noche lluviosa, con la ropa mojada hasta los huesos. Yo sabía que él quería preguntarme ¿Dónde estuviste? ¿Por

dónde andabas? ¿Con quién fuiste a hablar y qué sucedió para que te pusieras así?

Pero yo no le iba a contar a António Machado que habíamos estado en la casa de la viuda, y que antes yo había asaltado su archivo y consultado los *dossiers* relacionados con Charlie 8, que entre las hojas desordenadas había encontrado varios documentos, entre ellos la copia del documento de los once magistrados, obtenido dos días después de haber sido enviado a sus destinatarios, destinatarios que lo guardaron *sine die*, esperando que el opaco velo del desvanecimiento hiciera que todo se olvidara. Y António Machado sabía todo desde el principio, y por eso leía el futuro sobre Charlie como sibila. Había sido muy difícil ir a casa de Charlie. Parte de lo que yo sabía, la viuda no lo sabía. Ella hablaba y yo escuchaba la voz de Charlie. Ella no hablaba, y yo oía la voz de Charlie. Él se levantaba de su tumba y nos hablaba a los tres. Nosotros tres estábamos enterados de lo que le preguntábamos a la viuda. Nosotros teníamos copia de las copias que la viuda no nos daba. No era necesario. Tú lo entendiste todo, António Machado. Te diste cuenta de lo que significaba la singularidad de Charlie 8 frente a un tiempo mañoso. *O mísero e mesquinho que sem coroa foi rainho*. Título de una de las últimas crónicas sobre él, cuando ya estaba en marcha la coronación póstuma que le hicieron. Mordaz, muy mordaz, por cierto, esa crónica tuya de sábado. Estuve hurgando en la montaña de tus papeles, cajas apiladas dentro y debajo de los armarios, pero dejé todo en el mismo lugar. No te darás cuenta de nada. No te diste cuenta. Nunca te darás cuenta de nada. Ya habían pasado dos semanas y media después del viaje a la casa de Charlie 8, António Machado no se daba cuenta de nada y yo todavía estaba metida en mi cuarto.

No quería salir de sus paredes.

La voz de Charlie no salía de mi pensamiento. Por las paredes del cuarto pasaba la figura de la viuda luchando por la sobrevivencia de Charlie, sentada sobre su memoria, defendiéndola, esperando más puentes, más plazas, más lápidas con su nombre, más libros y películas sobre Charlie, tejiendo su mortaja de viuda tejedora hasta que el país quedara cubierto por su nombre y

por el recuerdo de su ejemplo, trabajando en su empresa poco a poco, si ofender, sin reivindicar, jamás levantando la voz, diciendo la verdad sólo cuando estuviera a salvo de grabadoras de sonido. Así, la selección del testimonio de la viuda había quedado naturalmente hecho. Era feo lo que había sido omitido, era bello lo que había quedado grabado. Por mí, yo no iría más allá. Sumergida en la penumbra, llegaba a la conclusión de que no valía la pena seguir con las otras figuras registradas en la fotografía del Memories, teníamos material suficiente. A veces, en las mismas paredes, yo hacía películas a partir de los encuentros que habíamos tenido. Proyectaba El Campeador montado en el alazán, galopando junto a las olas, interpretando *El Héroe del Mar*, tal vez ahora para la Rai Uno o para la ZDF. Y pasaban las imágenes festivas de Ernesto Salamida y su madre, su diálogo fantástico, en el que se reproducían frases de canciones populares de las más obscenas que se escuchaban en los mercados de Portugal, entre ironía, abdicación y fantasía. La madre del licenciado Salamida, ¡ah! Su madre, qué bella, qué bella. Pasaban todos por las paredes de mi cuarto. Y yo lamentaba que nunca más volviéramos a saber unos de los otros. Hiciéramos lo que hiciéramos con aquellas imágenes, volviéramos o no atrás, en el estudio de la Príncipe Real, en relación a la vida, eran solamente viajes a ciegas, no tenían continuidad. Y pasaba Umbela, los dos encuentros con él, y del segundo, el encuentro que no había sido grabado, yo escuchaba los pasos de cuando el general brigadier, con pistola en mano, bajando la escalinata del instituto, amenazando todo y a todos para defender su honra. La misma mano insegura que había dejado caer, con un estruendo, la tetera, yo fantaseaba. ¿Y si Umbela ganara otro de los nueve procesos? ¿Y si consiguiera aquello que pretendía, que todos los noticiarios, periódicos y radios, que según su relato lo habían deshonrado, pronunciaran o escribieran junto a su nombre la palabra *impoluto*? Ojalá, pensaba. Y proyectaba a Tião Dolores deambulando en aquella casa despojada. Necesitaba saber qué pasaba con Tião Dolores. Por las paredes de mi cuarto adornado con el cartel del *Théâtre du Feu*, veía cómo su pie arrastraba el tazón de altramuces, y algo me decía que no era sólo la maniobra de un cretino aquello que habíamos presenciado. Esas imágenes, y nuestras carcajadas, se proyectaban también por las cuatro paredes del cuarto. Y pasaba el jefe Nunes, allá en el antiguo Memories, diciendo que jamás haría una declaración, porque había sido un testigo pasivo, no un autor de lo sucedido. Lo veía levantarse con cofía, sin cofía, y todo se mezclaba. A veces

lo veía cabalgando en el caballo alazán de El Campeador y contaba cómo les había pedido a los militares que le cortaran la cabeza e hicieran con ella una bala, y en ocasiones El Campeador venía a pie y hacía la señal de parar. Basta, hice lo que tenía que hacer, entiérrenme vivo, pero no desgasten más mi imagen, se los pido por caridad, camaradas. Al fin y al cabo, todo lo que nos queda son imágenes, sólo imágenes, nada más que imágenes. Déjenme en paz. Era así en esos días. En la penumbra del cuarto, yo cambiaba papeles, inventaba y otorgaba papeles. El Oficial de Bronce, sensato, metódico, con refinado sentido de sobrevivencia de la especie, el guardián de la memoria me mostraba de nuevo el portafolios repleto de fotografías, recortes, cintas grabadas, muy antiguas, y volvía a ser el Napoleón de los estadios, como lo había llamado Margarida Lota. Hacía mis cuentas. Para completar el proyecto de *La Historia Despierta*, sólo nos hacía falta material de archivo, el resto estaba hecho y hace mucho rebasado, ochenta por ciento del material grabado sería omitido. Era por eso que yo mantenía en suspenso el encuentro con los poetas Ingrid y Francisco Pontais. Mi padre salía del cuarto y llamaba a la médica Marta: «Doctora, mi hija no se levanta. ¿Por qué será? ¿Usted cree que recayó?».

Del lado de allá, Margarida Lota llamaba, porque faltaba el caso de los poetas.

Qué fastidio. Por mí, sería bueno dejarlos fuera y, a favor de la exclusión, había buenos argumentos. Los poetas ocupaban el lado derecho de la fotografía del Memories, la poeta Ingrid sentada atrás de Francisco Pontais, medio tapada por él, y atrás de ella, inclinada sobre Ingrid, Rosie Honoré sonreía. Las dos mujeres del grupo sonreían. La poeta sonreía hacia la cámara de Tião Dolores, Rosie le sonreía a António Machado, del otro lado de la mesa. Atrás, de pie, los barbones, Cui, Lorena y Casares. Lorena ya desaparecido. No necesitábamos el testimonio de ninguno de ellos. De cierta manera, los poetas también habían desaparecido. Vivían lejos, en una casa de campo, dormían de día y escribían de noche, publicaban con regularidad y hacía mucho que no hablaban con los antiguos amigos. Que yo supiera, habían

de verdad dejado de hablar con António Machado. Desde el principio tenía dudas sobre la importancia de su testimonio. Ahora, después de los encuentros con El Campeador y la viuda de Charlie 8, confirmaba mi idea. Los poetas estaban dispensados.

Margarida Lota no pensaba igual. Respondía del lado de allá, ofendida. ¿Cómo no entrevistar a aquellos que podrían iluminar, por la excelencia de su lenguaje, una obra hecha de memoria? Si los excluyéramos, perderíamos mucho, ya que los poetas, ellos y sólo ellos, estaban capacitados para la metáfora, decía. A veces pienso, Ana Maria, que tú no sólo eres insensible al dolor humano, sino que también eres insensible a la poesía. Creo que sólo te sientes bien en medio del mal, o de sus efectos. Por favor, marca una fecha, insistía Margarida. Si quieres, yo misma hago los contactos con esos *zombies* desterrados allá en el fin del mundo. También Miguel Ângelo había estado revisando las últimas fotografías que había de Francisco Pontais y de la poeta Ingrid, y sentía que serían unas imágenes formidables. Lo malo era que el tiempo estaba pasando, pasando. ¿Qué no te das cuenta? Era una pena que el tiempo pasara, ya que, a esa altura, ellos mismos, *Lota & Ângelo*, empezaban de nuevo a estar relacionados con reinas y príncipes europeos que venían a vender medicamentos y zapatos ortopédicos a Portugal, cuyos séquitos eran verdaderas embajadas, la república portuguesa ofrecía galas en los palacios reales, y ambos, como profesionales del medio, tenían que estar allá. Me resistí, hasta que Bob Peterson surgió en el *écran* con cierto humor preguntando si mi árbol bronquial ya había dado frutos. *Your bronchial tree*. Pero no hablaba desde Washington. Se encontraba en el lado opuesto, había volado a Irak, donde los atentados se multiplicaban, día a día, para sorpresa de muchos, no de Bob, y llamaba desde uno de los patios del Hotel Palestina. Estaba decidido. Mientras más botes de basura de la historia se vaciaban en determinado lugar de la tierra, más le parecía importante que algo positivo fuera recordado en algún lugar, allá donde hubiera ocurrido. *Faster, faster, faster...* De repente, la comunicación se interrumpió. Entonces Bob envió un mensaje escrito, pero no de tres líneas, con la mención del *blue jay*. Un mensaje tan lacónico que sólo podía ser suyo. *Be fast, please! Bob*. Bob era así.

No valía la pena posponer, mucho menos alimentar la desconfianza de Bob Peterson en relación a mi cumplimiento. Entonces, de acuerdo, iríamos a la

casa de los poetas en los primeros días de mayo. Pero mi padre, cuando salí del cuarto y volví a la normalidad, regresó a su nube de humo y redujo sus charlas. Yo lo sabía, él había vivido cuatro semanas de felicidad, y ese tiempo había llegado a su fin.

Fuimos a la casa de los poetas.



XVI

LOS POETAS HABÍAN PEDIDO QUE EL ENCUENTRO FUERA a la hora del crepúsculo, una petición demasiado imprecisa que nos llevó a la confusión, habiendo aparecido nosotros en el lugar, por insistencia de Margarida, a la hora del ocaso. Pero la hora del ocaso no es la hora del crepúsculo, y esos conceptos deberían entrar a nuestra vida con un poco más de rigor. Habituada a la puesta de sol en zonas abiertas, yo sabía que después de que el sol desaparecía, el halo luminoso todavía duraría por algún tiempo. Fue así como pudimos ver la casa de una planta cubierta de enredaderas sumergirse en la oscuridad. Habíamos recorrido doscientos ochenta kilómetros sin parar, deseábamos salir para desentumecer las piernas, sin embargo, permanecemos encerrados dentro del carro sin que de la vivienda proviniera la más pequeña señal de vida, hasta que poco a poco algunas rendijas empezaron a iluminarse. Aun así, tendríamos que esperar. A esa hora los poetas se estarían bañando, seguirían con su *toilette* y su desayuno, horario durante el cual las personas acostumbra a cenar. Fue cerca de las veintiuna horas, correspondiendo en horarios corrientes a nuestras ocho de la mañana, cuando una ventana fue abierta y atrás de los vidrios surgió la silueta de Francisco Pontais.

Sabíamos a lo que veníamos.

Algunos hábitos de aquellos poetas, en el transcurso de los últimos tiempos, se tornaron públicos. Ellos mismos explicaban que cambiar el día por la noche

había sido una costumbre entrañable, poco a poco fueron acostándose cada vez más tarde, levantándose cada vez más tarde, hasta llegar a aquello, a la inversión completa del horario. Así lograban que nadie los importunara de las seis de la mañana a las doce en punto, periodo durante el cual se concentraban plenamente, y reservaban la primera parte de su vigilia para mantener los escasos contactos sociales que mantenían. La tarde de los otros era para ellos la madrugada. Justamente por eso, pasara lo que pasara, sólo salían de noche y sólo recibían por la noche. La noche de los otros era para ellos el día. Nosotros, fuera del carro, esperábamos. Hasta que la inmensa figura de Francisco Pontais surgió en la puerta, haciéndonos una señal.

Entramos, y sólo entonces, en la sala iluminada, yo vi realmente a Francisco Pontais, es decir, volví a ver su figura. Nos encontrábamos en una habitación espaciosa, repleta de objetos en miniatura y asientos bajos, sobre los cuales no sabíamos cómo sentarnos hasta que descubrimos el ángulo adecuado, pero una vez acomodados, vimos que no era malo, sólo que la inversión de las horas se tornaba perturbadora. Del cuerpo del poeta, o de alguna parte de la casa, emanaba un olor a baños matinales al que se sobreponían aromas de café y pan tostado. La combinación se tornaba demasiado doméstica, algo demasiado íntimo nos llegaba sin necesidad, y mientras Margarida exponía los motivos del encuentro, yo no podía dejar de pensar en el efecto oneroso del paso del tiempo sobre el cuerpo a partir de determinada edad.

Francisco Pontais no me reconocía, yo me acordaba andar en sus brazos, me acordaba de su rodilla redonda sobre la cual cabalgaba, de su barba negra donde ponía mis dedos, de su voz abaritonada que hacía grandiosa cada palabra que dijera por más común que fuera. *Al piso, ¡ya!* Me parecía entonces la orden dada por un trueno. Me acordaba de ser levantada por sus manos fuertes y de su olor a puro picante. Si no hubiera sido por Miguel Ângelo que nos mostró copias de fotografías recientes, yo tampoco lo reconocería. Lo único que me animaba era la idea de que Margarida Lota, quien no lo había conocido antes, estuviera fascinada con la proximidad del poeta, viviendo en el inicio de aquella sesión el entusiasmo que acostumbraba a mostrar en los momentos finales, con los otros entrevistados. La fascinación, que yo no tenía, vivía en ella. En aquel momento, el silencio de Margarida significaba una reverencia. Dispuestos como era habitual, los tres seguíamos esperando. Fue

el poeta quien habló primero.

«Estoy a su disposición». Dijo Pontais. «Mi mujer ya viene». Mientras tanto, el poeta trató de espiar hacia el interior de la habitación contigua. Tenía una condescendencia masculina al referirse a la mujer. «Ingrid tiene un ritmo diferente al mío, se demora un buen tiempo en tomar su desayuno. Ella aprovecha la hora matinal para esbozar anotaciones sobre las ideas que le surgieron durante el sueño. Se prepara para su día de trabajo».

El poeta sabía que nos impresionaba, pues cuando decía la palabra *día*, miraba hacia la ventana, por donde entraba el espectáculo exterior de la noche en pleno cuarto creciente. Cuando Pontais miró hacia el lado opuesto, fue como si sus ojos trajeran hacia él a la poeta Ingrid, aquella a quien mis padres designaban en la intimidad como Varita Mágica. A propósito, pronuncié mi nombre, sílaba por sílaba, y por primera vez desde que había iniciado la operación para Bob Peterson, habría querido que por lo menos uno de aquellos dos memorables me reconociera, tan cercanos míos que habían sido. Sin éxito. Pero yo entendía. Los escritores eran personas que necesitaban concentrarse por completo en los movimientos de su vida interior, no podían dispersar sus sentidos por el mundo que los rodeaba, en especial el mundo de la gente insignificante, como era mi caso o el de mis colegas. En ese momento, ya la poeta Ingrid se sentó en una silla de bambú que rechinaba bajo su cuerpo. Ligerísimo cuerpo. Ya que mientras el poeta adquiría bastante peso, ella había adelgazado. Sin embargo, la Varita Mágica conservaba su belleza casi igual. Por lo menos su cabello, humedecido por el baño, le caía hasta la cintura, como antes, y sus mejillas, angulosas, guardaban sus ojos ágiles que conservaban un brillo vivo. Tantas veces que ella había jugado conmigo sentada en el suelo, hablando despacito, haciendo voz de niña para aproximarse a mi mundo de miniatura. Tantas veces. Pero no, ahora no me reconocía. Sus ojos mariposeaban sobre nosotros tres, sentados en banquitos, posándose sobre todo en Margarida Lota, que de vez en cuando citaba pedazos de versos de uno y de otro, versos leídos recientemente, y que ella había memorizado a propósito, impulsada por la ilusión de poder conocer a sus autores. Llegó al extremo de decir: «*Porque nós vos amamos*». Resistente a tan expresivo estado de admiración, Pontais quiso seguir adelante, quiso conocer el nombre de cada uno de nosotros, encantándose con el apellido de Lota. Un nombre que provenía de las faenas marinas, la zafra del mar, la

abundancia de la vida, el alimento de los hombres. Y también llegó mi turno. Fue la varita Mágica quien preguntó: «¿Y tú cómo te llamas?». Yo dije de nuevo mi nombre, impresionada ya no por la pregunta ornamental sino por su figura sin apariencia de ruina.

Tal como su antigua amiga Rosie Honoré, la poeta se adaptó al tiempo, conservando su agilidad mental intacta, y sin embargo no me reconocía, ni siquiera cuando durante la charla mencionó el nombre de António Machado. No era de admirarse, António Machado era gente, había sido gente, había producido océanos de prosa sobre el devenir, lo que en pocas palabras se llamaba futuro, casi siempre había acertado en su horoscopia sobre los sucesos de cada semana del mundo, pero todo eso había sido pasajero, a pesar de haber durado décadas, y ahora ese periodista no era nadie, dejó de serlo el día en que tocó retirada, quedó abandonando a su escritorio, en un ataque de furia. Ese día, su nombre desapareció de todas las páginas, y de él había quedado en los portales evanescentes poco más que un epitafio. En lo que se refería a los poetas, el estado de su perdurabilidad era muy diferente. Su permutación con los espíritus no sufría oscilaciones ni conocía finitud. Yo miraba el librero y suponía que Dante, Petrarca, Hölderlin y los filósofos Gramsci y Althusser estaban ahí para de noche salir de los lomos y venir a charlar con ellos. Shakespeare, envuelto en gruesas pastas rojas, creaba una densa mancha rubra, eclipsando a Hegel y a Marx, revestidos de un forro amarillo canario. También ellos enviarían a lo largo de la noche sus análisis sobre los ciclos criminales de la historia, a propósito de los cuales los dos poetas escribían con la debida altura. Pero los poetas eran prácticos: «Vamos a ver, entonces, ¿para qué nos quieren esos americanos?».

Dijo Francisco Pontais.

Margarida fue explícita. Respondió que los americanos querían sólo saber dónde estaban, lo que sintieron, qué balance harían, treinta años después de los hechos, y también cual era la mejor imagen que conservaban de lo que había sucedido.

Los poetas intercambiaron miradas, el poeta iba a responder pero dejó que

Ingrid Pontais lo hiciera: «*Ladies first*». Pensando, por cierto, que desde el siglo pasado, todo amante que se preciara decía que la mujer iba a ser el futuro del hombre. La mujer, en este caso, dijo: «Si me lo permiten, voy a empezar por la última pregunta. Es el tema en el que me siento más cómoda».

Ingrid dudó, sonrió hacia los aparatos de Miguel Ângelo; parecía estar encantada por poder contar de otra manera su vida. Sonrió a Margarida Lota: «La mejor imagen que guardo es de nosotros mismos». Dijo Ingrid. «Fue muy bello nuestro encuentro. Francisco y yo no nos conocíamos, nunca nos habíamos visto, nunca habíamos oído hablar uno del otro, ni siquiera éramos conocidos. Pero aquella mañana fuimos invadidos por el mismo presentimiento y sin saber uno del otro, cada uno de nosotros pensó que su lugar estaba en medio de los hechos. Fuimos. Cuando llegamos al Rossio, había blindados por todas partes, y nada estaba decidido. Fue en medio de esa movilización que nos vimos uno al otro. Nos vimos por primera vez cuando tuvimos que hacernos a un lado para que la columna pasara entre las tiendas. Después subimos con la multitud hasta el Largo do Carmo. Y cuando el movimiento se hizo más denso, y yo quería ver lo que pasaba, y tenía que saltar en las puntas de los pies para avistar las puertas hacia donde las ametralladoras apuntaban, él me agarró por la cintura, yo salté hasta sus hombros y ahí me quedé. Yo no sabía su nombre, él no conocía el mío, pero el alborozo era tan grande que no fue necesario presentarnos. Cuando la tanqueta Bula partió con el jefe de gobierno, depuesto allá adentro, pensé que él me bajaría de sus hombros, pero me equivoqué. Agarrándome de los tobillos, Francisco corrió conmigo a caballito por toda la calle, hasta que al atravesar el Chiado me puso en el suelo y me preguntó mi nombre. Podemos decir que todo empezó ahí. Mi mejor imagen del día de la revolución fue esa». Ingrid reía hacia la cámara, Francisco Pontais sonreía hacia el hombro de Ingrid. La poeta remató: «Como ven, es una imagen banal. No hay revolución en la que una chica no salte a los hombros de un hombre. O, por lo menos, no había hasta hace pocos años».

Ambos parecían satisfechos.

Entonces la anémona preguntó: «¿Será ésa también la mejor imagen que Francisco Pontais conserva de aquel día?».

Y el poeta sonrió largamente. «De ninguna manera. Por lo que a mí respecta, y hablando con la verdad, la mejor imagen resultó de la reacción de

la policía política sobre la multitud que se aglomeraba frente a la casa amarilla».

«¿Cómo fue eso?».

«Como Ingrid ya dijo, cuando llegamos al Chiado, yo la puse en el suelo. De ahí nos fuimos tomados de la mano hasta la calle António Maria Cardoso, y cuando serían las ocho y media de la noche, pudimos presenciar el tiroteo de la policía, atrincherada en el número veintidós, sobre la multitud que esperaba la rendición de los torturadores. Fue un momento único. En medio del tumulto, vimos cómo fue baleado, justo a nuestro lado, uno de los cuatro muertos que resultaron de aquel intento de carnicería. Debo decir que de las cincuenta personas heridas, varias fueron ahí mismo, frente a nosotros. Nosotros dos salimos ilesos sólo de casualidad. Por lo demás, la sangre del pueblo de Lisboa se había derramado por el suelo, y hasta era bien pisada. Por la acera se multiplicaban las pisadas rojas. Fue ahí cuando pensé que, finalmente, ocurría algo verdaderamente honesto».

«¿Honesto? ¿Cómo?». Margarida interrumpió, totalmente extrañada.

«Mi querida joven, habíamos pasado la tarde entera en el Largo do Carmo esperando un momento decisivo, y no había pasado nada; al contrario, mucha gente subida en los árboles, un mar de mirones esperando, manojos de personas colgados de las ventanas, y eso no auguraba nada bueno. Sobre nosotros, un cielo tan pacífico que hasta de él caía una lluvia finita. A nivel del suelo, sólo las marchas de las palomas mensajeras deambulando con unos papeles debajo del brazo, una de las balas enviadas a las canteras, un general con el pecho cubierto de condecoraciones y un monóculo ensartado en el párpado, los militares adornados con ramos de flores, y en medio de todo eso, un capitán imberbe queriendo a toda costa que no hubiera pérdida de vidas. ¿Quieren una ópera militar más cómica? Ese capitán era un ingenuo, un ignorante, que podría entender de balística pero no entendía nada de política, nada de historia, nada de poesía. ¿Acaso habría leído el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*? O por lo menos ¿habría tenido noticia del discurso de Saint-Just contra el rey? No había. En mi caso, nadie me convencía de que no estábamos presenciando una farsa para que los portugueses se ilusionaran. Todavía Ingrid estaba sobre mis hombros, y ya yo sospechaba que estábamos ante un cambio de traje, no un cambio de cuerpo. Pero en la António Maria Cardoso, sí, durante una hora, yo confié en que iba a ocurrir algo digno».

«¿Se refiere al tiroteo?».

«Ni siquiera sé si pueda llamarse tiroteo a unos cuantos disparos provenientes todos del mismo lado, porque después nada relevante sucedió. Durante la noche, fueron levantados del suelo los cuatro muertos, los cincuenta heridos fueron atendidos, y todo eso como si hubiera sido obra de la casualidad, o de un accidente automovilístico, y nada más. En la calle, no hubo un solo tipo que hubiera sido separado de un pleito cualquier, ni que le hubiera metido una bala a un torturador, para que les sirviera de ejemplo. Aunque hubo un fotógrafo que sorprendió a uno de los *pides* con los pantalones hasta los pies, y puedo decirles que los clics de las cámaras fotográficas fueron los únicos disparos con dignidad que se registraron de nuestro lado. Honor a quien honor merece. Para mí, los fotógrafos fueron los grandes combatientes de ese día. El resto fue muy triste. Durante los días siguientes, el pueblo de Lisboa se rio con unas buenas carcajadas, fue consolado por la risa, y se fue a lo suyo, no tenía hambre ni sed de justicia, dos fotografías obscenas publicadas en los periódicos le bastaron. Luego, vino el elogio a las acciones pacíficas, llovían argumentos de paz por todos lados. Para mí, estaba todo dicho, la revolución se había acabado antes de que el capitán hubiera dado aquellos gritos de rendición en el Largo do Carmo. Por lo demás, fue una historia de cobardía. Uno decía, dispara, y el otro decía, dispara tú primero, y nadie disparó. No hubo pronunciamiento, no hubo golpe de Estado, no hubo revolución alguna. Es todo mentira. Hubo un paso de contra danza. ¿Quieren la mejor imagen que el poeta Pontais guarda? Aquí la tienen».

Ingrid interrumpió, conciliadora.

«Por eso mismo, Francisco, días después escribiste algunos de tus mejores poemas de esa época. Cuando los demás seguían en su idilio con el pueblo, tú escribiste poemas maravillosos sobre la desilusión que ya entonces veías aproximarse. Uno de ellos, según yo, el mejor, ni siquiera está publicado. Es el poema *Um Dia*. Un poema escrito los primeros días, cuando presenciábamos la glorificación de los muchachos y tú intuiste lo que pasaría. Aunque, la verdad sea dicha, todavía confiabas en los muchachos, y hasta te

pusiste de su lado. Se nota en ese poema».

Francisco Pontais hizo un esfuerzo de memoria pero no se acordaba. La poeta empezó a decir: «Poema un día. Un día, los muchachos serán elogiados». Y el poeta de inmediato se acordó del poema. Margarida Lota le pidió que dijera el poema epocal para la CBS, aunque su esposa lo conociera mucho mejor que él. Una buena mujer de poeta es la que se sabe de memoria el poema cuando el marido termina de escribirlo. En este caso, dos razones se sobreponían para que lo supiera de memoria, ella era mujer y poeta. Su diligencia era tan útil que Ingrid Pontais podía corregir, en el momento, ciertas imprecisiones del poema inédito. Pontais estaba preparado para recordar ante la CBS el poema de circunstancia escrito al principio de su mal presentimiento. Y lo hacía con mucha simplicidad, dada la gran distancia de la época en que lo había escrito. En la casa fuertemente iluminada, los cabellos grisáceos del poeta oscilaban al sabor de la displicencia. Como si el poema que iba a decir hubiera sido escrito por él en un estado de niño. Él declamó, burlándose de sí mismo, exagerando un gesto de recitación, un gesto de niño sobre el escenario: «*Poema un día. Un día, los muchachos serán elogiados. Pasarán entre multitudes floridas. Llevarán risa en la boca y los brazos levantados*». El poeta sonreía hacia la cámara como si el poema fuera muy ridículo y no fuera suyo. Pero, en seguida, Francisco Pontais cerró los labios, los torció completamente hacia un lado y recitó la segunda estrofa: «*Un día los muchachos serán castigados. Por los males que vendrán de los cuatro puntos cardinales. Tendrán letrinas derramadas en los portales*». También recitó con distanciamiento, y fuerte expresión de repudio, la tercera, ya que ésa anunciaba una gran decepción, y a largo plazo. La cámara estaba sobre su rostro: «*Un día esos héroes serán desconocidos. Sus nombres alineados entre cáscaras y espinas. Han de constar en unos libros nunca leídos*». Después el poeta dijo: «Y es todo».

«Disculpa, pero en ese entonces tú aumentaste una estrofa que no dijiste ahora. ¿No te acuerdas? Si no te acuerdas tú, yo la recuerdo. ¿Puedo?».

La poeta Ingrid podía decir tranquilamente la estrofa olvidada. A la mujer del poeta compete guardar por algún tiempo aquello que el poeta desea perder para siempre. Ingrid era una poeta que declamaba la última estrofa del poema de su compañero, y Miguel Ângelo se preparó para un *zoom* bien cerrado. Ingrid todavía se arregló el cabello, el cuarto creciente entraba por la ventana

en forma de una naranja chueca, y ella grabó: «*Pero un día, este día, será el día del idilio. Los muchachos no desistieron de soltar los brazos de los esclavos. Y los esclavos todavía no renegaron del color de los claveles. Todavía estamos al principio de ese día*». Cuando Ingrid terminó de recitar el último verso de la composición, el poeta movió la cabeza como si dijera, por favor, que alguien tenga piedad de nosotros. Todo aquello era muy antiguo, escrito, por cierto, en un momento de debilidad y piedad por la ilusión que a esas alturas alimentaba la buena conciencia de los muchachos. Pero dicho por Ingrid, frente a la cámara, hasta le había sonado bien. Una especie de reposo, una enorme paz se desprendía de la declamación de Ingrid. Un momento de armisticio creado por la voz de la mujer. Si la mujer no fuera el futuro del hombre, al menos ha de ser lo que siempre fue, su consuelo. Por cierto, qué bueno que la poeta Ingrid se había acordado de ese poema olvidado. *Un día*. Con poema o sin poema, se comprendía que la palabra *día* adquiriría una resonancia particular, ahí en la casa de los dos poetas. Ésa debería ser la hora en la que ellos normalmente tomaban café en el descanso de la mañana, ya que para nosotros eran las diez de la noche. ¿Felices de haber llegado al final? Sí, todos nosotros estábamos conscientes de que la lectura de aquel poema era la respuesta a todas las preguntas de los americanos, no necesitaríamos formular ninguna más. Claro que todavía faltaba el reconocimiento de la fotografía del *Memories*, pero Francisco Pontais nos llevó hasta la terraza para que viéramos la luna brillar arriba de los olivos.

De buen grado interrumpíamos nuestro trabajo.

Los perros ladraban por los lados de la población, la luz del cuarto creciente, en vísperas de luna llena, era una lluvia de plata. El poeta apagó la luz del patio y nos quedamos hablando sobre el papel del paisaje que, a pesar de todo, había desaparecido de la poesía como motivo, desde que nada interesaba más que el sonido del mundo interior reducido a su esencia. Sería un desperdicio describir el olivo. Lo que interesaba era el espíritu de su fruto, la oliva. ¿Y dónde estaba el espíritu? Era necesario buscarlo. Por eso la vida

de ambos era una búsqueda permanente. Y el hecho de despertar cuando otros perdían el tiempo en reuniones, en hoteles y palacios, les permitía entrar en furia lentamente, y controlarla bajo el látigo del silencio. Afortunadamente habían tomado la decisión del retiro. Lo que sabían acerca del rumor de la sociedad era que él venía a su encuentro, y venía mucho más de lo que deseaban. Era así, cuanto más lejos de la mundanidad, mejor entendían el mundo, cuanto más lejos de la agitación política, mejor comprendían los caminos del poder. Cuanto más lejos de los antiguos amigos, mejor conocían la inconstancia de los sentimientos, y cuanto más alejados estaban de las ciudades concretas, mejor describían el amor a las patrias. Usando palabras fuertes, toda la ciudad invocada tendría siete tetas chupadas como Roma, y los chupadores tendrían siempre los mismos labios. Para ser francos, como poetas, ya no nos interesa Lisboa. Dijo. Escribir esa palabra sobre el papel sería lo mismo que dibujarse en la frente una col portuguesa. Sólo debemos escribir sobre Roma. Divagaba Pontais en la terraza. Eran las veintitrés horas. De continuar así, viendo cómo la luna subía y los perros ladrando a las sombras cerca del camino, correríamos el riesgo de llegar a la media noche y además comer ahí. Por cierto, la poeta, preparándose para renunciar a su mañana de trabajo, ya nos invitaba para la comida de la medianoche, pero nosotros no aceptamos, nos esperaban casi trescientos kilómetros de viaje. Y todavía nos faltaba una cuestión. Desenvolví la fotografía del Memories sobre la pequeña mesita de la terraza y los poetas Pontais se inclinaron sobre ella, pero siendo la luz demasiado opaca, era necesario regresar a la sala. Regresaron.



Los poetas se sentaron lado a lado, y empezaron a cuchichear entre sí.

No eran indiferentes a lo que veían, muy al contrario. Reconocía y databan la imagen sin necesidad de revisar el reverso del marco. Ingrid usaba una bolsita

hindú a la cintura, y de dentro de ella sacó un pañuelo. Contuvo un sollozo. Pontais le pidió a Miguel Ângelo que no grabara. Hacía tiempo que no veían aquella fotografía, que representaba un marco en sus vidas, y tal vez por esa carga demasiado fuerte, ellos nunca habían querido tener una copia. ¿Dónde la habíamos encontrado? Preguntaron, pero no esperaban la respuesta. El poeta nos miraba como si estuviera hablando del óbito de un antiguo ser querido. Dijo: «Fue un momento decisivo en nuestra vida. Sabiendo lo que hoy sé, yo habría procedido exactamente de la misma manera, saldría de nuevo por la puerta». Ingrid, con los ojos derramados, lo contradijo: «Pues yo, no. Si volviera el tiempo atrás, yo no habría salido del Memories, y habiendo salido, rápidamente regresaría. Sabiendo lo que sé, aquella noche, yo no abandonaría el Memories».

Entonces los poetas iniciaron una mansa discusión, que nosotros presenciábamos entendiendo que, si lográbamos unir las puntas de sus narrativas, podríamos encontrar, en aquella casa de campo perdida entre montes, la respuesta que nunca habíamos obtenido. Ingrid y Francisco Pontais se habían sentado a una mesa larga, nosotros, frente a ellos. Pero seis años han transcurrido desde ese momento. ¿Será posible reconstruirlo? Difícilmente. De lo que iban diciendo uno al otro se desprendía que la noche del veintiuno de agosto habían entrado al Memories por casualidad. Habían pasado por las Portas de Santo Antão para celebrar el enlace de António Machado con la actriz belga que había renunciado a regresar a su país por amor. Por amor a António Machado. Estaban los cuatro en un rincón cuando vieron entrar a unos veinte de aquellos muchachos que ocuparon la larga mesa que decía *Reservado*. Uno de ellos se habría aproximado para invitarlos a que se incorporaran al grupo. Habían aceptado porque había textos para desmembrar y unirlos en uno solo, un programa de acción directa y práctica para sacar al país del caos. Además, había varios, con versiones antagónicas entre sí, pero no hay antagonismo que no se pueda resolver con palabras, siempre y cuando se use el mismo alfabeto. Según Ingrid. Y Pontais redactaría el texto síntesis, durante la cena, reuniendo aquellos opuestos. Ya había salido gente, el núcleo duro se iba quedando. La dificultad estaba en que en cada papel reproducía intereses diferentes de varias partes del mundo. Sobre la mesa del Memories, había un mapamundi de intereses. Querido Francisco, el documento de Lorena venía directamente de la Unión Soviética, el documento del Cui venía del

grupo de China, el documento de El Campeador venía del mar, de muy lejos entre el mar de Cuba, el de Suecia y de Libia. Querida Ingrid, el documento del Oficial de Bronce venía de los Estados Unidos de América, y tal vez había sido arrojado, unas horas antes, en el despacho de Frank Carlucci. Querido, éramos unos niños, y lo sabíamos, pero no podemos decir que no teníamos el destino en las manos, era sólo escoger. Querida, justo ahí estaba el conflicto, yo trataba de encontrar una buena redacción final: si no había existido ninguna revolución, por lo menos que hubiera un texto digno. Teníamos tantas esperanzas, que llamaron Tião para retratar el momento en que se firmó el documento síntesis. Estábamos en buen camino, como aquí se ve. Según decían ellos, esa sería la primera de las fotografías históricas, la de la nota al pie: *Durante los trabajos*. Salamida, que anduvo de monje en la comunidad de Foucauld, y andaba siempre bendiciendo esto y aquello, estuvo bendiciendo la langosta. El pan de los pobres. En las revoluciones siempre hay un momento en que el pobre come langosta. Así se prepara para el hambre del futuro. Él bendecía la langosta diciendo, *Esto es mi cuerpo*. Es el gesto que está haciendo. Mi querido Francisco, no deberías haberle pedido a Salamida semejante gesto, ve lo que pasó una hora más tarde. Tampoco deberías haberle dicho al Cui que apuntara con el arma, esa manía que tenías de adornar con violencia los momentos pacíficos. Claro que el Cui la empuñó con mucho gusto, y así quedó. Y tampoco me pareció de buen gusto que dejaran a Nunes aparecer con el tridente. Aquí está él, no deja de ser un elemento de violencia en esta instantánea que debería ser pacífica. Querida, mi querida Ingrid, yo no podía adivinar, estábamos tan convencidos de que llevaríamos agua a nuestro molino que hasta Tião quiso aparecer en la primera y única fotografía, y apareció. Yo no podía imaginar que Salamida, con aquella habilidad que tiene para mover lo que no debe ser movido, levantara la tapa de la cacerola. Nadie lo podía prever.

«Pero ¿qué había dentro de la cacerola, para que Salamida no lo pudiera mostrar?».

Los poetas se percataron de nuestra presencia. Ingrid levantó los ojos de la

fotografía del Memories y dijo: «Había un corderito». Y empezó a llorar. Querida, no era un corderito, era un borrego, vamos a decirle así, para no impresionar a las personas. Querido, era un corderito. Alguien había agarrado la cabeza inocente de un cordero blanquito, sus cuatro patitas, su cola blanca, y lo había acomodado dentro de la cacerola que estaba en la mesa. Que decía *Reservado*. ¿Quién hizo eso? Pregunto yo. Querida Ingrid, hasta ahora no lo sabemos. Alguien, maldosamente, nos creó aquella situación. Según yo, y a la distancia, fue una maniobra de la KGB, también ellos tenían orejas por todas partes, y aquello era una amenaza para doblegarnos. Pero no todos lo entendieron así, y en parte por culpa de Salamida. Porque al principio nadie le atribuyó un significado al hallazgo. Desde que la cena empezó, la cacerola estaba en frente de nosotros, parecía un adorno. Cuando Salamida retiró la tapa y vimos, nos quedamos impresionados, pero no pasaba por la cabeza de nadie lo que pasó por la cabeza de Ernesto Salamida. El tipo empezó a decir *Esto es mi pueblo, esto es mi pueblo*. Y luego el Mayor Umbela lo corroboró. *¡Ay! Lo que le hicieron al pobrecito de mi pueblo*. Claro que fue un contagio. A partir de ahí, mirábamos aquello y sólo veíamos lo que no veíamos. El Bronce gritó, quítenme esa grandísima porquería de aquí, y ya. Debo recordarte, querida, que él era el único que tenía razón. Porque Casares culpó a la KGB, El Campeador culpó a la CIA, y el Cui, desafortunadamente, tuvo la idea de culpar al cocinero y a los empleados, y los llamó al frente, diciendo que se les iba a echar encima si no decían quién había llevado el animal a la mesa, y por fin fue Jaca Lorena quien tuvo la triste idea de culpar a Salamida, asegurando que sólo el estudiante de derecho sabía lo que estaba dentro de la cacerola, y por eso la había destapado, y le había atribuido aquel sentido terrible. ¿Quién podría atribuir tal significado, si no se hubiera pensado hace mucho tiempo en el asunto? Nadie. Jaca Lorena puso a Salamida contra la pared, quería golpearlo, decía que Salamida había mentido de nuevo, que ya en la noche del veinticinco no había estado donde decía haber estado. Jaca Lorena les creía a aquellos que decían haberlo visto, entre la medianoche y la una, bebiendo un *gin tonic* en la barra del Snob, sí, y él mismo habría puesto el corderito dentro de la cacerola y mentía. Y así, en vez de haber tirado los pedazos del animal, que sólo eran eso, se involucraron en una batalla inútil. Entonces salimos. Claro que estuvieron discutiendo hasta la madrugada, y no llegaron a ningún acuerdo. Ya no hubo una segunda fotografía. Nosotros salimos antes, e hicimos bien. Si en torno a la mesa todos se veían reflejados

en aquella imagen del pueblo, teníamos que demostrar que no lo reconocíamos, que semejante derrota no tenía nada que ver con nosotros. No podíamos involucrarnos en un proceso que ya estaba destinado al fracaso. A nosotros no nos gustaban los fracasos, sobre todo cuando eran previsibles. Lo sabes bien, querida. Querido Francisco, yo, al contrario, si fuera hoy y supiera lo que sé, me habría quedado. También te habría pedido que te quedaras. Estoy arrepentida. Querida Ingrid, yo no lo estoy. En esta vida, cada uno tiene lo que merece.

Margarida Lota preguntó: «Y pasados todos estos años, ¿quién les parece que haya creado esa situación?».

«Nunca lo supimos». Respondió Francisco Pontais.

Ingrid usó de nuevo su pañuelo de tela: «Querido, no digas eso, aquel corderito salió de dentro de nuestro propio corazón. La mano que lo puso ahí no tiene importancia. Hijo de nuestro propio corazón».

El día, es decir, la noche seguía.

Los poetas, ahí frente a nosotros, empezaron a hacer un balance de su vida, y naturalmente que discordaban. Para Pontais, la prueba de que había procedido de la única manera coherente era lo que estaba pasando con los demás. Todos estaban pagando. Querida Ingrid, todos ellos están pagando, y bien caro. Ve nada más el resultado. Sólo para darte un ejemplo, hace días timbró el teléfono, respondí, y supe que Tião Dolores está en cama, ya no se levanta, que entregó todo su archivo fotográfico a un instituto público que lo conservaría en buen resguardo, y pasadas tres semanas el instituto fue vendido no se sabe a quién, y el acervo ahora ya no es de él ni de nadie que se sepa. Ya vaciaron el almacén donde estaba el acervo. Nadie sabe dónde quedaron los miles de películas. Tião estuvo en la puerta del instituto, sin comer ni beber durante varios días, pero ahora fue a sepultarse a la cama. Una pena, uno de los mejores fotógrafos que hay, que había, querida Ingrid. Ahora está metido en la cama, y ni con una grúa de la Ferrostaal lo sacan de ahí. Nosotros hicimos bien en retirarnos. Todo era previsible, todos están donde deben estar. Metiéndose, uno tras otro, debajo de los muros de Roma, la antigua. Y

Umbela, querida Ingrid, ¿ves lo que pasa con Umbela? Consta que ganó dos procesos contra el Estado, pero ahora no sale de las puertas de los periódicos exigiendo que sean divulgados desmentidos, difundidos por los mismos servicios, en los mismos horarios, y publicados en las mismas páginas, y con las mismas líneas con que lo insultaron. Con una Walther en la mano. No va a ser fácil. Tendrá que empuñar muchas pistolas porque promovió nueve acciones en el Civil de Lisboa. ¿Ganó dos? Le faltan siete. Nosotros, en frente de los poetas, no hablábamos. Francisco Pontais apuntó hacia la figura del Bronce, de rostro muy serio en el retrato de grupo. Querida Ingrid, el Bronce. ¿sabes qué ha pasado con el Bronce? No sabes, ¿verdad? El práctico, ¿ése que pensaba que deberían tirar a la basura aquella porquería? Pasados casi treinta años, unos imaginativos inventaron que una columna militar, que tenía como objetivo las puertas del viejo tribunal de la Boa Hora, nombre de código *Cairo*, todavía no llegó a su destino. Ve nada más, querida Ingrid. Cuentan que la columna se desorganizó en la madrugada del veinticinco de abril, y pasados todos estos años, todavía no echó abajo aquellas puertas. Según los testigos, la columna, compuesta por tanquetas, varios vehículos de transporte, Panhards y otros carros de combate, deambula por la ciudad desde hace treinta años, y anda por ahí, perdida. Dicen que todas las noches, ronda y ronda. Y el Bronce tiene varios portafolios atestados de material que le envían, direcciones y testimonios de gente que escucha a la columna avanzar, mientras Lisboa duerme, con soldados que ya envejecieron, otros que ya murieron y que siguen ocupando en el habitáculo el lugar que tenían cuando estaban vivos, soldados con ropa raída, otros ya desnudos, veinte carros blindados, de color oxidado, perdidos, buscando el objetivo *Cairo*. Y el Bronce da crédito a esas declaraciones, sólo por delicadeza. Es decir, que no cree, pero como para él todo testimonio contiene una verdad, aun siendo falso, últimamente ya no hace otra cosa que no sea recoger material para la memoria. Ve en qué acabó el Bronce. Y qué decir de Charlie, ya que su viuda, querida Ingrid, que hace mil cosas para recordar a Charlie.

Los poetas seguían sentados de espaldas a la calle, pero nosotros estábamos en frente. Veíamos la luna. Naranja chueca subiendo en el cielo. No grabábamos y si grabáramos se desperdiciaría, ya que jamás podríamos transformar un discurso como aquel en un testimonio que nos sirviera. La forma en que los poetas hablaban de su refugio como una victoria de carácter,

para otros sería un monumento terminado en derrota. Para Margarida Lota se trataba de un fundamento de vida extraordinario, y habría sido una pérdida sin nombre si no hubiéramos venido. Antes de salir, sin embargo, cuando ya nos dirigíamos hacia la puerta, Margarida le dijo a Ingrid: «Y la hija de António Machado. ¿No se acuerda de ella cuando era niña?». Margarida era genial, y Margarida también podía ser un peligro. Insistió: «Le decían Machadiña». Pero la poeta tenía la cabeza volteada hacia otro óleo, y automáticamente extendió la mano: «Fue un placer verlos». Cuando dijo *placer* todavía tenía su mano en mi mano, cuando dijo *verlos* ya tenía su mano en la mano de Miguel Ângelo. Y así nos despedimos.

Se notaba que aquella era la hora de la plenitud anímica del poeta. La hora de la energía de la poeta había sido entre su madrugada y la mañana, hora contemporánea de nuestras seis, siete de la tarde. Mi impresión era que les habíamos echado a perder la noche, es decir, el día. Fuera como fuera, a nuestras espaldas, la casa de los poetas se quedaba llena de focos encendidos, y ante nosotros, apenas traspusimos los portales, se erguía nuestra noche. La noche misteriosa, grandiosa, furiosa de luz y de sombras, llena de perros riéndole a la luna, incitando a la poesía pura. Nos dirigimos rápidamente hacia el camellón donde habíamos dejado el carro.



XVII

EL REGRESO A LISBOA YA EN LA MADRUGADA DEL CUATRO de mayo podría contarse en pocas palabras. Después de la aldea, que atravesamos despacio, nos entregamos a la oscuridad gráfica de la autopista, las pesadas ruedas avanzaban en el asfalto devorando kilómetros pegadas al suelo, Miguel Ângelo manejaba tan rápido que, a veces, parecía que volábamos. Fue así a lo largo de dos horas y media. A pesar de todo, cuando llegamos al destino, no éramos los mismos que habíamos salido a media tarde. Las razones del cambio de cada uno de nosotros eran distintas, y recordarlas, seis años después, exige algunas palabras más de las que a primera vista serían necesarias.

Yo regresaba en paz. El hecho de que los poetas no me hubieran reconocido, contrariamente a lo que yo deseaba, había ahorrado algunas escenas de efusión, lo cual podría haber sido un pequeño delirio para nada; en lugar de eso obtuvimos información importantes para nuestro trabajo. Por lo demás, era agradable confirmar que los poetas fueron cercanos a mucha gente que ahora, para ellos, se había transformado en un paisaje del pasado, a donde sólo regresaban para confirmar sus propios designios. Una hermosa simplificación, convengamos, y por mí, reconocerlo era no solo esperado sino también pacífico. Pero Miguel Ângelo, como era costumbre, manejando a una velocidad exagerada, pensaba lo contrario, expresándose irreverentemente. Sin embargo, nunca lo había hecho con tal furia. Apenas traspuso la puerta de los poetas comenzó a clamar. «¡Ay! Qué decepción, qué farsa están representando aquellos dos cabrones. Finalmente, ¿qué es lo que pretenden?».

En el camino de regreso, el operador de sonido e imagen parecía haber sido atacado por un síndrome de alta severidad. Cabrones, cabrones, decía, sintiéndose vejado. Creía que aquella vivienda en la que habíamos pasado

varias horas no era un lugar para refugiarse, ni siquiera para evadirse, sino un espacio de pura diversión y refinado ejercicio de burla. Las horas vividas al contrario le parecían una maniobra de farsa para disimular una burla, toda aquella casa era un lugar de comedia donde habría un patio en la parte trasera para la práctica de la traición. El relato del día del golpe de Estado, hecho por la poeta Ingrid sobre los hombros de Francisco Pontais, una ocurrencia de narcisismo insoportable. El poema que ambos habían recitado a la limón era, para él, la prueba de que tenían razón los filósofos antiguos cuando pidieron la expulsión de los poetas del gobierno de la ciudad. ¿Quiénes eran aquellos dos? ¿Qué se creían? ¿Por qué se consideraban figuras tan alejadas de los otros? ¿Quién les confería ese estatuto de excepción en relación al pueblo? El pueblo, ¿fuera lo que fuera? El pueblo, para muchos, un cierto número de individuos que viven simultáneamente sobre un pedazo de la tierra, para ellos, por lo visto, era un corderito muerto. Un corderito muerto que representaba a todos, menos a ellos. ¿Y con qué derecho se auto excluían? ¿Quién les garantizaba que no formaban parte, forzosamente, del contenido de la cacerola como todos nosotros? Porque él, Miguel Ângelo, se veía retratado en aquel contenido. Él sentía que lo habían amarrado, maltratado, descuartizado como ser cívico, y lo que veníamos a confirmar, a lo largo de las entrevistas con aquellos a quienes llamábamos memorables, era la prueba de que hubo, tanto hacía treinta años como en la refriega que le siguió, una lucha inacabada. Pero ellos, aquellos que habíamos dejado en la vivienda de las enredaderas, se habían refugiado en un territorio alrevesado, alimentando la ilusión de que vivían en las inmediaciones de Tebas, y cuando querían, bastaba con que se irguieran sobre las murallas para, desde lo alto, enviarle recados a la humanidad entera. ¿Con qué derecho? Preguntaba Miguel Ângelo disminuyendo la marcha para hacerse oír, mientras la carretera era negra como la brea y los campos alrededor eran rubios por la luz de la luna.

Pero nuestro amigo hacía una diferencia entre Ingrid y Francisco Pontais, y su animosidad se desataba sobre todo contra el hombre.

Porque el poeta, abiertamente, había deseado una purga en las calles de Lisboa, pero se había metido en su casa para escribir poemas de indignación contra la pasividad de los otros. Por lo visto, pasado un año, le habían pedido que ayudara a redactar un documento conciliador, y él se había salido del Memories, con el pretexto de que sobre la mesa se encontraba la imagen de una víctima, lo que no auguraba nada bueno, ni como imagen del presente ni como previsión para el futuro. En el fondo, no había querido encarar a la víctima de frente, animarla y resucitarla, y era todo. Mientras, a lo largo de los años, en las calles de Lisboa, Pontais había presenciado la perversión de sus principios, y en vez de darles nombre a los vicios, había empezado a escribir poemas sobre la antigua Roma, para usar sus propias palabras. Ante las situaciones de purulencia, había sido necesario habitar entre los bárbaros para denunciar sus asaltos en la noche oscura y, después de todo, había comprado una casita romántica a la orilla de una carretera para dormir tranquilo durante las horas en que otros trabajaban. En su opinión, eran contradicciones irremediables.

Miguel Ângelo parecía querer detenerse en el carril para hacerse oír, y miraba peligrosamente para atrás, dirigiéndose a mí, pidiendo mi anuencia. Pero él tenía la palabra. Pontais, un cabrón. Si Pontais quería que hubiera tiros, ¿por qué no había apuntado él mismo? ¿Por qué no había escrito con su mano los documentos que habían faltado? ¿Y señalado a los traidores con su propio dedo? Si era la hora de desenmascarar a los embusteros del reino. Y así prosiguió. Sentado al volante del carro que volvía a manejar a una velocidad inusitada, Miguel Ângelo se convirtió en el juez implacable de aquellas criaturas que, a esa hora de su tarde peculiar, deberían estar reiniciando su trabajo de escritura y lectura, de manera que todo el paisaje humano fuera a dar al subsuelo de la antigua Roma. Sí, habíamos ido a la casa de la comedia, y si allá no habíamos reído lo suficiente, era nuestro deber hacerlo ahora, a carcajadas dentro del carro. Decía todavía, mirando el reloj. Margarida Lota no comentaba, iba muda en su asiento. El viaje a casa de los poetas, que ella tanto había deseado, la mantenía en un estado de serenidad. «Qué exageración, qué exageración la tuya...», decía de vez en cuando. Y yo pensaba en la noche de la nevada, cuando subí a la biblioteca del padrino de Bob Peterson, en Potomac River, y me encontré el acervo de las cartas portuguesas, pero no lo mencionaba en tales circunstancias. Me acordaba de

las cartas que describían una república de consternación y pena, reavivadas por el discurso de Miguel Ângelo. Para mí, estaba claro claro que desde hacía mucho la república de la pena estaba hecha de pena y no de derecho, porque en el centro de ella había gente lúcida que por arte de magia transformaba la clarividencia en desdén, que juntas parían inmovilidad y distancia. Era tan claro. ¿En qué mundo habían vivido mis compañeros? Yo no necesitaba haber ido a la casa de los poetas para confirmarlo. Conocía el proceso desde su raíz. Si había ahí una llaga, a la que todos aludíamos pero no tenía nombre propio, yo misma había huido de ella, sólo que no me gustaba hablar sobre el asunto, porque, hablando, las palabras rápidamente se agrupaban en un melodrama ridículo. De repente pensé en Rosie Honoré Machado. Ella solía decir que nuestra música de fondo era un *allegro chorante*, a medida en que Lisboa se modernizaba por fuera y yo crecía como niña. Entonces, la luna, que en la casa de los poetas me había parecido un adorno burlesco, ahora seguía a nuestro lado, bajando hacia el occidente, y me parecía que era la cara de un niño mañoso que nos miraba desde el espacio, riéndose de nuestra humilde diligencia acá abajo, huyendo a lo largo de la carretera, en la noche clara.

Miguel Ângelo, a cierta altura, paró su imprecación.

También moderó la velocidad, la carretera quedó libre para nosotros y mis compañeros empezaron una disputa mansa entre sí. El camarógrafo parecía considerar a su socia como una prolongación de los poetas. «¿Estás satisfecha, Margarida?». Preguntaba él, y ella respondía que sí, que regresaba muy satisfecha, que los poetas habían confirmado todo lo que ella necesitaba confirmar. «Así que fue una buena confirmación, ¿verdad, Margarida?». Lota respondía, hablando hacia el frente, el ruido del carro hacía que las palabras se perdieran, pero yo entendía que la anémona había confirmado su hipótesis sobre asuntos cuyo significado a mí se me escapaba. Mis compañeros de viaje me trasmitían la sensación de que poseían una agenda paralela a aquella que la CBS nos había entregado para cumplir y nada más. Me sentía ajena a su código de entendimiento. «Con que muy feliz, ¿no es cierto, Margarida?». Sí,

no tenía ninguna duda, respondía Lota. Pero, en cierto momento, enfrentando el ruido del carro, mi antigua colega se puso a hablar muy alto, volteándose con frecuencia hacia atrás: «¿Cómo no, si ellos dicen la verdad?». Afirmó. «Pueden no coincidir en los detalles, pero coinciden en los hechos principales, y eso es suficiente. Tú misma, Ana Maria, ahora ya sabes que tu madre rompió el pasaje de avión el diecinueve de agosto, dos días antes de la cena en el Memories. Supongo que para ti fue interesante saberlo».

«¿Y qué más sabes, Margarida?».

«Ya que tanto insistes, Miguel Ângelo, te respondo. También sé que Lorena, uno de los que ya no están aquí, fue quien acusó a Ernesto Salamida de mentira y traición, y que lo hizo injustamente. Después de todo, queridos míos, estos poetas magníficos no hicieron más que confirmar el clima de agresividad que se creó aquella noche en el Memories...». La anémona parecía satisfecha.

«Estás muy satisfecha por eso, ¿verdad, Margarida?».

La anémona parecía armada de una paciencia de santa, mostrándose atenta y benevolente, magnánima ante la impertinencia de su socio: «Sí, para mí fue muy importante que hayamos hablado con los poetas. Al menos, ahora, mucho de lo que nos intrigaba quedó claro, como el caso de Tião Dolores. En fin, el día que estuvimos con él, el fotógrafo estaba despidiéndose de su acervo y nosotros no lo sabíamos. Ahora sabemos por qué estaba vacío su estudio. La casa blanca despojada. Estamos refiriéndonos al fotógrafo infiltrado, a aquel que fotografió a nuestro *zar*, al que fotografió al general de *lorgnon* en privado, al que fotografió al almirante que se escondió en la alacena y la cocina, y después en el armario, al que se escondió dentro del ropero en el Quartel do Carmo...». La voz de Margarida Lota llenaba el habitáculo con el esplendor de su inteligencia y emotividad aliadas, transformándola en aquello que ella era y siempre sería, la mejor alumna de la carrera, la bella y perspicaz muchachita anémona. Volteada hacia atrás, ella decía: «Ana maria, tienes que telefonarle al entenado de Tião Dolores y preguntarle qué pasó con su padrastró. Si no le llamas tú, le llamo yo, porque la vida no termina así, sin una conclusión digna, nosotros no podemos dejar que ese hombre se quede definitivamente en la cama. ¿Será que, de verdad, no podemos hacer algo por Tião Dolores?». Le preguntaba ella a quien, a veces, pensaba que su compasión, su generosidad, su benevolencia y su confianza de que algo se pudiera remediar de ese modo, se habían evaporado. Qué bueno que existía

Margarida Lota para decir lo que yo no podía pensar. Sentada en el asiento de atrás, y en lo que a mí correspondía, yo sólo deseaba ponerle punto final a aquella historia. Ahora sí. Apenas resolviera el problema de mi padre, quería regresar al aeropuerto de Dulles, ir al 2020M Street a saludar a Bob Peterson y dejarle sobre la mesa una mochila conteniendo trescientos minutos de grabación. Un mínimo de palabras. Menos no podía ser. *It's just done, dear Bob. I did it.*

Lo hicimos, Robert Peterson, está concluido.

Pasamos por las bombas de servicio, nos despachamos gasolina pero no entramos. Después de su estado de exaltación, Miguel Ângelo volvía a su prudencia habitual. Margarida Lota regresaba circunspecta de la casa de los poetas, y creía que los escritores habían dicho la verdad, o por lo menos habían contado lo suficiente para entender lo que había sucedido en el transcurso de la cena en el Memories, refiriéndose al retrato enmarcado que yo llevaba conmigo como un objeto de brujería. No me agradaba ver aquella agitación alrededor de los brazos de Ernesto Salamida, abiertos atrás de la cacerola. La anémona pensaba en la fotografía y tenía ganas de quitar la cacerola de ahí, o a Salamida. Quitar a todos de ahí, la cacerola de ahí. El contenido de la cacerola, cuya tapa estaba pegada al florero, conmovía a Margarida Lota, ahora que Miguel Ângelo había agotado su argumentación y simplemente manejaba. Francamente, a la luz de las informaciones que los poetas habían dado, era necesario volver atrás, e ir al encuentro de la viuda de Charlie 8 para entender lo que esa mujer no había querido decir. Margarida Lota invocaba nuestra subida a la oficina de Charlie, un mes antes, y pensaba que era necesario regresar a ese lugar, permanecer allá a lo largo de una o dos horas, para impregnarnos del testimonio de aquel memorable muerto, y que lo tenía que hacer en un día sin lluvia para que las gotas de la lluvia no perturbaran nuestra recepción. En su opinión, tendríamos que ir a buscar al Ministro de inmediato, al Ministro de la Defensa, al Ministro de Finanzas y al secretario piadoso del Ministro y a los once magistrados, y enfrentarlos a todos, teniendo como objetivo una aclaración, para el programa de la CBS.

Porque lo que había sucedido con Charlie 8 había sucedido con todos nosotros. Y Margarida pensó en El Campeador.

«¡Dios mío, El Campeador!». Dijo ella, cuando el jeep rebasó tres carros.

Qué encuentro aquél. Pensándolo mejor, mientras el motor rugía, Margarida Lota creía de deberíamos haber regresado a Praia Grande, al día siguiente, para presenciar el rodaje de *El Héroe del Mar*, para presenciar su testimonio y su representación, para impregnarnos de su presteza en la forma de ver el mundo. Espíritu de niño en el cuerpo de un adulto. A veces, un niño viejo en el cuerpo de un adulto joven, otras veces lo opuesto. Deberíamos. Porque una cosa es el contenido para la CBS y, otra, el contenido que nosotros mismos tomamos en las manos para siempre, para iluminar nuestras vidas. ¿Sería verdad que El Campeador, ahora, como actor, se preparaba para interpretar Macbeth? Preguntaba Lota, volteada hacia atrás, para que yo entendiera lo que ella pensaba. Pero no le decía que yo había ido a Praia Grande, y que no había habido *El Héroe del Mar*, que, aquella mañana, El Campeador, apenas había sido sujeto de escarnio, y no sabíamos de quién. Ella insistía: «¡Ah! ¡El Campeador! El Campeador, montado en su caballo, no salía de mi pensamiento, y sin embargo, por falta de carácter de adolescente, miedo de encarar demasiado de cerca la imagen de aquel personaje, yo no quise regresar. Parece que todavía estoy viendo al alazán respingando por toda la playa, con el estratega del golpe de Estado en la grupa y el instructor al mando...». Miguel Ângelo salió del silencio en el que estaba sumergido desde sus furiosas críticas, para reírse de Margarida Lota: «¿Y por qué no fuiste? ¿Por miedo a la decepción? Sí, Margarida, en los Manuscritos del Mar Muerto no se escribía el nombre del Señor, se ponían cinco puntos en lugar de la palabra, así es lo inefable. Por eso no fuiste, yo te entiendo bien. Tres puntitos en el lugar del grandioso».

Seguíamos en silencio. La luna cada vez más al fondo, una naranja chueca lanzada al espacio. Una entidad amarilla, mansa y mañosa.

Margarida Lota rompía el silencio: «Para mí, lo que le contaron a Francisco Pontais sobre Umbela debe ser cierto. Pero ¿andaré de verdad el general Umbela con la Walther metida en el bolsillo de la cintura, con la cabeza perdida, amenazando a jueces y periódicos, si no le hacen justicia? Tendríamos que volver a ver a ese hombre y averiguar lo que lleva debajo de aquella chaqueta donde esconde la mano derecha...». Iba diciendo Margarida Lota, que parecía no acordarse de las razones por las cuales Umbela había abierto nueve procesos judiciales. Era natural. La anémona alimentaba tanta vida en su pecho que se había olvidado de lo que había ocurrido en la vida del general, aunque yo le hubiera contado la intriga que le inmovilizaba la mano y, a esa altura, ella misma hubiera querido retomar el encuentro con el nieto del latinista. Ahora se acordaba del caso, e imaginaba que Umbela, quizás, andaría amenazando a profesionales de la comunicación con la Walther accionada por la mano izquierda. Porque el general no iría a apuntar a un blanco, fuera el que fuera, con la mano inservible. Era Margarida Lota en estado de alerta total, su inteligencia asociativa a nivel veinte, en una escala de veinte.

La anémona pensaba también en el Oficial de Bronce.

¿Qué habría de verdadero en aquella historia de la vigésima quinta columna? Preguntaba ella. ¿Alguien pensaría que el Bronce era una persona sin discernimiento? ¿Cómo invertir las horas de sus días en semejante rumor? ¿El rumor de que existiría una columna automóvil dislocándose en dirección a un objetivo designado como *Cairo*, desde la madrugada del veinticinco de abril? ¿Qué columna fantástica era ésa, la descrita por el poeta? Preguntaba Lota. ¿Se trataría de una historia inventada por la sociedad resentida, o era una mera

invención del poeta? Fuera cual fuera el origen de semejante historia, era bella, muy bella la imagen. Un convoy de vehículos militares que durante veinte años no encuentra su objetivo, y a pesar de ir deshaciéndose, perdiendo las ruedas, espejos, torres, barrotes y conductores, no desiste de su propósito, y va avanzando por las calles, sin parar. Era urgente regresar a la calle del antiguo periódico *O Mundo*, y enfrentar al guardián de la memoria con ese exceso de memoria. No fuera a ser que, en la lava de la memoria, existieran elementos mezclados que hicieran que se pudriera el acervo de los cinco mil. Eso sería una gran pena, iba diciendo Margarida Lota, recordando la personalidad práctica del Bronce, el primer entrevistado del cual había testimonios clave para el programa de Bob Peterson. Habíamos atravesado el puente sobre el Tejo con esa imagen fantástica en nuestra mente. Un convoy de vehículos sin ruedas, cargado de gente harapienta, cadáveres en el interior de los habitáculos, recorriendo y recorriendo, rastreando por las calles en busca del objetivo *Cairo*. Nos quedamos callados dentro del jeep, y su recorrido sobre el puente raspaba el fondo de algo delicado. Le pasé un pañuelo a Margarida Lota. Miguel Ângelo disminuyó la marcha del Vitara hasta casi detenerse.

«¿Por dónde nos vamos?». Le preguntó el chofer a Margarida.

«Déjame allá».

El vehículo arrancó y Margarida Lota miró hacia atrás, me devolvió el pañuelo, pero, ahora, en vez de soñadora, parecía circunspecta. Miguel Ângelo, irónico, también miraba hacia mí por el espejo retrovisor. De madrugada, las calles casi desiertas, algunos carros en furia, movidos por el exceso de juventud, pasaban retumbando el aire con ruido de bomba y lata mezclados. Y nosotros, ¿qué no íbamos rumbo a la casa de Margarida Lota?

No, no íbamos.

Íbamos rumbo a Alcântara, seguimos más allá de Alcântara, subimos la colina y, al llegar a Quelhas, el vehículo se detuvo. Margarida Lota bajó y se quedó mirando al conductor. Algo pasaba que yo no entendía, me acordaba apenas de que ahí nos habíamos bajado del taxi, cuando habíamos ido a entrevista a Ernesto Salamida. Yo me pasé para el asiento de adelante, al lugar que había sido ocupado por mi compañera de equipo. Ya me había instalado y Miguel Ângelo aún no arrancaba. Margarida Lota no se movía del lugar, junto a un árbol sostenido por alambres amarrados a un palo. Un árbol de tallo fino,

pocas ramas y tres hojas colgadas. No arrancaba.

«Váyanse a sus cosas, váyanse».

«Vete tú». Dijo Miguel Ângelo. «Y a ver si te embarazas rápido, para acabar con esto de una vez por todas».

Margarida respondió: «Estúpido».



El diálogo era irreal, hecho de palabras groseras en su conjunto suprimido, y tan sorprendente que pensé que todavía estábamos en casa de los poetas, y que ellos nos habían obligado a representar una farsa y los perros ladrones eran nuestros parientes más cercanos. No me parecía verdad lo que el diálogo insinuaba, aun así, miré atrás y vi a Margarida Lota, a las tres y media de la madrugada, dirigirse hacia la calle donde vivía el licenciado Ernesto Salamida. Miguel Ângelo iba a decir algo.

«No hables». Le pedí.

Él orilló el carro dos calles adelante y ahí nos quedamos durante un rato. Miguel Ângelo parecía haberse agotado en la diatriba contra los poetas, o en el manejo a alta velocidad, en ocasiones en zigzag. Había orillado el jeep sobre una acera, y me habría gustado que estallara en contra de los escritores, en contra de Charlie 8, contra El Campeador y contra mí, que había venido de lejos para trastocarles la vida, o contra Margarida Lota. ¿Por qué no contra Margarida Lota, abierta y claramente? Porque no. Porque mi colega miraba hacia una fachada de en frente y era todo. Yo, reexaminaba la imagen de Ernesto Salamida, su camiseta de *Metallica*, la escalera de madera, la entrada con luz, sin luz, la sala a la derecha, a su madre, el chongo de la madre, el anillo de la madre, la grabación tormentosa, la madre enseñándole al hijo el arte de la sobrevivencia, el hijo queriendo perderse, la madre queriendo que él se salvara, el hijo desbocado en la invocación de la terribles canciones obscenas, la madre queriendo que él se mostrara sobrio, el hijo queriendo mostrar su imperfección, la madre queriendo que el hijo se mostrara culto, el hijo abriendo el cuarto, mostrando su estudio de dormir y oír música, su cuartito con una cama en medio de la cual se leía *Metallica* entre el estampado de dos guitarras, la madre allá adentro, sentada esperándonos con su mano colgando con el anillo de reina, y nosotros dentro del cuartito enterándonos de

que él dedicaba su vida a la búsqueda de una banda sonora que sirviera como una nueva señal. Una futura señal que sirviera a los medios del nuevo mundo. Nada de U2, nada de Bruce Springsteen, nada de eso, ¡oh! ¡oh! Nada de eso. Una banda sonora sin palabras, sin pasos, sin instrumentos reconocibles, a veces él no sabía si sería solamente un grito humano o el piar de un ave de rapiña. Él buscaba y buscaba, y en el tiempo que le sobraba, ejercía como abogado. Causas perdidas. Pero nuestra diva, aquella para la cual al nacer habían volado mi belleza, mi encanto y mi esplendor, nuestra diva de los cabellos largos, bien a principios de marzo, había dejado tirada una chaqueta junto a la silla de la señora Salamida, había ido a buscar su chaqueta y había ido a acostarse con Ernesto Salamida. Yo seguía sentada al lado de Miguel Ângelo, y el mundo me parecía obsceno. ¿Por qué me parecía obsceno? Yo no sabía decirlo.



XVIII

FUE HASTA EL TERCER DÍA QUE DEJÓ DE SER OBSCENO.

Imágenes irreconciliables empezaron a aproximarse lentamente, a unirse y a sobreponerse, formando un territorio compaginable con el mundo habitado por un sueño humano. No lo niego. En la secuencia de aquella noche memorable en la que habíamos ido al encuentro de los escritores, y de regreso Margarida Lota se había ido a anidar en la casa de Ernesto Salamida, me visitaban imágenes irreales como si hubiera fumado mariguana. Pero tres días y tres noches fueron suficientes para acostumbrarme. Pasados estos años, me pregunto en serio, ¿a qué me tenía que acostumbrar? Obscena era mi imaginación.

Imaginaba a Margarida Lota subiendo las escaleras del número uno de la Rua da Boavista, a la señora Salamida invitándola a cenar a esa horrible cocina con una estufa que recordaba el horno en el que Landru quemó a sus víctimas, la imaginaba en medio de aquellos muebles atestados de copas de cristal expuestas, con filos de oro, de fustes altos, guardadas indefinidamente, esperando ser estrenadas en una ocasión que nunca llegó, veía a la anémona siendo llevada al cuartito forrado de discos compactos, con una colcha con dos guitarras impresas, y él y ella, dos seres bajados respectivamente de Marte y Neptuno, o de lugares mucho más lejanos, tocándose por primera vez bajo el efecto de una descarga eléctrica. En realidad, yo nunca había imaginado cómo sería el rostro hechizado de Margarida por un hombre, ni cómo sería el rostro hechizado de Ernesto Salamida por una mujer. Ese trabajo de imaginación no me competía, yo había venido a encontrarlos por separado, en una reconstrucción histórica, en un trabajo estrictamente personal. ¿Por qué se entrometía un episodio de cama, y me indignaba la idea de que de esa

efervescencia resultara un hijo?

Un hijo, pensaba yo, en los tiempos que corren, la idea de un hijo, para colmo buscado, premeditado, hecho de acuerdo al reloj biológico para que un día, más adelante, se sintiera responsable de cambiar el mundo. Cambiar el mundo a partir de una canción. En los tiempos que estarían por venir, en vez de una canción, un grito, un estruendo arrancado al desorden de la música dodecafónica. Sería así la señal del futuro. Al primero y al segundo día, fui asaltada por una indisposición de naturaleza metafísica, palabra usada a falta otra mejor, y sólo para significar que mis fundamentos se arrastraban por el suelo. Al tercer día, imaginé una larga mirada entre ambos, los cabellos de ella, largos, lacios, brillantes, y los de él, largos, canosos, deshilachados, y después pensé que uno no debe imaginar la vida de los otros, sin importar las circunstancias que sean. O sea que en tres días alcancé un estado de razonabilidad, y me quedé sentada esperando el desenlace. Esperé al lado de mi colega Miguel Ângelo. O mejor dicho, fue él quien me trajo a la explanada de costumbre y me pidió que me sentara a mirar en determinada dirección, y en ese pedido Miguel Ângelo se reveló como un hombre singular. Era evidente que se sentía confundido, pero se dividía en dos, en aquel que se burlaba del sufrimiento de este otro, que era más fuerte que el primero, y sin embargo, estaba escondido. Un contrafuerte sostenía el muro frágil que existía en Miguel Ângelo. Al tercer día, al final de la tarde, el camarógrafo me dijo: «Fíjate bien en aquella esquina, que dentro de poco vas a ver algo...». Era el contrafuerte que estaba en el interior de mi colega sosteniendo el muro fragilizado. Miré. En pleno mes de mayo, una multitud en tránsito se dislocaba lentamente, contemplando los espacios alrededor. Cada ciudad tiene un centro que irradia, donde quien llega de lejos deposita sus sueños de exilio. Estábamos sentados a la mitad de uno de esos lugares de acogimiento cuyo encanto se deriva del hecho de ser un lugar doméstico y al mismo tiempo de exilio. Miguel Ângelo fingía estar atento en la larga fila de visitantes y en la belleza de la luz de la tarde, pero era un disfraz, él no quitaba los ojos de la esquina de la Rua Anchieta con la Rua Garrett. Miguel Ângelo quería sufrir con elegancia sin lograrlo. Tanto enfrentarse con la evidencia lo lastimaba y le restaba razonabilidad. Para ser superior no se necesitaba tanto. Me avisaba. «No quites los ojos de la esquina, Ana Maria, por favor, quiero que los veas surgir de allá. Es de allá que ellos suelen aparecer, por ahí de las seis, poco más o

menos, desde hace dos semanas. Me di cuenta de semejante eclosión pocos días después de que te enfermaste, como consecuencia de la inundación, cuando fuimos con la viuda de Charlie, allá en la campiña. Pero mira que tú eres la responsable de este descanso. Margarida sabía que estas criaturas existían, como toda la gente sabe, los personajes, como ella dice, pero fuiste tú quien vino a abrirle la puerta hacia este universo. Una atmósfera irreal que ella encontró hecha a su medida. Tú eres la responsable, disculpa que te lo diga». Y fingía divertirse. «Deberías ser juzgada, declarada culpable y castigada por todo esto».

Era la forma furtiva que Miguel Ângelo encontraba para hablar de sí mismo. Decía nuestro compañero de audio e imagen: «¿Qué será de ella un día? Porque la ilusión pasa, pasa, y después de pasar, todo acaba, y no será bueno. Pero ¿qué le vamos a hacer? Dice que no existe un hombre de nuestra generación que le dé un hijo como ella desea. Para Margarida, nosotros, los de su generación, no pasamos de ser un montón de castrados sin sueños. Dice que no quiere tener un hijo nuestro. Y engendró esto...». Decía el contrafuerte que existía en Miguel Ângelo. «Pero, ahora, Ana Maria, fíjate en ellos, fíjate en ella, suelen surgir de allá y vienen abrazados...». Me quedé, durante un tiempo indeterminado, mirando hacia la esquina de la Rua Anchieta con la Rua Garrett, hasta que ellos aparecieron, y aunque yo los esperaba, y en mi imaginación había anticipado sus figuras, lo que surgía caminando no era un grupo humano, era una aparición.

Fue un instante.

Ahí venía Salamida, con el brazo levantado, sobre el hombro de ella, juraría que el dedo pulgar de él sujetaba su cabello junto a la oreja, y Margarida Lota hablando, mirando hacia el rostro de Salamida, explicando algo que los hacía caminar lentamente, con ritmo, bailoteando, extasiados a mitad de la calle, después el brazo de él bajó del hombro de ella rápidamente, pasó a la cintura y la apretó contra él, cadera con cadera, cara con cara, todo ese cambio en segundos, ahí, frente a nosotros, a una corta distancia, hasta que nos dieron la espalda y empezaron a bajar por la calle, moviéndose con fogosidad y la

lasitud propias de quienes compartieron sus cuerpos. Miguel Ângelo era el guía de turistas de ese par. Explicó que la oficina donde el abogado ahora venía casi todos los días, incluidos sábados y domingos, estaba ahí atrás, por el rumbo de la Ópera. Fíjate cómo caminan, apretados, decía él. Pero debo confesar que yo no sentía conmiseración por Miguel Ângelo, porque él no lo merecía, él peleaba bien, tenía la fuerza de una catedral, un arco soportando otro arco, y yo no era la responsable. No había sido yo quien le había causado aquel supuesto daño irreparable. Yo simplemente había aproximado a dos personas de planetas distintos que se habían encontrado, en una situación que de hecho había propiciado, pero yo no había desviado a Margarida Lota del camino de Miguel Ângelo, enviándola a los brazos de Salamida. Estaba fuera de discusión. Ellos eran los que se habían encontrado y entendido, creando su destino. Ahora, después de verlos bajar la calle, en estado amoroso, me gustaría decirle al segundo mejor alumno de la carrera que se despidiera de ella para siempre, o al menos por mucho tiempo, ya que podría ser que Salamida, el desacreditado, hubiera ganado la partida. Bien podría ser. Personas iban y venían, lentas, encontrándose, desviándose y parando, mientras ellos parecían dislocarse bajo un capelo de vidrio que los exponía a la mirada de los demás, al tiempo que los protegía de todos los males. Ese mensaje de intocabilidad que los amantes recientes ofrecen, alejando de su comitiva a los defensores de lo precario y a los anunciadores de la tristeza. Creando un mundo nuevo completo que gira invencible en dirección al futuro. Para ser franca, la imagen de Margarida Lota y de su amante me confundía. Miguel Ângelo no me pedía tranquilidad, no era necesario. En su arenga defensiva, apenas creía que no éramos buenos en lo que hacíamos. Nos habíamos involucrado en un caso que no nos interesaba, cargando sobre nuestros hombros la vida que había sido de otros. Una época que había sido la de nuestros padres y que nosotros habíamos cargado sobre nuestro lomo por equivocación ¿Qué tipo de profesionales éramos nosotros? Una confusión de planes inadmisibles de la que Margarida Lota, a partir de ahora, era un símbolo. Un caso de contaminación deontológicamente condenable. A final de cuentas, no éramos profesionales, no éramos nada. Decía Miguel Ângelo. Era la forma que el operador de audio e imagen encontraba para salir de la escena incómoda. Mientras tanto, al fondo, Lota y el abogado había desaparecido. Aunque era como si todavía estuvieran bajando a pie, rumbo a una planicie donde todos los seres fueran amables. Y fue así, al terminar el tercer día. Ya

nada era obsceno, cuando cayó la noche y las luces se encendieron en las lámparas de la Baixa.

Por lo demás, todo estaba bien donde estaba.

El valor que debería existir en mí estaba todo en Margarida Lota. La osadía, también, la agilidad, también, mi inocencia estaba en ella, mi ausencia de sentido del ridículo había pasado a ella, la alegría de desear darle niños al mundo estaba toda en ella. En mí había quedado la ansiedad de una grandeza sin límites que me llevaba a los lugares de la violencia y la disputa. Por eso yo había escogido ser reportera de violaciones, asesinatos, robos, estupro, batallas, y me sentía bien en medio de los desiertos, y había tenido mi hora de fama, a los veintiocho años, narrando para los seguidores de la CBS, cómo dos gemelos, nuestro chofer y nuestro traductor intérprete, habían sido degollados, y cómo el cuerpo de uno de ellos había caminado hacia nosotros por el arenal. Yo había hecho ese relato sin emoción, con brevedad y decencia, y como tal había sido elogiada por mis pares. Sí, tal como Bob Peterson, nosotros dos, para ser felices, queríamos que el mundo estuviera todo entero en conflicto para relatarlo con decencia. Para desmenuzar ante la cámara el conflicto. Si fuera posible, anunciaríamos una guerra cada madrugada para que a la hora de la comida pudiéramos reseñarla. Con frialdad y elocuencia sobria, los galardones de nuestro arte. Pero ellos, aquí, en la ciudad blanca, pacífica, llena de signos de paz y rositas para coronarse, habían bajado la Rua Garrett abrazados, vistosos, ella como modelo, él un maduro y extravagante marido, haciendo girar la cabeza de unos cuantos, impresionados por el parecido y por la diferencia que los unía. No tenían nada de obsceno. Concluí al tercer día. Todo estaba en su debido lugar.

Después, tomé algunas decisiones.

Por esos días, Margarida Lota faltaba, vivía entre su casa y las inmediaciones de la Ópera. Miguel Ângelo hablaba poco del asunto, pero se notaba que deseaba terminar aquel capítulo de su vida lo más rápido posible. Silbaba sin parar. Lo tranquilicé, había material suficiente, no era necesario encontrarse con el Cui. Pues ¿qué podría aportar un antiguo barbón, que había empuñado una pistola en el momento de la fotografía del Memories para pasar a la posteridad como un duro, y ahora era un pacífico profesor de Biología, de cabello rapado, bien consolidado, enseñando todos los otoños los grupos de alimentos a jóvenes que sólo comían *donuts*? Miguel Ângelo podía estar tranquilo. Podía hacer su investigación de archivo en paz. Nada tendría que agregar al primer episodio de *La Historia Despierta* alguien que se deshacía en enseñar la diferencia entre los frutos rojos, formidables antioxidantes, y el vulgar pan blanco de harina refinada que debía ser evitado. Yo conocía la trayectoria del Cui y, en aquellas circunstancias, sabía que no valía la pena ir a buscarlo. Hacía mucho que el Cui era apenas aquél que iba a acampar con sus alumnos en medio de arbustos en flor para explicar cómo la miel envasada tenía diferentes sabores. El Cui no tenía nada que decir en nuestro reportaje. ¡Ah! Y si las hormigas desaparecieran de la faz de la tierra. ¡Ah! Y si las termitas también, qué cataclismo se desataría en la vida futura de sus alumnos. Él, el Cui, había sido un duro, había usado armas, había sido preso, había sido absuelto, ahora enseñaba por qué no se debería usar ratoncitos y otros animales simpáticos en ciertos experimentos, aunque fuera para salvar muchas vidas humanas. Entonces ¿acaso seríamos más que los ratones, cuando la madre Naturaleza se imponía? ¿Esa reina soberana, que todo sabía armonizar y que todos nosotros estábamos destruyendo, como idiotas? De todo eso yo estaba enterada, hasta cinco años atrás, antes de partir a los Estados Unidos de América. Ahora, seguramente los alumnos del Cui ya se habían transformado en soldados de paz en pro de todos los pájaros del aire, de todos los rastros del suelo y de todos los roedores de los árboles. No valía la pena hablar con el Cui. De noche, en los días de campamento, la luna subía, tranquila, pacífica y amarilla, allá arriba, y los alumnos del Cui, aquí abajo, indudablemente, soñaban. Nosotros no iríamos a entrevistar al Cui. Sabíamos todo sobre el Cui, el memorable apuntando con la pistola. Era dispensable. ¿Cierto? Y ahora, querido colega Miguel Ângelo, tampoco iremos a visitar, con tus armatostes de grabación, al memorable Casares.

«¿Estás segura? ¿También quieres renunciar a Casares?». Preguntaba Miguel Ângelo, animado con la idea. Estábamos hablando en los estudios de la Príncipe Real.

Sí, claro, Miguel Ângelo, ¿para qué nos serviría? Acuérdate que él también estuvo preso, acusado de asesinato, y era falso. Casares no había hecho nada. Como ellos decían, había sido ya en la fase post Thermidor de la revolución portuguesa. Antes se había registrado una Bastillita, después un Terrorcito, y después siguió, esa misma tarde, un Thermidorcito, y luego la trampa que siempre viene después de cualquier temblor, o incluso de un temblorcito, y Casares fue aprehendido con un arsenal de G3 dentro del ropero. Nunca confesó, no tenía que confesar, todo había sido mentira. En teoría, consideraba que sí, que la revolución portuguesa no había matado lo suficiente para ser creíble, y eso no era una crueldad, era un deber de purificación. Él pensaba exactamente lo mismo que su mentor, el poeta Francisco Pontais, había pensado y escrito en esa altura sobre la ley humana de la revolución: *Purifiquenla en el altar de las calles / a fondo, para un futuro sin mácula / y tú mismo serás puro.* Eso, en teoría, porque en la práctica Casares les había dicho a los jueces, señores jueces, pensaba y pienso así, pero no hice nada. Y levantó los brazos en el aire como Jesucristo, Casares, el memorable. Miguel Ângelo me comprendía. También Casares era prescindible. No, no iríamos a su taller, cerca de la carretera nacional. Una calle de tierra, un terreno sembrado de carros parados, siempre lleno de piezas sueltas como en un cuadro de Dalí, gente entrando y saliendo. Mecánico. No, no iríamos con Casares. Había gente que venía desde donde el viendo da vuelta para entregarle su carro a Casares, un hombre honrado, revolucionario a carta cabal, íntegro hasta los dientes, que ofrecía la muñeca para saludar, en vez de la mano embarrada de aceite negro, y se enojaba en voz alta consigo mismo si después de una reparación la porquería de un motor fallaba. Si no funcionaba, devolvía el dinero cobrado indebidamente. Había, sin embargo, quien se resistía a entrar al territorio de aquel mecánico. Muchos jamás pondrían su carrito último modelo en manos de ese hombre peligroso. No importaba que hubieran pasado treinta años o cien. Era sólo por eso. Listo, los barbones de

la cena del Memories no entrarían en el primer episodio de *La Historia Despierta*, uno de ellos porque hacía años que había muerto y había sido sepultado en la soledad como un pajarito, me refería a Jaca Lorena, el otro porque era un simple profesor de Biología y el otro porque se había transformado en un laborioso mecánico. Tampoco valía la pena entrevistar a António Machado, ni a Rosie Machado, por razones subentendidas, ni tampoco al jefe Nunes, en ese caso concreto, porque él mismo no quería, aunque existiera su frase memorable, que en algún lugar tendríamos que introducir: *Por favor, arránquenme la cabeza del cuerpo, y haga de ella una bala*. Sólo que él no quería hablar. Caminábamos por la Dom João V hacia arriba, rumbo al estudio: «¿Cuántas cintas tenemos? ¿Seis de noventa minutos? ¿Quinientos minutos? Demasiadas imágenes grabadas, no nos podemos dispersar». Decía. Y todavía faltaban los materiales de archivo, que deberían ocupar al menos una sexta parte de la totalidad del espacio. Para un programa final de cincuenta minutos, no podríamos presentar un material que excediera los trescientos cincuenta. Y todavía tendríamos que hacer la propuesta de argumento, y la traducción, y sólo después de esto quedaría listo nuestro *bruto*.

«¿Tiene que ser ágil, verdad?».

«Muy ágil». Dije.

El domingo dieciséis de mayo Bob Peterson había pasado a su casa en Wyoming Avenue. Llamó a Lisboa a eso de las cinco de la tarde, todavía estaba en bata, y no parecía contento. Todos los demás enviados ya habían hecho su trabajo y regresado bien. Únicamente Sorina Cuza, de quien él siempre había desconfiado, había postergado la obtención de declaraciones, con el pretexto de que en su patria todavía era reciente lo ocurrido para olvidar la noche del veinticinco de diciembre de ochenta y dos. Finalmente, Sorina se había dado por vencida, ya que todos aquellos a los que entrevistaba en Bucarest decían escuchar el estruendo de los disparos la noche de Navidad de ochenta y nueve, como si hubieran sido en la víspera, e incluso los que habían deseado que el antiguo presidente fuera abatido, escuchaban cómo los disparos se propagaban a lo largo del territorio de la patria rumana como el anuncio de una enfermedad endémica. No querían hablar del asunto. Era el resumen que Bob hacía del lado de allá y, lacónicamente, me preguntaba hasta qué punto mi retraso no tendría que ver con algún problema parecido. Del lado

de acá, me quedé callada. Habíamos hecho siete entrevistas, y siete veces pensé en darme por vencida, pero después, del fondo de la madrugada, surgía siempre algo que servía. Bob Peterson preguntaba si yo creía que el concepto de *La Historia Despierta* estaría equivocado. *The Waking History*. Le dije que sí, que estaba equivocado, pero que nosotros, a pesar de todo, habíamos logrado detectar cerca de veinte horas de nuestra vida colectiva reciente en las que el ángel armonioso, esa ave rara emplumada de blanco, había volado sobre Lisboa. ¿Veinte horas de vuelo angélico eran suficientes, o no? Esa era nuestra metralla. Bob me recompensó. Giró el *écran* hacia el patio que prolongaba la cocina para que yo pudiera ver un bando de *blue jays* picoteando gotas. Pero no llegué a ver a esas aves de cresta azul, sólo escuché sus chillidos, y eso fue suficiente. Al día siguiente llegó un mensaje chino. Supuestas rimas. Bob era así.

Don't be late

You've done well

Bring the tapes inside your bag.

Bring yourself as well.

El problema que se me presentaba, entonces, era la urgencia que yo tenía de irme y las obligaciones que todavía no había cumplido en relación a mi padre.

Creo que fue el domingo siguiente, el vigésimo sexto día después de que visitamos a los poetas. Mi padre me esperaba, no fumaba, estaba sentado en el sofá de la sala y esperaba que yo entrara, tenía los ojos fijos en la puerta. Me senté frente a él. Se acercó para poder alcanzarme y tomó mis manos como lo hacía durante los días en que estuve en cama. Un hábito, o el principio de un vicio que había alimentado durante esos días. Para ser franca, me gustaba. Él apretó mis manos entre las suyas, y las meció como quien acaba de tomar una decisión y la va a dar a conocer. Lo acepté. Era bueno haber venido. A pesar

de todo, yo tenía que agradecerle a Bob Peterson su insistencia. Había venido a encontrar la misma casa y ella no me había expulsado, los mismos compañeros, inteligentes y feroces en su trabajo, aunque maltratados, y el mismo paisaje dulce, la misma gente callada, la misma ciudad clara y amable, sólo el país, ése, era insoportable. Y mi padre, a pesar de todo, era el mismo de cuando yo era pequeña y me levantaba con los brazos para que cruzáramos las calles. Habíamos vivido juntos momentos mudos, pero intensos, ése era mi balance, ahora que él tomaba mis manos dispuesto a decirme algo. Pero sería difícil oírlo. Ya lo dije. En los mismos días en que yo había partido, Ferenc había salido para Hungría, David Cech para Praga, Bill Buchner para Berlín, Sorina había viajado a Bucarest, y yo había venido a Lisboa. Con la tarea cumplida o no, ya todos habían regresado, sólo mi tiempo estaba dilatándose indebidamente. Pero ¿cómo hablar del tema? ¿Si mi padre fingía estar de vacaciones para no tener que pasar los días debajo de los árboles, y si yo no le contaba lo que había engendrado a lo largo de tres meses con mis dos compañeros? Si yo aún no había sido capaz de poner sobre el secreter los papeles que Fagundes había hecho llegar a mis manos, para que su situación laboral se regularizara, ¿cómo hablarle de los plazos de mi trabajo? ¿Cómo? ¿Si yo no era capaz de romper el cristal que nos separaba cuando estábamos uno frente al otro, cara a cara? ¿Cómo podría decirle a António Machado que en breve regresaría a mi base? En ese instante, mi padre mecía nuestras manos como si fuéramos a dar un salto juntos hacia un jardín desconocido. Pensé que me diría: *Quédate en nuestra casa, no regreses a allá. Es tan lejos, Ana Maria, quédate aquí.* Pero no, mi padre mecía nuestras manos y dijo: «Sé que ya deberías haber regresado. ¿Cuándo te vas?».

Mi padre dejó de mecer nuestras manos y se quedó esperando a que le respondiera. Tomada por sorpresa, respondí: «En unos días». Abrió sus manos y yo retiré mis manos de las suyas. De hecho no lo esperaba. Le dije que estuviera tranquilo, que reservaría con urgencia el viaje de regreso, sería ya. Era difícil esconder mi perplejidad. Se sorprendí aún más cuando respondió: «Te agradeceré que me mantengas informado. Va a ser mejor así».

Sentía una decepción extraña, aunque indebida, e injusta en sus causas. Después de todo, quería ser prescindible, y en el momento en que me lo decían, dejaba de ser agradable. Quedaría libre del dominio de mi padre, uno de mis objetivos en la vida, y al mismo tiempo no apreciaba la libertad que me

estaban dando. Pero eso no importaba, estaba acostumbrada a ser más resistente de lo que podía, más fuerte de lo que mis afectos soportaban, estaba ahí para reaccionar, no para hacer un balance de mis resentimientos. Mi padre se levantó y me dio las buenas noches. Buenas noches, António Machado. Y así nos quedamos.

Creo que eso habrá sido en los primeros días de junio. Yo tenía prisa, quería abandonar Lisboa en un vuelo de la British Airways pasando por Heathrow, pero hasta entonces tenía que dar pasos precisos, aquellos pasos pequeños que impiden que las partidas sean momentos serenos como podrían ser. Estaba sobre todo el asunto del sobre que yo tendría que poner frente a mi padre, cuando estuviera comiendo, por ejemplo. Todavía el día anterior yo había puesto todos los papeles que Fagundes me dio bien a la vista, para que António Machado firmara doce documentos, pero los papeles se mantenían intocados sobre el secreter de tapa redonda, junto al florero de piedra, y él, después de veinticuatro horas, no los había tocado.

Era muy aburrido. Mi padre había transitado del estado de gaceta fingida al estado de vacaciones fingidas. Pasaba los días enteros en casa, el carro *argenté* estaba estacionado junto al jardín, ahora él fumaba tabaco Gama en vez de su Dunhill o Dutch Mixture, se entretenía limpiando el polvo de los muebles con hojas de papel de cocina, remendando sus calcetines con una aguja gruesa, sin dedal, cocinando su *pizza*, sin jamás referirse a la situación en la que se encontraba. Mi padre ya no compraba *Newsweek*, ni *Time*, ni *El País*, ni los tres periódicos de Francia, ni las dos revistas de Brasil. Es verdad que de todas esas publicaciones aún existían muchos ejemplares, de donde por la noche salían legiones de pececillos de plata, pero los encabezados tenían fechas antiguas, y por ellas se notaba que las ediciones eran cada vez más escasas, y algunos números habían sido guardados como reliquias. Mi padre ya no compraba diarios portugueses, ya no salía a la calle en las horas de movimiento, ya no respondía a las personas que solían saludarlo con grandes manifestaciones cuando lo reconocían, y le hacían preguntas incisivas. Ilustre vecino, ¿cómo cree que esto va a acabar? ¿Usted qué piensa? ¿Señor Machado, dónde ve usted una salida para todo esto? ¿El eje del mundo se está dislocando hacia otros lugares donde no nos respetan? Díganos qué sucede. Mi padre ya no se detenía a hablar con los lectores, respondiendo más con el humo del tabaco que con palabras, como era su costumbre. Eran los mismos

que formulaban las preguntas quienes las respondían. Así era. Ahora papá se quedaba sentado viendo la televisión, fuera lo que fuera que pasaran, figuras zoológicas, escenas lentas o escenas rápidas. Daba igual. Y Niní ya no venía a nuestra casa para arreglarla, poner orden, comprar lo que hacía falta, martes y sábados. Era necesario que António Machado firmara aquellos papeles para que yo se los entregara a un Fagundes, cada vez más condescendiente, a pesar de que nunca le pedí una disculpa por haber dicho que lo mataría. Yo estaba de acuerdo, los papeles eran una pared de fusilamiento. Los papeles habían sido reunidos con cierta soberbia, yo lo sabía, pero fuera como fuera, era por respeto a António Machado que la gente de la secretaria había juntado los documentos necesarios. Escrito con la letra de Irene, la administrativa, un papelito pegado con un clip que decía: *Son para que usted nos haga favor de firmarlos. Irene.* No le costaba nada. Yo quería irme, quería dar por concluida la visita que había hecho a mi país, quería que fuera rápido. Quería ir con Fagundes, entregarle los papeles, agradecerle, y tal vez pedirle una disculpa. Sí, era necesario enfrentar a mi padre, y yo preparaba ese embate, pero cuando se presentaba la ocasión, no me atrevía. Ensayaba las palabras que diría, una a una: *Escucha, firma junto a la cruz, son sólo doce firmas, creo, el resto ya está redactado, yo misma lo llevo...* Llegaba el momento, no podía. Tenía la idea de que si abría la boca lo iba a matar. Un mes después de haber ido a la casa de los poetas, las imágenes de la fotografía del Memories estaban trabajadas, las siluetas y los rostros de cada uno, revelados y ampliados, el grupo completo reproducido en varios planos, las inscripciones escritas por el puño de Rosie Honoré pasaban en un *travelling* lento, y seguían en plano fijo. Sus letras grandes dando nombres familiares a los memorables, engrandecidos. *Et nous, lá estavamos.* El fondo de la imagen tenía un tono amarillento que recordaba el tiempo. Margarida Lota volvía a hablar, no seguía de cerca los últimos detalles, en los cuales Miguel Ângelo trabajaba, con el presentimiento de que el hecho de que yo hubiera prescindido de los dos últimos memorables disfrazaba un ocultamiento. Miguel Ângelo estaba siendo asaltado por la desconfianza táctica que se apodera de los acaban de perder pero se preparan para ganar. Margarida Lota, lo aceptara Miguel Ângelo o no, como decían las canciones líricas antiguamente, amaba. Y yo, ese doce de junio, después de regresar a casa quise poner la fotografía del Memories en el mismo lugar de donde meses atrás la había retirado, pero la sala estaba ocupada, mi padre fumaba.

Por cierto, no había tocado los papeles de su jubilación, y se encontraba en medio de una nube blanquecina con la firma de Gama, toda una bocanada que subía por la atmósfera de su oficina, a partir de su horno, de su trono, y se enrollaba como el humo de una carbonera, más allá de la puerta de vidrio. Me aproximé a su secreter de tapa redonda. Bajo las manos de António Machado, las teclas se movían tan rápidas que yo pensé que no escribía palabras, simplemente rascaba el teclado. Y a pesar de todo ese afán, el montón de documentos por firmar se encontraba frente a él. Fui invadida por un impulso de valor y le extendí la primera hoja. Mi padre desvió la cabeza, se concentró en el teclado como si la hoja fuera invisible. No era posible continuar con aquella pantomima muda, agité despacio la hoja, le pedí que firmara. Mi padre desvió la hoja de la trayectoria de su vista. Era ahora o nunca, no podíamos continuar así, como dos seres cobardes. Mi padre había sido capaz de decirme: *Sé que ya deberías haber regresado. ¿Cuándo te vas?* Había sido claro conmigo. Entonces ¿por qué yo no podía ser clara con él?

Sin soltar la hoja, pregunté: «¿Por qué no firmas?». No respondió. Era necesario no ser cobarde. Un relámpago de desafío cruzó por mis ojos. Lo desafié: «¿No quieres firmar porque te quisieron imponer un becario que no sabía quién era Roosevelt ni Hitler? Ese becario sabe de sobrevivencia, cosa que, António Machado no sabe. Es sólo eso». Mi padre respondió: «No firmo». Me quedé parada, sin ver una salida. ¿Qué hacían los dedos de mi padre corriendo sobre el teclado? Cerré los ojos en silencio, me quedé de pie, frente al secreter. Mi padre corría sobre un caballo, mi padre andaba con una Walther en el bolsillo, mi padre cargaba un portafolios rechoncho lleno de anotaciones y retratos, mi padre comía altramuces en un tazón que ponía en el suelo, mi padre salaba los platillos en el restaurante Memories para que lo corrieran, mi padre buscaba un ruido metálico cualquier, en el futuro, el equivalente a una canción que hubiera servido de señal en el pasado, mi padre dormía de día y escribía durante la noche, mi padre se encontraba tendido en la capilla de la Academia Militar, y muchos recargaban sus rostros en su rostro para certificar que estaba frío, y se decían unos a otros: «Mira, está muerto y bien muerto. ¿Será que, finalmente, el tipo va a desaparecer para siempre?».

Pero mi padre no había muerto. António Machado se negaba a ceder, por lo tanto no estaba muerto. «No insistas». Dijo. Insistí: «¿Se trata de una

negativa definitiva?». Respondió «Nunca voy a firmar eso que está ahí. Me niego a hacerlo ahora y siempre». sus dedos se habían lanzado sobre el teclado, y pensé que lo partiría. Mi padre corría en el caballo alazán, olas estallando aquí, olas altas para allá, no era posible hacerlo parar. Praia Grande resultaba pequeña para la obstinación de mi padre. Él había previsto la desintegración de los soviets, la tragedia afgana, la desaparición de las repúblicas laicas árabes, una después de la otra, los éxodos africanos, la explosión balcánica, la idea de que Europa sería traicionada por la altivez de sus naciones, los soberbios Estados Unidos de América violados como cualquier otra granja del mundo, e incendios siempre que hubiera incendiarios cerca, la multiplicación de los incendiarios nuestros vecinos desayunando con nosotros, amables y secretos, feroces, todo eso él lo había previsto. Y, además, él continuamente advertía sobre la melancolía portuguesa, la bella melancolía que ponía al país a rastras, y permitía la enorme risa de unos cuantos, refugiados en mansiones con baños de mármol y manerales de oro y plata, hechos para príncipes otomanos, escupiendo sobre todos los demás. La aldea medieval con televisión y autos. Palabras que recordaba haber sido usadas por él unos años antes. Él había previsto, semana tras semana, año tras año, y los hechos posteriores le habían dado la razón entera. Aunque en relación a sí mismo, a su hija y a su mujer amada, António Machado no había previsto nada, y en caso de que lo hubiera previsto, se había equivocado. Fue un profeta en relación al mundo y un ciego en relación a sí mismo. Pero ahora, ya que había empezado a tratar aquel asunto delicado, mi intención era ir hasta el fin. Le pedí que firmara, que yo misma le enviaría los papeles a Irene. Se lo pedí de nuevo. «No». Dijo mi padre, sentado ante el secreter. Entonces cambié de nivel. Avancé en dirección de las cosas prohibidas: «¿Y Rosie Honoré? ¿No me vas a decir cuando venga?». Pregunté. «No va a venir, Ana Maria, no va a venir». Dijo mi padre sin mirarme, reiniciando un escrito que parecía una condena. «Pues siendo así, ya podrá venir, porque yo me voy el dieciocho. El camino va a quedar libre el próximo viernes». Le dije a mi padre, y de inmediato nos entendimos. Por cierto, siempre había sido así, siempre habían bastado unas cuantas palabras para entendernos, lo habíamos practicado, y me gustaba. Preguntó: «Entonces ¿cuándo llegas a Washington?». Era mi padre llevando la plática hacia otro lado, y yo entendía, entendía muy bien. «Viajo el próximo viernes. El fin de semana que viene, ya puede venir Rosie Honoré. Aquí se quedan los papeles, puede ser que ella logre hacer que los firmes, y

hasta los vaya a entregar en tu nombre, en vez de fastidiar a extraños. Hay una fila de gente perjudicada por tu culpa. ¿Lo sabes?».».

António Machado estaba obsesionado con el horario de mi partida: «¿Sales en el vuelo de la mañana o de la noche?». Le dije la verdad «En el de la noche». Mi padre apretaba las teclas mientras hablaba: «Cámbialo para el de la mañana. No cuesta nada y el vuelo pasa por Madrid. Haz bien las cuentas. No te sale más barato ni más caro, es igual». Mi padre seguía escribiendo, golpeando las teclas como si manejara utensilios agrícolas. Perdí la paciencia, grité como antes. Grité bien alto: «Detente, detente, por favor, he andado atrás de los locos de tus amigos, estoy harta, harta. Encontré a uno de ellos montado en un caballo, a otro con una Walther en la aljaba, a otro metido en un cuarto forrado de señales, y António Machado está refugiado en su casa, viviendo a oscuras como un gusano dentro de una fruta podrida. ¿Es eso? De todos los locos que aparecieron en la fotografía del Memories, parece que únicamente los dos que ya murieron están en su sano juicio».

Le hablé con la saña de antes.

Él había retirado las manos de las teclas y me miraba estupefacto. En su cabeza se proyectaban películas de aventuras peligrosas. Lo conocía, lo vi en sus ojos. António Machado se levantó, después se sentó, después se levantó de nuevo. Me incriminó: «Escucha, tú has andado con la fotografía del Memories, has sido tú quien ha andado por ahí. Has sido tú...».

Mi padre no esperaba que yo lo confirmara o, aunque lo hiciera, quería confirmarlo por sí mismo. Como si yo no pudiera responder a la pregunta, o no tuviera credibilidad para tanto, se dirigió con la agilidad de un gato rumbo a su biblioteca, rodó la *escalera de Jacob*, subió sus cinco peldaños, buscó en el último librero, cerca del techo, y allá arriba, donde se encimaban libros, fotografías y polvo, desde bien alto, con el dedo señalando: «Traidora, hiciste lo que no te competía, y ni siquiera me dijiste una palabra. Lo hiciste, sí, lo hiciste. Pusiste tus ojos malignos en este caso, y no tenías derecho a hacerlo. No lo tenías. No tenías derecho, no eres contemporánea a ellos, no puedes ser tú la que salvas lo que fue bello y puro, y hermoso, no puedes, no. Tú no,

Ana Maria. Fuiste a ver a mis amigos con tu mirada feroz, tu lente horrenda, con ese deseo tuyo de ver señales de sangre y muerte en todo lo que te rodea. Y pensar que anduviste de casa en casa con mi fotografía...». Dijo mi padre, y empezó a bajar la *escalera de Jacob*. Se recargó en el vidrio que separaba la oficina de la sala, y António Machado se quedó ahí un tiempo sin decir nada.

«¿Dónde la tienes? Ve por ella».

Peleábamos como antes. Pero no era su autoridad la que me hacía ir por la fotografía a mi cuarto, ni el miedo a sus órdenes, era su sufrimiento. Fui por la fotografía, la puse sobre el secreter de tapa redonda. Yo misma quería subir a la escalera y devolverla a su lugar. Debí haberlo hecho el día anterior, o unas horas antes, al menos, nada más, antes de la plática precipitada sobre su jubilación, y había dado aquel paso en falso. Mi padre gritó: «Alto, ya no la toques. Ya la ensuciaste lo suficiente. Todo lo que pasó fue limpio, fue hermoso, fue único, yo lo vi, yo lo contemplé, yo estuve allá. No la toques, no la vuelvas a tocar...». Ya no la iba a tocar, mi padre estaba sufriendo. «Te conozco bien, Ana Maria, tú no anduviste de casa en casa atrás de mis amigos para que ellos te recordaran aquellos días, tú fuiste a regocijarte con su decadencia. Fuiste a espiar, a congratularte, a alterar lo que viste y oíste a través de tu lente torcida, para poder decir yo los conozco, ellos no son lo que dicen ser. Sólo que tú no sabes que ya no somos los mismos. Cuando somos nuestra decadencia, pasamos a ser otros, y no es una criatura como tú quien tiene autoridad para entrar a la vida de aquellos que ya no son lo que fueron, y vislumbrar en ellos el encanto que tuvieron. Porque tu mundo, en realidad, es un desencanto. Otras personas de tu edad podrían haberlo hecho, pero no tú. Alguien que no tenga tu dureza ni tu ferocidad. Me imagino tu alegría, me la imagino, Ana Maria...». En aquel momento, mi padre me malquería.

«Por eso mismo, no fui sola». Le dije. «Créeme que no fui sola, fueron conmigo los que debían ir».



Pero ni mi padre me escuchaba, ni yo era capaz

de explicarle para que me entendiera.

Vencido, se alejó para el otro lado de la sala, se sentó en el sofá, yo también, ambos acorralados en nuestro teatro de batalla. Sentada frente a él, pude verificar cómo su rostro se ponía rubro y húmedo. António Machado le dijo a su hija: «Vete antes, si puedes, mañana mismo. Hay un vuelo que sale a las veinte horas y cinco minutos, Air France, vía París. Vete, vete cuanto antes. O al menos sal de esta casa». Era evidente que yo había desarticulado algo que estaba muy unido, en el lugar de las aguas profundas del alma de mi padre. El vuelo estaba reservado para el viernes, día once, y todavía me quedaban seis días por delante. ¿Qué haría, entonces? ¿Dejaría pasar aquel momento? Conocía a mi padre como mis manos, es decir, como sucede con nuestras manos, nunca las conocemos bien, ni siquiera logramos describirlas, pero las sentimos como a ninguna parte de nuestro cuerpo. Así que lo razonable sería dejar pasar el momento, escuchar las palabras de mi padre, todo lo que él me quisiera decir, cierto y equivocado, justo e injusto, meterme a mi cuarto y esperar el día siguiente, no decir nada sobre lo esencial, hablar poco sobre las circunstancias. Esperé. En cierto momento, sintiéndolo preso en tanto resentimiento, todavía tuve la tentación de hablar sobre el proyecto de salvaguarda que regía nuestro trabajo de tres meses, pero él no me escuchó. «Por favor, escúchame, no es bien así...». Él respondió, firme, luchando consigo mismo: «Cállate». Revisé mi vida y no me acordé de ninguna vez en que mi padre me hubiera dicho, *Cállate*. Algo raro y terminal sucedía en la vida de mi padre.

Me acosté, no dormí, me levanté, él estaba levantado. Anduvimos por la casa durante todo el día como dos fantasmas. A cierta altura, él todavía dijo, como si yo no estuviera cerca: «Ya me imagino el placer enorme de mi hija cuando Pontais o el Cui le contaron la historia del borrego descuartizado, muy a su manera. Ya me lo imagino...». Lo dejé en aquel monólogo, deambulando entre los muebles de la sala. El texto del argelino Tahar Djaout estaba allí en la pared, cuidando los pasos de mi padre. Fui por comida caliente. En casa no había comida, ni caliente ni fría, la instalación de gas estaba descompuesta desde hacía dos días, y tardaría en ser reparada. «Entonces, ¿para cuándo anticipaste tu vuelo? ¿Para mañana? También puedes pasar por Madrid, esperas dos horas en Barajas y luego sigues tu viaje. Anda, ve a las oficinas

de Iberia en vez de llamar, que por teléfono luego no se entiende nada. Hacen lo que quieren con nosotros. Es necesario que vayas allá, caminando con tus pies, ¿entiendes?». Decía, con una lista de teléfonos en la mano. «O entonces pasa a la agencia de viajes. Está ahí, en la otra avenida. Son dos pasos». Pero yo sólo entendí el plan de António Machado cuando, al día siguiente, un martes, despertamos y no había luz en casa. Ningún electrodoméstico funcionaba. Es más, él despertó, anduvo entre la sala y su habitación, pero en realidad no se levantó. Se acostó de nuevo. Se encerró dentro del cuarto. Lentamente, demasiado lentamente, fui descubriendo aquel enigma hecho de llaves cerradas. La cuenta de luz no había sido pagada, ni la del teléfono, ni la del gas, ni la del agua. Hacía seis meses que mi padre tenía saldo negativo en su cuenta bancaria. Mi padre no había hecho cuentas con la doctora Marta. Mi padre no quería a Rosie, no me quería a mí, pretendía resistir en soledad absoluta, y quería impedir que yo presenciara su capitulación final. Abre, por favor, abre. Pedí, durante dos horas en voz baja, para que los vecinos no oyeran. Después pedí alto, y pedí de todas las maneras que sabía y de las que era capaz. Le pedí reiteradamente, para que nunca dejara de oír una voz que lo llamaba. Le dije, a través de la puerta, todas las palabras que nunca le había dicho. Entonces vino Casares y vino el Cui. Vino el Oficial de Bronce, aquella noche, y Umbela vino la mañana siguiente. Y por primera vez en diecisiete años, le llamé a Rosie Honoré Machado. Yo no podía dejar a mi padre. Ahora sí, yo había llegado al corazón del corazón de la fábula. Y ella me retenía para sí.

NOTA

Sólo después seis años escribí el argumento.

Lo envié esta tarde.

Lisboa, 15 de junio de 2010.



ARGUMENTO

Para Robert Peterson

LA CIUDAD DEBE SER OSCURA, LAS CALLES DEBEN ESTAR desiertas. Los rieles de los tranvías deben parecer venas, el Arco da Rua Augusta debe surgir al fondo, pero las manecillas del reloj no deben existir, y la carátula debe estar en blanco. Su faz redonda debe engrandecerse ante nosotros, su vacío debe decirnos que el tiempo se detuvo hace mucho. Miguel Ângelo montó varias imágenes sobre ese reloj, será sólo cuestión de seleccionarlas de acuerdo a la música. Aunque la música del inicio debe ser el silencio.

Yo no lo concebiría de esta manera si no fuera para introducir el primer episodio de una serie llamada *La Historia Despierta*, pero obedeciendo al principio de que, de vez en cuando, una entidad luminosa burla a los ángeles de la tragicomedia interminable, el silencio debe ser interrumpido por el sonido de los pasos que inicia la canción *cante*, la noche del veinticinco del cuatro, de mil novecientos setenta y cuatro. Así, el sonido de los pasos debe levantarse del suelo y prolongarse mientras se recorren las antiguas calles de Lisboa, con restos de pobreza esparcidos por la banqueta. Pasos y canción deben subir de tono y mantenerse en *continnum*, mientras Lisboa duerme. Las fachadas amarillas de las prisiones deben surgir cerradas, las altas puertas de las iglesias deberán estar mudas, las cornisas de los palacios, dormidas, las instalaciones de Rádio Renascença con las ventanas del segundo piso iluminadas. Es de allá, de una de ellas, desde donde proviene el sonido de la canción *cante*. En la carátula del reloj del Arco deben surgir, entonces, los

números XII y IV. Será medianoche y veinte, la hora de la señal iniciada por los pasos. La carátula todavía no tiene manecillas. Los pasos se alejan y se desvanecen, no se extinguen, se prolongan como ruido de fondo. Pero la imagen de la oscuridad debe permanecer, y de ella deben emerger siluetas de soldados marchando y corriendo, muchos y diferentes, según el material preparado por Miguel Ângelo, a lo largo de estos seis años. Tuvo todo este tiempo para crear estas imágenes. Las coordinó. De esta manera, mientras los militares marchan en la oscuridad y franquean las puertas de los cuarteles, se debe escuchar en *off* las siguientes palabras: *«Sin saber cómo, me vi acostado en la cama sin haber atravesado la puerta, me vi joven, muerto, despedazado en la Guerra de África, muerto y bien muerto, y enterrado muy lejos, sin hijo ni hija, era casi analfabeto, y sólo tenía, allá muy lejos, un surco que me esperaba, y mi madre, todavía una mujer joven, casi tan joven como yo, vestida toda de negro, pendía sobre mi fotografía colgada en la entrada, entre santos y flores de papel, y fue cuando pensé que mi muerte en África no había servido para nada. Y no sentía ninguna pena por haber sido enterrado allá lejos, no sentía ninguna pena por regresar en un cajón de pino, no sentía pena de mí, ni de nadie, ni de nada, y sin pena de nada, como me habían enseñado a proceder, en caso de que fuera asaltado por la policía política, me quedé dormido vestido y calzado, sobre la cama de mi cuarto...»*. Son palabras de Ernesto Salamida, pronunciadas por otros, por varios. Voces yuxtapuestas de varios jóvenes, según lo preparó Miguel Ângelo, mientras las figuras de los sublevados se multiplican de modo que el efecto obtenido sea el de que, en la Operação Fim de Regime, hayan participado cinco mil. Pero quien lo dirá será el propio Oficial de Bronce. En el aeropuerto, los aviones están en tierra, las embarcaciones en el Tejo están atracadas, la carátula del reloj muestra todavía sólo dos números, ninguna manecilla, de acuerdo con lo preparado por Miguel Ângelo, mi amigo. El reloj continúa detenido.

Entonces, el Bronce debe surgir anunciando lo que va a suceder.

Su testimonio completo sobre los diferentes milagros debe entrar íntegro, incluyendo la introducción que muestra cómo pueden faltarle palabras a un hombre para explicar los hechos. Es muy importante que el Bronce, antes que

otra cosa, diga lo que dijo: «*Lo considero un milagro, señora mía. Sí, un milagro. Siendo yo un agnóstico, me gustaría emplear otro término más sereno, pero no lo encuentro. Y milagro ¿por qué? Por la coincidencia en el tiempo de tantos hechos inesperados. Miren. Graben mi opinión antes de que sea tarde*». Por razones obvias, esta declaración debe ser incorporada intacta. No encuentro ningún otro testimonio que defina mejor el espíritu de *La Historia Despierta*. Y a ella debe añadirse la intención de conservar la memoria de los cinco mil, aunque las razones que llevaron al Bronce al grado de haber cargado sobre sus hombros esa tarea no puedan ser mencionadas. Esas razones deben ser borradas completamente, no deben constar en los archivos del Príncipe Real, mucho menos en las oficinas de la CBS, no abonarían nada en favor de un documental que debe sostener, de principio a fin, la tesis de que existió un intervalo luminoso. No nos interesa dirimir ese conflicto. No nos interesa oscurecer lo que puede quedar claro. A nosotros sólo nos interesa recuperar la metralla de flores que el tiempo dejó intacta. Y así terminará la intervención a cargo del Oficial de Bronce, introducción y portal de lo que seguirá.

En secuencia, antes de que desaparezca el Bronce, debe surgir la imagen de la puerta del Rádio Clube, imagen que Miguel Ângelo trabajó con extremo cuidado a partir de los archivos. Y será el turno de Umbela, quien hablará sobre la imagen de la puerta franqueada por los ocho militares que asaltaron las instalaciones de la estación de radio, al inicio de la madrugada, sin provocar ningún tipo de alarma. La puerta surge al fondo, filtrada por las ramas de los árboles, después se acerca y se agranda. Umbela dirá: «*Nunca ninguno de nosotros quiso amedrentar a nadie. Al contrario, queríamos que supieran que habíamos venido para protegerlos, esa noche y la vida entera. Protegerlos de la ignominia, de la injusticia y la prepotencia*». Mientras tanto, en la carátula del reloj, debe surgir el número III. Al que deberán seguir los números IV, V, VI y VII, asociándolos con la trasmisión de los pasajes extraídos de los diferentes comunicados emitidos a lo largo de la madrugada e inicio de la mañana del veinticinco. Miguel Ângelo mostró su capacidad, creó un montaje sobreponiendo las palabras leídas al ritmo de la marcha *A Life on the Ocean Wave, A Home on the Rollig Deep*. Del testimonio de Umbela no constará nada más. Es todo lo que nos interesa. La historia de su abuelo latinista, por más que la apreciemos, sus botas de niño, sus árboles, y sobre

todo el caso de las tres mentiras salvadoras, no constarán, ya que si constaran podrían confundir los espíritus rápidos que no tendrán tiempo de discernir entre el verso y el reverso de tales mensajes. Tampoco deberá incluirse la traición de la que fue víctima, mucho menos las nueve acciones legales que promovió en contra el Estado y contra otros. Toda esa narrativa daría la idea de que el futuro resultó no ser tan imperfecto y que el inicio no podría haber sido puro. A la par de Umbela, lo que interesa es la música legada por la banda de los *Royal Marines*. Pasaron seis años hasta que logré hacer la separación entre lo que yo amo, y lo que yo le debo a Bob Peterson, de manera que le sea útil.

Es entonces que debe surgir el testimonio de la viuda de Charlie 8.



Los diferentes momentos narrados sobre lo que pasó en el teatro del Terreiro do Paço, en la Rua do Arsenal y en la Ribeira das Naus, tal como los contó su marido, deben incluir aquella parte en que se dio la negativa previa por parte del alférez de caballería de disparar sobre el rostro de Charlie 8, así como sobre toda la alineación militar del Terreiro do Paço, lleno de gente, que estaba atrás, y en ese punto deberán mostrarse en la carátula del reloj de la Rua Augusta los números IX, X y XI. Sin embargo, las manecillas sólo deberán surgir, ambas colocadas sobre el XII del medio día, en el momento en que la viuda narra la subida hasta el Rossio. Ella dirá, con su extremo celo de viuda, que en ese pasaje su marido había echado a andar el reloj del tiempo. Dirá lo que le dijo a Margarida Lota aquel día de lluvia: «*Contó mi marido que al dar la vuelta hacia el Rossio, cuando las tropas de Infantaria 1 se rindieron frente al Teatro Nacional, él le daba cuerda al reloj y empezaba a oírlo trabajar. Tanque tanque, tanque tanque. Decía que las horas del reloj habían empezado a sonar dentro de su cabeza. Decía él que sabía que cinco mil hombres, en ese momento, estaban haciendo girar las manecillas sobre la carátula de la historia*». Y así en adelante. En ese momento, las manecillas del reloj completo deben empezar a girar. Por cierto, Miguel Ângelo hace coincidir ese momento con la distribución de los claveles, y yo sugiero que el *écran* se llene de flores.

Es el momento de las flores.

Ese plano debe quedar lleno de pétalos. Cuando, en diciembre pasado, Bob logró que todos nosotros, los cinco enviados, nos encontráramos en Pennsylvania Avenue, y nos dirigiéramos al *lobby* del Four Seasons Hotel para hablar de *La Historia Despierta*, llegamos a la conclusión de que un día, eventualmente, se mezclará y confundirá la euforia de la Caída del Muro de Berlín con la euforia de las banderas en las calles de Praga y la imagen de las escalinatas de Budapest; pero las flores, ésas, serán nuestras. Los claveles. Sugiero, entonces, que de las flores se pase, directamente, al testimonio del cocinero hecho por su hijo, ya que el jefe Nunes se negó a hablar. De las palabras del hijo del cocinero, testimonio recogido posteriormente, por Margarida Lota, sólo debe constar la declaración siguiente: «*Dijo mi padre que, caminando por la Baixa, aquella mañana, en busca de unas ropas que le faltaban, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, y al ver la columna avanzar, estalló de alegría. Suele decir mi padre. Me olvidé de todo y grité. Llévenme a mí, arránquenme la cabeza del cuerpo y hagan de ella una bala*». Y afortunadamente el hijo del jefe Nunes, admirador de su padre, desempeña muy bien el papel que le corresponde, el de admirador incondicional. Pero el elogio que hizo al jefe Nunes, el cocinero, no cabe aquí, ni se usará para más tarde. Se va a quedar en el corazón de su hijo, y en el mío también.

Será entonces el momento de escuchar a Salamida, algo breve, como a él, por cierto, le conviene, ya que en la vida sólo piensa en una futura señal que tenga por tema el *Monólogo para Fagot* de Isang Yun, pues él piensa que se trata de un sonido que levanta del suelo a vivos y muertos, quienes, juntos, unen a Oriente y Occidente en una tierra única. Anda con la grabación en el bolso. De su discurso sobre el valor y el miedo, y la incredulidad que lo asaltó a él y a su compañero, sería interesante incluir por lo menos una parte, pero no deberá constar en un episodio concebido bajo la protección del rápido ángel luminoso que, por la velocidad con la que llega y luego desaparece, exige síntesis. Él dirá solamente: «*Cuando más tarde me desperté oyendo decir que venía subiendo por la Rua do Carmo una columna de tanques cargados de soldados, con la población de la ciudad corriendo atrás, gritando e incitando, comprenderán lo que sentí. La resurrección me llegó,*

me puso mi ropa y me calzó mis zapatos». Contará tal como lo contó al lado de su madre con el anillo de reina. Sin embargo, más allá de sus palabras, interpretadas por varios, útil para este episodio, fue todo lo que él dijo. También de Tião Dolores, casi todo debe ser omitido.

Debe ser omitido todo lo que se relacione con su casa despojada, con su *robe de chambre* corto y, principalmente, todas las narrativas en torno a las fotografías captadas por él en el interior del Quartel do Carmo. Pues no debe introducirse en el primer episodio de *La Historia Despierta* ningún rasgo cómico y ningún rasgo trágico. Debemos quedarnos con la invocación de las imágenes de la calle, porque estamos empeñados en llevar a buen puerto una narrativa lírica. Dejemos la épica para Bill Buchner, James Ferenc y David Cech. Sorina Cuza, en Bucarest, pasado todo este tiempo, todavía no ha podido separar el estiércol de las pepitas de oro. Durante todos estos años, ésa también fue mi solicitud. Adelante. Así, regresando a Tião Dolores, el fotógrafo sólo dirá, envuelto en un abrigo de mujer, dirigiéndose a Margarida Lota: *«Y, de brazos abiertos, me acerqué a ellos, olvidando que era un fotógrafo. Grité. ¡Hey! Pasen sobre mí, quiero ser su tapete, y empecé a correr atrás de ellos, desabotonándome y ofreciendo mi pecho, diciendo que mi padre había muerto en la sartén de Cabo Verde, contando mi vida a gritos, sintiendo todo lo que estaba sucediendo».* En este punto, la selección de las fotografías hecha por Miguel Ângelo muestra la euforia creciente de la multitud, por toda Rua Augusta. Ésas son de otros fotógrafos, no de Tião Dolores. Ese día, Tião Dolores sólo se acordó de que era fotógrafo más tarde. De él o de los otros, lo importante es que los árboles estén cargados de gente, que los vanos de las ventanas sean retablos de rostros y que, sobre un vehículo blindado, un periodista veterano se dirija a la multitud a través de un megáfono. Son las cinco de la tarde, el reloj del Arco tiene las manecillas vivas, vivísimas, puede verse el minuterero dislocarse con un salto de liebre entre el XII y el I. Son las cinco y cinco. Aquí no interesa la tanqueta Bula, no interesan los abucheos atrás del blindado, todo ese ruido será omitido. Reconstrucción perfecta de la autoría de Miguel Ângelo.

Para decirlo mejor. Los diferentes registros fotográficos deben mostrar cómo los carros militares se fueron llenando, a lo largo del día, de gente con flores. Sobre esas imágenes debe surgir el relato de los poetas. Ingrid narrará solamente la última parte del asalto al Quartel, desde los hombros de aquel

que sería su novio, Francisco Pontais, pero tratándose de un testimonio centrado en los movimientos de su cuerpo y en los latidos de su corazón, desafortunadamente, a pesar de la excelente imagen, de su declaración sólo se usará un pasaje: «*Y cuando el movimiento se hizo más denso, y yo quería ver lo que pasaba, y tenía que saltar en las puntas de los pies para avistar las puertas hacia donde las ametralladoras apuntaban, él me agarro por la cintura, yo salté hasta sus hombros y ahí me quedé*». Nada más. Por suerte, en el momento en que termina la palabra *quedé*, Ingrid mira a su compañero, y Pontais sonríe a su mujer poeta. Ese momento debe ser utilizado, ya que siempre podrá darse noticia de su presencia en el documental. Por lo demás, todo lo que dijo Francisco Pontais a propósito del caso, no puede ser parte de un testimonio a propósito de una *Historia Despierta*. Disparos, furia, huellas rojas en el suelo, deseos de venganza, no, no pueden aparecer. Todo lo que pasó fue pacífico, y el resultado benéfico. Todavía se podría admitir que los poetas declamaran el poema *Um día*. Queda abierta la posibilidad. En ese caso, el poeta aparecería declamando la primera estrofa y la poeta la última. Francisco Pontais declamaría: «*Un día, los muchachos serán elogiados. Pasarán entre multitudes floridas. Llevarán risa en la boca y los brazos levantados*». Estoy de acuerdo con que en un episodio de esta naturaleza, poemas como éste, como el de Pontais, puedan crear una llama de utopía en los que están por venir, aunque sepamos que el poeta despreció su poema, y se burló de sí mismo al declamarlo. No me olvido de las cáscaras ni las espinas, ni de las letrinas derramadas sobre portales de las estrofas intermedias. Por eso no insisto. La última estrofa, declamada por Ingrid, aquella que habla de que el día del idilio llegará, sigue siendo opcional. Por redobladas razones, todo lo que fue narrado por ambos, sobre el gesto de Salamida frente a la cacerola, *Esto es mi cuerpo, esto es mi pueblo*, no puede aparecer, no sólo porque un corderito cabizbajo y muerto no entraría en un episodio de esta naturaleza, sino porque no llegó a grabarse. Sobre el testimonio de los poetas, es todo lo que hay. Que se regrese, entonces, a la Rua augusta.

En la carátula del reloj del Arco, las manecillas deben estar sobre el IX y el IV, es decir, las veintiuna horas y veinte minutos del día veinticinco de abril de mil novecientos setenta y cuatro. Principio de la noche. No hay imagen. La hora, sin embargo, debe mostrarse. Coincide con el momento en que el general del *lorgnon* apareció en el Quartel da Pontinha, el lugar del comando de la

operación militar que llevó al golpe, y ayudado por su brazo derecho, inició la segunda fase del golpe, es decir, el inicio de la disensión. Es la última vez que la carátula aparece. Desaparece el reloj. Sobre ese momento están las palabras de El Campeador, que bien ilustran el anuncio del viraje. Es la respuesta a una pregunta de Margarida Lota. Ella está enfundada en un vestido oscuro, muy corto, el viento de Praia Grande le levanta la falda, y el caballo se mueve, respingando y pisoteando en el mismo lugar, aunque domable. Es una bella imagen de la entrevistadora. Ella pregunta: «*Para usted, ¿cuál fue el momento más importante, en la bitácora de la revolución?*». El Campeador responde, después de un breve hiato, invocando al general del *lorgnon*: «*El general nos observaba a cada uno de nosotros a través de su lente de vidrio, como si el lente fuera un periscopio, y ordenaba anotar nombres y hechos, diciendo que era su intención distribuir prebendas a quienes habían hecho el golpe de Estado. Pero uno de nosotros avanzó y dijo: No queremos ninguna recompensa. No fue para eso, señor general, que arriesgamos nuestras vidas. No queremos nada para nosotros. Y tenga cuidado con nosotros, señor general. Mire que este día todavía no termina, la revolución todavía está en la calle, los tanques todavía no regresan a los cuarteles, y los muchachos que tienen las armas necesitarán dormir hasta el mes que viene*». Es muy bello el testimonio de El Campeador.

Pero él no debe verse.

La figura del estratega debe estar ausente mientras él habla. Siempre que un mito habla, su barro pierde fuerza. A mi entender, los pasos que deberán confluir en el *the biggest red oak* pueden encadenarse de la siguiente manera. Debe retrocederse a la presentación de los poetas, sea la que sea, y en seguida pasar a la proyección de la fotografía del *Memories*. Aconsejo que se usen las imágenes que Miguel Ângelo captó de las puertas del restaurante, en la actualidad, y que son las mismas de hace treinta años. En secuencia, debe proyectarse la imagen de los fotografiados, rostro por rostro, y en su conjunto, así como el reverso del portarretratos, con las inscripciones hechas por Rosie Honoré Machado. Los rostros recientes de los memorables envejecidos, y luego retroceder hasta sus imágenes juveniles, risueños, deslumbrados, en plena fiesta de alegría. Es necesario reconocerlos uno por uno, identificarlos,

jugar con el desfase del tiempo a nuestro favor, y no decir nada sobre la noche del Memories. Absolutamente nada. Todos ríen en la única fotografía de ese encuentro, pero ella ya está inmersa en la línea común del tiempo. Y nosotros buscamos, apenas, y solamente, la línea extraordinaria. Al frente. Incluso porque la imagen del estratega mirando hacia lo lejos, de pie, en medio del grupo, en la fotografía que nos ocupa, prepara, naturalmente, el siguiente paso. El Campeador sobre el caballo.

El Campeador ocupará el punto más alto, pero también en esta parte pido que el mito no diga nada. Es verdad que disponemos de frases incitadoras, palabras que muestran por qué razón su valor y vivacidad resisten la prueba del tiempo. Es verdad que en el documental el estratega podría decir lo que dijo: «*Soy como Don Rodrigo Díaz de Vivar, aquel cuyo cadáver atado sobre la montura, con la espada amarrada a la mano muerta, cuando fue enviado al campo de batalla, seguía amedrentando a cualquiera. Yo voy a ser como él. Mi cuerpo convertido en cadáver todavía ha de ganar batallas*». Sí, podría decirlo, pero yo sigo entendiendo que en *La Historia Despierta*, El Campeador no deberá decir ni estas ni otras palabras, para así poder decirlo todo. Ya lo dije. Cuando se está marcado por la historia, hablar es un riesgo evitable. Que lo hagan otros, que no corren ese riesgo. Su imagen silenciosa debe pasar de la fotografía del Memories directamente a su galope de acá para allá, junto a las olas, en Praia Grande. Muchas olas, mucho estallido de olas y mucho mar. Él se quedará junto a las olas, las imágenes que tenemos de sus carreras montando el alazán son de una calidad insuperable. Ninguno de mis colegas logró nada parecido, en el recorrido que hicieron por los países de sus padres y abuelos. Y además de eso, existe la última parte. El testimonio del padrino.

En relación a ese testimonio, la idea es de Robert Peterson.

Se trata de una intervención hecha en mil novecientos setenta y siete, en el Senado norteamericano, en el Comité para la Asistencia a los Países Extranjeros. No llego al punto de decir que el padrino pensó en aprovechar ese testimonio, cuando nos llamó a su casa en *Brookmont, on the Maryland, Side of the Potomac River*, el día en que cayó la nevada y él permaneció en traje de seda, y si no lo pensó el padrino, lo pensó el ahijado. De esa

intervención, estoy de acuerdo en que sea utilizado por lo menos el pasaje que termina así: «*Subrayo que todo eso fue hecho en dos años y sin derramamiento de sangre. Me parece que es un caso único en la historia del mundo*». Perfecto. Según el concepto que circunscribe los doce episodios previstos, no debe existir ninguna otra declaración que se le compare. Propongo que la imagen de fondo siga siendo la del caballo transportando al jinete El Campeador a lo largo del rompimiento de las olas. Una cosa y otra, unidas. Además, unir la imagen del padrino sentado en su sillón, una tarde de primavera, en la *Glassy House*, recordando su intervención en el Senado, y la de El Campeador corriendo sobre el alazán en una playa portuguesa, unidas en una misma secuencia, es un tipo de osadía que la historia estará siempre engendrando. ¿Por qué no podría plantearse en un documental? En la Lisboa de setenta y cinco, ellos eran adversarios, estaban en los lados opuestos de la conspiración, y probablemente uno y otro, en el silencio de la noche, se amenazaban de muerte, aunque durante el día comieran juntos y jugaran tenis vestidos de blanco. A aquella altura, como bien se sabe, la entidad luminosa ya hacía mucho que había hecho su trabajo y, cansada, había agitado sus alas en retirada, dejándonos atrás de ella veinte, treinta, cuarenta, cien años, o el tiempo que sea necesario, para que podamos descifrar lo que verdaderamente pasó.



LOS MEMORABLES

Se terminaron de imprimir 1500 ejemplares el mes de septiembre de 2018, en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 bis, Colonia Portales, Ciudad de México, C.P. 03300.

Impreso sobre papel bond cultural ahuegado de 90 g/m² para los interiores y cartulina sulfatada de 14 puntos para los forros.

Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Gotham Narrow de Jonathan Hoefler & Tobias Frere Jones, diseñada en 2000, y Minion diseñada por Robert Slimbach, en 1992, inspirada en la belleza de las fuentes del Renacimiento tardío.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Emiliano Becerril Silva.

La portada fue realizada por Abril Castillo y la formación por Lucero Vázquez.

Ciudad de México, 2018

